

Reflexiones

Universidad y Ética

fr. Faustino CORCHUELO ALFARO, op.



Reflexiones

Universidad y Ética

fr. Faustino CORCHUELO ALFARO, op.

2 0 1 5

Corchuelo Alfaro, Faustino, op.

Reflexiones: universidad y ética / *fr.* Faustino Corchuelo Alfaro, op.; Presentación *fr.* Samuel Forero Buitrago, op. – Primera edición. – Bucaramanga: Universidad Santo Tomás, 2015.
375 páginas; (dimensiones 22 cm).

ISBN 9789588477381

Incluye referencias bibliográficas.

Contenido: Ideas maestras sobre educación, inspiradas en el pensamiento de Santo Tomás. – Ética y universidad. – Responsabilidad de un rector y demás directivos. – El papel del docente en el sistema educativo. – El estudiante responsable de su proceso educativo. – Carta de Santo Tomás a un Estudiante. – La paideia tomista. – Enfoque humanista de las profesiones técnicas. – La universidad colombiana. – La universidad y la promoción de una cultura de la paz. – ¿Ética cívica vs. Moral religiosa? – ¿Estamos proclives al mal y a ser agresivos? – Bioética y genoma humano. – Nuestra madre tierra o pacha mama. – Por una economía más humana. – Tecnologías limpias, un reto para el desarrollo humano sostenible. – Las áreas metropolitanas y su problemática. – Gotas de sabiduría.

1. Educación superior - Aspectos éticos y morales 2. Tomás de Aquino, Santo - 1225-127 – Crítica e interpretación 3. Bioética – Investigaciones I. Forero Buitrago, Samuel O.P. II Título

378.007 SDD 23

CO-BuUST

ISBN: 978-958-8477-38-1

Primera edición, 2015
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

fr. Said LEÓN AMAYA, op.
Presidente Consejo de Fundadores

fr. Juan Ubaldo LÓPEZ SALAMANCA, op.
Rector General

fr. Samuel Elías FORERO BUITRAGO, op.
Rector Seccional Bucaramanga

fr. Mauricio CORTÉS GALLEG0, op.
Vicerrector Académico

fr. Rubén Darío LÓPEZ GARCÍA, op.
Vicerrector Administrativo - Financiero

Editor
© Derechos reservados
Universidad Santo Tomás, Seccional Bucaramanga

fr. Faustino CORCHUELO ALFARO, op.
Autor

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización del Editor.
Reservados todos los derechos.

Diseño y producción gráfica
Ediciones Universidad Santo Tomás
Seccional Bucaramanga
Departamento de Publicaciones

Freddy Luis GUERRERO PATARROYO
Director

María Amalia GARCÍA NÚÑEZ
Corrección de estilo

Luis Alberto BARBOSA JAIME
Diseño y diagramación

Carrera 18 No 9 -27
Teléfonos: (57 7) 6800801 - 1312 - 1309
dirpublica@mail.ustabuca.edu.co
Bucaramanga, Colombia, 2015

Impresión
Distrigraf
Calle 41 No 18-77 Bucaramanga, Colombia

Impreso en Colombia

Contenido

Agradecimiento	5
Presentación	7
Proemio	9
1. Ideas maestras sobre educación, inspiradas en el pensamiento de Santo Tomás	11
2. Ética y universidad	43
3. Responsabilidad de un rector y demás directivos.....	73
4. El papel del docente en el sistema educativo	85
5. El estudiante responsable de su proceso educativo	99
6. Carta de Santo Tomás a un Estudiante	117
7. La <i>paideia</i> tomista	119
8. Enfoque humanista de las profesiones técnicas.....	127
9. La universidad colombiana.....	139
10. La universidad y la promoción de una cultura de la paz	147
11. ¿Ética cívica vs. Moral religiosa?	163

12. ¿Estamos proclives al mal y a ser agresivos?	183
13. Bioética y genoma humano	195
14. Nuestra madre tierra o pacha mama	221
15. Por una economía más humana	231
16. Tecnologías limpias, un reto para el desarrollo humano sostenible	239
17. Las áreas metropolitanas y su problemática	249
18. Gotas de sabiduría	253

Agradecimiento

Doy gracias al fr. Samuel Elías FORERO BUITRAGO, op. quien siendo Rector de la Universidad Santo Tomás, Seccional Bucaramanga apoyó de manera atenta y amable la publicación de este libro; a las correctoras de estilo María Amalia García Núñez y Beatriz Vanegas Athias; a Luis Alberto Barbosa Jaime y Olga Lucía Solano Avellaneda por su colaboración con la edición de esta obra.

Presentación

En su rica experiencia universitaria, trasegada por el tiempo y vida en los variados oficios asignados por la comunidad dominicana, fr. Faustino Corchuelo Alfaro, op., en el ejercicio del *munus docendi* logra sintetizar con gran claridad algunas orientaciones expresadas en el mismo título de su obra: *Reflexiones. Universidad y Ética*. El contenido de estas reflexiones concierne principalmente a la educación y se aborda desde distintos ángulos y perspectivas. Sabemos bien que la educación es un tema muy antiguo, pero que adquiere nuevas formas en el contexto de la sociedad actual y futura.

Constatamos que muchas de estas reflexiones desarrolladas por el autor son venidas de su experiencia en los oficios que ejerció en el medio universitario, especialmente en el oficio como Rector de la Universidad Santo Tomás de las seccionales de Tunja y de Bucaramanga. Es de anotar que en ejercicio de este tipo de oficios los discursos son continuos, numerosos y variados, y su contenido contextual responde a diferentes circunstancias, convirtiéndose todo esto en un hecho importante en la vida de fr. Faustino, lo cual ha sido una oportunidad para desarrollar su pensamiento como educador, predicador y guía espiritual.

Conocemos muy bien que en todos nosotros existen esas ideas fundantes, que están a flor de piel y que van taladrando nuestro acervo cognitivo, y que por medio de los oficios tenemos la oportunidad para clarificarlos y condensarlos en la experiencia de la vida, y así alcanzar esas gotas de sapiencia en quien reconocemos con el paso de los años como una persona ejemplar y honesta, como un maestro.

En buena parte de sus reflexiones el autor se refiere de manera directa e indirecta al tema de la responsabilidad –lo cual se confirma explícitamente con lo tratado en la tercera reflexión del texto–, tema que llama la atención al titularlo: *Responsabilidad de un rector y demás directivos*. En este acápite se expresa el **servicio por la verdad**, que se traduce en la vida universitaria con algunas exigencias: aprender a pensar con rigor, un sano espíritu crítico, investigar, innovar, ir más allá, superar fronteras, servicio público, entre otros. Estos temas pasan por el crisol analítico del autor, a quien identificamos como conocedor de los asuntos éticos del hombre, los cuales incluye tanto en su pensamiento como en su trato personal, vivo y fraterno.

En la educación, aprender de las buenas prácticas y de los consejos de los demás es un gran tesoro para la inspiración del pensamiento y del actuar humano. Fray Faustino acerca al lector el pensamiento de varios autores que, de seguro, ayudarán a recrear nuestro propio comportamiento en el arte de educar y a seguir con firmeza las más sensatas advertencias, hasta tal punto de decir con Pascal: *Ya se han escrito todas las buenas máximas. Sólo falta ponerlas en práctica.*

fr. Samuel FORERO BUITRAGO, op.

Rector Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga

Proemio

Este *piccolo mondo chiuso* que últimamente he estado viviendo me ha servido como una nueva etapa vital propicia para la reflexión, por la que tuve la osadía de intentar escribir un libro. Las exigencias de edición me han obligado a dividir en dos volúmenes mi intención inicial de escribir un solo libro que contuviera distintos artículos agrupados alrededor de dos ideas temáticas, que con relativa frecuencia daban vueltas en mi cabeza: *Luz y sombras de la vida religiosa*, que constituyó la materia prima del primer tomo, y el presente volumen: *Reflexiones en torno a Universidad y Ética*. Presento esta última obra como fruto de una experiencia acumulada tras largos años dedicados a la noble, pero difícil empresa de educar a personas, sobre todo a nivel de la educación superior. El título se ajusta al género literario que utilizo, y cuyo contenido girará en torno a cuatro ejes temáticos: el primero, lo que tiene que ver con la responsabilidad y complejidades del arte de educar y la vida universitaria; el segundo, con algunos asuntos relacionados con la ética; el tercero, con uno que otro tema de contenido académico, que sin ser especialista en ellos, debido a ciertas circunstancias que *sub ratione officii* me he visto obligado a abordar; finalmente, una colección de pensamientos *gotas de sabiduría*, que he ido espigando de mis lecturas a lo largo de la vida y que siempre he considerado útiles, porque estoy convencido de que “una colección de bellas máximas es

un tesoro más apreciable que las riquezas” (Isócrates), ya que en pocas palabras dicen mucho, vale decir, están cargadas de sabiduría y que, en ocasiones, un simple aforismo puede dilucidar el problema más intrincado. Infortunadamente no siempre tuve la precaución de anotar en algunos de ellos quién era su autor.

Como pronto se darán cuenta, no es un libro con una temática única como si se tratara de una tesis de grado, fruto de años de investigación, sino de ofrecer una variedad de temas escritos, motivados y condicionados por los oficios que he desempeñado. No pretendo sentar cátedra sobre ninguno de ellos ni dar lección alguna a personas mejor versadas, sino brindar unas cuantos artículos que sean legibles, escritos en un estilo sencillo, pues lo que intento al abordarlos es ser lo más claro y didáctico posible, ajustándome a aquello que decía Chesterton: “una idea que no es clara, no es una buena idea; una palabra que no se puede comprender, no es una buena palabra”, y para lograr este objetivo procuro ser breve, simplificar las ideas, utilizar las palabras fáciles de entender y suprimir lo que considere innecesario o inútil. De antemano pido excusas a los especialistas sobre cualquiera de los temas aquí expuestos, pues estoy convencido que estarían mejor elaborados por ellos.

Dedico este libro a mis hermanos y amigos con especial afecto. Ya en el judaísmo, como en el paganismo griego, el título de “hermanos” designaba a aquellos que estaban ligados, como en una familia, por la consagración a una misión especial. Y amigos, son aquellas personas tan cercanas que se convierten como en otros hermanos y son como uno mismo en la piel de otro, pues la amistad es un sentimiento positivo que une a dos o más personas y que se inicia a través de una simpatía y estimación mutuas.

Dios quiera que muchos de estos artículos cuenten con un gran número de lectores, pero sobre todo con un cierto número de relectores y que puedan servir de materia prima en conversatorios o coloquios posteriores.

Ideas maestras sobre educación, inspiradas en el pensamiento de Santo Tomás

Pretendo ofrecer una reflexión sobre la noble y difícil labor de educar, teniendo como fuente de inspiración el pensamiento filosófico de Tomás de Aquino. ¿En qué consiste educar y, sobre todo, para qué se educa? ¿Qué se pretende educar en el ser humano y cuáles son los agentes responsables de este proceso? Hoy se entiende que dicha responsabilidad recae fundamentalmente en el propio educando, pero que en sus etapas iniciales y en las más aptas para incidir positivamente, como son la infancia, la adolescencia y la juventud, juegan un papel preponderante el núcleo familiar y las instituciones educativas con sus profesores o maestros, a quienes corresponde la capacidad de ejercer influencias positivas en el educando, de suerte que su aporte sea valioso en el desarrollo integral de ese ser humano en su fase de crecimiento.

En el pensamiento filosófico-teológico de Santo Tomás aparecen toda una serie de ideas interesantes que nos facilitan comprender todo lo que significa el proceso educativo. No es que encontremos en sus obras un tratado sistemático dedicado a la educación. Se trata de reflexiones densas dispersas en diversos tratados de su producción intelectual. Por ejemplo, encontramos textos que hablan de la educación intelectual, tanto para mostrar el papel o causalidad del maestro (*De Veritate* q. 11, más conocido como *De Magistro*), como para mostrar el papel o causalidad del discípulo (*Suma Teológica*, I, q. 117, a. 1 y 2; *Suma Contra Gentiles*, II, c. 75). Así mismo, en las cuestiones que dedica en la *Suma Teológica* a la virtud de la estudiosidad y al vicio de la curiosidad (*S. Th.* II-II q. 166 y 167). Hay infinidad de textos referidos a la educación de la fe, al papel de los padres en el cuidado de la prole (*Suma Contra Gentiles III*, c. 122-127 y paralelos), la carta a un joven estudiante cuya autoría es atribuida a él y la “*Lectio*” inaugural como nuevo *Magister in Sacra Pagina* en la Universidad de París, contienen infinidad de ideas y pensamientos brillantes acerca de la educación¹.

¿En qué consiste la labor de educar?

La palabra “educar” posee una gama de significados, algunos de los cuales son imprecisos, vagos o reduccionistas. En el lenguaje coloquial solemos decir o escuchar, por ejemplo, que tal persona es muy educada, dando a entender con ello que es de buenos modales o que intelectualmente es muy cultivada. Las palabras también tienen su historia, por lo que conviene hacer una excursión etimológica del término “educar” para descubrir su primigenio y real significado, pues ya

desde los tiempos de Aristóteles se apuntaba como un principio básico para lograr la comprensión de la naturaleza de una cosa o de una acción. Por ello, el primer paso que deberíamos dar es descubrir el origen etimológico y el sentido que tienen las palabras con las cuales pretendemos significar algo.

El término educar etimológicamente se deriva del latín “duco” = “conducir”, en cuya raíz está la palabra “dux” (jefe, general)². Educar sería, entonces, conducir a alguien hacia un determinado objetivo, como un general conduce una guerra hacia la victoria. Al verbo “duco”, lo precede la partícula “ex” = “desde”, significando el compuesto de los dos “extraer”, “conducir hacia fuera y hacia arriba, elevando”³. Educar traduce, pues, la acción de sacar “hacia fuera”, “sacar a la luz” lo que ya existe de alguna manera dentro del niño o del educando. Se trata de un proceso dinámico que debe conducir a extraer del adentro del individuo todo ese cúmulo de virtualidades y posibilidades que el ser humano posee en estado germinal y que debe sacar a flote para su proceso de realización personal, elevándose así a la plenitud de su ser. En otras palabras, educar es convertir a alguien en persona, dueña de sí misma y de su propio destino. A veces queremos una educación que simplemente haga buenos profesionales y buenos operarios, pero lo que necesita la sociedad es, sobre todo, honestos y valientes ciudadanos, seres humanos con opiniones propias, serias, ponderadas, que no sean sujetos de la manipulación, de tantos poderes e intereses que hoy controlan el mundo.

Generalmente, una definición consiste en una delimitación conceptual de lo que una cosa o acción es, puesto que definir es poner límites (del latín “de-finio”). Podríamos asumir

como definición de educación, la que da Tomás en el Comentario al *Libro IV de las Sentencias*, en un contexto donde se pregunta si el matrimonio es algo natural o no. Allí él entiende la educación como “la conducción progresiva y promoción hasta el estado perfecto de hombre en cuanto hombre”; esto significa que el educando debe ser guiado por etapas y en sentido ascendente hasta alcanzar el nivel de excelencia (“perfección”). Hablando de los tres fines del matrimonio, dice que uno de ellos se refiere, no simplemente a la procreación, sino también a la educación de la prole: “La naturaleza no tiende solamente a la generación de la prole, sino también a su conducción y promoción (*tradutio et promotio*)⁴ al estado perfecto del hombre en cuanto hombre, esto es, al estado de virtud”⁵. Nos encontramos, pues, ante un pensamiento denso, de una riqueza conceptual increíble.

Educar, ¿para qué?

Santo Tomás, maestro de sabiduría, nos ha legado el arte de hacer preguntas pertinentes. Además de la pregunta inicial ¿en qué consiste la educación?, surgen otras dos preguntas adicionales, ¿para qué se educa? y ¿quiénes son los agentes responsables de este proceso? Así, pues, la pregunta clave que debería siempre plantearse sería: ¿educar, para qué? Es necesario partir de la pregunta esencial por “el fin” (“telos” en griego) que se persigue con la educación; solo una vez que se responda a esta pregunta será posible resolver los problemas derivados de los medios. Tomás recurre al método de análisis de las cuatro causas (material, formal, eficiente y final)⁶, pues ellas expresan de manera más o menos precisa aquello que se pretende comprender. Sin em-

bargo, privilegia, en el caso de la educación, la causa final, puesto que ella es la primera en un orden de prioridades.

Antes que pensar en cuestiones acerca de los medios y agentes que intervienen en el proceso educativo, práctica muy común en este ámbito, para Tomás convenía tener claro el fin que se persigue con la educación. Lo que realmente interesa no es tanto saber cómo educar sino para qué se educa, tener el coraje de plantearse grandes preguntas referidas a los fines y no a los medios. Los libros, los medios audiovisuales, la estructura del sistema educativo, los talleres, los seminarios son meros instrumentos al servicio del crecimiento personal de cada estudiante. Lo importante es considerar el porqué y el para qué de las cosas. Haber olvidado esta regla fundamental, invirtiendo la relación entre medios y fines es lo que denuncia con vigor Paul Ricoeur cuando habla de la hipertrofia de los medios y la atrofia de los fines que caracteriza nuestra sociedad. Una sociedad que olvida los fines y se vuelca sobre los medios hipervalorándolos corre el riesgo de perder su brújula y no saber hacia dónde se dirige. Pareciera que nadie se pregunte el por qué o para qué existen las cosas, mientras que sí sobre los medios para satisfacer las necesidades inmediatas o remotas que crecen exponencialmente en cantidad y calidad.

La pregunta clave sobre el para qué nos induce a analizar distintos aspectos y a meditar acerca del sentido de la actividad educativa. Al hacer este ejercicio podríamos encontrar dos tipos de educación: “la que te enseña a ganarte la vida y la que te enseña a vivir”. La primera se da cuando la educación se reduce a la mera instrucción, cuando se

educa solo el intelecto con la mira puesta en la adquisición de conocimientos, la competitividad, la productividad y el rendimiento económico, con un enfoque exclusivamente de ser profesional; la segunda tiene lugar si, por el contrario, se inculcan valores para que el joven asuma con responsabilidad su proyecto de vida, para reafirmar su voluntad de seguir aprendiendo durante toda la vida, para saber afrontar la complejidad, las exigencias y las incertidumbres de la vida, para incidir positivamente en el desarrollo humano armónico, justo y solidario de la comunidad de su entorno.

El propósito de todo proceso educativo no es solo crear seres humanos libres, lúcidos, armoniosos y expresivos, sino seres con un sentido profundo de pertenencia a una comunidad. La competitividad extrema estimula el egoísmo, en tanto que los ejercicios de cooperación estimulan nuestra conciencia de que, al necesitar de los demás, se fortalece nuestro sentido de comunidad⁷.

En otras palabras, la educación nos permite crecer como seres humanos, incorporados de la mejor forma a la sociedad y aportarle a ella lo mejor de uno mismo.

Así, el gran objetivo que debe perseguir la educación debe ser, ante todo, la conducción y promoción del hombre a un estado perfecto que, según Santo Tomás, es el de la virtud. Es decir, que la primera finalidad de la educación debe ser, ante todo, la de ayudarle al niño y al joven para que asuma y tome en serio el reto de construir su propio destino, de formarse a sí mismo como ser humano. “Formar-se” es la forma pronominal reflexiva de “formar”, que corrige y purifica la idea de pasividad, de una imposición externa, para asu-

mir por propia cuenta la aventura de darse su propia forma u horma, de descubrir el tesoro de su realización personal. Formarse significa ascender en humanidad, llegar a ser en plenitud, dar forma a las disposiciones y capacidades naturales que subyacen en estado germinal⁸.

¿Qué querría decir Santo Tomás cuando afirmaba que la educación consiste en conducir y promover al hombre a su estado perfecto en cuanto hombre? Estado perfecto es sinónimo de algo totalmente hecho, acabado, estable, sin tacha, cualidad que solamente es aplicable a Dios, pues el ser humano es siempre perfectible en proceso de mejoramiento continuo, o también defectible, en proceso de degradación o desmejoramiento. Llegar a ese estado perfecto en cuanto hombre, que es el estado de virtud, no es algo que se logra de la noche a la mañana, sino que se trata de una empresa que abarca y dura toda la vida, de un proceso de lenta maduración, de laboriosa y constante disciplina, que no se agota con una meta u objetivo conseguidos.

El espíritu humano es “devenir”, vocación de “llegar a ser”. Como no hay coincidencia entre el “ser” y el “deber ser”, se puede afirmar que el hombre no es por naturaleza lo que debe ser y, justamente, por ello es que necesita de la formación, de la educación. Además, el hombre, por su carácter de espíritu encarnado está en cierto modo inacabado, imperfecto, aunque perfectible. Siempre está y estará insatisfecho con lo que es, con lo que sabe y con lo que tiene, y estará tras la búsqueda de algo nuevo, de algo más perfecto, más cerca de la plenitud. La satisfacción de cualquier necesidad, lejos de apaciguar, crea una tensión

hacia otra cosa; cada necesidad saciada hace brotar otra. Por eso, su vida requiere un nuevo tipo de perfección que no sea ya substancial sino accidental, puesto que no se trata ni basta con el simple hecho de “ser” (*esse*) sino que lo ideal es alcanzar “el ser bien” o “ser perfecto” (*bene esse*), por ejemplo, ser honesto, justo, solidario, puntual, sabio, entre otros.

Puesto que la educación debe procurar habilitar y perfeccionar todas las potencias o facultades del ser humano que lo disponen para lograr el estado perfecto o plenitud humana, su “*bene esse*” y que Santo Tomás llama “el estado de virtud”. La virtud la define el doctor Angélico como un hábito operativo del bien, es decir, una disposición estable que ayuda a obrar pronto, fácil y placenteramente (*prompte, faciliter, delectabiliter*) lo debido. Pero es un hábito que hay que adquirir.

Así, por ejemplo, una persona virtuosa en el arte de tocar el violín o cualquier otro instrumento musical en sus inicios debió esforzarse para lograr algunas notas quizá con torpeza, pero con el tiempo y un trabajo constante (disciplina) adquirió la virtud de ejecutar o componer una pieza musical con facilidad y con gusto, de tal suerte que se convirtió para ella en algo connatural y gratificante. De la misma manera, mediante un trabajo disciplinar y constante, un ser humano puede adquirir cualquier virtud tanto en orden intelectual como moral. La plenitud de lo humano está en la adquisición de los hábitos buenos o virtudes; a la persona que es capaz de hacer sonar una flauta, el arte lo llevará a hacerla sonar con maestría; a la persona que es capaz de practicar la justicia, o cualquier otra virtud, esta

lo llevará a hacerlo de un modo connatural, con facilidad e, incluso, con placer. Así mismo, la persona que cultiva los hábitos intelectuales, esto lo conducirá a la adquisición de la ciencia y la sabiduría sin mayores dificultades y con cierta fruición espiritual, el gozo de buscar y encontrar la verdad, es decir, el “*gaudium de veritate*”.

Puesto que la virtud perfecciona la naturaleza, con razón se le ha llamado una “segunda naturaleza”. En efecto, por la forma sustancial (el alma) la materia corpórea llega al *esse*, es decir, a *ser hombre*, y por la práctica de la virtud se llega al *bene esse*, (*ser hombre de bien*)⁹ vale decir, se logra un valor agregado al ser simplemente una mujer o un hombre: ser más sabio, bueno, honrado, honesto, justo, prudente, magnánimo, solidario.

Desde esta óptica, al interrogante educar ¿para qué? se podría responder: para lograr mejores seres humanos y una mejor sociedad. Para formar mejores seres humanos se adopta el enfoque de una formación integral, cuya idea maestra consiste en desarrollar de manera armónica y equilibrada todas las potencialidades físicas, artísticas, intelectuales, morales y espirituales inscritas en la naturaleza y que configuran la personalidad de los individuos. En otras palabras, la educación nos permite crecer como seres humanos, incorporarnos en forma positiva a la sociedad y darle a ella lo mejor de nosotros mismos, tener una filosofía de la vida que incluya creencias, valores, visión, propósitos, motivaciones y actitudes que le den sentido y valor a la propia existencia.

Educar —escribe el siquiatra español Enrique Rojas— es ayudar a alguien para que se desarrolle de la mejor manera posible en los diversos aspectos que tiene la naturaleza humana... Educar significa comunicar conocimiento, despertar habilidades y promover actitudes... Información y formación constituyen un binomio clave en toda educación. La primera abre la puerta, y la segunda nos instala en el proceso educativo. Son dos etapas sucesivas y complementarias. No hay educación completa si falta alguna de ellas. Recibir información es acumular una serie de datos, observaciones y manifestaciones específicas. La formación va más allá: ofrece unos criterios para regir el comportamiento, de acuerdo con una cierta orientación; pretende sacar el mejor partido posible de los conocimientos recibidos, favoreciendo la construcción de un hombre más maduro, más sólido y firme, más humano y más espiritual, más dueño de sí mismo¹⁰.

A través de la educación se desarrolla un proceso de mejoramiento continuo de todas las dimensiones de la vida humana (biológica, física, emocional, afectiva, intelectual, espiritual, laboral, profesional, familiar, social y cultural, entre otras), de suerte que permita comprender mejor el mundo, saber convivir, e interrelacionarnos con los demás, trascender y avanzar hacia nuestra plena realización.

Educar ¿qué?

En principio, al ser humano en su totalidad: la corporeidad, la capacidad motriz, la sensibilidad, los sentimientos, pero fundamentalmente, las dos facultades eminentemente

humanas que nos distancian de los seres vivos no humanos, como son el pensamiento reflexivo o capacidad de razonar y la voluntad libre. Los seres vivos no humanos tienen una existencia cuyo sentido está predeterminado, pues les viene impuesto por la naturaleza o por el instinto, vale decir, su vida tiene para cada uno de ellos un sentido monovalente, bien programado desde el comienzo de su existencia. En cambio, el ser humano es el único ser vivo en el mundo que tiene la capacidad de reflexión, es decir, la capacidad de interrogarse y de pensar sobre sí mismo, sobre su existencia y darle así una orientación y un sentido a su vida. Dotado de pensamiento reflexivo y de una voluntad libre que le permite abrirse a una extraordinaria multiplicidad de sentidos y de orientaciones diversas, ser dueño de labrar su propio destino.

Dar un sentido a su vida significa asumir la propia vida, poner orden y hacer las opciones fundamentales que polaricen y marquen el derrotero de su existencia. “El hombre no es comparable a un árbol o a un animal que no conocen ni porvenir ni vocación... Es un ser que se interroga. Ha de tomar su vida en sus manos y buscarle sentido”¹¹. La libertad humana nace de la confluencia del pensamiento reflexivo que conoce y juzga y la voluntad que desea, quiere y ama espontáneamente el bien. Claro que el privilegio de la libertad implica el riesgo de ejercerla erróneamente al asumir opciones o buscar fines que pueden ser destructores o degradantes, tanto para el individuo como para la comunidad.

Se abre ante nuestros ojos todo un vasto horizonte de virtudes propias del ser racional que pueden y deben ser objetos

de educación, pero que fundamentalmente podemos agrupar en dos: las virtudes intelectuales, que perfeccionan el entendimiento en su capacidad de conocer y descubrir la verdad y, la virtudes morales, que perfeccionan la voluntad y habilitan a la persona para ser buena y honesta. Trabajos recientes desarrollados desde la psicología muestran la relevancia de la enseñanza de las virtudes en la sociedad contemporánea¹².

Las virtudes intelectuales que pueden adquirirse ya sea por vía de infusión, o de la invención y por la vía de la enseñanza-aprendizaje, son de dos órdenes, a saber, las virtudes especulativas, esto es, ordenadas al conocimiento de la verdad; y las virtudes de carácter práctico, esto es, ordenadas a la realización de una acción o al obrar propiamente humano responsable.

Las virtudes intelectuales especulativas prácticamente son dos: la ciencia y la sabiduría. La ciencia, es decir, el conocimiento propiamente científico, que perfecciona el raciocinio, que discurre a partir de principios universales o principios particulares en tal o cual campo de los seres cognoscibles, tales como: las ciencias exactas, económicas, sociales, y humanas, entre otras, de las cuales se pretende desentrañar la verdad que contienen con miras a una finalidad puramente teórica u ordenada o, una finalidad de carácter práctico.

La sabiduría, a partir de los principios universales últimos y con una mirada abarcadora juzga y ordena la vida y cualquier conocimiento científico, tanto en sus principios como en sus conclusiones, de suerte que puede afirmarse que constituye el principal hábito intelectual. “El estudio de la

sabiduría –afirma Santo Tomás– es el más perfecto, sublime, provechoso y alegre de todos los estudios humanos” (*Suma Contra Gentiles* Libro I, cap. 2). Sin esa visión globalizante que proporciona la sabiduría, la educación puramente científica del intelecto no solo permanecerá incompleta, sin norte ni brújula, con el grave peligro de perderse en el laberinto de las ciencias, las cuales a veces tienden a pontificar desde su punto de vista o a sustituir el vacío dejado por la enseñanza y la adquisición de la sabiduría, al pretender ser guía de la vida y de las demás ciencias, y así, partir desde principios particulares o reducir su enfoque a lo mero práctico y, sobre todo, técnico.

En el seno de la familia se puede adquirir, de alguna manera, cierta sabiduría espontánea que llevará al niño y al joven a descubrir un rico depósito de verdades fundamentales y de carácter trascendental, que en el curso de su misma existencia le servirá de luz y de criterio para descifrar y juzgar rectamente la realidad. Verdades acerca del sentido de la propia vida, del sufrimiento, de la sexualidad, de la muerte, del misterio del mal y, sobre todo, de ese misterio insondable que es Dios, verdades que afectan todo lo que pasa en el amplio mundo de la historia o en la pequeña historia personal. Sabiduría espontánea que en la edad madura se debe reforzar y consolidar con argumentos más profundos y convincentes. En el plano religioso, la sabiduría aparece como el don supremo ligado a la más importante de las virtudes, la caridad¹³.

Según Santo Tomás, junto a las virtudes especulativas encontramos otras dos virtudes intelectuales ordenadas ahora

a lo práctico, como son el arte y la prudencia. Se diferencian entre sí, en que la primera será aquella disposición innata o adquirida ordenada más a perfeccionar las habilidades fácticas o estéticas del ser humano; mientras que la segunda se trata de un saber orientado a cómo obrar responsablemente en una situación concreta. Es esa especie de “sabiduría acerca de las cosas humanas” que invita a prever el futuro y a tomar en serio el presente.

Pero las virtudes que perfeccionan al entendimiento humano en orden a conocer mejor la verdad de las cosas, no son las únicas que son perfectibles y educables, sino que existen aquellas que perfeccionan la voluntad, entendida esta como la facultad que inclina espontáneamente al hombre a la búsqueda y realización del bien universal, por lo que los escolásticos la denominaban “el apetito espiritual cuyo objeto es el bien universal conocido por la razón”. Esa inclinación espontánea de la voluntad hacia el bien universal se encuentra en estado de indeterminación, es decir, que requiere el cultivo de virtudes o hábitos operativos que la determinen convenientemente a querer, buscar y realizar ese bien universal. La voluntad se educa entrenándola día a día, estableciendo una verdadera jerarquía de valores y de proyectos, poniendo orden en el campo de los deseos y en el laberinto de las pasiones.

Las principales virtudes que perfeccionan y habilitan la voluntad para que la persona sea buena y transforme todo lo que hace en una operación buena son las virtudes morales. La clasificación de las virtudes morales que realmente son muchas, la tradición filosófica las ha restringido a las

llamadas virtudes cardinales, porque en torno a ellas giran todas las demás como si fueran sus quicios. Entre estas se encuentran aquellas que tienen relación a la sensibilidad y al mundo pasional, y esas virtudes son la templanza y la fortaleza, que van a poner orden y moderar las tendencias innatas hacia la conservación de la propia vida, la inclinación hacia lo fácil y placentero y a templar el espíritu para las dificultades de la vida. La persona humana no es simplemente un ser espiritual o angelical, sino ante todo es un animal y descuidar la educación en el ámbito de las pasiones implica dejar a la voluntad desamparada a la hora de realizar sus operaciones, pues las pasiones desordenadas pueden obnubilar la mente e impedir el recto ejercicio de una acción buena. Así, que la educación consistirá en hacer del ser humano un animal ético. La educación debe ser, ante todo, la educación de los deseos y de la afectividad¹⁴. Un adecuado cultivo y práctica de estas dos virtudes cardinales conseguirá una beneficiosa armonía entre la voluntad y la sensibilidad que corresponden a su condición animal.

Como el ser humano es un ser de relaciones, existe otra virtud cardinal clave que va a regular la red de relaciones íntimas y profundas que el ser humano teje con los demás congéneres para la construcción de su propio proyecto de realización personal. Se trata de la justicia, que tiene como objeto regular las operaciones de la voluntad en virtud a dar a cada uno lo que le es debido y que permite a la persona ser constructora de un orden justo y armónico en las relaciones humanas.

Por último, existe una virtud moral mucho más cerca de la razón que la templanza, la fortaleza y aún que la misma

justicia; es la ya mencionada virtud de la prudencia. Ella nos permite deliberar correctamente, mostrándonos lo más conveniente en cada momento de nuestra vida. No lo más conveniente a corto plazo, sino lo más conveniente para una vida buena en su totalidad. La prudencia nos facilita el discernimiento en la toma de decisiones, guiándonos hacia el logro de un equilibrio entre el exceso y el defecto y como especie de guía de las demás virtudes. Siendo una virtud intelectual que busca ayudar al entendimiento a razonar de un modo adecuado y constructivo, también es una virtud moral, la primera de las virtudes cardinales, aquella debe tomar las riendas de las demás virtudes humanas (*Auriga virtutum*, la llamaban los filósofos romanos), de suerte que favorezca la plena realización de la persona. La grandeza del ser humano consiste en ser dueño de sí mismo (autónomo), que puede prever y proyectar su propio destino (*ipse est sibi providens*), asumir lo que quiere llegar a ser, tener la capacidad de decidir e inventar acciones que transformen la realidad y a él mismo. El dinamismo de la virtud de la prudencia le servirá de gran ayuda para ver y prever a través de la incertidumbre de la vida cotidiana. De ella dice Santo Tomás, con una hermosa expresión, “la sabiduría acerca de las cosas humanas” (S. Th. II-II, q. 47, a. 2, ad 1), es decir, una especie de genio para la vida práctica. La sabiduría siempre ha tenido una dimensión práctica además de la teórica, y sus aplicaciones son accesibles a la inmensa mayoría de la gente. Aristóteles, quizá el filósofo más influyente de la civilización accidental, da prioridad a la sabiduría práctica.

Como se puede deducir, el cultivo de estas cuatro virtudes goznes, que llevan implícitas otras tantas, constituye la trama de la educación moral integral, tan fundamental para la sana y positiva convivencia en la sociedad humana, pero tan descuidada o relegada a un segundo plano en el proceso educativo del niño y del joven. La pedagogía de la antigüedad se preocupaba más en la formación del hombre, en el cultivo de las virtudes morales y luego despertaban las cualidades y habilidades de cada uno. Las escuelas modernas han invertido el orden y han relegado a segundo plano la educación del hombre cívico y moral para interesarse más en el hombre científico, artesano o artista.

La promoción humana integral consiste en lograr que el educando adquiriera las virtudes intelectuales, morales, técnicas o artísticas, que hacen al sabio, al científico, al virtuoso, al genio. No obstante, la virtud moral es la que hace realmente buena a la persona. Es ella la virtud por antonomasia. Sin esta no hay plenitud en lo humano. El excesivo culto al valor de la racionalidad, derivado de la filosofía cartesiana, y un enfoque unidimensional de la educación han llevado a privilegiar en el sistema educativo la formación del intelecto mediante la instrucción, descuidando o dando escasa relevancia a la formación moral o al cultivo de las virtudes que perfeccionan la facultad de la voluntad en orden a que el hombre sea un animal ético. Incluso, ya en tiempos de Sócrates se pensaba que para que este fuera bueno y tuviera un comportamiento ético aceptable bastaba con sacarlo de la ignorancia instruyéndolo. La experiencia ha comprobado que es insuficiente la mera instrucción o educación del intelecto; hoy día diríamos que la mera capacitación profesional, sin cultivar las otras facultades

y dimensiones del ser humano, no basta para sacar adelante los proyectos de la realización personal de cada individuo y que, en última instancia, redundarán en beneficio o perjuicio para la comunidad humana.

Agentes responsables del proceso educativo

La responsabilidad es la capacidad de responder por sí mismo y de sí mismo. El verbo responder y todos sus derivados presentes en las lenguas romances proceden del verbo latino *spondeo*, cuyo primer sentido es el de asumir un compromiso solemne. El más frecuente era aquel en el que el padre se compromete (*spondet*) a entregar a su hija (*sponsa*) en matrimonio. En esto consistía la ceremonia de los “esponsales” (*sponsalia*). De *spondeo* deriva *respondeo* que significa responder en el sentido preciso de cumplir un compromiso solemnemente asumido. La responsabilidad es, pues, la cualidad o condición de quien promete o se compromete. Existen dos tipos de responsabilidad: una personal e intransferible y otra compartida o de grupo, llamada también corresponsabilidad. Las dos pueden ser “fuertes” o morales y “débiles” o jurídicas. En la ética de la responsabilidad existen distintos tipos y grados de responsabilidad. En primer lugar, existe la responsabilidad personal, que es completamente intransferible y la responsabilidad compartida, o también llamada corresponsabilidad, la cual se da en grados diversos y en una doble dirección, horizontal y vertical, es decir, de una responsabilidad compartida, tanto con los coetáneos y con quienes se comparte la vida como con el futuro de la sociedad y de las nuevas generaciones.

1° El propio educando

¿Sobre quién recae, entonces, principalmente el peso de la responsabilidad del proceso educativo? Como se trata de un proceso que normalmente dura toda la vida y es de lenta maduración, el mismo individuo, a medida que en él va aflorando la conciencia reflexiva, progresivamente surge como el principal agente responsable de dicho proceso, ya que ello afectará todo su proyecto de vida (Cfr. S. Th. I, q. 117, a. 1 y 2; *Suma Contra Gentiles II*, c. 75), de tal suerte que no puede endosar en la conciencia de los demás agentes todo el peso de responsabilidad. La responsabilidad es, ante todo, personal e intransferible.

2° Los padres y el ambiente familiar

No obstante, otros agentes, instancias y factores tienen incidencia en este proceso, sobre todo en las etapas iniciales. Entre todos los agentes responsables del hecho educativo, Santo Tomás asigna un papel primordial a los padres y al ambiente hogareño, que es el lugar propicio y privilegiado para la educación del ser humano. Santo Tomás lo expresa bellamente cuando afirma que “el hijo una vez que ha salido del útero materno estará bajo el cuidado de sus padres, como contenido en un útero espiritual” (S.Th. I-II, q. 58, a. 2). En efecto, son quienes engendran al hijo, dándole el “ser” (*esse*) y todo su patrimonio genético, igualmente, son los principales responsables de proporcionarle alimento (*nutrimentum*) y una crianza adecuada (*educatio*), es decir, ayudarlo a adquirir las actitudes y valores fundamentales para “ser hombre de bien” (*bene esse*), y que más tarde necesitará

para caminar por el sendero de la vida y hacerle frente a las vicisitudes de esta.

El Doctor Angélico sitúa la educación como una prolongación de la generación. No basta con engendrar o tener hijos, para lo cual no es necesario el matrimonio, sino que al hecho de engendrar conlleva la responsabilidad de alimentar, criar y educar. Si materialmente es posible procrear sin la unión en el amor que supone el matrimonio, sin este resulta imposible educar (*Suma Contra Gentiles III*, c. 122, n. 6). El matrimonio se ordena por naturaleza al bien de la prole. Para Aristóteles, explica Tomás, el bien de la prole no se logra con la obtención del ser, con el mero engendrar, sino que se requiere el proveer alimento y una buena crianza de los hijos, hasta que estos logren alcanzar la edad adulta, es decir, la de personas capaces de valerse por sí mismas con plena autonomía.

Entre todos los animales, el animal racional es el que nace y dura más tiempo en estado de precariedad e indigencia total. El ser humano, para lograr la madurez y plenitud de su existencia, requiere desde las primeras etapas de la vida del concurso indispensable tanto del padre como de la madre. Si falta uno de los dos o no concurren debidamente en el cumplimiento de este deber, la tarea y el objetivo quedarán truncos, o bien se cumplirán a medias. Hay especies animales —explica Santo Tomás— en las que la hembra se basta para alimentar a las crías y otras en las que no, como sucede en algunas especies de aves, que necesitan la presencia del macho. Es evidente que en la especie humana no basta la mujer sola para la crianza de los hijos, ya que las necesidades de la

vida humana requieren tanto que no pueden ser satisfechas solo por uno¹⁵. El estado de indigencia de la prole en cuanto prole debe ser satisfecho, tanto por la crianza que solo terminará cuando el niño ya se valga por sí mismo en el orden físico y, por la educación cuando ya se valga por sí mismo en el orden intelectual y moral.

El “estado de virtud” que propone el Aquinate como meta y fin de la educación lo podemos calificar ahora, en consecuencia, como la llegada a la mayoría de edad. Esta mayoría de edad no se reduce a la mera madurez biológica sino que implica y abarca los demás componentes y dimensiones del ser humano: lo afectivo, lo intelectual, lo moral y lo espiritual, en los cuales debe crecer hasta alcanzar su plenitud. Se trata de favorecer y promover el crecimiento integral de la persona humana.

En todo proceso formativo intervienen dos factores, la enseñanza y el aprendizaje. Educar consiste en enseñar algo a alguien, que a su vez lo aprende. En todo ser humano se dan tres procesos de aprendizaje distintos, con vías, ritmos y cronología muy diversos entre sí. No se aprende lo mismo con los conocimientos, que con las habilidades, ni con las actitudes. Estas tienen la característica de aprenderse muy tempranamente; algunas, quizá las más importantes, en la primera infancia. En la educación inicial se desarrollan las capacidades psicofísicas de los seres humanos, es la etapa en que el cerebro y el sistema neuronal se están acabando de formar y en la que las actitudes éticas primarias, como ser honesto y honrado, decir la verdad, respetar al otro y ser solidario, se empiezan a arraigar. En esta etapa los padres y

el ambiente familiar juegan un papel vital y son la base de toda la educación posterior.

Inspirados en los griegos, quienes consideraban que la vida estaba dividida en escalones (“Clímax” = grada o escalera por la que se sube), la antropología y la psicología evolutiva del hombre medieval también clasificaba el crecimiento psíquico-biológico del hombre por etapas de septenios¹⁶. Cada siete o múltiplo de siete era una época crítica o climatérica, especialmente la de $7 \times 7 = 49$ y el $7 \times 9 = 63$, que son las edades climatéricas por excelencia. Las personas avanzan a través de distintos estadios a medida que van madurando biológica y humanamente. El primer estadio abarca desde el nacimiento hasta los siete años y se denomina infancia y, es la etapa del desarrollo psicomotor, del desarrollo del lenguaje no verbal y verbal, del desarrollo intelectual, o sea, la capacidad para resolver pequeños problemas; el desarrollo afectivo, cuyos dos primeros ingredientes son la risa y el llanto. En una palabra, es la etapa de la crianza.

De los siete a los catorce va la segunda etapa y se denomina puericia o pubertad, en la que la condición corpórea permite al niño el uso de la razón más explícito y echar las bases para saciar su sed de conocer y de saber, eso sí, dependiendo de la disciplina y enseñanza por medio de otro, que es el maestro. Es la etapa de la vida en la que la personalidad va adquiriendo ya un perfil bastante definido. La tercera etapa o adolescencia se inicia a los catorce y en ella el adolescente va adquiriendo gradualmente una relativa autonomía que le permite alcanzar ciertos compromisos. La cuarta etapa, denominada juventud, arranca a partir de los veintiún

años, que supone el alejamiento definitivo de la niñez. Esta entrada en la edad adulta, por la que el hombre deja de estar bajo la tutela de los padres, supone una madurez que se traduce en la disminución de su educabilidad. Así, pues, la labor educativa de los padres va desde el nacimiento, pasando por la crianza en las primeras etapas de la vida hasta que los hijos se valgan por sí mismos en la edad adulta, en donde deben ir ganando en autonomía y profundidad.

Es por ello que la escuela y posteriormente los estudios superiores se dedicarán más a la capacitación profesional, al cultivo de las virtudes intelectuales mediante la enseñanza y la investigación. Ello no significa que haya que relegar al olvido la educación de las otras dimensiones fundamentales de la vida. La formación científica que brinden los estudios en la universidad tampoco deberá perder de vista el ideal último de saber especulativo, concretado en la virtud de la sabiduría. Si la familia es el lugar propio de la sabiduría espontánea, la universidad debe ser el del ambiente propicio de la sabiduría científica o saber sapiencial, en donde los logros científicos o tecnológicos están acompañados de una visión ética y una cosmovisión filosófica de estos. Educar moralmente al niño y al joven significa ayudarlo a extraer lo mejor de él para que pueda llevar en adelante, desde su autonomía, una vida honesta, justa, equilibrada y los demás valores que son específicamente humanos.

Las demás etapas de la vida corresponden a la edad adulta temprana, la edad adulta media, la edad adulta tardía, el climaterio, la vejez o tercera edad y, como se denomina hoy en día, la cuarta edad, a partir de los ochenta, corresponderá

a una educación autogestionada y complementaria. Así, la labor educativa de los padres va desde el nacimiento, pasando por la crianza en las primeras etapas de la vida hasta que los hijos se valgan por sí mismos en la edad adulta, y se caracteriza por la profundidad e intimidad necesarias para el crecimiento de sus hijos, condiciones favorables que no las brindan ni en la escuela, ni en la vida social.

3° Los maestros y las instituciones educativas

A este carácter primordial de responsabilidad educativa de los padres, sigue la de aquellos que suplen la indigencia e incapacidad de brindar una educación integral tanto a los niños como a los jóvenes, tarea que recae en las instituciones educativas, en los maestros e, indirectamente, en los gobernantes y los medios de comunicación. Después de la familia vendrán la escuela y sus maestros, que complementarán la educación que el niño ha estado recibiendo en el seno de su familia, tanto en su formación intelectual como en su formación cívica estética, moral y espiritual. La educación escolar es la que transmite la herencia cultural de la humanidad y la que debe cultivar ciertas habilidades y competencias que posteriormente le permitirán al niño y al adolescente comprender las ciencias y las normas para convivir con sus congéneres. Como ya se ha dicho, la educación no puede centrarse exclusivamente en la mera formación intelectual, pues el niño y el adolescente no siendo aún adultos, apenas están forjando su personalidad moral, intelectual y espiritual; necesitan de una consolidación y reforzamiento de la formación en valores brindada por sus padres y ambiente familiar.

La etapa de la juventud y de la entrada a la edad adulta, en su primer estadio, que hoy en día coincide con el ingreso y permanencia en las instituciones que lo preparan para ingresar al mundo laboral, supone que el joven ya debe haber alcanzado cierta autonomía y madurez psicológica, aunque en la realidad esto se da solo en un relativo grado. En esta etapa la educación y la capacidad simbólica le permitirán al joven conocer, entender, criticar, abstraer, innovar, relacionar y transformar la información recibida para comprender y transformar igualmente el mundo y la condición humana.

Al educar, en cualquiera de sus niveles, le corresponde la educatividad, vale decir, la capacidad para ejercer influencias positivas en el educando para contribuir así al desarrollo integral del ser humano en su fase de crecimiento. Ejercer influencias positivas en el educando conlleva implícito la voluntad de guiarse por unos principios pedagógicos que iluminen la gestión educativa. En primer lugar, tener clara conciencia que el maestro en el proceso educativo no juega más que un papel subsidiario, ministerial en el pleno sentido de la palabra¹⁷, es decir, que se trata de alguien que ayuda o sirve desde fuera para que el educando se realice vitalmente, desde dentro, y logre así el despliegue de sus capacidades germinales. El maestro es como el médico. Este ayuda a los procesos naturales del enfermo, evita lo nocivo y corrobora lo que favorece la salud. Lo mismo ha de hacer el maestro.

A propósito de esto, cuando hablamos de perfil hacemos alusión a una especie de *desideratum* que apunta hacia lo óptimo, en términos de excelentes relaciones humanas, de un lenguaje actitudinal positivo, del dominio de la ciencia

o disciplina que enseña, entre otros. Esto es de gran trascendencia, pues con su lenguaje actitudinal, el docente debe poner de manifiesto, ante todo, que busca el bien de sus alumnos para que ellos se sientan tratados como personas, es decir, con consideración y respeto, con un profundo sentido de justicia.

El verbo enseñar en latín exige un doble acusativo: la materia que se enseña y el sujeto a quien se enseña. Esto quiere decir que en el proceso educativo debe existir cierto interés, tanto por el mensaje o contenido que desea transmitirse como por la persona destinataria o el sujeto de la educación. Un profesor excelente se califica no tanto por lo que enseña sino por el interés que manifiesta porque sus estudiantes realmente aprendan. Todo lo que incida en la vida de los estudiantes debería preocupar y hacer reflexionar a los docentes: su competencia pedagógica, el dominio de la materia que enseña, la mística que tiene por su profesión, su cultura general, sus cualidades humanas y morales, su manera de evaluar, entre otros aspectos importantes, porque todo tiene una incidencia y repercusión decisiva en la vida de ese ser humano que está en proceso de formación.

El maestro logra promover la plenitud del discípulo de dos modos: con la doctrina propia de cada ciencia o disciplina, por la cual le indica dónde está la verdad, el bien, la belleza. La doctrina se debe poseer, en la medida de lo posible, en grado sumo, para poderla transmitir de modo convincente. Esto supone algo que, como se ha dicho antes y aunque parezca evidente, no siempre se da: el maestro debe saber y tener un dominio sobre aquello que enseña. Debe tener

autoridad, una autoridad epistemológica, propia de quien se ha apropiado un saber específico, lo ha actualizado y enriquecido y, además, lo sabe transmitir con arte a quienes están ávidos por aprender. Quien se dedica a enseñar debe tener esa vocación de servicio, buscando que el estudiante saque el mayor provecho de aquello que se le enseña, de tal forma que propicie su crecimiento integral. De esta verdad se desprende, como un corolario, que el docente debe ser claro y didáctico¹⁷, utilizando adecuadamente los términos, preparando convenientemente el razonamiento, de tal forma que no genere confusión en sus alumnos, sino todo lo contrario, claridad, y como lo señala Chesterton “una idea que no es clara, no es buena idea; una palabra que no se puede comprender, no es una buena palabra”.

Un maestro tiene que ser como una especie de tutor, de asesor, de orientador, un guía, un facilitador, un provocador de ideas y proyectos, una persona cuya palabra o presencia debe suscitar una respuesta estimulante y productiva con aquellos con quienes interactúa, alguien que diseña ambientes de aprendizajes, que inculca la afición por el estudio y los hábitos mentales que incentivan el autoaprendizaje, el espíritu crítico, creativo y emprendedor, alguien que indica el camino, que señala alternativas y sugiere pautas de acción, sin sustituir jamás a quien enseña.

Para inclinar a los hombres a la búsqueda de la verdad y a la realización de su plenitud personal, la vía más eficaz, que no excluye sino que integra la doctrina, es el ejemplo. Se educa más por lo que se es que por lo que se dice. El docente no solamente debe tener autoridad epistemológica,

propia del hombre que sabe, sino que debe tener también autoridad moral, que la respalde o refuerce, porque también se enseña con actitudes, con la cosmovisión que tiene, con la filosofía de la vida que inspira su quehacer educativo. Santo Tomás reconoce que se cree menos en las palabras que en las obras. La primera forma de enseñanza es el ejemplo y, lo más importante es la coherencia entre lo que se dice y se hace. Uno obra incitado más por lo que ve en otro que por lo que él dice. Las palabras persuaden, los ejemplos arrastran. Todo maestro tiene que estar convencido que no hay medio más eficaz para mover al bien, que los ejemplos. Los malos ejemplos corrompen las buenas costumbres, los buenos incitan a seguirlos.

Se sabe que la palabra “maestro” viene del latín *magister*, cuya raíz es la expresión *magis* que quiere decir “más”, “excelente”, “máximo”, es decir, que aquí hay una alusión a lo que se espera del portador de esa condición. ¿Quién realmente merece que se le llame maestro? No necesariamente a alguien que tiene esa profesión y a quien se le paga por enseñar, por dictar una materia. La educación no se reduce, solo a impartir ciertas materias, como matemáticas o literatura, sino en preparar a una persona para que dé lo mejor de sí mismo y viva su vida de la mejor manera posible. Maestro significa quien enseña algo con cierto nivel y competencia. Enseñar es comunicar conocimientos y promover actitudes. El maestro enseña una concepción de la disciplina o ciencia, una forma de mirarla, una filosofía de la vida; el maestro es como una especie de sabio, y lo propio del sabio no es conocer muchas cosas y ser dueño de una gran erudición, sino ofrecer un estilo de vida que resulta ejemplar y, por lo

mismo, llegar a constituirse en un modelo humano atractivo, sugestivo, que incita a ser imitado. Educar es, pues, cautivar con argumentos convincentes, entusiasmar por los hábitos positivos y por los valores morales, seducir con la excelencia.

En resumen, quienes se dedican a la enseñanza tienen que ser más maestros que docentes.

Sean maestros de sus alumnos y no solo docentes. Dedíquenles todo el tiempo que sea necesario, sin tazarlo mezquinamente. Prolonguen la lección en el trato personal con sus alumnos, estimulen en el trato personal con ellos la pasión por el saber, el deseo de aspirar a metas más altas, de no conformarse con los logros adquiridos. Demuéstrenles con su vida que es posible realizar la síntesis entre el conocimiento y el amor: que a un mayor conocimiento del mundo y de la realidad, corresponde una vida moral más íntegra, que saber más significa también ser más sabio y, por tanto, mejor¹⁸.

Solo quienes han sido realmente maestros se les recuerda con gratitud durante toda la vida.

Referencias

Batista Libanio, J. (2003). *El arte de formarse*. Salamanca: Editorial Sígueme.

Cardenal Paul Poupard (junio, 2005). *Lección magistral*. Universidad Católica de Buenos Aires.

Gardner, H. (2012). *Verdad, Belleza y Bondad, reformuladas para la enseñanza de las virtudes en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.

Martínez, E. (2002). *Persona y educación en Santo Tomás*. (Tesis doctoral). Madrid: Editorial Fundación Universitaria Española.

Martínez, E. (2004). *Ser y Educar. Fundamentos de pedagogía tomista*. Bogotá: Editorial Universidad Santo Tomás.

Millán Puelles, A. (1989). *La formación de la personalidad humana*. Madrid: Rialp.

Pieper, J. (1998). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Rialp.

Rojas, E. (1999). *La conquista de la voluntad*. Bogotá: Planeta Colombiana.

Rojas, E. (2004). *Los lenguajes del deseo*. México: Planeta.

Santo Tomás (1996). *Suma Contra Gentiles*. Madrid: Editorial BAC.

Santo Tomás (1996). *Suma Teológica*. Madrid: Editorial BAC.

Sedano G., J. J. O.P., (2002). *Pedagogía de la respuesta*. Bucaramanga: Convento Cristo Rey.

Notas

- 1 Existen dos autores claves de lengua hispana que han hecho una investigación seria y a fondo sobre las ideas fundamentales de Santo Tomás acerca de la educación, ellos son: Antonio Millán Puelles. *La formación de la personalidad humana*. (7ª ed.). Madrid, Rialp, 1989 y Enrique Martínez con su tesis doctoral con el tema “Persona y educación en Santo Tomás”, edición Fundación Universitaria Española. Madrid, 2002, y una

- síntesis de su tesis doctoral “Ser y Educar, Fundamentos de pedagogía tomista”, publicado por la Universidad Santo Tomás, Bogotá en el 2004.
- ² A. Ernout y A. Meillet. *Dictionnaire Étymologique de la langue Latine. Histoire de mots*. 4ª. ed. Paris, Editions Klincksieck, 1979, pp. 186, 192 y 204.
 - ³ El término *traductio* tiene una clara cercanía etimológica con *educatio*, pues coinciden en la raíz (-duco), diferenciándose en el prefijo (*trans* – *ex*). *Traductio* viene a significar un mero conducir más allá, de un sitio a otro, sin la connotación de elevación que aparece en *educatio* y que también implica la *promotio*.
 - ⁴ In IV Sent. D. 26, q. 1, a. 1 in c.
 - ⁵ *Causa material* de la educación: como el verbo enseñar exige doble acusativo, la primera materia es lo que se enseña, y la otra es aquel a quien se enseña; *causa formal*: la acción misma de conducir y promover al estado de virtud; *la causa eficiente*: el mismo educando, sus padres y maestros; *causa final*: la consecución del estado perfecto en cuanto hombre, que es la virtud.
 - ⁶ Ospina William. *La lámpara maravillosa. Cuatro ensayos sobre educación y un elogio de la lectura*. Editorial Random House Mondadori, p. 49. Bogotá, 2012.
 - ⁷ Joao Batista Libanio. *El arte de formarse*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2003.
 - ⁸ Enrique Rojas. *La conquista de la voluntad*. Editorial Temas de Hoy, Planeta Colombiana Editores, 1999 y *Los lenguajes del deseo*. Editorial Planeta Mexicana, 2004.
 - ⁹ Schillebeeckx Edward O.P. *Dieu et l’homme*. Aproches théologique n. 2 Bruxelles, CEP, 1965, p. 288.
 - ¹⁰ Gardner. *Verdad, belleza y bondad, reformuladas para la enseñanza de las virtudes en el siglo XXI*. Editorial Paidós, Barcelona, 2012.
 - ¹¹ Enrique Martínez. *Educar en la virtud*. Principios pedagógicos en Santo Tomás. *Revista Electrónica I*. Recuperada del portal E-aquinas.net.
 - ¹² *Suma Teológica*, II-II, q. 45.

- ¹³ Enrique Rojas. *Los lenguajes del deseo. Claves para orientarse en el laberinto de las pasiones*, Ediciones Temas de Hoy, Editorial Planeta Mexicana, 2004.
- ¹⁴ Para profundizar en la reflexión se puede ver el análisis que hace el padre José J. Sedano en su libro *Hacia una pedagogía de la respuesta*. Editorial Usta, Bucaramanga, 2012.
- ¹⁵ *Suma Contra Gentiles III*, c. 122, n.6.
- ¹⁶ Aristóteles, el libro sobre *Política VII*, 15: 1335 b 32; 1336 b 37.
- ¹⁷ *Minister naturae* (ministro de la naturaleza) lo llama Santo Tomás.
- ¹⁸ Cardenal Paul Poupard. *Santo Tomás de Aquino y la vocación de la universidad católica*. Lección magistral en la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 13 de junio del 2005.

Nota 2.

- ¹ Este artículo fue publicado en la Revista *ESPIRAL*, 2(1) del año 2012, revista del Centro de Estudios en Educación, de la Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga.

Ética y universidad

Desde hace algún tiempo, los temas de la ética gozan de especial interés. Hoy día se habla de ética de casi todos los sectores y componentes integrales de la vida humana: desde lo biológico, lo sexual y familiar hasta el ámbito de lo ecológico, de la política y de la economía, entre otros. Pareciera que el término *ética* se hubiera convertido en una palabra de moda y media mágica, que a diario se emplea en discursos políticos y artículos periodísticos para exorcizar la turbia y traumática realidad social que vivimos, pero con el gran riesgo que de tanto utilizarla termine por desgastarse y no decir nada.

Muchas personas conciben la ética como un saber medio esotérico, propio de filósofos y de clérigos; para otros, la moral tiene una connotación negativa, porque se concibe como un cúmulo de normas, mandatos y prohibiciones que se aceptan de mala gana, porque van en contravía de nuestros gustos y tendencias naturales; para no poca gente, la

ética se reduce a la esfera de lo estrictamente personal, sobre todo de la vida sexual y con escasa incidencia en otros ámbitos y actividades humanas, tales como: la investigación científica, la gestión empresarial, la política, la economía de mercado, lo ecológico.

La reflexión ética parte de un hecho simple: en todo grupo humano siempre existen y existirán problemas de distinta índole: relacionales, económicos, políticos, religiosos, sexuales, entre otros, que invitan a sus integrantes a reflexionar en torno a la problemática vivida y a buscar vías de solución, fijando “a posteriori” pautas de comportamiento. Allí donde convive cualquier grupo de personas hay y siempre habrá problemas y conflictos, surgiendo, entonces, la imperiosa necesidad de ordenar dicha convivencia humana. Poner orden significa establecer las pautas y la totalidad de reglas que posibiliten la creación y el funcionamiento de las instituciones necesarias que garanticen una mejor calidad de vida, la satisfacción de las necesidades primarias y vitales del ser humano, lo mismo que una armónica y sana convivencia en el seno de cualquier comunidad humana.

Ética, ¿para qué?

Conviene aclarar desde un comienzo el significado que queremos dar a los términos. Las palabras, como las personas, tienen su propia historia: alguien comenzó alguna vez utilizándolas con un sentido preciso, pero con el fluir de los años y de los siglos sus usuarios las han ido enriqueciendo con matices nuevos y diferentes. La palabra etimología, como tantas otras, es una palabra griega del adjetivo *étymos*

que significa “verdadero”, “auténtico” y del sustantivo *logos*, “palabra” = la “auténtica palabra”. De una definición etimológica pronto se pasa a una definición conceptual. Habrá tantas definiciones conceptuales cuantas escuelas ideológicas existan, porque estas dependen, en gran parte, de los condicionantes del contexto vital e ideológico del usuario.

Entre las muchas definiciones que se dan de la ética, una de las que más me parece convincente es aquella que hace de ella un tipo de saber teórico-práctico que busca orientar al ser humano en el conjunto de su vida, de tal suerte, que conociendo los secretos de la naturaleza y las leyes del comportamiento humano, se sepa *actuar racionalmente*, vivir y convivir bien con los congéneres y con la misma naturaleza. La ética se convierte en un valor fundamental para el ser humano, entendida como la actitud para hacer las cosas correctamente, de buena fe, ser coherente entre lo que se piensa, se dice y se hace, privilegiando siempre el bien común sobre el bien particular.

¿Qué es eso de *obrar racionalmente*? En principio, significa, saber deliberar bien antes de tomar una decisión con el propósito de realizar la elección más adecuada y actuar en conformidad con lo que hayamos elegido. La elección no debe ser arbitraria ni dejarse al azar. Quien no reflexiona antes de actuar y no mide las consecuencias de sus acciones se expone a cometer errores, a hacerse daño o hacerles daño a los demás; quien no calibra qué es lo más conveniente hacer en determinadas circunstancias, o actúa en contra de sus convicciones personales, se puede decir que no obra racionalmente. Y cuando no se obra racionalmente surge, enton-

ces, el caos y el desorden. Lo propio de la razón es percibir el lazo existente entre un medio y un fin, y una actividad razonable es la que se adecua al fin que se persigue. Es lo opuesto al azar y al capricho.

Obrar racionalmente significa, pues, obrar conforme con la lógica interna que tienen las cosas y los acontecimientos percibidos por el pensamiento reflexivo. Así, pues, la primera tarea que la ética nos impone es la de atrevernos a pensar (*Aude sapere*), a reflexionar y deliberar bien con la mira puesta en hacer buenas elecciones y evitar, en la medida de lo posible, el cometer errores que nos conduzcan al fracaso o arruinar la propia vida. No se trata de elegir bien solamente en un caso concreto y aislado, sino a lo largo de toda la vida. Para ello, es preciso saber cuál es esa orientación básica u opción fundamental que uno quiere darle a su propia vida, orientación que vaya imprimiendo ese carácter en cada una de las opciones particulares. Precisamente, la ética comienza cuando el ser humano trata de elegir un sentido para llevar a cabo su proyecto personal de vida, un sentido capaz de desarrollar en plenitud sus múltiples posibilidades.

Pareciera que existiera una suerte de universales éticos antropológicos que el hombre intuyera de lo que debiera evitar y de lo que debiera hacer correctamente, formulados en muchas tradiciones religiosas condesado en la famosa regla de oro de la moralidad: “No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti mismo”, que habría que ampliarla a: “No hagas a los extraños lo que no quisieras que le hagan a los tuyos, porque son tan dignos y vulnerables como aquellos que te son cercanos”.

La ética, como reflexión crítica del quehacer humano, estudia al hombre como ser en crecimiento y en proyecto, e intenta precisar cuál debe ser esa orientación básica para el mejor futuro del hombre. Esta exigencia de dirigirse con la mira puesta en un futuro mejor por construir, en progreso constante día a día, significa que el hombre es un ser finalista, que su vida tiene una orientación teleológica, es decir, que mira a lo lejos donde terminará su proceso de realización o de degradación. Es que el hombre, como ser vivo específico que es, se mueve necesariamente en una dialéctica continua de crecimiento —que a veces puede ser regresivo—, llamado a alcanzar grados superiores de ser. Nunca se puede decir que se haya llegado a su término.

Pudiéramos anotar que existen como dos modelos éticos que han penetrado profundamente la historia de la moral en Occidente. El primero designaría una ética pendiente, ante todo, de conformar el obrar humano con un código, entendido como un conjunto de leyes y reglas de acción que le son propuestas o impuestas a los individuos y a los grupos humanos por medio de diversos instrumentos prescriptivos, como pueden ser: la familia, los distintos tipos de autoridad, las religiones, las instituciones educativas = *una ética heterónoma*. El segundo modelo presentaría la ética como la “ética de la construcción de uno mismo”. Con ello hay que entender la conciencia reflexiva mediante la cual los hombres no solo se fijan reglas de conducta, sino que buscan la forma de transformarse a sí mismos y hacer de su vida una obra que contenga altos valores y metas significativas = *una ética autónoma*. De ahí que los grandes pensadores éticos, como Buda, Confucio y Jesús, fueron creadores de una *moral-sabiduría* y no de una

moral-código. Ellos nunca formularon normas de conducta sino que propusieron ideales de vida y una ética de máximos.

La ética, en un primer sentido, tiene por tarea mostrarnos cómo deliberar bien con el propósito de hacer buenas elecciones. Y para hacer buenas elecciones es necesario forjarse un buen *carácter*, tal como lo indica el significado etimológico del término “ética”. En efecto, la palabra “ética” viene del término griego *êthos*, que significa fundamentalmente “carácter” o “modo de ser”¹. Un modo de ser que se configura con el *fin* que deseamos y nos proponemos perseguir en el conjunto de nuestra vida. Este trasfondo de toda decisión particular constituye lo que se llama la “opción fundamental”, elección que estructura nuestra personalidad y le imprime como una especie de carácter que garantiza una auténtica continuidad entre las diversas decisiones tomadas a lo largo de la existencia, una especie de continuidad entre el pasado y el presente, como preparación del futuro.

Una vez tomada esa opción fundamental que marca el curso de la vida, vamos fijando los *modos de actuar* y creando *hábitos* de comportamiento que nos permiten caracterizar lo que somos, alcanzar las metas intermedias y los objetivos que nos proponemos y, en cierta manera, preconizar nuestro futuro. Básicamente nuestro carácter, nuestro modo de ser está compuesto por nuestros hábitos. Por su propia acción, el hombre condiciona su futuro, ninguna acción cae en el vacío sino que deja detrás de sí unas huellas, que van marcando el propio destino². Los hábitos, ya sean positivos o negativos, son esas disposiciones innatas o adquiridas que nos llevan a obrar pronta, fácil y placenteramente, y sin hacer grandes esfuerzos

para conseguir o malograr las metas que nos proponemos y encarnar esos *valores* que consideramos vitales para la consecución de ese gran objetivo: la *felicidad*. A esos modos de actuar ya asumidos, que nos predisponen a obrar en el sentido deseado y que hemos ido incorporando en el curso de la vida y que configuran nuestra personalidad ética (ser honrados, veraces, justos, leales, entre otros o, todo lo contrario), tradicionalmente se les ha llamado *hábitos*. Cuando están bien orientados y predisponen a la práctica del bien reciben el nombre de *virtudes*; cuando no nos predisponen a alcanzar la meta y lo que consiguen es degradarnos, se les llaman *vicios*.

La ética se propone, pues, ayudar al hombre, tomado en su realidad concreta y existencial, en su proyecto de realización, de llegar a ser plenamente hombre e intenta precisarle cuál debe ser esa orientación fundamental que debe darle a su vida para lograr un mejor futuro y un desarrollo lo más armonioso posible de sí mismo y con todos los hombres, sus hermanos. Por eso, tiene en cuenta las grandes posibilidades y las limitaciones propias de la condición humana. El zoo humano es un ser radicalmente limitado o, para emplear términos más filosóficos, el hombre está fundamentalmente marcado por la finitud; limitado por condicionamientos de carácter biológico, somático, psíquico, social, cultural e ideológico; herido por el pecado, raíz y fuente de todos los males que surgen de su manera de actuar. Pero también es capaz de lo mejor, porque el hombre guarda siempre una “zona de libertad” que le permite ser dueño de la construcción de su propio proyecto de realización y de crecer cada día más en humanidad, o, por el contrario, del deterioro de su propio ser y de la deshumanización de la vida.

Ética de las organizaciones

Es cierto que la ética, como reflexión crítica de la praxis humana, es una filosofía que se ocupa del quehacer humano en todo el abanico de sus manifestaciones. No obstante, conviene hacer una distinción entre la ética de las personas y la ética de las organizaciones, ya se llamen instituciones, empresas, profesiones, colectivos, entre otros. En lo que se refiere a las personas, ese saber ético les permite orientar la propia vida, forjando un “carácter”, es decir, una forma de ser y de actuar, de suerte que poco a poco y en forma gradual alcancen la felicidad. Pero en lo que se refiere a las organizaciones –en este caso a la Universidad– el fin que persigue la ética no es la felicidad, porque felices deben ser las personas no las organizaciones.

Ética de las personas →

Forjar un *carácter* mediante hábitos positivos → *Virtudes* con miras a hacer adecuadas *opciones* y así alcanzar la felicidad.

Ética de las empresas →

Forjar un *carácter* mediante la consolidación de hábitos positivos → *Virtudes* con miras a hacer adecuadas *opciones* y así lograr un *fin social*.

El fin que persiguen estas es, sin duda, un *fin social*, porque toda organización se crea o se instituye para proporcionar a la sociedad unos *bienes* específicos, en virtud de los cuales queda legitimada su existencia ante la sociedad. Por otra parte, como en todas las demás actividades humanas,

se consiguen también otra clase de bienes, que llamamos *externos* o secundarios, porque no son los que le dan sentido ni identidad a la organización, sino que son comunes a la mayor parte de las actividades, y deben contribuir a llevar a cabo ese bien primario y específico de los colectivos. Tales bienes secundarios son, por ejemplo, el dinero, el prestigio o el poder³.

Bien interno de la universidad →

El que le señala la Misión específica con relación a la ciencia, el hombre y la sociedad con miras a conseguir un bien social poder.

Bienes externos de la universidad →

Prestigio

Dinero

Cada organización debe producir los bienes que le son propios y no sustituirlos por los ajenos o invertir los bienes secundarios por los primarios: por ejemplo, que la universidad se dedique más a hacer política o lucrarse que a educar e investigar; que esté más interesada en la conquista y distribución del poder; que se fije como mira únicamente el afán de lucro y de adquirir prestigio; que en la designación de sus directivas y personal administrativo prime el criterio del favoritismo y amiguismo, como paga por favores recibidos o respuesta a cuotas clientelistas; que los puestos de responsabilidad se asignen no a quienes mejor cumplen los fines de la institución sino a los ambiciosos e intrigantes.

Ciertamente, lo mismo que ocurre en cualquier otra actividad humana (política, económica, sanitaria, deportiva), la actividad docente sirve también como un medio para ganar dinero, para obtener prestigio y alcanzar cierto estatus social. No obstante, su bien interno es de otro orden, aquel que le señala su misión específica: investigar, transmitir conocimientos, formar personas autónomas, críticas y éticas, lo mismo que prestar un servicio social a la comunidad en aquellas áreas concretas de las disciplinas que enseña. Cuando esto no se da o se da mediocrementemente, se va abriendo camino a la corrupción.

¿Qué es la corrupción? En el sentido amplio de la palabra, corrupción significa *alterar o trastocar la naturaleza de una cosa tornándola dañina o mala*, lo mismo que *pervertir o seducir a alguien*. Es decir, que cuando una cosa o una actividad humana se corrompen, pierden su naturaleza y, a través de un proceso de descomposición se convierten en otra cosa distinta, algo más bien dañino. Por ejemplo, un alimento o una fruta se corrompen cuando empiezan a descomponerse y se tornan en algo dañino. La corrupción se da tanto en el ámbito público como en el privado. Actualmente se habla mucho de la corrupción que existe en la clase política y en los funcionarios públicos, haciéndoles acusaciones muy puntuales: enriquecimiento ilícito, sobornos, malversación de fondos, peculados, o sea, la asignación del erario para uso privado, el clientelismo y tráfico de influencia, el nepotismo o concesión de empleos y beneficios sobre la base del parentesco y de la amistad, y no del mérito. Con un gravamen que hoy día está haciendo metástasis no solo en el mundo de la política y de la administración pública, sino

también en otro tipo de actividades humanas y en la empresa privada⁴, incluso dentro del ámbito universitario.

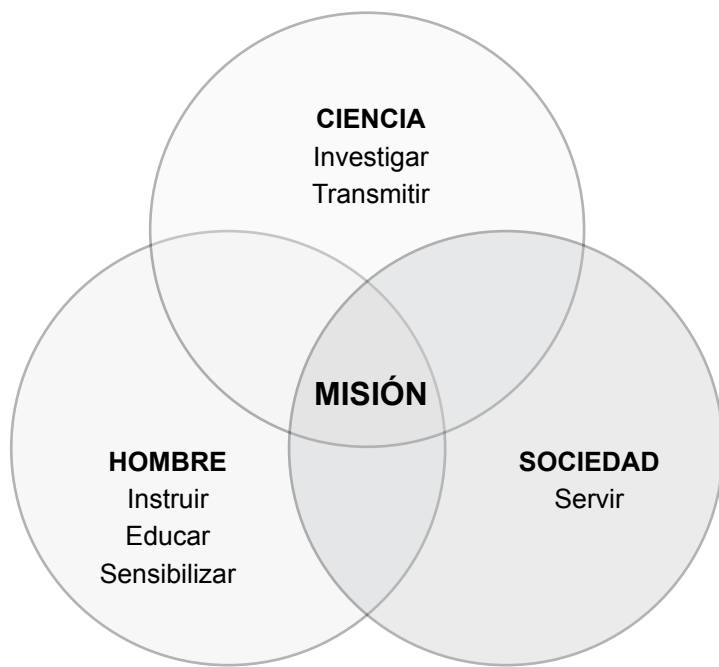
Si la corrupción consiste fundamentalmente en trastocar la naturaleza de una cosa o de una actividad humana, pervirtiéndola por lo mismo, la corrupción de la institución universitaria se daría cuando aquellos que participan en ella no dan primacía ni se interesan por el bien propio e interno que la misma institución debe producir, es decir, la conservación del patrimonio y acrecentamiento del saber, a través de la investigación, la enseñanza y la proyección social, quehacer propio que le da sentido, especificidad y legitimidad social y, por el contrario, se está más preocupado por la rentabilidad económica y las ventajas sociales, políticas y de prestigio que de ella se derivan, o cuando otros objetivos extraños a su misión empiezan a primar.

El problema de la corrupción no reside tanto en que se dé en casos aislados y concretos, porque esto siempre se ha dado y se dará. Lo preocupante es que se convierta en un mal endémico y estructural que impregne y contagie la mentalidad de los integrantes de la organización o colectivo, de tal modo que resulta mucho más difícil erradicar. El signo más alarmante de esta descomposición se da cuando las personas honestas empiezan a contagiarse e imitar a quienes practican la corrupción: “Ojalá pudiera hacer yo lo mismo”. Sería el cumplimiento del famoso adagio latino: *Corruptio optimi pessima*, “la corrupción de lo mejor es la peor”.

La universidad una empresa *sui generis*

Indudablemente la universidad es una empresa, pero una empresa que tiene un modo peculiar de serlo. Se entiende por empresa todo aquello que el hombre acomete, por lo general en forma asociada y corporativa, estructurada y sistemática, que procura sostener de manera estable y dinámica para alcanzar beneficios de orden personal y social. O también, como una entidad integrada por el capital y el trabajo, dedicada a actividades industriales, mercantiles o de prestación de servicios, con o sin ánimo de lucro, y con la consiguiente responsabilidad social.

La Universidad⁵ es una empresa “sui géneris” que se diferencia ostensiblemente de cualquier otro tipo de empresas por múltiples razones: por la misión que tiene, por los objetivos que persigue, por las funciones que cumple y por la manera peculiar de llevar a cabo su propósito. La universidad –se suele decir– es la empresa del conocimiento, pues su misión consiste en conservar, memorizar, integrar, transmitir toda una herencia cultural de conocimientos, ideas y valores; además, actualizarlos regenerarlos y originar nuevos conocimientos, ideas y valores. Tradicionalmente se ha admitido que la universidad tiene una misión centrada en una triada de sustantivos: el hombre, la ciencia y la sociedad; que sus funciones tienen relación con tres verbos claves: educar, investigar y servir; que cuatro notas califican su vida y su actividad: que se trata de una institución corporativa, científica, universal y autónoma; que tres modos adverbiales acompañan su quehacer: que debe llevarlo a cabo de manera crítica, ética y cultural.



En esa triada de destinatarios –hombre, ciencia y sociedad– de su misión, la formación del hombre debe ocupar un lugar cimero –*primum inter pares*–, sin soslayar la ciencia y los beneficios que de ella se derivan para la sociedad.

Otra función que tiene el ente educativo universitario es acoger, conservar y transmitir la ciencia y los conocimientos ya adquiridos como patrimonio legado por las generaciones pasadas, para luego incrementarlos, hacerlos progresar y utilizarlos en beneficio de la sociedad. Por vocación, la *Universitas magistrorum et scholarium* debe dedicarse, de modo riguroso y crítico, a la tutela e incremento del saber humano en el seno de cada disciplina académica, mediante la investigación y la enseñanza, de tal modo que se logre ese gozo de la verdad *gaudium de veritate*, en buscarla, en des-

cubrirla y transmitirla desinteresadamente a los jóvenes y a todos aquellos quienes estén sedientos de verdad.

Una tercera función que debe cumplir la institución universitaria es su proyección social a la comunidad local, regional y nacional, de tal modo que la formación humana y la capacitación profesional, lo mismo que la investigación científica que allí se promueve deba redundar en el progreso y mejor calidad de vida del entorno social.

Esta trilogía de funciones determina claramente que ese es su fin específico y el bien interno que corresponde a su actividad y por el que cobra su legitimidad social. Ahora bien, en una reflexión crítica deberá fijar cuáles son los medios adecuados –recursos humanos y materiales– para producir ese bien y qué valores es preciso inculcar e incorporar para alcanzarlo, lo mismo que los hábitos positivos –virtudes– que deben ir adquiriendo los diversos miembros que integran el ente universitario.

Ética y directivos

No hay ninguna duda que una empresa logra alcanzar altos niveles de acreditación gracias a la capacidad de gestión demostrada por sus directivos. El directivo se ha convertido en uno de los personajes más significativos de la cultura de este siglo, ya que por su capacidad de liderazgo y de gestión administrativa, por su modo de actuar y las actitudes asumidas logran imprimir un “etos” –carácter– cualitativo que impregna a las organizaciones y les otorga un sello de identidad empresarial, permitiendo calificarlas como excelentes,

buenas, mediocres o del montón y, por lo mismo, llamadas a desaparecer⁶.

El problema de fondo está en la forma como se prepara, se escoge o se elige a las directivas y en la manera como estas ejercen su oficio. Ciertamente todas las instituciones prevén en su legislación interna la forma de elección y nombramiento de sus directivas. No obstante, esto no siempre se cumple y se respeta, y otros criterios e intereses empiezan a prevalecer.

La gran pregunta del millón es: ¿qué tipo de directivos hay que preparar y educar para dirigir y gerenciar esta empresa “sui géneris” que es la universidad? Se da por hecho que tiene que ser alguien con vocación de educador, con el carisma y conocimientos necesarios para que la institución cumpla a cabalidad las tareas específicas que se desprenden de su misión, de los objetivos y metas que le son asignados. Además, tendrá que ser alguien con capacidad de liderazgo y competencia profesional, con dedicación exclusiva y pleno conocimiento de su oficio, con un alto sentido de responsabilidad, es decir, con la capacidad de asumir las consecuencias que se derivan de su gestión, bien o mal lograda. Un indicador de falta de ética profesional sería el asumir otras tareas distractoras de sus funciones específicas como directivo, lo mismo que el asignar los oficios, por ejemplo, decanos, jefes de departamento, profesores, entre otros, bajo el criterio de la amistad o como paga por algún favor recibido, y el concentrar varios cargos a la vez en una sola persona. Sobra decir que lo que más se le exige es la transparencia, coherencia y probidad de su vida, tanto privada como social, que le den peso y respaldo a su labor de directivo.

Sucede que muchas veces hay personas con ansias de poder y ganas de ocupar puestos de dirección, no tanto por vocación de servicio, sino movidos por otro tipo de motivaciones, a veces un tanto espurias, tales como, obtener toda una serie de prebendas, la necesidad de tener preeminencia en un grupo, la exaltación del ego y las ganas de “darse vitrina”, el mejoramiento del estatus social, la exacerbación de la *libido dominandi* o poder de decisión sobre los demás, la oportunidad de verse favorecido con beneficios económicos y posibilidades de viajes, entre otros. Entonces los interesados se valen de todas las mañas y artimañas para lograr su propósito: tráfico de influencias, ofrecimiento de dádivas e invitaciones, promesas burocráticas y padrinazgo para distintas causas. A la hora de la verdad logran lo que anhelan: tener el cargo y la autoridad que él confiere, aunque muchas veces les falta el peso de la autoridad real, vale decir, profesional, intelectual y moral.

En el fondo, se trata de saber si ese directivo realmente tiene autoridad, porque alguien puede acceder a un cargo directivo sin cumplir los requisitos que él exige y sin tener el peso de la *autoridad real* que él demanda. Aquí conviene hacer una serie de disquisiciones sobre: ¿qué se entiende por autoridad?, ¿de cuál tipo de autoridad se está hablando?

Auctoritas es un sustantivo que viene del supino *autum* del verbo latino “*augeo*”, (de donde se derivan auge = elevación grande en dignidad o fortuna y aupar = levantar o subir a una persona) y significa la potestad o preeminencia que alguien tiene, que lo distingue y lo eleva sobre los demás (superioridad de mérito, de ciencia, o de función) e implica confianza, respeto y acatamiento.

Alguien puede tener autoridad simplemente porque se le designó o se le nombró para un cargo específico, administrativo o académico, con su ámbito de jurisdicción y funciones precisas (*autoridad deontológica = del deber ser*) y, a lo mejor sin tener el carisma para ello o sin estar provisto de otro tipo de autoridad que le dé peso a las decisiones y orientaciones que pretende inculcar, es decir, sin la autoridad del hombre que tiene el saber y conoce su oficio (*autoridad epistemológica = propia del hombre que sabe, y por eso tiene autoridad*)⁷. Muchas veces alguien puede tener cierta autoridad, ya sea por nombramiento o un acto electivo legítimo, lo mismo que poseer la autoridad propia del hombre que sabe y conoce su oficio y, sin embargo, no aparece respaldada ni por una vida ejemplar ni por la coherencia entre lo que piensa, dice, y hace (*autoridad moral = transparencia de vida*). La tan cacareada crisis de gobernabilidad, en el fondo, es una crisis de autoridad moral que tiene su fundamento en la incoherencia y vulnerabilidad de los representantes de la autoridad, que no pocas veces defraudan por su incoherencia, deficiente competencia y por sus continuas manifestaciones de apego y abuso del poder.

Los actos de la autoridad deontológica suelen llamarse *decisiones* que contienen órdenes, mandatos, reglamentos, pautas de conducta que están ligados a los objetivos y al cumplimiento de los fines específicos de la institución. Tales decisiones presuponen todos los procesos previos de participación, diálogo, reflexión, consultas, consensos y gran respeto por los destinatarios. Los actos de la autoridad epistemológica se manifiestan en análisis, aseveraciones, proposiciones, creaciones, juicios de valor, actos propios

de quien es poseedor de conocimientos y de una alta dosis de sabiduría.

Si la autoridad epistemológica corre el riesgo de ceder a la tentación del orgullo prepotente, de quien siempre quiere sentar cátedra en todo, menospreciando al que no sabe o no está a su nivel. Igualmente, la autoridad deontológica puede verse viciada en su ejercicio por una doble tendencia: ya sea por “el dejar hacer” (*laissez-faire*) que pronto degenera en anarquía y caos; o bien, movido por cierto afán protagonístico y ganas de intervenir en todo, que raya en el autoritarismo. Todo se decide desde arriba y en forma autocrática, sin la más mínima participación y diálogo con los implicados en la decisión, fomentando la sumisión ciega y servil. Cuando la autoridad es suplantada por el ansia del poder, entonces, se empieza a hacer ostentaciones de autoritarismo marginando e incluso humillando a quien se atreva a criticar o cuestionar su ejercicio, apelando casi siempre a un comportamiento arbitrario. Naturalmente las instituciones sometidas al vaivén del arbitrio del directivo de turno, a la larga, se verán afectadas negativamente.

Un directivo que necesite acudir a sentar autoridad y hacer alardes de poder, escudándose en interpretaciones sesgadas o amañadas de los estatutos y reglamentos, en esa precisa medida su autoridad se irá tornando más despótica, más autoritaria y, por lo mismo encontrará más resistencia y oposición. Para imponerse, entonces, recurrirá a la lógica de la obediencia y de la sumisión callada más que a la lógica de una responsabilidad compartida. El directivo autoritario tiende a apoyarse en el *poder coercitivo* cuando teme que

no obtendrá su misión. Entonces, controla a los demás por medio del miedo y el enfoque de la “mano dura”, que pocos defienden en público pero muchos están dispuestos a usar cuando se sienten amenazados y lo juzgan conveniente y parece funcionar en determinados momentos. Pero su eficacia es mera ilusión. Pronto descubrirán que su control es reactivo y temporal, porque el poder coercitivo impone una carga psicológica y emocional tanto a los líderes como a sus seguidores: alienta la sospecha, la adulación, la mentira, la deshonestidad y, a largo plazo, la disolución. El directivo autoritario crea, entonces, un descontento que frecuentemente no sale a la superficie del grupo, pero sí provoca malestar y cierta agresividad latente y represada.

En el otro extremo está el directivo permisivo y blando que vive su liderazgo bajo el *laissez-faire* (dejar hacer). Mucha gente prefiere este estilo de autoridad porque les resulta más conveniente y útil para sus intereses personales; pero para las instituciones y colectivos viene a ser fatal en la realización de sus propósitos y el cumplimiento de su misión. Cada vez se reconoce más que las relaciones basadas en el *poder utilitario* conducen a menudo al individualismo y no al trabajo en equipo y a la eficacia del grupo.

Y como la virtud está en el medio, entre esos dos extremos de concebir y encarnar la autoridad debe haber un tercero, que es el *poder centrado en principios*⁸, la autoridad concebida como un servicio a una causa común y una responsabilidad compartida con los integrantes de dicha comunidad. Ejerce el liderazgo promoviendo el sentido de responsabilidad compartida o corresponsabilidad del grupo, haciéndolo

partícipe tanto en el análisis de las situaciones y de los problemas como en las decisiones que se juzguen conveniente tomar, a sabiendas de que el bien aceptado por todos se obtiene con mayor rapidez y facilidad.

Tendrá más autoridad quien esté más a la disposición de los demás, tenga vocación de servicio y el respaldo del saber y de una vida honesta. Lo ideal en un grupo humano –en este caso la universidad– es que la autoridad administrativa y de gestión (*autoridad deontológica*) coincida con la autoridad epistemológica (la del saber) y con la autoridad moral (la de la probidad y transparencia de vida), y así lograr una autoridad real y no puramente nominal.

Quien tiene la autoridad real se espera que sea también un líder. Y líder es quien siempre va adelante, quien toma iniciativas. Los proyectos por sí solos no se realizan si detrás de ellos no hay alguien provisto de iniciativa para ponerlos en marcha. Además, debe ser una persona con creatividad. De la creatividad surgen las ideas, esas ideas que no solo sirven para poner en marcha los proyectos, sino también para hallar el mejor modo de encontrar soluciones a los problemas. Por eso, otra característica fundamental de un buen líder es la capacidad de abordar de un modo directo los problemas que surgen a cada instante, lo mismo que la capacidad de afrontar los errores propios o de la institución. Aprender de los errores que se cometen y sacar de ellos una lección para poner en práctica en el futuro. Finalmente, de un líder se espera que tenga una capacidad de trabajar en equipo, de crear un buen ambiente de trabajo, de infundir mística y entusiasmo por el trabajo, de mostrar poder de convicción y arrastre. El

poder es algo que se impone; la autoridad algo que se reconoce. Y se reconoce porque los colaboradores aprecian en su jefe su inteligencia, su honestidad, su sentido común, su integridad y, sobre todo, porque perciben que es alguien en quien se puede confiar.

Ética y docentes

Sin ninguna duda, el estudiante es el centro y el eje fundamental del sistema educativo. No obstante, el docente juega un papel vital en dicho sistema, no solo como agente que contribuye en la tutela y desarrollo del patrimonio científico, cultural y humanístico mediante la investigación y la enseñanza, sino también, porque él es quien, a la hora de la verdad, está en contacto directo con el educando, quien más puede influir y dejar una huella significativa en la vida del estudiante, sobre todo, si no se ha contentado con ser un simple profesor sino que ha llegado a ser realmente un maestro. Es inevitable que en el proceso enseñanza-aprendizaje los estudiantes se vayan identificando con alguno o algunos de sus docentes. Se sentirán particularmente atraídos por su personalidad o por sus dotes morales e intelectuales o por su éxito profesional.

Con toda razón, los lineamientos para la acreditación de la educación superior insisten en que, para el logro de los objetivos de la institución y de los programas, se cuente con el número adecuado de profesores, con niveles de formación apropiados y con la dedicación de tiempo suficiente que garantice la calidad de la formación que se imparte. La excelencia académica de un programa hace referencia directa al

perfil profesional buscado, a la pertinencia y relevancia de las estructuras curriculares, a la calidad de la relación docente-estudiante, al nivel de capacitación y pericia pedagógica del profesor, a la coherencia y alto grado de eticidad entre lo que se enseña y se vive. Un profesor de X facultad no podrá garantizar su calidad como docente mientras no posea el propósito de la excelencia, de sobresalir en el dominio en de su especialización, la mística de la disciplina que enseña, el hábito del estudio, el amor por la ciencia y la investigación y un sentido agudo de justicia y objetividad al evaluar el proceso de aprendizaje de sus alumnos. Por esta razón, institución universitaria que se respete debe tener criterios serios y objetivos de selección de sus docentes y procedimientos de capacitación y mejoramiento.

No se debe olvidar que la primera tarea que tiene el docente ha de ser la de educar. Educar (del latín *educere* = *sacar desde dentro*) significa contribuir a sacar de adentro, a extraer del adentro del individuo todo ese cúmulo de virtualidades y posibilidades que el ser humano posee en estado germinal. Por eso, no se puede confundir educación con instrucción. A veces, damos por aceptado el hecho de que la educación es simplemente un proceso de transmisión de conocimientos, y nada más. Lo cierto es que ya desde los griegos presocráticos la educación hacía referencia a dos fenómenos diferentes pero correlativos: el primero, el básico, era la formación integral del hombre, la formación de su carácter, la consolidación de su estructura personal, de suerte que el formando adquiriera una personalidad armoniosa e hiciera crecer en él todo ese cúmulo de posibilidades que posee en estado germinal, que fuera capaz de asumir en forma

responsable la construcción de su propio destino y supiera resolver los problemas que el diario vivir le va presentado; el segundo, menos importante que el primero, se refería a la transmisión de los conocimientos técnicos, pragmáticos, científicos y filosóficos, que hacían de ese hombre un ser capaz de producir bienes y servicios en favor de la comunidad.

Por ello, la educación no puede medirse por la sola acción de informar, de poner en conocimiento algo (de instruir) sino por la capacidad de despertar y liberar, de persuadir, convencer dando razones. La gran potencialidad y diversidad de facultades que le permitan al educando crear y descubrir valores y metas significativas que le den una dirección y un sentido a su vida, hacer un proyecto vital, encarar los problemas y contratiempos de la existencia humana, valorar las personas y las cosas, interactuando con los demás, con la sociedad, con la misma naturaleza⁹.

El excesivo culto al valor de la racionalidad, derivado de la filosofía cartesiana, ha llevado a privilegiar en el sistema educativo la formación del intelecto mediante la instrucción, descuidando o dándole escasa relevancia a la formación de la voluntad –entendida como el apetito racional del bien y la facultad que permite al hombre orientar deliberadamente su vida hacia fines buenos para sí y para la sociedad–, lo mismo que la formación de su sensibilidad –sentimientos y emociones– que también es educable por medio de la estética¹⁰.

El proyecto educativo institucional ciertamente tiene que diseñar un plan curricular de estudios, ajustado a lo fundamental de los programas que ofrece, que implica una articu-

lación armónica y dosificada de asignaturas y contenidos que los alumnos han de adquirir mediante un trabajo disciplinar y metódico para su formación intelectual, de tal forma que se le enseñe al joven a apropiarse de un saber determinado, a descubrir que el conocimiento debe ser fundamentalmente útil. Por lo mismo, no debe enfatizarse una apropiación memorística del saber, sino que hay que enseñar a pensar con rigor, que el muchacho “se atreva a pensar” (*aude sapere*), a ser crítico y creativo, a discernir y juzgar, a decidir y asumir responsabilidades, que no se extinga en él la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación, de curiosidad, de resolver problemas.

En general, nuestra enseñanza ha girado alrededor de transmitir información en lugar de cuestionar y problematizar. Jean Piaget, el hombre que revolucionó la educación, proponía que para estimular el desarrollo del pensamiento debemos plantearle al estudiante problemas, conflictos y dilemas, o mostrarle las contradicciones en su propia forma de pensar, para desestabilizar sus formas de pensamiento y obligarlo a crear nuevas estructuras mentales, más complejas. Nuestros contenidos curriculares casi siempre provienen de las respuestas que dieron científicos, filósofos y pensadores a problemas importantes, pero nos quedamos solo con las respuestas sin estimular las preguntas. Dentro de la lógica de la pregunta importa enseñarle al joven a dudar, incluso a ser escéptico, a no tragar entero, no solo de lo que dicen los demás sino aún de sus propias aseveraciones. La educación que privilegia el contenido, y no la pregunta, no se preocupa por enseñar a dudar, pues muchas veces nos contentamos con la solución que se les ocurrió a otros.

Además, habrá que diseñar un plan para ese otro currículo invisible que propicie su formación estética y su talante ético. No cabe duda que el cultivo del sentido y de los valores estéticos lleva al ser humano al mejoramiento de su vida y de su entorno y a la exaltación de su dignidad. Sabemos que la belleza es un valor trascendental y una necesidad fundamental del alma humana que, al mismo tiempo, abre los ojos y el camino a valores más altos: los éticos y religiosos.

Esa confusión que existe de reducir la educación a la mera transmisión de conocimientos (instrucción = formación de su intelecto) quizás explique el fenómeno de la corrupción, tan en boga hoy en día en las élites profesionales y en los diversos campos de la actividad humana. Quienes han recibido una educación superior para lo superior, en no pocas ocasiones dejan mucho qué desear en el ejercicio de su vida profesional al ser protagonistas de escandalosas actitudes anti-éticas. Por eso, la educación debe ser ante todo de la voluntad, para que esta se ejercite y se empeñe en hacer el bien y ser virtuoso. Educar es formar, y formar es dar una forma, una estructura sólida y estable, de suerte que dure toda la vida y cuyas características más evidentes son la libertad y serenidad de espíritu, la facilidad y el gusto para hacer el bien, el sentido agudo de justicia y equidad, de solidaridad, de moderación en todo y una buena dosis de sabiduría. Con toda razón se ha dicho que la ética es la estética del espíritu, la belleza espiritual de una persona.

Por otra parte, la educación, en su función socializadora, debe reforzar las actitudes que le permitan al individuo vivir en comunidad, transmitir y propiciar los valores en

un clima social deseable y reavivar la conciencia de que “lo social” prima sobre “lo individual” y que todo lo que se puede calificar como: bienes materiales, morales, intelectuales, espirituales debe estar siempre al servicio de los demás, tiene una función eminentemente social¹¹.

El empeño educativo ha de cifrarse fundamentalmente en el aprendizaje para ser persona: *aprender a ser*, en gestión continua y siempre inacabada. La elaboración del ser solo termina con la vida misma: siempre habrá algo que aprender, valores que descubrir, principios y conocimientos que espigar. *Aprender a hacerse*, que conlleva y exige *aprender a crear*: educar para despertar la capacidad de invención, de imaginación a crear y de recrear las cosas, de ser parte de la solución y no del problema. *Aprender a comprender*, a ponerse “en el pellejo” de la otra persona y a ver las cosas y los acontecimientos en su contexto vital. *Aprender a adaptarse*, en la plasticidad necesaria de las situaciones variables del diario vivir. La educación debe ayudarle al joven a *aprender a convivir con los demás*, esto es, tomar conciencia que la educación no puede ser enseñanza para vivir solo en su propia e íntima individualidad, carente de todo nexo con la sintaxis colectiva¹¹. Aprender a “con-vivir”, a “con-versar” que significa “estar unidos”. La paradoja de nuestros tiempos, tan ricos en congresos, foros, asambleas, simposios, mesas redondas, reuniones: ¡vivimos “re-unidos”, pero muy poco unidos!¹².

La misión que la Unesco le asigna a la educación dice que debe estructurarse y cimentarse en torno a cuatro pilares, cuatro aprendizajes fundamentales: *aprender a conocer*, es

decir, adquirir los instrumentos para la comprensión: entender mejor las múltiples facetas del entorno, el lenguaje y las categorías propias de la profesión que se eligió, favorecer el despertar de la curiosidad intelectual, estimular el juicio crítico y la autonomía del pensamiento; el segundo pilar, *aprender a hacer*, es decir a poner en práctica los conocimientos adquiridos y así influir positivamente en la sociedad; el tercer pilar; *aprender a vivir con los demás* para participar y cooperar con los otros en una convivencia deseable.

La educación en esta área tiene una doble tarea: enseñar la diversidad de la especie humana y contribuir con una toma de conciencia de las semejanzas y la interdependencia entre todos los seres humanos. La historia de la humanidad siempre ha sido conflictiva. Hay que enseñar a los jóvenes a aceptar la alteridad y a hacer frente, mediante el diálogo y el intercambio de argumentos, a las inevitables tensiones y problemas que se dan en la convivencia de cualquier grupo humano. El último pilar, *aprender a ser*, recoge los elementos de los tres anteriores. La educación debe contribuir al desarrollo global de cada persona: cuerpo y mente, inteligencia, sensibilidad, sentido estético, responsabilidad moral y crecimiento espiritual.

En conclusión, el quehacer universitario debe estar centrado fundamentalmente en la producción de conocimientos y en la formación integral de los educandos, de tal suerte que su labor redunde en beneficio de la comunidad y de su entorno social. Para ello, es necesario imprimir en todos ese talante ético, porque la experiencia demuestra que sin

normas éticas universalmente obligantes, las naciones se ven abocadas, por acumulación de problemas, a una crisis colapsante, es decir, a la ruina económica y desmoronamiento social y político; que la política, sin ese talante ético engendra, por generación espontánea, corrupción, anarquía o represión; que un manejo de la economía sin principios éticos produce miseria y atraso y, por lo mismo, injusticia para las grandes mayorías; que una sexualidad vivida sin ética deshumaniza al ser humano y lo torna esclavo de sus instintos; que si las universidades se limitan a enseñar ciencia y tecnología corren el riesgo de formar bárbaros científicamente competentes que, formados sin principios éticos, constituyen los tipos más peligrosos de la especie humana, ya que pueden prestar su inteligencia y su preparación científica al servicio de causas innobles y deshumanizantes.

Notas

- ¹ La palabra ética parece derivar de las palabras griegas (*ethos*, escrito con epsilon) que significaría costumbres, y haría referencia especialmente a los usos, ritos, hábitos que son parte del patrimonio de un grupo humano y que se imponen al individuo, y *ethos*, escrito con eta) que significaría morada o domicilio habitual y que, por extensión y en sentido figurado significaría carácter, modo de ser personal.
- ² “Siembra un pensamiento, cosecha una acción; siembra una acción, cosecha un hábito; siembra un hábito, cosecha un carácter; siembra un carácter, cosechará un destino”, reza un proverbio americano.
- ³ Algunas de las ideas aquí desarrolladas están inspiradas en el libro de Adela Cortina. *Ética de la empresa, claves para una nueva cultura empresarial*. Editorial Trotta, Valladolid, 1994.

- ⁴ Cfr. El interesante estudio de Oscar Diego Bautista (2009). *Ética para corruptos*. Madrid: Desclee. Donde analiza detalladamente los distintos factores, causas y motivaciones que propician la corrupción.
- ⁵ La universidad, en cierta manera, es una creación de la cristiandad medieval, que ha sido posible, gracias a las escuelas de los monasterios y de las catedrales, que ya funcionaban con regularidad en el siglo XII.
- ⁶ Cfr. “Nueva concepción de la gestión” del art. “Organizaciones que aprenden” pag. 199ss del tomo II Informes de comisionados 1 de la Comisión de sabios, Imprenta Nacional, 1995.
- ⁷ Cfr. Bochenski J.M. O.P. (1979). *Qué es la autoridad?* Barcelona: Biblioteca Herder.
- ⁸ Las causas por las cuales se sigue a los líderes son varias y complejas, pero las podemos examinar desde tres perspectivas diferentes, cada una de las cuales tiene distintas raíces motivacionales y psicológicas. En un nivel las personas siguen a los líderes por miedo: temen lo que les pueda ocurrir si no hacen lo que se les pide. A esto se le puede llamar *poder coercitivo*. Un segundo nivel de respuesta indica que se sigue a los líderes por los beneficios que se pueden obtener de ellos. Este podría llamarse *poder utilitario*. Hay un tercer nivel de respuesta, diferente en calidad y grado a los dos anteriores: el que se basa en el poder que algunas personas ejercen sobre otras porque estas últimas tienden a creer en ellas y en lo que están tratando de llevar a cabo. Son personas en las cuales se confía y a las cuales se respeta y se honra. Es *el poder centrado en principios*. Cfr. Stephen R. Covey (1995). *Liderazgo centrado en principios*, pp. 131-141. Barcelona: Paidós. Cfr. etiam Santo Tomás *De Regimine principum* I, 1.
- ⁹ Cfr. Ricardo Zornosa. (1995). Colombia educadora. En *Educación para la democracia y las competencias*, tomo 2. Educación para el desarrollo. Informes de Comisionados II. Imprenta Nacional.
- ¹⁰ Cfr. Daniel Goleman (1996). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Javier Vergara. Donde demuestra que la inteligencia emocional nos permite tomar conciencia de nuestras emociones, comprender los sentimientos de los demás, tolerar las presiones y frustraciones que soportamos en el trabajo, acentuar nuestra capacidad de trabajar en equipo y adoptar una actitud empática y social.

- ¹¹ El editorial de *El Espectador* del 13 de enero de 1997, “Hay que desentrañar la Universidad”, hace un juicio crítico del papel de la universidad en el prospecto político de la nación, casi como si hubiera un deliberado propósito de mantenerla de espaldas al país:

Hoy nuestra universidad, la pública y la privada, —escribe el editorialista— hay que decirlo sin temor al escándalo, se aleja cada día más del país, y los universitarios son cada vez más ajenos a la suerte de la nación. Y la universidad no hace nada, tampoco, por atraerlos hacia el conocimiento exacto y deliberante del país... Del manejo del Estado, en su acepción ideológica y moral, nuestros jóvenes universitarios parecen vegetar fuera de Colombia. Nada en ese aspecto les interesa, nada los convoca, nada los mueve ni mucho menos los preocupa.

- ¹² Cfr. Alfonso Borrero Cabal. Más allá del currículo. *Conferencia XXIII del Simposio Permanente sobre la Universidad*. Ver sobre todo “aprender” del Currículo oculto.

Responsabilidad de un rector y demás directivos

Tras más de treinta años de trabajo en el campo de la educación superior ejerciendo oficios de profesor, director de bibliotecas, decano de división, decano académico en la modalidad abierta y a distancia, secretario general, vicerrector académico y rector en las sedes de Bogotá, Bucaramanga y Tunja, he considerado como interesante reflexionar sobre la responsabilidad que tiene un directivo.

Y comienzo por la responsabilidad de un rector, pues he sido elegido para desempeñar este cargo en las seccionales de Tunja y Bucaramanga, y otra vez como vicerrector académico general, acompañando al rector de ese entonces de la sede principal algo va aprendiendo uno de lo que significa la responsabilidad de asumir este oficio mi reacción inicial siempre a sido la de declinar tales nombramientos. Quienes me conocen saben que soy renuente a aceptar algunos cargos de responsabilidad, que a juicio de mi con-

ciencia aparecen como algo que excede mis fuerzas, porque soy consciente de mis limitaciones y porque considero que hay hermanos mejor preparados y con más carisma para el desempeño de estas responsabilidades. Quizá esté marcado por aquel sabio consejo de inspiración bíblica que Santo Tomás daba a un joven estudiante: “mide tus fuerzas y no pretendas cosas que están por encima de tu capacidad”. No se trata de hacer alardes de una falsa modestia, sino de andar en la verdad. Después de madura y serena reflexión, confiando en el apoyo real que muchas personas siempre me han ofrecido, lo mismo que contando con la ilusión y posibilidad de trabajar en equipo, pero sobre todo, contando con la ayuda que viene de lo alto, cuyo poder se despliega en la debilidad humana, he decidido aceptar tales nominaciones.

A todos nosotros nos ha tocado vivir en una sociedad en crisis y riesgos permanentes, en una civilización en transformación continua, con cambios acelerados en todos los órdenes, esto ha incidido en el sistema educativo. Así mismo, desde hace más de una treintena de años ha venido surgiendo un nuevo paradigma de la educación superior, según el cual las universidades deben servir primordialmente a la sociedad para fomentar la producción del conocimiento y suministrar recursos humanos cualificados, de suerte que se fortalezca la economía de los pueblos y se garantice una mejor calidad de vida para todos los ciudadanos. En este mundo en permanente mutación, la educación se ha convertido en un pasaporte esencial para el progreso individual y social. Por eso, con toda razón se ha dicho que “la educación encierra un tesoro” y que ella es la “fuerza

del futuro”, puesto que constituye uno de los instrumentos más poderosos para construir un mañana viable y deseable.

Afortunadamente he encontrado seccionales bien posicionadas ante la sociedad, con una excelente planta física, y con profesionales con sentido de pertenencia con la Institución, empeñados en que los programas académicos que ofrece la Universidad obtengan el registro de alta calidad, y así poder responder a los requerimientos de lo que debe ser una universidad hoy en día y a los desafíos que demanda la construcción de una “nueva” sociedad que no sea excluyente y fragmentada sino que viva bajo los principios rectores de la primacía del interés colectivo, que viva y enseñe una ética de la inteligencia y de la responsabilidad social.

Como resultado de vivencias y reflexiones personales, de mis lecturas, de coloquios y proyectos compartidos con los colegas de trabajo, quisiera compartir con ustedes la idea que tengo sobre lo que debe ser una universidad, reflexión centrada en torno a los tres grandes ejes o razones fundantes del ente universitario, vale decir, su relación con el conocimiento, con la formación integral del estudiante, y su impacto en la sociedad. La universidad es el lugar adecuado donde, mediante la investigación, se empujan las fronteras del conocimiento en todos sus órdenes; el lugar apropiado donde se adquieren las competencias básicas para el ejercicio de una profesión y donde se contribuye en la formación integral de las nuevas generaciones para la carrera de la vida.

Cuanto quisiéramos parecernos a las mejores universidades del mundo que tienen reputación internacional, porque

se caracterizan por la enseñanza que ofrecen, por las ideas innovadoras que generan, por la abundante investigación básica y aplicada que producen, por la sólida base financiera que tienen y la diversidad de fuentes de ingreso, que se convierten en polo de atracción para los mejores estudiantes, el mejor personal docente y administrativo, porque quieren formar profesionales competentes que impacten en el crecimiento económico de la región y en la transformación del ente social de su entorno, de suerte que se vaya disminuyendo la pobreza, la desigualdad y la exclusión social que padecen tantos hermanos nuestros.

Hay que anotar que la universidad se define por la relación que guarda la comunidad académica con el saber y con una de sus formas específicas, el conocimiento científico. Una institución universitaria no es concebible sin ese *amor sciendi*, sin ese deseo y voluntad de saber, sin esa pasión por el estudio y la investigación, si no se concibe como un espacio privilegiado donde se crean condiciones favorables que hacen viable la búsqueda y comprensión de la verdad, donde lo normal es que se dé una formación sólida de la vida intelectual, el respeto a las ideas ajenas y una ética de la inteligencia. Para ello es preciso no apagar el deseo y la voluntad de saber que traen los estudiantes y que tienen los docentes, de desentrañar y descifrar la verdad de esos misterios insondables acerca del mundo, del hombre y de Dios, saber por qué existimos y hacia dónde nos dirigimos.

Matriculémonos, pues, en la escuela de los grandes buscadores de la verdad, como lo fueron Alberto Magno y To-

más de Aquino, que no se resignaron a vivir sin dar una respuesta exhaustiva a tantas preguntas que el ser humano se plantea y anduvieron errantes durante años en la búsqueda de la verdad hasta que la encontraron y la comunicaron. La verdad que exige respeto, humildad, búsqueda paciente y perseverante, ya que ella no se deja encontrar fácilmente. Quien busca la verdad con pasión y perseverancia, algún día disfrutará de lo que San Agustín llamaba el *Gaudium de veritate*, “El disfrute de la verdad encontrada”. Esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. No obstante, hay que tener conciencia que solo se logrará después de mucho tiempo, y de un modo fragmentario, y con la posibilidad de cometer muchos errores. Y aunque uno se oponga con firmeza al engaño, al error y la mentira, hay que estar pronto a reconocer cuanto de bueno, noble, hermoso y verdadero hay en la opinión ajena, porque “la verdad, no importa quién la diga, procede del Espíritu Santo” (Santo Tomás).

Esta *diakonía* o servicio a la verdad se traduce en la vida universitaria en algunas exigencias bien precisas:

1ª. *Aprender a pensar con rigor*, el famoso lema de la Ilustración *Aude sapere*, “Atrévete a pensar” nos puede también servir de *leitmotiv* en la labor académica. La universidad ha de ser la escuela en donde se enseña y se aprende a pensar con cierto rigor, a comprender el pensamiento complejo y a asumir el riesgo y la incertidumbre, a develar los sofismas del lenguaje al cual se echa mano como gran instrumento de manipulación de las conciencias. A este propósito, Tomás de Aquino era excesivamente respe-

tuoso con la razón humana y sus exigencias de claridad y profundidad; nada de afirmaciones gratuitas, es decir, sin dar razones y sin una argumentación seria, donde todo aparezca bien articulado, bien ensamblado y construido, como las catedrales góticas de su época. Amaba la verdad como se tiene amor por una persona. Por eso, él es sinónimo de apertura a lo real, la voluntad de ver las cosas como son, sin mistificarlas ni falsearlas, de acoger migajas de verdad que en cualquier persona o ideología se manifiesten, convencido como estaba de que la verdad no puede ser contraria a sí misma y que toda visión parcial tiene que encontrar su lugar en una visión integral. ¡Qué gran maestro del pensamiento es nuestro patrono titular!

2ª. Como consecuencia de lo anterior, la universidad debe ser el ámbito propicio donde se enseñe y se aprenda *un sano espíritu crítico*. No se trata de fomentar la crítica desenfrenada y despiadada que goza únicamente destruyendo sin aportar nada, sino de tener valor para someter a examen y a prueba las cosas que recibimos y las afirmaciones que hacemos o solemos escuchar. Un espíritu crítico así, no se contenta con negar sino que busca la verdad, pues el hombre no está hecho para la duda, sino para la certeza. El sano espíritu crítico implica también, y sobre todo, dejarse criticar y cuestionar, someter a la valoración crítica de los demás el propio trabajo, lo cual exige grandes dosis de humildad y un honrado deseo de mejorar.

3ª. Ese servicio a la verdad implica *investigar, innovar, ir más allá, superar fronteras*. ¿Por qué tenemos que vivir del pensamiento, de la ciencia, de la investigación que se

desarrolla en otras partes y preferimos convertirnos en meros espectadores y consumidores del conocimiento generado en otras latitudes? La labor académica no debe limitarse a la mera transmisión de conocimientos ni ir nunca a remolque, esperando las novedades que otros producen, sino que tiene que ser pionera en la investigación, a sabiendas de que cuanto más se investiga, más se aporta a la sociedad. La universidad no puede sustraerse a las actuales exigencias sociales, encerrándose en una especie de torre de marfil, ni puede obedecer ciegamente a las exigencias del mercado, dejando de lado su tarea fundamental de pensar la sociedad, de comprometerse solidariamente con los intereses de la colectividad, de intervenir responsablemente en la solución de sus problemas, en producir conocimiento significativo para las comunidades académicas.

4ª. La función de formación que cumplen las universidades es *un servicio público*. Quienes acceden a ellas pueden y deben exigir que se les brinde un espacio vital que garantice, amén de su capacitación profesional, su formación integral y el desarrollo de las distintas competencias para la apropiación de los saberes específicos de la profesión que escogieron, las competencias laborales y las competencias ciudadanas, de tal suerte que dichos conocimientos, actitudes, habilidades y valores hagan del estudiante un ser capaz de obrar autónoma y responsablemente en su campo profesional. Cada institución de nivel superior debe estar animada por un proyecto pedagógico que implique formar a quienes pasan por ella durante un trayecto de sus vidas, de prepararlos para esta. Esa es una de las notas características de la filosofía educativa subyacente en el PEI de la Uni-

versidad Santo Tomás, pues somos conscientes de que, ante todo, debemos ayudar al joven a formarse a sí mismo como hombre. Formarse significa ascender en humanidad, llegar a ser en plenitud, dar forma a las disposiciones y capacidades naturales que subyacen en estado germinal. Educar es, en cierta medida, ayudar a ser, a que cada uno asuma y tome en serio el hecho de construir su propio destino y de llegar a ser material y espiritualmente útil a los demás. La universidad debe formar a sus educandos para la vida, hacer del hombre un animal ético, contribuir a la formación de un nuevo ciudadano, mucho más preocupado por el interés colectivo, en ocasiones suplantado por intereses privados personales o grupales.

La universidad no debe ser simplemente una institución que produce profesionales de distinto orden para incorporarlos al mercado laboral ni tampoco ha de regirse, como cualquier otra empresa, por criterios de eficiencia y rendimiento económico, por muy necesarios que estos sean. ¿Qué clase de universidad sería aquella que se limita a la mera capacitación profesional e ignora que lo importante es formar al hombre en todas sus dimensiones, para hacerle frente a los retos y desafíos que la sociedad y su proyecto de vida le irán planteando, o aquella universidad que elimina como superfluas las grandes cuestiones de la existencia humana acerca de Dios, el sentido de la vida, la muerte, el sufrimiento, el amor, la justicia, la paz? Es preciso tener el coraje de plantear grandes preguntas que afectan el sentido de la vida y el porqué y el para qué de las cosas. Se trata de tener la mira puesta más en los fines que en los medios. Paul Ricoeur, el infatigable buscador del sentido de las cosas, hace

un diagnóstico implacable del mal de nuestro tiempo: “hay una hipertrofia de los medios y una atrofia de los fines”. Hay demasiados medios para los escasos y raquíticos fines que se proponen en nuestra sociedad. Tenemos mucha información, sabemos más, pero esta información no nos hace más sabios, ni por tanto, mejores. Una sociedad que olvida los fines, por ejemplo en el campo de la educación, y se vuelca hacia los medios, corre el riesgo de perder su brújula y no saber hacia dónde debe encaminar sus esfuerzos.

Un factor, que me parece imprescindible, es que quienes conforman el equipo de directivos tengan, además de las competencias requeridas para el ejercicio del oficio, disposiciones y voluntad de trabajar en equipo, y no con una mentalidad de islas, cada uno por su lado, que se sientan comprometidos de corazón en esta noble pero difícil empresa del conocimiento y de la formación del capital humano que la sociedad demanda y le confía a la institución, de suerte que nuestros egresados sean capaces de contribuir de manera efectiva y ética a la solución de los problemas de la región y del país. En el fondo, se trata de una responsabilidad compartida, que implica confianza en el otro y de ejercer el oficio *full time*, con dedicación exclusiva y, hasta con una buena dosis de humor que haga más llevadera la tarea. La responsabilidad es compartida, en la que el rector aparece como una especie de director de orquesta, que lleva la batuta para que nadie desentone sino que cumpla con la función encomendada.

Otro asunto que considero importante para el buen funcionamiento de la universidad es que, ojalá, los nombramientos de los altos directivos se hagan preferiblemente a finales de

año y su posesión se dé al comienzo del año lectivo, para así garantizar la continuidad y facilitar el empalme con los anteriores directivos, de suerte que no genere traumatismos que afecten tanto la academia como la gestión administrativa-financiera. Igualmente, que se respeten los tiempos constitucionales de los cargos para los cuales han sido nombrados dichas personas.

Por eso, hay que propiciar un clima organizacional lo más óptimo posible, en donde cada quien se sienta a gusto cumpliendo con sus respectivos roles y pongan de manifiesto su sentido de pertenencia con la institución. Entonces hay que cultivar la aptitud para la empatía, la amabilidad y la benevolencia, el diálogo y el respeto con las personas que comparten nuestra vida cotidiana y aún con las personas desconocidas con quienes nos cruzamos a diario o visitan la Universidad; de ser cercano a todos, vencer la tentación de prejuzgar y descalificar a los demás, deponer toda arrogancia y desconfianza mutua, abandonando prejuicios y no dar crédito a chismes, rumores o informaciones inexactas; no hay que dejarse llevar por los prejuicios, porque estos casi siempre seleccionan la información y lo único que hacen es privilegiar tan solo a lo que corrobora el prejuicio; no precipitarse en criticar a los demás viendo siempre lo negativo, sino ver y analizar las cosas y los acontecimientos en su propio contexto, y aprender a valorarnos y apoyarnos mutuamente¹.

Un directivo que necesite acudir a sentar autoridad y hacer alardes de poder, escudándose en interpretaciones sesgadas o amañadas de los estatutos y reglamentos, en esa precisa

medida su autoridad se irá tornando más despótica, más autoritaria y, por lo mismo encontrará más resistencia y oposición. Para imponerse, entonces, recurrirá a la lógica de la obediencia y de la sumisión callada más que a la lógica de una responsabilidad compartida. Ciertamente es alguien que tiene autoridad, pero que la ejerce persuadiendo más que ordenando o imponiendo, en la que la relación con los demás está marcada por la voluntad de servir.

El directivo autoritario tiende a apoyarse en el *poder coercitivo* cuando teme que no obtendrá sumisión. Entonces, controla a los demás por medio del miedo y el enfoque de la “mano dura”, que pocos defienden en público, pero muchos están dispuestos a usar cuando se sienten amenazados y lo juzgan conveniente, y parece funcionar en determinados momentos, pero su eficacia es mera ilusión. Pronto descubrirán que su control es reactivo y temporal, porque el poder coercitivo impone una carga psicológica y emocional tanto a los líderes como a sus seguidores: alienta la sospecha, la adulación, la mentira, la deshonestidad y, a largo plazo, la disolución. El directivo autoritario crea un descontento que frecuentemente no sale a la superficie del grupo, pero sí provoca malestar y cierta agresividad latente y represada. Mejor tener en cuenta aquella sentencia latina: *fortiter in re, suaviter in modo* “con firmeza en los propósitos y con suavidad en el modo”, o como decía Lacordaire: “ser tierno como una madre y duro como un diamante”.

Por otra parte, como observa Edgar Morin “cada vez estamos más obsesionados por el éxito, por los resultados, el rendimiento y la eficacia, yo añadiría por la imagen que uno

quiere proyectar o aparentar, cosa que hipertrofia el carácter egocéntrico de los individuos”². Se nos olvida que andar en la verdad, la calidad y la calidez humanas son más importantes que la misma imagen personal o institucional que uno pretende proyectar o aparentar.

Finalmente, hay que pedirle a Dios el don de la sabiduría, tal como lo hacía el rey Salomón: “Dame, Señor, la sabiduría asistente de tu trono, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato” (*Libro de la Sabiduría*, c. 9). Sinceramente, sin este don uno se da cuenta de que se queda sin guía, como privado de esa estrella polar que oriente las opciones fundamentales de la existencia. La sabiduría es como una lámpara que ilumina nuestras opciones de todos los días y nos conduce por el camino recto.

Notas

- ¹ Vale tener en cuenta el mensaje del 22 de diciembre del 2014 del Papa Francisco a la Curia Vaticana sobre “las 15 enfermedades que nos amenazan”: 1. De sentirse inmortal e inmune; 2. De la excesiva laboriosidad; 3. De la fosilización mental y espiritual; 4. De una planificación excesiva y del funcionalismo; 5. De la mala coordinación; 6. Del Alzheimer espiritual; 7. De la rivalidad y la vanagloria; 8. De la esquizofrenia existencial; 9. De los chismes y la murmuración; 10. De divinizar a los jefes; 11. De la indiferencia hacia los demás; 12. De la cara de funeral; 13. De la acumulación; 14. De los círculos cerrados; 15. Del beneficio mundano y del exhibicionismo.
- ² Edgar Morin (2011). *La vía para el futuro de la humanidad*. (p. 246). Barcelona: Editorial Paidós.

El papel del docente en el sistema educativo

Quiero centrar esta reflexión en el papel vital que ustedes como profesores juegan en el proceso enseñanza-aprendizaje del sistema educativo. Sin ninguna duda, el estudiante es el centro y el fundamento del sistema educativo. El PEI de la Universidad afirma que el estudiante constituye la razón de ser de los esfuerzos institucionales. Esto en consonancia con el pensamiento de Santo Tomás, quien sostiene que cada persona es el principal agente responsable de su proceso de formación¹. No obstante, sabemos que otros agentes o factores inciden positiva o negativamente en este proceso.

Sin embargo, el educador juega un papel fundamental, aunque subsidiario, “ministerial” (*Minister naturae* diría Tomás), es decir, ayudar desde fuera, para que el educando se realice, vital y autónomamente desde dentro; debe contribuir, desde fuera, en la conservación y transmisión crítica del conocimiento, la cultura y los valores sociales a las nue-

vas generaciones y cooperar en la estructuración de la personalidad del joven que ha sido confiado a su labor educativa, contribuir al desarrollo integral del ser humano en su fase de crecimiento.

La compleja tarea de enseñar y formar en la educación superior plantea al profesor universitario el reto de ser un profesional docente, lo cual implica que requiere, además de la formación y actualización especializada en los saberes que enseña, una formación pedagógica y didáctica. La profesión de ser docente es diferente a la de abogado, arquitecto, ingeniero, odontólogo, entre otras, implica conocimientos especializados, vocación para ser maestro e investigador, tener identidad profesional y disciplinar, lo mismo que sentido de pertenencia institucional y claros criterios éticos para el ejercicio de la docencia. Su misión es formar a otros profesionales que el día de mañana serán sus relevos en el ejercicio profesional, además de formarlos para que sean personas capaces de producir bienes y servicios, tengan incidencia significativa en las transformaciones sustanciales de los entornos en los cuales actuarán y, así mismo, contribuyan al desarrollo del conocimiento de las ciencias mediante la investigación y la circulación del saber producido. La universidad ideal es un espacio de convergencia entre buenos docentes y buenos estudiantes.

En ocasiones, los estudiantes comentan de un profesor: “Maneja el tema, lo conoce, pero no lo transmite, no es claro y, más bien, nos enreda”. Mejor dicho, carece de recursos pedagógicos para despertar interés y mística por la materia que enseña. Sería terrible que los estudiantes dijeran de

uno: “sabe mucho; pero nada más”. Un caso similar sería el del profesor con mucha experiencia, pero que nunca cambia su discurso porque simplemente no renueva o recicla sus conocimientos y se aplica entonces a un aprendizaje memorístico.

El contexto actual reclama como una necesidad imperiosa que las universidades tengan más profesores con títulos de maestría y doctorado para que se complementen los factores que unen el saber, el enseñar y el investigar. No basta tener títulos a ese nivel si se carece de la necesaria capacitación pedagógica y didáctica. La calidad de la formación depende, en altísimo porcentaje, de la calidad de la docencia. De ahí que se requiera de una indispensable competencia pedagógica en quienes se han formado como profesionales y quieren ser docentes universitarios. Los buenos profesores forman a los buenos profesionales del mañana.

Se suele decir, con cierta crudeza, que la universidad está más preocupada por la transmisión de conocimientos que por la producción de los mismos, y que en ella se da demasiada enseñanza y poco aprendizaje e investigación. Menos enseñanza de clases magistrales y más aprendizaje significaría que el docente se convierta en una especie de acompañante, de recurso para que incentive un aprendizaje auto-gestionado en sus estudiantes. Así mismo, se suele decir que la enseñanza universitaria no es lo suficientemente profesional porque, por ejemplo, muchas veces no se exige a los profesores neófitos que dominen un acervo de conocimientos actualizados y pertinentes, ni que posean aptitudes pedagógicas antes de ingresar a la profesión de docente.

Basta para admitirlos que tengan el simple deseo de enseñar o cuenten con un buen padrino que los patrocine para formar parte del claustro de profesores. Sigue siendo poco corriente encontrar universidades en las que sea obligatorio el haber terminado una formación pedagógica y en las que la cátedra sea asignada por concurso y en razón del mérito del aspirante a docente.

La universidad tiene que trabajar con premura no solo en el mejoramiento de la calidad de sus programas, sino también en la calidad del profesorado, estimular la vinculación de profesores de tiempo completo o medio tiempo, establecer el concurso de méritos para el ingreso y la permanencia en la cátedra, implantar políticas de renovación generacional, brindar capacitación permanente y adecuados estímulos salariales a la productividad científica y académica, y auspiciar la cultura de la autoevaluación, entendida como un proceso de mejoramiento continuo.

Otro aspecto que es necesario tener presente es la importancia del contacto humano directo entre el estudiante y el docente, de suerte que este último se convierta en un factor activo que debe ser determinante para la calidad y los resultados del proceso enseñanza-aprendizaje, no solamente como alguien que contribuye en la tutela y desarrollo del patrimonio científico, cultural y humanístico mediante la investigación y la enseñanza, sino también, porque el docente es quien está más en contacto directo con el educando y quien, a la hora de la verdad, puede influir más significativamente y dejar una huella imborrable en el espíritu de aquel. La labor de un docente es brindar estímulo y aliento, incentivar a los jóvenes a

que confíen en sí mismos e inculcarles la confianza de tomar la iniciativa en la búsqueda del conocimiento.

Un buen maestro no es solo quien sabe enseñar sino, sobre todo, quien sabe escuchar y descubrir el potencial en estado germinal que subyace en sus estudiantes. Es inevitable que en el proceso de modelos de identidad, los estudiantes se vayan identificando con algunos de sus profesores, sobre todo con aquellos que han llegado a ser realmente maestros. Porque hay profesores y hay maestros: los primeros enseñan lo prescrito, lo asignado (asignaturas) y posiblemente lo hacen con honestidad, siendo puntuales, claros en sus explicaciones, exigentes y justos en las evaluaciones; los segundos son quienes descuellan por la sabiduría que emana de su personalidad, que transmite y contagia a sus estudiantes. La figura del maestro es decisiva, ya que quizá signifique el descubrimiento de una persona ejemplar a quien se admira y con quien se quisiera identificar.

Ya Aristóteles cuestionaba:

Cuál debe ser y cómo se ha de educar son temas que no se han de echar en el olvido; porque actualmente se discute sobre ello y no están todos de acuerdo sobre lo que deben aprender los jóvenes, tanto desde el punto de vista de la virtud como de la vida mejor, ni está claro si conviene más atender a la inteligencia o al carácter del alma (...) y no está claro en modo alguno si deben practicarse las disciplinas útiles para la vida o las que tienden a la virtud, o las utilitarias, ya que todas estas posiciones tienen partidarios (Aristóteles, *La Política*, 1337 a 34-42).

Maestro significa quien enseña y enseñar es comunicar conocimientos y promover actitudes. Es bastante más que la mera información de algo, de ahí la importancia de la figura del profesor. Un docente de una facultad no se puede conformar con enseñar, con dictar una materia. El maestro no enseña solamente una asignatura, unos contenidos o unos programas; enseña, además, una concepción de la disciplina o ciencia que instruye, una forma de mirarla, una filosofía de la vida. Mejor dicho, él se enseña a sí mismo, con sus palabras y con sus actitudes. La forma más eficaz de educar es el ejemplo, y lo más importante es la coherencia entre lo que se dice o enseña y lo que se hace. Es como una especie de sabio, porque este no es simplemente quien conoce muchas cosas y posee una gran erudición, sino que, además, ofrece un estilo de vida que es ejemplar y, por eso, llega a constituirse en un modelo humano atractivo, con fuerza, sugestivo, que incita a ser imitado.

De ahí que el verdadero maestro se convierta en una especie de tutor, de asesor, de orientador, de guía, un facilitador, un provocador de ideas y proyectos. El maestro diseña ambientes de aprendizajes, inculca la afición por el estudio y los hábitos mentales que incentiven el auto-aprendizaje, el espíritu crítico, creativo y emprendedor, indica el camino, señala alternativas y sugiere pautas de acción, sin substituir jamás a quien enseña. Es aquel personaje cuya palabra o presencia debe incitar a los estudiantes con quienes interactúa una respuesta estimulante y productiva.

Por otra parte, no hay que olvidar que la primera tarea que tiene ha de ser la de educar, es decir, contribuir con la

realización del joven universitario en todas sus facetas y dimensiones. Se trata de un proceso dinámico que debe conducir a extraer del interior del individuo todo ese cúmulo de virtualidades y posibilidades que el ser humano posee en estado germinal y que debe sacar a relucir para su proceso de realización personal.

Educar implica, instruir, formar, pulir y limar a alguien para que adquiriera una personalidad más armónica y estable, para que sea capaz de gobernarse a sí mismo y logre la anhelada madurez humana, cuyas características más evidentes son: la estabilidad de ánimo, el dominio de sí mismo, la libertad interior, la capacidad para tomar prudentes decisiones y la rectitud en el modo de actuar y de juzgar los acontecimientos y las personas. Además, que el discípulo aprenda a no hacer trampas, a respetar a los demás y a respetarse a sí mismo, a apreciar el sentido del trabajo y todos aquellos valores o virtudes que gozan de mayor estima entre los hombres, como son: la reciedumbre de espíritu, la sinceridad, la preocupación constante por la justicia, el sentido de equidad, los buenos modales, la moderación en todo, la voluntad constante de ser solidarios y demás valores que son específicamente humanos.

Por eso, no se debe confundir ni reducir la educación a la mera instrucción, a la simple capacitación profesional. A veces damos por aceptado el hecho de que la educación es simplemente un proceso de transmisión de conocimientos, y nada más. Lo cierto es que ya desde los griegos presocráticos, la educación hacía referencia a dos fenómenos diferentes pero correlativos: el primero, el básico, era la formación

integral del ser humano, la consolidación de su estructura personal, de suerte que fuera capaz de asumir en forma responsable la construcción de su propio destino y supiera resolver los problemas que el diario vivir le irá presentando; el segundo, menos importante que el primero, se refería a la transmisión de los conocimientos pragmáticos, técnicos, científicos y profesionales, diríamos hoy día, su capacitación profesional que haría de él alguien capaz de producir bienes y servicios en favor de la comunidad².

Información y formación constituyen un binomio clave en todo proceso educativo. Son dos etapas sucesivas y complementarias. No hay educación completa si falta alguna de ellas. Recibir información es acumular una serie de datos, observaciones y manifestaciones específicas. La formación va más allá: ofrece unos criterios para regir el comportamiento de acuerdo con una filosofía de la vida; pretende sacar el mejor partido posible de los conocimientos adquiridos, favoreciendo la construcción de un hombre más maduro, más sólido y firme, más dueño de sí mismo; es decir, un ser más plenamente humano.

En consecuencia, la educación no puede medirse por la sola acción de informar, de ofrecer conocimientos sobre algo (instruir) sino por la capacidad de despertar y liberar – persuadiendo, convenciendo, dando razones– la gran potencialidad y diversidad de facultades que le permitan al educando crear y descubrir valores y metas significativas que propicien darle una dirección y sentido a su vida, construir un proyecto vital, encarar los problemas y contratiempos de la existencia humana, saber valorar las cosas y las personas,

aprender a interactuar con los demás. Se podría considerar la educación, por parte del educando, como un proceso de asimilación consciente de conocimientos, experiencias, habilidades y hábitos positivos (virtudes) desarrollados por el mismo hombre en orden a su propio crecimiento personal y con miras a prestar su granito de arena en la construcción de un futuro viable y deseable y, por parte del educador, como aquel que es capaz de ejercer influencias positivas en el educando para contribuir así de manera significativa en el desarrollo integral de ese ser humano en su fase de crecimiento.

La educación, en su función socializadora, debe estar impregnada de los valores asociados con la promoción de la libertad y dignidad del ser humano, el respeto a los derechos humanos, la preservación y cuidado del medio ambiente, la solidaridad y la tolerancia, de suerte que refuerce las actitudes que le permitan al individuo vivir en comunidad y construir una nueva sociedad³, proclamar alto y fuerte una escala de valores universales en la que el “nosotros” comunitario prevalezca sobre el “yo” individual o grupal, en el que la ciencia y el saber se pongan siempre al servicio del bien común y no al servicio de intereses egoístas o de grupos humanos privilegiados, en el que se manifieste que la solidaridad prima sobre el egoísmo y la rivalidad, así como en transmitir y propiciar los valores que crean un clima social deseable, una cultura de la paz, de suerte que los individuos aprendan a convivir juntos, a respetarse, a tomar en consideración las opiniones y las diferencias del otro, sus derechos y sus deberes. He aquí por qué es tan importante el componente ético en la educación, sobre todo, en una universidad que se precia de brindar un enfoque humanista a la educación.

Cada persona es un misterio y un tesoro, algo que hay que ir poco a poco descubriendo y descifrando. Descifrar a cada individuo y cuidarlo para que dé lo mejor de sí mismo. La tarea de la educación será, pues, la de formar seres humanos para el presente, para cualquier presente, seres en los que cualquier otro ser humano pueda confiar y respetar, seres sentipensantes, capaces de sentir y pensar todo de manera acertada como un acto responsable de su conciencia social.

El excesivo culto al valor de la racionalidad, derivado de la filosofía cartesiana y un enfoque unidimensional de la educación han llevado a privilegiar en el sistema educativo la formación del intelecto mediante la instrucción o la mera capacitación profesional, descuidando o dando escasa relevancia a la formación de las otras facultades, por ejemplo, de la voluntad⁴, entendida como el apetito racional del bien o, lo que es lo mismo, la facultad que permite al hombre orientar deliberadamente su vida hacia fines buenos para sí mismo y para la sociedad, comprometerse con grandes ideales y causas nobles, preparar los espíritus para afrontar los riesgos y asumir lo inesperado o, como diría Pitágoras, “templar el espíritu para las dificultades de la vida”. El gran pedagogo Agustín Nieto Caballero sostenía, por allá en los albores del siglo XX, refiriéndose al sistema educativo:

Es una pobre educación, la que no deja en el individuo un interés vivo por la investigación, gusto por el trabajo, afición por los libros, como es una pobre educación, la que no cuida y ejercita el cuerpo, modela el carácter, vigoriza la voluntad, orienta los sentimientos, forma el criterio y pule, sin amaneramientos, los modales⁵.

El proyecto educativo institucional y las altas directivas tienen que incentivar a cada facultad a diseñar un plan curricular de estudios abierto y flexible que favorezca no solo la formación básica profesional, mediante una articulación armónica y dosificada de asignaturas y contenidos que los alumnos han de adquirir a través de un trabajo disciplinar y metódico para su capacitación profesional, sino también que les permita la libre escogencia de materias electivas de acuerdo con sus intereses y habilidades. Ello se ha venido logrando a través de un modelo pedagógico, Centro de Estudios en Educación, basado, entre otros fundamentos, en la teoría de la complejidad de Edgar Morin.

Un plan para su formación no solo intelectual sino también física, estética, moral y espiritual, es decir, integral, holística. Tal vez desde la concepción napoleónica de la universidad se ha impuesto una corriente unidimensional que se ha preocupado por preparar profesionales y técnicos a secas, pero muchas veces sin una dimensión espiritual y sin una conciencia de responsabilidad social que propugna la ética cívica. Si bien, es a todas luces necesario saber leer y escribir, aprender ingeniería o cualquier otra profesión, cualquiera podría preguntarse si dicha actividad dará la suficiente capacidad para comprender existencialmente lo que es la vida. La vida es dolor, gozo, belleza, fealdad, amor y, en el fondo, un gran misterio, cuya comprensión no agota ninguna ciencia humana.

Si se aplica el aforismo “por sus frutos los conoceréis”, tendríamos que confesar que los educadores nos hemos “rajado” en la misión de educar en valores y tendríamos que

revisar si en el proceso educativo tienen lugar disciplinas y actividades que aporten a una formación integral ciudadana. No quiere decir que seamos los únicos ni los más culpables del estado de descomposición moral y social que vive nuestra sociedad, donde nos estamos matando por cualquier cosa o en nombre de una ideología, donde también somos campeones mundiales del secuestro, vivimos la epidemia de la corrupción administrativa, somos intolerantes en religión, en política, excluyentes e individualista, todos anti-valores que viven y practican muchos profesionales y, a lo mejor, egresados de nuestros claustros universitarios. Cuando se habla de formación en valores, ética y democracia participativa, es un campo del saber que absolutamente hay que impartir, discutir, argumentar, enseñar.

El hecho de reducir la educación a la mera transmisión de conocimientos (instrucción = formación de su intelecto) quizás explique un poco el fenómeno de la corrupción, tan en boga hoy en día en las élites profesionales. Que mucha gente haya recibido una costosa educación universitaria no significa que sea bien educada. Quienes han recibido una educación superior en lo superior para lo superior, en no pocas ocasiones dejan mucho que desear en el ejercicio de su actividad profesional, al ser protagonistas de escandalosas actitudes anti-éticas. Uno de los mayores males de nuestras sociedades, la corrupción, suele ser obra de gentes que han sido privilegiados y recibido una educación universitaria.

Contribuir a la conservación, progreso y difusión del saber humano, servir al ser humano y a la sociedad constituyen la misión suprema de la educación superior. Ella está destina-

da a contribuir decisivamente a abrir nuevos derroteros hacia un porvenir mejor para la sociedad y el ser humano, así como a orientar y configurar ese porvenir, participar activamente en la solución de los problemas más relevantes, tanto a nivel local como regional y universal, así como obrar con perseverancia en pro de un desarrollo humano sostenible y colaborar eficazmente en formar ciudadanos responsables, instruidos, activos, como especialistas altamente calificados.

Las universidades tienen que ser consideradas y tratadas como espacios educativos y no solamente como lugares de enseñanza. Un ambiente en el que reina el afán de hacer dinero —ojalá fácilmente—, el espíritu competitivo no educa en la solidaridad; un ambiente en el que los docentes no respetan sus compromisos (ausencias no justificadas, retrasos, entre otros) no educa el sentido de la responsabilidad; un entorno descuidado no educa en relación con el cuidado del medio ambiente, ni cultiva el sentido de la belleza. La belleza es un valor trascendental y una necesidad fundamental del alma humana que le va abriendo los ojos y el camino a los valores más altos: los éticos y religiosos.

Termino estas reflexiones citando a dos personajes muy conocidos. El primero, Albert Einstein, quien afirmaba: “Numerosas son las cátedras, pero escasos los profesores sabios y nobles; numerosas son las universidades y las facultades, pero pocos los jóvenes que tienen sed de verdad y de justicia”, porque así como pretender enseñar a quien no está dispuesto a aprender es frustrante, dejando la sensación de estar perdiendo el tiempo, así mismo será frustrante para quien está ávido por aprender encontrar docentes mediocres,

únicamente interesados por ganarse la vida enseñando una materia. En cambio, esos profesores sabios y nobles, a lo mejor enseñando poco, despiertan en sus alumnos esa avidez por aprender, por atreverse a pensar y ser ellos mismos, por comprometerse con grandes ideales y causas nobles, asumir el riesgo de construir su propio destino.

Notas

- ¹ Sum. Th. I, q. 117, a. 1; *Questiones Disputatae de Veritate*, q. 11, aa. 1-4: *De Magistro; II Summa Contra Gentes*, cap. 75.
- ² Humberto Maturana y Sima Nisis. *Formación humana y capacitación*. TM Editores, 1998.
- ³ Luis Jorge Garay. *Construcción de una nueva sociedad*. Tercer Mundo Editores, 1999.
- ⁴ Enrique Rojas (psiquiatra). *La conquista de la voluntad*. Editorial Temas de Hoy. Santafé de Bogotá, 1999; también, Antonio Millán Puelles. *La formación de la personalidad humana*. Editorial Rialp, 7ª ed. Madrid, 1989.
- ⁵ Gantiva S., Jorge. Agustín Nieto Caballero y la Escuela Nueva. *Educación y Cultura*, 3, marzo de 1985, Bogotá, p. 38.

El estudiante responsable de su proceso educativo

Como se trata de un proceso que normalmente dura toda la vida y es de lenta maduración, el mismo individuo a medida que va creciendo y aflorando en él la conciencia reflexiva, progresivamente surge como el principal agente responsable de dicho proceso, ya que ello afectará todo su proyecto de vida, de tal suerte que no puede endosar en la conciencia de los demás agentes todo el peso de dicha responsabilidad, sobre todo cuando termine afectando negativamente su proyecto de vida. La responsabilidad es, ante todo, personal e intransferible.

La universidad afirma que el estudiante constituye la razón de ser de los esfuerzos institucionales. Esto en consonancia con el pensamiento de Santo Tomás, quien sostiene que cada persona es el principal agente responsable de su proceso de formación. No obstante, sabemos que también existen otros agentes o factores que inciden positiva o negativamente en este proceso.

La vida de cada ser humano es un proyecto que nunca se acaba, es una tarea que siempre hay que llevar a cabo. Y se lleva a cabo en una necesaria dialéctica de crecimiento, de ascensión humana, que en algunos casos y ocasiones es estacionaria o regresiva. Esta marcha ascensional por llegar a ser más es una obra fundamentalmente personal, de nuestra propia libertad, que no admite suplencias. Somos los principales responsables del éxito o fracaso que tengamos en la vida. Aquí no valen disculpas, ni la moral de las buenas intenciones, ni el recurso a ese mecanismo psicológico de echarle la culpa —en caso de fracaso— a los demás. Los demás, nuestros padres y ancestros, los educadores, las instituciones no cumplen más que un papel subsidiario: unas veces ayudan y otras estorban en la realización de ese proyecto fundamental de la construcción de nuestro propio destino. De ahí la importancia de tomar en serio la vida, las oportunidades que ella nos brinda, nuestras opciones personales, la profesión que hayamos elegido.

Los seres humanos estamos llamados a alcanzar grados superiores de ser: de ser más humanos, más justos, más solidarios, más honestos, más útiles a la comunidad. Nunca podremos decir que hemos logrado lo que queremos. De ahí la insatisfacción permanente que nos acompaña: tras la satisfacción de una necesidad presente se despiertan necesidades más recónditas, que lejos de apaciguar el espíritu crean una tensión hacia otras necesidades mucho más profundas y espirituales. Esta apertura del ser humano hacia innumerables necesidades es el resultado de la presencia de un pensamiento y de una afectividad propias de un espíritu encarnado, pues lo propio de quien es espiritual es

trascender el dominio de lo inmediato y cuantitativo, de lo concreto, de lo sensible y, en consecuencia, ser capaz de pensar como ideales de vida otras realidades.

Ciertamente en el trasegar por el camino de la vida uno va quemando etapas, y una de esas etapas decisivas en la construcción del propio destino es la de la juventud, periodo en el que se entra a la universidad para adquirir las competencias académicas, cívicas y éticas no solo para ingresar al mercado laboral sino también para servir a los demás y para saber hacerle frente a los avatares de la vida. La juventud es el periodo de la vida de poder descubrir y a la vez programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las opciones fundamentales y las primeras decisiones que marcarán las demás etapas sucesivas de la vida, es el periodo de una vitalidad siempre exuberante en la búsqueda de la autonomía y liberación de la tutela ejercida por los mayores, en la afirmación particularmente intensa del “yo” con todas sus virtualidades y capacidades en plena efervescencia, en echar cimientos con la mira puesta en la construcción de un futuro mejor. De ahí la urgencia de tomar en serio su capacitación profesional.

El hombre, por su carácter de espíritu encarnado, está en cierto modo inacabado, o, más bien, nunca acabado. Hay que seguir, día a día, con más ímpetu, sin cansarse, sin desfallecer, sin desesperar jamás del tiempo ni de los esfuerzos y sacrificios que impone el hecho de alcanzar grados mayores de ser y de saber, y en la construcción de un futuro deseable tanto para uno mismo como para la sociedad.

La simple observación de la realidad que nos rodea permite afirmar que estamos asistiendo a una transformación sin precedentes de nuestra sociedad. Ciertamente el mundo ha cambiado muchísimo en este último medio siglo. El mundo está cambiando muy rápidamente y a veces esto preocupa porque muchas veces la biología humana no se adapta a cambios tan rápidos. Aunque todo se arregla con el tiempo. Cada vez son más evidentes los cambios en la forma de pensar, de actuar, de relacionarnos con nuestros semejantes, de comunicarnos e interactuar con los demás. El progreso científico y sus múltiples aplicaciones sobre la vida cotidiana, la evolución de las ideologías y de los valores, la creciente conciencia del impacto del fenómeno de la globalización, la aparición de un nuevo orden político y económico, la transformación del rol de las mujeres en la sociedad, las nuevas posibilidades que las tecnologías ofrecen en los campos de la información y la comunicación, cambios profesionales del trabajo, cambios en la organización y gestión de las empresas y de las instituciones, cambios en la enseñanza y en la formación, cambios sociales, cambios todos que surgen como constantes cuestionamientos, interpelaciones y desafíos al papel que las universidades tradicionalmente han jugado en la sociedad; pero ¿qué cambios nos traerá el futuro?

Si la sociedad está en plena mutación, forzosamente lo están también los sistemas de educación superior con las inevitables paradojas que ello conlleva. El alto costo que implica el hecho de poder ingresar a las universidades y los mecanismos de exclusión que ella encierra, impiden que las familias de ingresos modestos puedan permitirse

el lujo de enviar a ellas a sus hijos. Por otra parte, asistimos hoy día a una masificación progresiva de la educación superior y, al mismo tiempo, a un aumento preocupante de los índices de desempleo de los titulados en educación superior. La inestabilidad actual de la coyuntura económica que vivimos los países del tercer mundo ha llevado a que los jóvenes, sobre todo los que carecen de educación o formación profesional se vean seriamente afectados por esta coyuntura, e incluso los que poseen títulos académicos superiores suelen tropezar con dificultades para encontrar puestos de trabajo vacantes o adaptados a su profesión.

Esta situación dramática conduce a cuestionarnos acerca del problema de la pertinencia y calidad de formación impartida en las universidades cuando se demuestra que los titulados son incapaces de encontrar un trabajo o de crearse su propio empleo y, por lo mismo, entrar a engrosar las filas del desempleo o subempleo. Todo esto conduce a plantearnos toda serie de interrogantes: ¿Qué hay que hacer para que los estudiantes se sientan, incluso antes de ingresar a la universidad, motivados a reflexionar y a ponderar mucho más sobre la carrera profesional por la que van a optar y, en especial sobre pertinencia de esta en relación con el mercado laboral? ¿Qué valor tiene un grado académico superior? ¿Cuáles son los saberes necesarios para la educación del futuro? ¿Cuál ha de ser el perfil que debe tener un graduado en esta naciente sociedad del siglo XXI?

Hasta hace poco el título de pregrado se concebía como una etapa terminal de la formación y que acreditaba la idoneidad de un recién egresado para ingresar al mercado labo-

ral. Las cosas han cambiado. Hoy día el pregrado se define como un primer nivel de formación, en el cual el estudiante se inicia en una gran área del conocimiento, desarrolla ciertas destrezas y adquiere habilidades específicas. Estas competencias garantizarán que el estudiante ha adquirido una estructura de pensamiento que le permitirá estudiar cualquier contenido perteneciente a su área de conocimiento y las ganas de seguir estudiando, ascendiendo escalones en su capacitación profesional. Nadie puede, hoy día, esperar que el acervo de conocimientos adquiridos en la juventud le baste para toda la vida. Nuestros conocimientos, igual que los productos farmacéuticos, tienen o deberían tener una fecha de caducidad: cinco o, a lo sumo, diez años después de los cuales quedan obsoletos. Y mucho más ahora, al filo del siglo XXI, en este tiempo de la incertidumbre y de los cambios acelerados en todos los órdenes que nos ha tocado vivir. Existe, pues, una invitación a la superación, a seguir en la ardua labor de construir un futuro deseable para ustedes jóvenes y para la misma sociedad.

Los tiempos presentes están reclamando un egresado con una sólida formación básica, con una alta capacidad para acceder al mundo de la información, para clasificarla, relacionarla y aplicarla; para poder transitar y desempeñarse en diferentes contextos, lo que los entendidos llaman “un profesional polivalente”; con capacidad de juicio y criterio para tomar decisiones, para relacionar saberes y prácticas, para trabajar en equipo y diseñar proyectos; con habilidades de comunicación. De un nuevo profesional se espera que haya logrado el dominio de las teorías, modelos, instrumentos y herramientas propias de su disciplina, al mismo tiempo, con

una conciencia clara de sus limitaciones y de la necesaria complementación con otras disciplinas; con suficiente capacidad para investigar, desde su óptica profesional, los problemas de la realidad circundante y de hacer una aplicación adecuada del acervo de conocimientos que posee.

La universidad, en su pretensión de brindar una formación integral, procura que sus estudiantes lleguen a ser personas cultas, es decir, que posean un pensamiento eficaz, entendiendo por pensamiento eficaz la capacidad de inducir, deducir, sintetizar y analizar, de comunicar con convicción lo que saben, de mantener una discusión argumentada. Así mismo, que tengan la capacidad de prever y asumir las consecuencias de sus acciones, de corregir y reorientar las acciones con base en análisis rigurosos, de trabajar productivamente en equipo con profesionales de otras disciplinas, que tenga un aceptable dominio de otros idiomas y una excelente capacidad de comunicación escrita y verbal, con buenos conocimientos de los *software* concernientes a la profesión escogida, que sea emprendedor y creador de empresa, capaz de innovar, de trabajar en equipo, que sea asertivo en las relaciones sociales, es decir, que pueda interactuar positivamente con los demás, que sea capaz de hablar cosas serias de manera pertinente y emitir juicios morales ponderados, formular y resolver problemas, proponer explicaciones y someter a prueba sus hipótesis. Igualmente, disciplinado en el trabajo, con mentalidad de líder y con un alto sentido de responsabilidad, comprometido con el país y con la comunidad de su entorno regional o local, es decir, con suficiente talante y compromiso ético-cívico con el entorno social.

La ética, más que un código con una serie de normas, es una actitud crítica de responsabilidad frente a los problemas de la vida humana. A todos nos preocupa la crisis que atraviesa la sociedad en que vivimos, sociedad convulsionada y marcada por el sino trágico de la violencia y el terrorismo, la desintegración de la familia, la inseguridad, el desempleo, la injusta distribución de las riquezas y de las oportunidades, las actividades económicas ilícitas y la corrupción administrativa, el afán desmedido del lucro y la mala fe en la ejecución de los trabajos.

Una sociedad en la que por lo menos una tercera parte de sus miembros vive en la pobreza absoluta, en la que el crimen organizado cobra diariamente más de un centenar de víctimas, en la que el sistema judicial resulta ineficiente para prevenir o sancionar el delito, en la que los cargos de gobierno y otros puestos de responsabilidad se reparten, no en virtud de los méritos de los candidatos sino como un ponqué, dependiendo de la cuota de votos aportada, en la indecidez con que se maneja el erario y la asignación del presupuesto; en fin de cuentas, una sociedad donde se percibe la pérdida de valores morales que llevan a la desesperación a sectores importantes de la población y los inducen a comportamientos que desgarran el tejido social de nuestra patria.

Una sociedad acosada por una urbanización desenfrenada, en la que se estima que casi el 80% de la población vivirá en macro-ciudades; con un crecimiento increíble del número de seres humanos viviendo bajo la línea de la pobreza crítica, en donde se da el predominio de mensajes violentos en los medios masivos de comunicación y la difusión de con-

travalores que desvirtúan los paradigmas de vida que tratan de promover los sistemas educativos.

Pareciera que en el ejercicio de su profesión, algunos profesionales hubieran perdido el sentido de la ética, del respeto a la dignidad humana y la guarda del principio de justicia y solidaridad. Quienes han recibido una educación superior para lo superior, en no pocas ocasiones dejan mucho qué desear en el ejercicio de su vida profesional al ser protagonistas de escandalosas actitudes anti-éticas, convirtiéndose así en los llamados “delincuentes de cuello blanco”. Actitudes anti-éticas que los distintos códigos de ética tipifican, tales como la indisciplina y corrupción del profesional, el desdén y la mala fe en la ejecución de obras, la apropiación indebida de bienes, ya sea del Estado o de los particulares, especialmente de las personas menos favorecidas o desvalidas, quienes aparecen explotadas y engañadas de manera desalmada. No es extraño encontrar el profesional falsificador de documentos que crea situaciones ficticias para obtener beneficios de insólitos alcances. Los graduados universitarios, al término de su formación intelectual, deberían prestar una especie de “juramento hipocrático”, de ser conscientes de que ser un profesional tiene el objetivo de servir y beneficiar a la humanidad. Cuando esto suceda, la sociedad cambiará profundamente.

Muchos se verán sorprendidos al comprobar que la universidad no siempre hace mejores ni a quienes enseñan ni a quienes aprenden. Y no les faltaría razón. ¿De qué nos serviría formar excelentes ingenieros, arquitectos odontólogos, médicos, abogados, economistas, empresarios si carecen de

una visión armónica del saber y del mundo, si no están preparados para hacer frente a los problemas éticos y morales que el ejercicio de su profesión les va a plantear inexorablemente? Personalmente confieso el temor a vivir en un mundo dominado por expertos sin principios éticos, a merced de especialistas que saben casi todo acerca de muy poco y casi nada acerca de una visión más integral de la vida humana y de las cosas que verdaderamente interesen y sean útiles al ser humano.

Al tratar de definir el perfil del profesional del siglo XXI, algunos estudiosos del tema señalan que las características más notorias que enmarcan ese diseño son: junto con una sólida formación humanística y conocimientos en las ciencias básicas que sustentan su profesión, han de tener el espíritu dispuesto para aprender constantemente e ir escalando nuevos grados del saber a través de cursos de actualización, especializaciones, maestrías y doctorados. Un diploma universitario, no importa a qué nivel, es esencialmente la certificación que se da en la que consta que un individuo ha adquirido las competencias necesarias para ingresar al mercado laboral y ejercer una profesión con la correspondiente idoneidad y ética en el ejercicio de esta.

La sociedad siempre ha tenido, tiene y tendrá múltiples necesidades que hay que atender. Cuando una persona se ocupa de atender una de esas necesidades, está desempeñando un rol social muy determinado, lo que se denomina una *ocupación*. Hay personas, por ejemplo, que tienen que estar ocupadas en barrer las calles, otras en hacer el pan, otras en curar o hacer puentes y vías, en construir casas, entre otros.

Las profesiones son un tipo de ocupación, si bien no todas las ocupaciones son calificadas como profesiones. Las que no lo son se les ha denominado clásicamente en el idioma español, oficios.

En cambio, cuando se habla de una profesión siempre se hace referencia a un ejercicio cualificado de la actividad humana que exige una preparación previa competente y que conlleva una función eminentemente social. Los profesionales son aquellos miembros idóneos de una sociedad que desempeña funciones específicas en beneficio de los propios miembros de la comunidad, por ejemplo, gobernar a otras personas, cuidar la salud y calidad de vida, establecer normas y regular la convivencia humana, en definitiva, gestionar todo lo que los seres humanos consideramos como los bienes más apreciados, tales como, la salud, el bienestar, la convivencia pacífica, los bienes económicos al servicio de todos.

El término latino *professio* significó, originalmente, la promesa pública de cumplir unas ciertas actividades y obligaciones, y la aceptación por la sociedad de ese compromiso. El sentido originario perteneció al ámbito monástico donde la profesión hacía alusión a la realización de los votos solemnes o públicos por parte del religioso que quería integrar una orden monástica y la aceptación pública de ese compromiso por la autoridad religiosa. Una vez realizado esto, el monje o el fraile recibía el nombre de *profeso*. Con el tiempo el término “profesión” pasó a significar aquellas actividades sociales calificadas, realizadas en beneficio de la colectividad.

Por eso la Unesco ha sugerido que los propósitos de la educación para el siglo XXI deben estar cimentados en cuatro aprendizajes fundamentales: aprender a conocer, es decir adquirir las competencias básicas para comprender y pensar con rigor; aprender a hacer para poder influir eficazmente sobre el propio entorno; aprender a convivir con los demás y, sobre todo –el más importante– aprender a ser.

Aprender a conocer y a pensar, a tener una mente bien ordenada y no simplemente atiborrada de conocimientos, Una mente bien ordenada significa que, en lugar de acumular conocimientos, lo más importante es disponer de una capacidad general para abordar y tratar los problemas y buscarles solución. Aprender a conocer consiste en saber relacionar y contextualizar, puesto que se trata de descubrir que cada conocimiento implica entender las cosas en su complejidad y de situarlas en su propio contexto. Aprender a conocer y a pensar significa saber hacerse preguntas importantes, vitales, fundamentales, que tengan relación con el conocimiento y con la condición humana, y no puramente informativas o sobre temas triviales.

Aprender a pensar con rigor requiere cultivar la capacidad de análisis y de síntesis, cultivar la memoria asociativa, respetar las leyes de la lógica y del silogismo. No quedarse en el análisis sin llegar a la síntesis y no ir a la síntesis sin antes analizar. Las pruebas evaluadoras del Saber Pro que hace el Ministerio de Educación dejan mal paradas a las universidades, porque los estudiantes no siempre han aprendido a razonar ni a pensar con rigor, y ni siquiera a entender lo que leen, que no comprenden el sentido de los textos, que no

consiguen argumentar con claridad y con método, que no saben manejar los principios básicos de la gramática y de la lógica. Todo esto debe conducir a despertar en los jóvenes la curiosidad intelectual, el gusto por la lectura y la investigación, a estimular el sentido crítico y, al mismo tiempo, la autonomía de juicio.

Aprender a hacer, el proceso de aprender a conocer y a pensar con rigor conduce necesariamente a “aprender a hacer”. Aprender a conocer y aprender a hacer, en gran medida, son indisociables. Pero el segundo tiende a poner en práctica lo aprendido y así poder ser eficaz en la acción. Aquí cabría recordar la antigua sentencia de Confucio: “Lo escuché y lo olvidé, lo vi y lo entendí, lo hice y lo aprendí”. En otras palabras, es poner de relieve la importancia del aprendizaje a través del hacer. Además de la pericia en el manejo de las nuevas tecnologías y del conjunto de competencias específicas para el ejercicio de la propia profesión, se requiere también adquirir la aptitud para trabajar en equipo, la capacidad de tomar iniciativas y de asumir riesgos, de hacer las cosas bien, con diligencia y sentido de responsabilidad. Seguramente hoy estaríamos mucho mejor si las personas hubiesen aprendido a hacer y a actuar bien, con rectitud y conciencia ética.

Aprender a convivir con los demás, el mundo actual está marcado por el individualismo y egoísmo, personal o grupal, que hace que el hombre sea un lobo para el hombre, como son, en su expresión más salvaje, la violencia, los conflictos armados, el racismo latente e intermitente, la intransigencia y el fanatismo político o religioso. Los seres humanos tendemos a valorar en exceso las propias cualidades y

las del grupo al que pertenecemos y a alimentar prejuicios desfavorables hacia los demás. Todo ello nos impide vivir juntos. La educación debe enseñar a aceptar la alteridad, a incorporar los valores éticos de respeto y cordialidad para con los demás, que el estudiante aprenda a hacerle frente a las inevitables tensiones existentes entre seres humanos, grupos y naciones; a tomar conciencia de la diversidad y de las semejanzas de la especie humana y la necesaria interdependencia de todos los seres humanos.

La convivencia pide, en primer lugar, la tolerancia, tanto en el modo de pensar como de actuar del otro. La convivencia implica aprender a comportarse en sociedad, sin hacerle daño a nadie y dándole a cada quien lo suyo, a mirar la realidad de frente, tal como se presenta, sin mistificarla ni falsearla, sino más bien con la mira puesta en transformarla y mejorarla. Es un aprendizaje que se realiza dentro de cualquier grupo humano, comenzando por la familia. Esta actitud conlleva el cuidado de las cosas que son comunes, ya sea del hogar, de la universidad, de la ciudad, de la patria, del medio ambiente. El latrocinio y las acciones vandálicas que se dan, por ejemplo, en las manifestaciones de protesta o en los eventos deportivos protagonizados van en contravía de la convivencia pacífica.

Aprender a ser, la más difícil tarea educativa implica una concepción integral del ser humano y un desarrollo de todas sus dimensiones, sin reduccionismo a unas pocas o exclusivas dimensiones. La educación debe contribuir al desarrollo global de cada persona: cuerpo y mente, inteligencia, sensibilidad, destreza artística o deportiva, sentido estético

y apertura a los valores trascendentales. Hay que evitar los extremos, ya sea del espiritualismo o del materialismo, del intelectualismo o del sentimentalismo y demás dualismos. Aprender a ser implica tomar en serio la vida, a ser autónomo, dueño de la construcción del propio destino, con la conciencia clara del valor que tiene la propia vida y cómo ella tiene que ser material y espiritualmente útil a los demás. Aprender a ser también implica el ser sincero con uno mismo y con los demás, el ser crítico frente a las ideologías, tener una conciencia clara de que somos seres relacionales y animales sociales, y tener una sana disciplina del uso de los sentidos, los cuales nos proporcionan los placeres de la vista, del gusto, del olfato y del oído; a estar siempre abiertos hacia los valores trascendentales: la plenitud del ser, la verdad, el bien, la belleza, la unidad. Estos valores nos humanizan y hacen que la vida y la convivencia con los demás sean más amables. Como afirmaba Albert Einstein: “*La escuela* —y añadiría— la universidad debe tener siempre como objetivo que el joven salga de ella con una personalidad armoniosa, no como un simple especialista”. Si se le satura de conocimientos, de habilidades podrá ser, por ejemplo, un abogado, un ingeniero o tener cualquier otra profesión, pero no habrá aprendido a ser un hombre íntegro.

Compleja y delicada tarea esta de preparar a las nuevas generaciones para su vida adulta. La educación, a nivel superior, debe tener como objetivo no solo que sus estudiantes lleguen a ser profesionales, pensadores, creadores, sino ante todo excelentes seres humanos, que además de desempeñar una profesión lo hagan siempre de la manera más correcta. Como mínimo se trata de hacer descubrir al joven

metas y valores significativos que le den sentido a su vida, de desarrollar al máximo todas las virtualidades y talentos individuales que encierra su personalidad, de enseñarle los principios y pautas de conductas que le permitan interactuar de modo normal y funcional con los demás integrantes de su sociedad, y de ser material y espiritualmente útil a los demás.

“Despliega las riquezas que hay depositadas en ti, desarrolla las mil posibilidades contenidas entre los pliegues de tu personalidad, crece, aumenta, multiplica. Llega a ser lo que quieres ser”, rezaba un axioma de la sabiduría antigua, que en cierta manera coincide con las exigencias de la vida actual y que debería servir de lema para sus vidas. En los jóvenes se deposita la esperanza, porque pertenecen al futuro y el futuro les pertenece. Ese futuro es un espacio de libertad, una página en blanco que queda por escribir y cuyos resultados dependerán fundamentalmente si dicho terreno lo abonan y lo preparan desde ahora y si persiste en ellos la voluntad firme, el tesón y la constancia en la consecución de grandes objetivos y metas significativas que se propongan para sus vidas. No hay cosecha para quien no siembra con anterioridad, o como afirmaba sabiamente Sócrates “no hay vientos favorables para aquel que no sabe a dónde ir”.

Referencia

Informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, presidida por Jacques Delors. *La educación encierra un tesoro*. Santillana, Ediciones Unesco, 1996.

Nota

- ¹ Sum. Th. I, q. 117, a. 1; Questiones Disputatae de Veritate, q. 11, arts., 1-4; De Magistro; II Summa Contra Gentes, cap. 75.

Carta de Santo Tomás a un Estudiante

Apreciado amigo: me preguntas “¿Qué he de hacer para adquirir el tesoro de la ciencia y de la sabiduría?” He aquí mi respuesta:

- No pretendas lanzarte directamente al mar, sino llega él a través de los ríos, es decir, empieza por lo sencillo que ya llegará lo complicado.
- Procura pensar lo que dices.
- Que en tu conciencia no haya dobleces.
- Sé constante en la oración.
- Aprecia el recogimiento y el silencio, pues en ellos encontrarás luz para entender.
- Que tu trato con todo el mundo sea siempre afable y no condenes a nadie.

- No mantengas excesiva familiaridad con nadie, puesto que ello le quita mucho tiempo al estudio.
- Infórmate de lo que ocurre en el mundo, pero no tengas espíritu mundano.
- Trázate objetivos claros, evitando toda dispersión.
- Procura imitar el ejemplo de las personas buenas y honestas.
- Trata de retener en tu memoria todo lo bueno que oigas y veas, sin importar quien lo dice o lo hace.
- Esfuérzate por comprender bien cuanto leas o escuches, y aclara siempre tus dudas.
- Ve llenando tu mente de conocimientos como quien va llenando un vaso: poco a poco, y no pretendas alcanzar lo que está por encima de tu capacidad.

Si sigues estos consejos encontrarás y producirás frutos abundantes para tu vida. Además, alcanzarás lo que te propongas.

Fray Tomás

La *paideia* tomista

Paideia, nombre de origen griego, prácticamente intraducible a cualquier otro idioma. El término griego παιδεία *paideia* ha sido traducido con las palabras “civilización”, “tradición”, “cultura”, “literatura”, “educación” y, sobre todo, “pedagogía”. Según Jaeger Werner, en su clásica obra *Paideia*¹, cada una de estas acepciones se limita a expresar un aspecto del concepto general, y que para describir el concepto griego sería necesario emplearlos todos a la vez. Los griegos estaban preocupados por el legado que debían dejarle a las nuevas generaciones, sus muchachos (παῖς-παιδός *Pais-paidos*, que dio origen etimológicamente a la expresión παιδεία *paideia*), conscientes de que se sentían llamados a asegurar la continuidad de su modo de ser humano. Por ello, *paideia* era el término clave para referirse a la necesidad de un relevo generacional fiel a su alma colectiva.

Es en el mundo griego donde por primera vez se establece, de manera consciente, un ideal de cultura como principio

formativo. Para el hombre heleno la idea de la educación representaba el único sentido válido de todo esfuerzo humano. Ellos distinguían entre la comunicación de conocimientos, habilidades y destrezas, tareas que designaron con la palabra τέχνη *techné*, y la formación integral del hombre propiamente dicha, con la palabra *paideia*. Aparece, pues, evidente cómo la educación, en el sentido de formación integral, no era posible sin que se ofreciera al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser. También hoy, el fin del proceso educativo debería ser el permitir al hombre la comprensión de su propio destino, es decir, tal como lo pensaban Sócrates, Platón y los mismos estoicos, de alcanzar la plenitud al fin de la misma vida, cosa que no es posible con la mera transmisión de conocimientos (instrucción), sino que, además, requiere un desarrollo armónico de todas las facultades del ser humano.

Desde sus orígenes, el ideal griego de la educación se expresaba en el esfuerzo de abrazar lo humano en su totalidad. Por eso, los romanos, que se consideraban los herederos de la “*paideia*” griega, veían en ella la característica del “hombre humano” (*homo humanus*) frente a la in-humanidad o sub-humanidad del “hombre bárbaro” (*homo barbarus*). Cicerón fue quien utilizó la palabra *humanitas*, entendida como la condición de ser un hombre civilizado, para traducir el término *paideia*. Los ciudadanos romanos debían incorporar, mediante la educación, los modelos de la *paideia* griega. Así lograban alcanzar la *humanitas*, es decir, que se formaban para llevar no una vida bárbara sino civilizada, “erudita”, vale decir sin rudeza, una vida de racionalidad, medida, buen gusto, con actitud para participar activa e inteligentemente en la organización de la convivencia civilizada en la *civitas*, la ciudad.

Estos ideales de la *paideia* con su característica y sello humanista fueron asumidos por el cristianismo primitivo, logrando una síntesis maravillosa entre la cultura greco-latina y la fe cristiana. El ya citado Werner Jaeger, en otra obra suya famosa *Humanismo y teología*², se detiene a examinar y a mostrar el papel que Tomás de Aquino jugó en una nueva comprensión de la *paideia Christi*, contribuyendo en la construcción de un humanismo integrador que funde la herencia cristiana con la “*paideia* socrática-platónica-aristotélica”.

Por otra parte, somos testigos que hoy en día está naciendo una especie de nuevo humanismo, en el que el hombre se define por su sentido de responsabilidad hacia sus hermanos y hacia la historia³. Por todas partes se percibe una reacción contra una religiosidad ajena al mundo e indiferente ante el progreso, la técnica y demás aspiraciones terrenas del hombre. Con frecuencia, la gran objeción que se le hace a la religión es la sospecha de que convierte a sus fieles en unos desertores, como evadidos hacia una inexistente trascendencia. Abandonando la causa del hombre se afanan, para disimular su deserción, en la búsqueda de un dios. Así, surge, entonces, desafiante el humanismo ateo con la clásica afirmación de que el hombre es para el hombre el ser supremo y para quien la religión no es más que el opio del pueblo, una especie de sostén psíquico-moral, un poco al modo como otros tienen necesidad de narcóticos.

El ateísmo contemporáneo no se preocupa tanto de la no existencia de Dios cuanto de la existencia de la humanidad en este mundo, y la responsabilidad que ello supone. Para la

crítica atea, la fe cristiana sigue siendo una falta de fe en la vida y, como decía Albert Camus, el único pecado contra la vida no es, quizá tanto, desesperar de ella, como esperar otra vida, hurtarse a la implacable grandeza de esta.

El humanismo cristiano siempre estará confrontado por humanismos de sello ateo o laico que están a favor de todo lo bueno, bello y verdadero, exaltando todos los valores humanos que persiguen la fraternidad con no menos fuerza que la igualdad y abogan por el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombre. Este humanismo no es ajeno al cristianismo. Este nuevo humanismo que se siente palpar, matizado por un sentimiento religioso, modela un nuevo tipo de espiritualidad. Por eso, Pablo VI, dirigiéndose a los humanistas modernos les decía “...también nosotros, y más que nadie, somos promotores del hombre y del hombre tal como es, en su noble y cruda realidad”.

Es preciso reconocer que, junto a ciertas observaciones penetrantes y valederas en cierto sentido, encontramos caricaturas de una auténtica actitud religiosa que dan la impresión de proceder de la ignorancia y de una mala fe. Si la religión fuera tal como la describe la crítica atea su rebelión sería grandiosa y habría que unirnos a ella. Pero, nosotros los creyentes no aceptamos un Dios y una religión hostil al hombre. Si el ateo pretende ser humano, más lo somos nosotros, pues el núcleo de la esencia de nuestro humanismo radica en el misterio de la encarnación humana del amor redentor de Dios: Cristo que se hizo uno de nosotros, que compartió nuestra humilde y frágil condición humana para así humanizar a Dios y divinizar al hombre.

El error del humanismo ateo consiste en imaginarse que el hombre no puede realizarse sino yendo contra Dios. En cambio, para el cristiano la verdad es todo lo contrario. A la falsa ecuación marxista: religión = alienación, responde: religión = promoción. Busca la promoción y desarrollo integral de todos los hombres y de todo el hombre, materia orgánica y espíritu. Por eso, su humanismo es trascendente, no se detiene en el mismo hombre ni en su realidad terrena. Sería un humanismo incompleto, incluso inhumano. Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el mismo hombre⁴.

La religión del Dios que se ha hecho hombre provoca procesos de ascensión del hombre y su realidad cósmica hacia la perfección, hasta que Dios sea todo en todas las cosas. Esta es la tendencia de una nueva espiritualidad que se está plasmando, y que Teilhard de Chardín resumía: “para ser absolutamente cristianos es preciso ser apasionadamente humanos”.

En esta reflexión resultan valederas la sentencia de San Gregorio Nacianceno:

Piensa hombre, de quién eres criatura. Imita entonces la ‘filantropía de Dios’. Lo más divino en el hombre es su capacidad de hacer el bien. Tienes, por tanto, la posibilidad de hacerte Dios sin gran trabajo: no dejes pasar esta ocasión de divinización⁵.

Equivalente a la frase de Píndaro: «¡Llega a ser el que eres!», y a la de San León Magno, cuando solía animar a sus feligreses: “¡Reconoce, oh pobre hombre, tu gran dignidad!”.

El padre Abelardo Lobato, O.P., en un interesante y ameno artículo que tituló: “Tomás de Aquino, arquitecto de la vida universitaria”⁶ nos ofrece el perfil ideal de esa *paideia tomista*, que un profesor de cualquier universidad católica debe cultivar y asumir para que la institución donde enseña realmente incida en el desarrollo integral de sus estudiantes, seres humanos que están en proceso de formación y estructuración de su personalidad. Nada de lo humano puede ser ajeno a la universidad, comenzando por la preocupación por brindar una formación integral a ese ser tan especial como es el joven universitario, dotado de capacidad racional y de un potencial inmenso.

La primera tarea de la universidad, según el autor, consiste en situarse en la cima del proceso cultural, lo que se ha llamado “altura de los tiempos”, tarea que solo es posible en el respeto y aprecio por lo que han hecho y dicho quienes nos han precedido, en la pasión por las fuentes, en dejarse ayudar de los que nos han antecedido; la segunda tarea arquitectónica de la universidad está en la búsqueda y transmisión de la verdad, a sabiendas de que ese servicio a la verdad sintetiza y expresa todo el ideal de la *paideia* cristiana de la universidad; la tercera tarea, propia del oficio del sabio, estaría orientada hacia el futuro: la universidad está llamada a ser el lugar privilegiado donde se escruta y se forja ese futuro deseable para la misma humanidad.

En síntesis, la universidad debe estar abierta a esas tres dimensiones esenciales del ser humano: el pasado, el presente y el futuro. Ella debe ser la memoria viviente de la tradición cultural, para acogerla, conservarla y hacerla propia; debe

vivificar el presente proponiendo soluciones, en forma creativa, a los desafíos que el diario vivir le presenta al hombre y, finalmente, debe proyectar la capacidad racional del ser humano hacia la búsqueda de un futuro venturoso para la especie humana, futuro que seguramente ya ha comenzado, pero que requiere del concurso humano para llevarlo a una feliz consumación.

Por último, el autor nos ofrece a grandes pinceladas un esbozo del profesor ideal en esta concepción de la *paideia* cristiana, presentándolo como ese gran mediador y promotor del ser humano, considerado este como un ser singular, siempre perfectible, itinerante hacia su plenitud, un peregrino en busca de lo absoluto. El maestro, el profesor es la persona llamada a despertar en sus alumnos esa dimensión trascendente.

El maestro logra promover la plenitud del alumno de dos modos: con la doctrina, por la cual le indica dónde está la verdad, el bien, la belleza, y con ello le da luz para su interior. Pero de suyo, esto es insuficiente... Para inclinar a los hombres en la realidad existencial, la vía más eficaz, que no excluye sino que integra la doctrina, es el ejemplo. Uno se mueve a obrar desde lo que ve en otro. Las palabras persuaden, los ejemplos arrastran. *Magis movent exempla quam verba: verba movent, exempla trahunt*, anota el padre Lobato⁷.

Denominar *paideia* a la misión que tiene la universidad y sus docentes en relación con la educación, la pedagogía y la formación integral, de suerte que la institución y sus profe-

sores se esfuercen en abrirse a los grandes ideales, valores y fines que orientan los propósitos humanistas que una educación auténtica se debe ofrecer a las nuevas generaciones, en cualquiera de sus fases. Esta *paideia* persigue como objetivo final no tanto hacer del hombre un *homo homini lupus* (“Un hombre lobo para el hombre”), sino un *homo homini naturaliter amicus* (“Un hombre naturalmente amigo para el hombre”) que pregonaba Santo Tomás. El desarrollo ético se mide por el grado en que nuestras acciones se basan en la benevolencia y el altruismo, más que en la malevolencia, el afán de lucro y el egoísmo. Lo que se espera de un egresado es que el día de mañana su actividad profesional irradie humanidad y consideración hacia los más débiles.

Notas

- ¹ Jaeger Werner. (2001). *Paideia*. México: Fondo de Cultura Económica de España.
- ² Jaeger Werner. (1964). *Humanismo y teología*. Madrid: Rialp.
- ³ Cfr. Constitución *Gaudium et Spes*, No. 55 del Concilio Vaticano II.
- ⁴ Cfr. Pablo VI. Encíclica *Populorum Progressio*, No. 42.
- ⁵ Cfr. San Gregorio Nacianceno. *Discurso 17*, No. 9.
- ⁶ Cfr. Abelardo Lobato. Revista Electrónica *E-Aquinas*, N° 1, pp. 2-26, del año 2003.
- ⁷ Abelardo Lobato. Revista Electrónica *E-Aquinas*, N° 1, pp. 22-23, del año 2003.

Enfoque humanista de las profesiones técnicas

Quisiera reflexionar con ustedes, de la mano de Santo Tomás, acerca del quehacer universitario y, por ende, acerca de la misión de la universidad en los comienzos de un nuevo milenio. Santo Tomás, maestro de sabiduría, nos ha legado el arte de hacer las preguntas pertinentes. Hablando de universidad, la pregunta clave que debemos plantearnos no es *cómo* ha de funcionar mejor la Universidad, sino *qué* ha de ser. Es necesario partir de la pregunta esencial, la pregunta por el *telos*, *el fin* de la universidad; solo una vez que se responda a esta pregunta será posible resolver los problemas derivados de su funcionamiento. Permítanme, pues, ahora, sentado como ustedes en la escuela de este gran Maestro, compartir estas reflexiones, que les ofrezco con toda sencillez y afecto.

La universidad es el lugar donde se conserva, memoriza, integra y ritualiza toda una herencia cultural de conocimientos, ideas y valores, y donde se generan nuevos conocimien-

tos, ideas y valores y, al mismo tiempo, es el lugar privilegiado donde se adquieren las competencias básicas para el ejercicio profesional. Como insistentemente lo expresan los entendidos en temas relacionados con la universidad, los tiempos presentes están reclamando un egresado con una sólida formación humanista, con una alta capacidad para acceder al mundo de la información, para clasificarla, relacionarla y aplicarla; para poder transitar y desempeñarse en diferentes contextos, lo que los entendidos denominan “un profesional polivalente”; con capacidad de juicio y criterio para tomar decisiones, para relacionar saberes y prácticas, para trabajar en equipo y diseñar proyectos; con habilidades de comunicación.

La universidad tiene un objetivo vital: formar ciudadanos capaces de afrontar los problemas de su tiempo, de manera ética, creativa y crítica en conformidad con las exigencias que reclama la dignidad de la persona humana.

La universidad, para el cumplimiento de su misión, se inspira en el pensamiento humanista cristiano de Santo Tomás, construido en el diálogo crítico entre razón y fe, que afirma la dignidad de la persona humana, fundada en la semejanza con Dios, y que insta en el proceso educativo al desarrollo armónico de todas las dimensiones y potencialidades del ser humano. Edgar Morin, en su opúsculo *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, señala cómo una de las preocupaciones primeras de la educación ha de ser el enseñar la condición humana. Es fundamental que las instituciones que brindan el servicio educativo se esfuercen por presentar una visión íntegra del fenómeno humano. In-

tegración que debe ofrecerse articulando las disciplinas que estudian lo humano. Esto explica el porqué del componente humanista del currículo que tiene la Santo Tomás, integrado por cátedras sobre filosofía institucional, cultura física, ética, cultura teológica, pensamiento sociopolítico, antropología, además del currículo oculto conformado por otras estrategias pedagógicas que garanticen la formación integral de los estudiantes.

El humanismo cristiano responde positivamente a las tres preguntas claves que todo humanismo se plantea: de dónde venimos, quiénes somos y hacia dónde vamos.

La palabra humanismo no aparece de nuevo sino hasta el siglo XIX para designar las obras de los humanistas de los siglos XV y XVI, intelectuales ocupados en las “letras humanas”, por oposición a quienes se ocupaban de las “letras divinas”, convirtiéndose así en reivindicadores de la cultura greco-romana. Pero en la actualidad el concepto de humanismo se usa en un sentido amplio para referirse a cualquier concepción filosófica, moral o política caracterizada por la sustentación del valor del hombre y por su optimismo sobre las posibilidades de la realización humana (PEI. Universidad Santo Tomás, p. 21).

Consecuentemente, la universidad en general, y más la universidad católica, debe tener como nota característica la primacía de la formación integral de la persona sobre su capacitación laboral. Esta formación integral recibía, en tiempos de santo Tomás, el nombre de *sapientia*, es decir, aquella forma superior de conocimiento en la que se integran los

distintos saberes. La Universidad es el lugar propicio para ampliar los horizontes del conocimiento abriéndose así a la totalidad del saber humano. Razón tenía la universidad inglesa de Oxford que exigía a sus alumnos obtener un diploma en humanidades antes de comenzar los estudios de Medicina. No olvidemos que en la práctica, los ingenieros, los físicos, los biólogos, consideran como una “costura” la filosofía, y las demás asignaturas de humanidades, como las materias que ayudan a mejorar el promedio, pero que consideran no son tan importantes para las respectivas carreras.

El estudio de las humanidades no podrá ser nunca un estorbo, porque en definitiva no es sino el estudio del hombre, tal y como lo ha descrito la literatura, lo ha reflejado el arte, se ha pensado a sí mismo en la reflexión filosófica y se conoce en su andadura histórica. Tal era la idea del cardenal Newman. La universidad, antes que enseñar artes liberales, –como se denominaban las especialidades en la antigüedad–, había de ser un *Studium Generale*¹, un estudio de carácter universal que integrara los distintos saberes o ciencias. Sin esta interdisciplinariedad corremos el riesgo de que las alicortas y miopes visiones de la utilidad inmediata ocupen el centro del quehacer universitario. Decir Universidad es decir universalidad en el saber, la pasión por el conocimiento en toda su extensión, de la que participan todas las facultades, para superar así la fragmentación de saberes en la que tiende a encerrarse el conocimiento especializado.

La mayoría de las universidades proclaman que uno de sus objetivos fundamentales es brindar una formación integral a sus estudiantes. Pero, ¿qué significa formación inte-

gral? Formación integral significa, sobre todo, la búsqueda del crecimiento del ser humano como persona en todos los órdenes, o sea, no reducida a la mera instrucción o capacitación profesional. Muchas personas se ven sorprendidas al comprobar que la universidad no siempre hace mejores ni a quienes enseñan ni a quienes aprenden. Y no les faltaría razón. El fenómeno de la corrupción, la impunidad, la injusticia social y los desequilibrios estructurales de la sociedad cuestionan fuertemente si la universidad está cumpliendo o no con la tarea fundamental de incidir en el carácter y en la moral de las personas. ¿De qué nos serviría formar excelentes ingenieros o arquitectos, si carecen de una visión armónica y coherente del saber y del mundo, si no están preparados para hacer frente a los problemas éticos y morales que el ejercicio de su profesión les va a plantear inexorablemente? Personalmente les confesaré el temor a vivir en un mundo dominado por expertos sin alma, sin principios éticos.

La ética, como reflexión crítica del quehacer humano, estudia al hombre como ser en crecimiento y en proyecto, e intenta precisar cuál debe ser esa orientación básica para lograr un mejor futuro del hombre y de la sociedad. Esta exigencia de dirigirse con la mira puesta en un futuro mejor por construir, en progreso constante día a día, significa que el hombre es un ser finalista, que su vida tiene una orientación teleológica, es decir, que mira a lo lejos en donde terminará su proceso de realización o de degradación. El hombre, como ser vivo específico que es, se mueve necesariamente en una dialéctica continua de crecimiento —que a veces puede ser regresivo—, llamado a alcanzar grados superiores de ser.

¿Qué clase de universidad sería aquella que por aumentar su rendimiento con vistas a satisfacer la demanda de puestos de trabajo en el mercado, elimina como superfluas las grandes cuestiones de la existencia humana, como son: el sentido de la vida, de la sexualidad, de la muerte, la justicia, la paz, la realidad trascendente y la búsqueda del fundamento de las cosas? ¿Qué ingenieros y arquitectos serán aquellos que saben cómo funcionan las cosas, pero no para qué? ¿De qué sirve construir puentes, proyectar complejos industriales, diseñar sofisticados edificios o conocer las más avanzadas técnicas de información y comunicación, si no sabemos para qué los queremos ni qué utilidad le reportará al ser humano y si están acordes con su dignidad? La sociedad de la hipertrofia de los medios y de la atrofia de los fines, –en expresión de Paul Ricoeur– corre el riesgo de convertirse en alguna de las peores pesadillas: el mundo sometido a la racionalidad técnica instrumental, en la que el hombre es considerado únicamente un engranaje anónimo del complejo mecanismo social, considerado en función de criterios de eficiencia y rentabilidad. Un mundo donde no hay sitio para aquello que no sea útil y rentable.

El propósito fundamental de la tecnología es contribuir al bienestar y la felicidad humana. Usada apropiadamente tiene efectos beneficiosos sobre nuestra dimensión social, usada inapropiadamente es causa de cierta declinación espiritual, debilita los lazos interpersonales y aísla a los individuos.

Fiel a esta vocación originaria, la Universidad ha de evitar la tentación de adaptarse servilmente a las exigencias del mercado y de lo que genera rentabilidad. La universi-

dad no puede reducirse a la mera capacitación profesional, ni ha de regirse solo por criterios de eficiencia y rendimiento económico, por muy necesarios que estos sean. El objetivo de la universidad no es únicamente conseguir la inserción en el mercado de trabajo, sino antes y sobre todo, la búsqueda de la verdad y de la formación integral del ser humano para poder prestar un mejor servicio a la sociedad.

De acuerdo con el lema institucional *Facientes veritatem* toda acción transformadora debe respetar siempre los límites que impone la verdad de una vida humana digna. Si hay intereses o poderes espurios que olvidan esa verdad última reguladora de las verdades técnicas o prácticas, el “ingeniero”, sus “laboratorios” y sus “ingenios” subordinados a tales poderes se convierten en factores de deshumanización y de destrucción. Es lo que ha ocurrido en todas las guerras, pero especialmente en las últimas, cada vez más “guerras de ingenieros”, de “laboratorios” y de “ingenios”. Fue lo que llevó al infierno de Auswitch. Fue lo que ocurrió en Hiroshima y Nagasaki, desastres de máxima inhumanidad. De ahí la importancia del sentido ético de toda actuación humana. Cuanto más conscientes somos del alcance de nuestro pensamiento y de nuestras actuaciones, mayor responsabilidad asumimos. Uno podría preguntarse si los científicos cuyas investigaciones permitieron la fabricación de la bomba atómica o del “Napalm” hubieran tenido un pensamiento más ético y más humano de la realidad de la vida, de la ecología, del sufrimiento humano, habrían continuado con sus investigaciones que les conduciría a poner en las manos de personas inescrupulosas e irresponsables, cuando no en mentes perversas, armas capaces de destruir cualquier vestigio de vida.

Ciertamente, el hombre ha logrado vencer con su inteligencia fronteras que, hasta hace poco, se consideraban insuperables, y sueña, con una fe casi ciega, en el progreso científico, en desentrañar los misterios de la naturaleza y de la vida, amén de desmitificar cualquier otro intento de explicación de la realidad que, en no pocas ocasiones, considera propia de mentalidades precientíficas, las cuales suelen apelar a teorías o explicaciones pseudo-religiosas o míticas cuando se sienten incapaces de comprender dicha realidad. Pero no menos ingenuo resulta la fe ciega en el progreso científico o la apología que se hace de una investigación neutra, aséptica y desligada de cualquier connotación axiológica.

Esto significa que la dimensión ética es ineludible en todo proceso investigativo y científico y de capacitación de nuevos profesionales, pues parece insensato abrir caminos y continuar roturándolos sin prever las consecuencias, muchas veces funestas que de ellos se derivan. Toda nueva posibilidad a la que el hombre se enfrenta despierta de inmediato toda una serie de preguntas éticas que invitan a reflexionar sobre las repercusiones y sobre lo que hay que hacer para evitar nefastas consecuencias. Cualquier conquista de la ciencia pierde su valor cuando se convierte, por sí misma o por sus consecuencias, en una amenaza seria para la especie humana y demás especies animales.

Más caseramente, podríamos pensar en los ingenieros civiles que construyen vías defectuosas o puentes que no aguantan el paso de los años; en arquitectos que levantan casas o apartamentos como especie de jaulas indignas

como vivienda para el ser humano; en ingenieros químicos u otros profesionales que prestan su inteligencia o su formación profesional al servicio de causas innobles como pueden ser el terrorismo, el negocio del narcotráfico, la trata de personas. Después de todo, la ética no es más que la estética del espíritu. El filósofo español José Ortega y Gasset, ya en 1933, en su *Meditación de la técnica* llamaba la atención a los ingenieros: “Vean, pues, los ingenieros cómo para ser ingeniero no basta con ser ingeniero... Es preciso estar alerta y salir del propio oficio: otear bien al paisaje de la vida, que es siempre total”. La potestad suprema para vivir no la da ningún oficio ni ninguna ciencia. La da la sabiduría, esa visión globalizante y ética de la vida. El ingeniero o el arquitecto es el hombre que adopta la posición de enfrentarse al mundo físico para, transformándolo, vislumbrar primero y conservar después un sistema de posibilidades mejores de vida, de vivienda, de hábitat para la comunidad humana.

Pensemos, por ejemplo, en los profesionales que trabajan en el campo de la ingeniería genética². El proyecto del Genoma Humano representa, todo lo que, para bien o para mal, es posible hacer en el ámbito de la *manipulación genética*, concepto por demás ambiguo, puesto que puede significar, por una parte, ensayos aventurados a alterar la naturaleza de los genes para conseguir algún fin sospechoso que genera tantos temores, fundados a veces en las tristes experiencias del pasado, y que llevan a pensar que no todo lo que es técnicamente factible es moralmente aceptable. El conocimiento y la ciencia siempre serán algo bueno y positivo; lo negativo está en el mal uso que se pueda hacer del conocimiento y de

la ciencia. El problema no está en haber inventado la pólvora, la dinamita o en lograr la decodificación del genoma humano, sino en el uso indebido de tales invenciones.

Notas

- ¹ El término *Studium Generale* designaba inicialmente la institución académica e incluso la ciudad, el lugar donde los estudiantes de todas partes eran recibidos y no el lugar donde todos los asuntos eran estudiados, mientras que *Universitas* significaba un número, una pluralidad, un conjunto, pero de personas, una corporación legal o persona jurídica. A finales del siglo XIV, el uso del término quedó restringido a *comunidad de maestros y estudiantes*, pero no significa institución para el cultivo del conocimiento universal que con el tiempo ha tendido a ser (Cfr. Jaime Porta. (1998). Arquetipos de universidades: de la transmisión de los saberes a la institución multifuncional. En *La Universidad en el cambio de siglo* (p. 29). Madrid: Alianza Editorial.
- ² Con relación al origen de la palabra ingeniería pudiéramos decir que los siglos XV y XVI conservaron el proyecto de Alberto Magno de la “inventio”, pero los humanistas prefirieron un término que los medievales usaban menos: “ingenium”, con el doble significado de inventiva, como talento personal, y de invención o creación, como resultado. De ahí derivó, hacia 1585, la palabra española “ingeniero”, “ideador y productor de “ingenios”, de inventos, de artefactos, de máquinas, de aparatos, de instrumentos. Y el “ingeniero” sobre todo a partir de la Revolución Industrial, se convirtió en el profesional que discurre y construye artefactos o inventa modos de ejecutar operaciones, con doble finalidad: para lograr satisfacer necesidades con el mínimo de esfuerzo o para crear posibilidades nuevas, mejorando las que la naturaleza ofrece. Se trata, en todo caso, de elevar los niveles de confort, de bienestar. El “ingeniero” de hoy necesita laborare (esforzarse con tesón) y requiere de lugares que reúnan los medios para “operar” y “experimentar” —como querían los medievales—, lugares especializados que, desde el siglo XVIII, se viene denominando “laboratorios”, término cuyo campo semántico vertebró todos los significados mencionados: recinto con

equipos para “operar” y “experimentar”, para ensayar, para idear, para diseñar, para inventar, para construir, para transformar; lugar que concentra esfuerzos sostenidos; lugar para la inventiva.

La universidad colombiana

Hace ya un buen número de años apareció el libro *Colombia un país por construir*¹ y, entre los problemas críticos que señala en el capítulo que analiza el subsistema sobre el capital humano y las capacidades humanas del colombiano, está la baja calidad de la educación en Colombia.

En términos generales, se dice que la universidad colombiana, con contadas excepciones, ha sido y continúa siendo con un enfoque puramente de sacar a secas un simple profesional y con un currículo rígido y enciclopédico, refractario a la interdisciplinariedad, excesivamente orientado a inculcar destrezas para el trabajo y, por lo mismo, con planes de estudios obsoletos y poco pertinentes a los requerimientos de la sociedad del conocimiento y del país. La universidad, pues, prepara para el ejercicio de una profesión o de un empleo, y para ello basta contar con un conjunto de manuales que los estudiantes leen y releen hasta que se los aprenden, y cuyos datos se apli-

carán, con pocas modificaciones, a lo largo de su vida profesional.

Con frecuencia, los métodos de enseñanza no trascienden la forma tradicional de hacerlo, es decir, dictar, copiar, memorizar y reproducir, sin más mediación que el texto y centrada en la acción del docente. El profesor se limita a repetir este saber que encuentra en textos y a verificar que los estudiantes lo hayan aprendido. Hay estudiantes que logran graduarse sin haber leído nada diferente a los textos básicos de cada materia, casi siempre como fragmentos fotocopiados. La docencia repetitiva, que se basa en apuntes leídos semestre a semestre y en la proposición de los mismos ejercicios, es uno de los graves problemas que enfrenta la educación superior en nuestros días.

La hegemonía del *ethos de ofrecer simplemente a la sociedad un profesional* sustenta un modelo pedagógico que privilegia el aprendizaje pasivo, repetitivo, memorístico, libresco y convergente —expresado claramente en el término “dar o dictar clase”— en lugar de la generación de conocimientos y la formación para el aprendizaje autónomo y autogestionado que fomente en el estudiante la libre indagación, la búsqueda de respuestas y solución a problemas complejos, y la adquisición de otras competencias intelectuales. Es preciso cambiar la mentalidad y los hábitos, que hacen que la lección magistral sea el modo casi exclusivo de enseñanza. Con razón, a veces se dice que en la universidad hay demasiada enseñanza y poco aprendizaje, porque el protagonista principal es el profesor y no el estudiante. Al contrario, este debe ser el principal agente y gestor de su proceso de formación,

de suerte que él mismo tenga el convencimiento de que debe construir el conocimiento y no simplemente recibirlo para repetirlo lo más fielmente posible.

Es necesario reforzar en los estudiantes las competencias académicas básicas, tanto para aprender a aprender como desaprender, a dominar la lectura y la escritura, a seleccionar la información, aprender a pensar con rigor, a trabajar en equipo, a aplicar los conocimientos adquiridos, a prever las consecuencias de sus acciones y a saber convivir con los demás.

La universidad debe preocuparse por cultivar en el estudiante habilidades para trabajar productivamente en equipo con profesionales de otras disciplinas; generar en él las competencias indispensables para analizar, organizar, escribir y exponer las conclusiones de sus reflexiones; lo mismo que aprenda a cultivar las competencias cívicas y su talante y compromiso ético-cívico para con su entorno social; que sea asertivo en las relaciones sociales, es decir, que puedan interactuar positivamente con los demás; que sean capaces de hablar cosas serias de manera pertinente y emitir juicios morales ponderados. Hoy día se insiste mucho en que sean analistas simbólicos.

Los analistas simbólicos se distinguen por haber desarrollado:

- Gran capacidad de abstracción, es decir, capacidad para interpretar, analizar y sintetizar textos elaborados, muchos de ellos altamente formalizados.

- Un pensamiento sistémico, capaz de relacionar el todo con las partes y aprehender los fenómenos complejos, sujetos a la incertidumbre.
- Capacidad de interactuar con otros actores y de trabajar en equipos interdisciplinarios.
- Capacidad de construcción y reconstrucción de los saberes adquiridos, de formular y resolver problemas, de proponer explicaciones y de someter a prueba sus hipótesis.

Perfectamente podríamos apropiarnos de los objetivos que en 1994 trazó el Comité de Planeamiento Estratégico de la Universidad de Princeton:

- La capacidad para pensar, hablar y escribir correctamente.
- La capacidad para razonar crítica y sistemáticamente.
- La habilidad para conceptualizar y resolver problemas.
- La capacidad para pensar con autonomía e independencia.
- La capacidad de trabajar cooperativamente con otros.
- La capacidad para ver conexiones entre distintas disciplinas, ideas y culturas.
- La capacidad para seguir aprendiendo a lo largo de la vida.
- La familiaridad con distintas formas de pensamiento.
- La profundización del conocimiento en un campo determinado.

O también, lo que propone Howard Gardner en su opúsculo *Las cinco mentes del futuro*², cuando afirma que el quehacer educativo debe estar enfocado a cultivar en los jóvenes una mente disciplinada, una mente sintética, una mente creativa, una mente respetuosa y una mente ética. Igualmente, lo que Edgar Morin propone en su opúsculo para la educación del futuro³.

De esto se desprende que la universidad debe ofrecer a los estudiantes un apoyo significativo de acompañamiento, de manera global, que abarque desde antes de su ingreso, durante su permanencia en la universidad, e incluso, hasta su egreso de la misma. Ella debe ocuparse de los estudiantes desde antes de su ingreso ofreciendo programas de información y orientación, con efectivos mecanismos de selección. Luego, debe brindar una atención especial durante los primeros años de estudios, pues se sabe que la mayor deserción de estudiantes se da en el transcurso de los primeros semestres académicos.

De ahí la importancia de contar con programas de acompañamiento o tutoría que garanticen la integración y permanencia en la institución, y que les permita superar las dificultades académicas y sociales que los nuevos estudiantes atraviesan al iniciar sus estudios universitarios. Por ejemplo, diseñando cursos formales que estimulen la creación de hábitos de estudio y otras habilidades para el aprendizaje, como el buen uso de la biblioteca y del Internet, que se le enseñe a pensar de manera lógica y rigurosa, que las nuevas tecnologías como el Internet, el WhatsApp, los correos electrónicos, las tabletas sirvan más como instrumentos de trabajo y no como meros elementos distractores.

Ahora, con la implantación del sistema de créditos durante el transcurso de la carrera elegida debe facilitársele al estudiante el armar y planear los cursos que piensa seguir durante el semestre, de tal modo que se adapte a sus ritmos, a sus necesidades e intereses particulares, e inclusive que se le motive para cursar dos carreras simultáneas. Una vez terminado su proceso de formación de pregrado deben diseñarse algunas estrategias de acompañamiento para su inserción en el mercado laboral, lo mismo que debe existir un seguimiento del egresado con el propósito de retroalimentación curricular y de la evaluación de la pertinencia del plan de estudios ofrecidos por la institución. No se puede olvidar que los egresados deben ser los destinatarios privilegiados de la oferta de posgrados y de la educación continuada.

La Universidad, finalmente, debe tener en cuenta la propuesta de Edgar Morin sobre los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Por ejemplo, que el estudiante aprenda a afrontar la incertidumbre y la complejidad, a manejar el riesgo y a modificar el curso de los acontecimientos. Que la universidad le enseñe la comprensión de la condición humana y la ética de una responsabilidad planetaria, de suerte que asuma con seriedad su propio proyecto de vida y su desempeño profesional, que él mismo elija las formas de vida que considere deseables, al mismo tiempo que sean útiles o beneficiosas para la sociedad.

Notas

- ¹ “*Colombia un país por construir, problemas y retos presentes y futuros*”, obra en colaboración, dirigida por Pedro José Amaya. Unibiblos, Bogotá 2001.
- ² Howard Garner. (2005). *Las cinco mentes del futuro*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- ³ Edgar Morin, “*Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*”, elaborado para la Unesco como contribución a la reflexión sobre cómo educar para un futuro sostenible y publicado por el MEN y el ICFES en el 2000.

La universidad y la promoción de una cultura de la paz

La universidad, como institución que contribuye en la capacitación profesional y en la educación de las nuevas generaciones, tiene una responsabilidad enorme en fomentar nuevos paradigmas para cultivar en la mente de los jóvenes la conveniencia de una armónica convivencia de las pequeñas y grandes comunidades de los seres humanos. Tradicionalmente se ha admitido que la universidad está centrada en tres funciones sustantivas: formar personas, investigar la ciencia y servir a la comunidad. Cada una de ellas debe aportar su grano de arena en la construcción de una sociedad pacífica y de estructuras más equitativas.

Las universidades, como instituciones de educación superior, son sistemas¹ complejos y pluridimensionales, con misiones específicas que interactúan con otras instituciones y sistemas de su medio, como son los de orden político, económico, cultural, religioso y social. Están condicionadas en

lo local, nacional e internacional, pero a su vez pueden y deben influir en los diferentes tipos de entorno.

Entre los diversos contextos de ambiente que vive hoy día la universidad colombiana no podemos eludir el hecho de que está inserta en una cultura de violencia y de muerte. Por eso surge como imperiosa la necesidad de construir nuevos paradigmas para cultivar en la mente de los hombres la paz. “Desde que las guerras comienzan en las mentes de los hombres, es en la mente de los hombres que la paz debe ser construida”, nos recordaba la carta de la Unesco del año 1981. El más alto propósito de la educación consiste en transmitir a las nuevas generaciones las virtudes y los valores esenciales de la humanidad y, entre estos, el de la paz ocupa un lugar preponderante. La universidad, como la conciencia pensante, analítica y crítica de la sociedad, debe participar activamente en la educación para el desarme, la solución de conflictos, el fomento de una cultura para la paz y para un desarrollo humano y económico sostenible.

En 1997 la Asamblea General de la Naciones Unidas declaró el año 2000 como Año Internacional de la Cultura de la Paz. La Unesco define *la cultura de la paz* como

un conjunto de valores, actitudes y conductas, que plasman y suscitan a la vez interacciones e intercambios sociales basados en principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia y solidaridad; que rechazan la violencia y procuran prevenir los conflictos tratando de atacar sus causas; que solucionan los problemas mediante el diálogo y la negociación; y que no sólo garantizan a todas las personas el

pleno ejercicio de todos los derechos sino que también les proporcionan los medios para participar plenamente en el desarrollo endógeno de sus sociedades.

¿Qué entendemos por paz?

La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica... Esta paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de todo orden².

Se trata de encontrar una situación en la que sea posible la realización personal de cada quien, porque encuentra las condiciones ideales para llevar a cabo su proyecto de vida y una estructura social que facilita el desarrollo de todas sus potencialidades que pueden subyacer en estado germinal. De ahí que cualquier forma de violencia, directa o indirecta, como todos los tipos de acciones brutales o coercitivas que conlleven sufrimiento físico o psicológico (desplazamiento forzoso, secuestro, toma de rehenes, trabajos forzados, torturas, maltrato físico o verbal) serán formas opuestas a ese clima de paz ideal³.

Ahora, que apenas estamos asomándonos en los albores del siglo XXI, el principal desafío que tenemos es el iniciar la transición de una cultura de la guerra y de la violencia hacia una cultura del respeto por la vida y la convivencia pacífica de los ciudadanos, una cultura de la armonía social y del compartir, basada en los principios enunciados en la Carta de las Naciones Unidas y en el respeto de los derechos

humanos, una cultura fundada en los principios universales de justicia y equidad, de solidaridad y reciprocidad, de libertad y democracia participativa, una cultura que rechace cualquier forma de violencia y procure prevenir las causas de los conflictos en sus raíces y dar solución a los problemas sociales mediante el diálogo y la negociación.

¿Cuál será el papel que tiene que jugar la universidad y, dentro de ella, cada disciplina o facultad en la transición de una cultura de la muerte y la violencia hacia una cultura del respeto por la vida y de la convivencia pacífica? ¿Cómo echar los cimientos de una cultura de la paz en la mente de los hombres, sobre todo, de las nuevas generaciones? ¿Cómo puede impartir una educación para la paz de la manera más eficaz? ¿Pueden ciertas disciplinas académicas tomar la delantera en el fomento de la educación para la paz, o debe esta impartirse de manera multidisciplinaria? Una respuesta simplista pero valedera es la de afirmar que la universidad debe tener una actitud proactiva, de fomentar una educación en valores, de consolidar una ética de lo público, de propiciar una investigación interdisciplinar y trasdisciplinar de las posibles causas que generan tanta violencia, desequilibrios sociales, pobreza crítica, marginamiento y exclusión a las que se ven sometidas millones de personas.

No podrá garantizarse un desarrollo humano sostenible sin la existencia de una cultura de la paz en estos tiempos y lugares donde las guerras y las violencias, las matanzas y oleadas de desplazados dentro de las naciones han ido *in crescendo*, donde los atentados, disturbios y descontentos

generalizados minan la economía, generan precariedad e intensifican los desequilibrios.

Vivir precisamente ahora cuando nos ha tocado vivir sin paz, en la amargura de la violencia, del desprecio y de la pobreza calamitosa. Si es verdad. Pero también sabemos de alguna manera que sólo cuando ha oscurecido bastante se pueden ver las estrellas... Es verdad que aún es de noche. Por eso se pueden ver las estrellas... Sus estrellas. Palabras pronunciadas por Martín Luther King en abril de 1968 y que perfectamente encajan en el contexto social actual que vivimos en Colombia.

Pareciera que se estuviera difundiendo una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como una verdadera “cultura de muerte”. Por no hablar de las tremendas dificultades con que se tropieza para aceptar al otro, simplemente porque es distinto, incómodo, extranjero, enfermo, minusválido, porque piensa diferente, porque es de otra confesión religiosa o partido político.

Frente a los numerosos desafíos del porvenir, sin ninguna duda la educación en todos sus niveles constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia los ideales de paz, libertad y justicia social. Contribuir a la conservación, construcción y difusión del saber humano, a la formación integral de la persona humana y al desarrollo sostenible y continuo de la sociedad, constituye la misión suprema de la educación en su nivel superior. Sobre ella recae la tremenda responsabilidad de proponer y asumir programas y modelos educativos que propicien la formación

de las jóvenes generaciones en los nuevos valores de la civilidad y la convivencia pacífica, la autonomía y la capacidad de decisión, la responsabilidad social y un profundo sentido de solidaridad, en fin, el sentido de lo humano; así mismo, está llamada a contribuir decisivamente a abrir nuevos derroteros hacia un porvenir mejor para la sociedad y el ser humano, así como a orientar y configurar ese porvenir que garantice un mundo más vivible y más equitativo, participando activamente en la solución de los problemas más apremiantes, tanto a nivel local, como regional y nacional. Será como una vía, ciertamente entre otras, pero más que otras, al servicio de un desarrollo humano más armonioso, más genuino, más conducente a la plenitud, que haga retroceder tantas situaciones de pobreza y miseria, el mantenimiento de las desigualdades y el fenómeno de la exclusión y la rivalidad causantes de guerras y violencia.

En concreto, se podría uno preguntar cuál ha de ser el papel fundamental que la universidad debe jugar en ese cambio de paradigmas. Me parece que se podría simplificar la respuesta diciendo que él se desprende de su misión institucional. Tradicionalmente se ha admitido que la universidad está centrada en una triada de substantivos: la persona humana, la ciencia y la sociedad, y, que dicen relación a tres verbos claves: educar, investigar y servir.

Educación: uno de los objetivos prioritarios de la educación superior, en este momento histórico, es contribuir a la construcción de una sociedad pacífica, es decir, educar para la paz. Y para que esta sea duradera deben cambiar los paradigmas mentales y fomentar una cultura que conduzca a saber

manejar la dialéctica entre consensos y disensos, los primeros para comprender los conflictos y buscar soluciones compartidas, y los disensos para respetar las opiniones y posiciones de los demás y saber que dichas situaciones conflictivas requieren de un nuevo tratamiento. Educar para la paz significa abrir las mentes y los corazones para acoger los valores básicos para una sociedad pacífica: el respeto de la dignidad humana, la verdad, la justicia, la equidad, la unidad, la convivencia armoniosa, la libertad. Se trata de un proyecto educativo que abarca y dura toda la vida y que hace de la persona un ser responsable de sí mismo y de los demás, capaz de promover, con valentía e inteligencia, el bien de todo el hombre y de todos los hombres. Esta formación para la paz será tanto más eficaz, cuanto más convergente sea la acción de quienes, por razones diversas, comparten responsabilidades educativas y sociales. El tiempo dedicado a la educación es el mejor empleado, porque es decisivo para el futuro de la persona y, por consiguiente, de la familia y de la sociedad entera.

En esta acción específica del quehacer educativo es en la que más se puede trabajar en los cambios de paradigma de una cultura de la muerte y la violencia, hacia una cultura del respeto y cuidado de la vida, inculcando en la mente de las nuevas generaciones la conveniencia de una convivencia armónica y pacífica, de la mutua cooperación, de las soluciones concertadas en el caso de surgimiento de conflictos, de la reconstrucción del país en donde se incluya a los excluidos y en donde todo el mundo tenga oportunidad de participar. No se puede olvidar que la tarea de la universidad no se reduce a la mera capacitación profesional, por más que esta sea de alta calidad, sino que fundamentalmente tiene que

velar por la formación integral del joven universitario, en la que el componente ético surge como algo imperioso.

Esa educación integral abarca toda la vida humana en sus distintas dimensiones de orden biológico, sensible, intelectual, moral, espiritual, individual y social. La universidad debe aparecer como el lugar adecuado donde los estudiantes logran la formación de la conciencia ética de su responsabilidad social. Por esta razón, los estudiantes deben adquirir un conocimiento de la realidad nacional, de la angustiada situación de extrema pobreza en la que viven muchos pueblos, las estructuras sociales y políticas de iniquidad existentes, que generan tantos excluidos de los servicios de salud, educación y vivienda, empleo, entre otros. Hay que buscar las causas reales de tales situaciones injustas y proponer, al mismo tiempo, soluciones efectivas.

La universidad, al mismo tiempo que capacita a los jóvenes para el ejercicio competente de una profesión y les proporciona una amplia cultura, les debe enseñar a descubrir que el saber está conectado con la vida y que toda profesión cumple una función social: estar al servicio de causas nobles y en beneficio del bien común, a ser solidarios y respetuosos con cualquier ser humano, a cooperar con los demás en la solución de problemas, y trabajar a favor de la paz, de la justicia social, del respeto de los derechos fundamentales de la persona humana.

Me parece que esa cultura de la paz debe estar cimentada sobre dos pilares sólidos y duraderos que son: el respeto por la dignidad humana y la conciencia clara de la preeminencia del

bien común por encima de los intereses particulares. Cuando se ignoran o se desprecian estos dos principios básicos, se siembran inevitablemente los gérmenes de la corrupción, inestabilidad, rebelión y violencia.⁴

En efecto, el reconocimiento del valor del ser humano y más concretamente de todas las personas humanas, sin excepción alguna, es el fundamento básico para construir una cultura de la paz. Es necesario reafirmarlo con fuerza: una verdadera paz no es posible si no se promueve, a todos los niveles el reconocimiento de la dignidad de la persona humana, ofreciendo a cada individuo la posibilidad de vivir de acuerdo con esta dignidad.

En toda convivencia humana bien ordenada y provechosa hay que establecer como fundamento el principio de que todo ser humano es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanen inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto (Juan XXIII, *Pacem in terris*, I).

Recordemos que el concepto de persona surgió precisamente en la reflexión de la teología cristiana sobre el misterio de la Trinidad y constituye el gran aporte del cristianismo a las culturas. La visión cristiana del ser humano como imagen de Dios implica que se imponga a la sociedad el respeto de los derechos de la persona, que no los crea sino que simplemente los reconoce.

“La Declaración Universal de los Derechos Humanos” (1948) tiene como premisa básica la afirmación de que el reconocimiento de la dignidad innata de todos los miembros de la familia humana, así como la igualdad e inalienabilidad de sus derechos, es el fundamento de la libertad, de la justicia y de la paz. La defensa de la universalidad y de la inalienabilidad de los derechos humanos es esencial para la construcción de una sociedad pacífica.

Entre todos los derechos humanos, el primero es el derecho fundamental a la vida. Hacer tomar conciencia a las nuevas generaciones y que cale en lo más hondo de su conciencia moral el amor y respeto por cualquier forma de vida, y que la eliminación directa y voluntaria de cualquier ser humano inocente, en cualquiera de sus fases, es y será siempre gravemente inmoral. Optar por la vida conlleva rechazo de toda forma de violencia, de la pobreza y del hambre que aflige a tantos seres humanos, de los conflictos armados, de la difusión criminal de la droga y el tráfico de armas.

El otro principio básico es la conciencia clara de la preeminencia del bien común sobre los intereses particulares de las personas o de grupos. Cuando prevalecen estos últimos se va generando un clima de inequidad y de desigualdades sociales hirientes. Infortunadamente el egoísmo es el que lleva al ser humano a esa búsqueda desaforada de intereses personales o grupales. Educar a las nuevas generaciones en la virtud de la solidaridad y del respeto mutuo, y hacerles tomar conciencia que el bien común prima sobre el bien particular, tendrá efectos positivos una vez que ingresen al mercado laboral.

Investigar: esta es una tarea fundamental que tiene el ente universitario, si ella no se lleva a cabo o se da a medias la institución no merece llevar el título de universidad. Dentro de la universidad son muchas las disciplinas, sobre todo las de las ciencias humanas y sociales que tienen que ponerse en la tarea de pensar la paz, de ir tras los vestigios (*investigar: in vestigium ire*) del fenómeno de la violencia difusa, de las causas de los conflictos armados entre las naciones o grupos étnicos, de las guerras civiles, de la agresión entre los seres humanos. En el caso concreto de Colombia, los elevados índices de violencia política, violencia intrafamiliar y violencia común (el país cuenta con el indicador más alto de muertes, no de muerte natural sino de muerte cruenta, muchas veces en formas, por demás, escalofrantes) obliga a que las universidades y el conjunto del sistema educativo se conviertan en actores de los debates en asuntos de paz y de crear condiciones de sana convivencia.

Ciertamente son muchas y complejas las causas que han generado este clima de violencia y que a menudo hacen que sea difícil y desalentador el camino hacia la paz⁵. En la raíz de tanto sufrimiento hay una lógica de violencia, alimentada por el deseo de dominar y explotar a los demás, por ideologías de poder, por antiguos odios políticos, por estructuras sociales y económicas inequitativas. El problema de la violencia y de la guerra en Colombia tiene raíces profundas y se alimenta en una larga tradición de pobreza, injusticia, inequidad, profundas desigualdades económicas, exclusión de muchísimos compatriotas de los beneficios de la sociedad, disparidad en la distribución de los bienes comunes, entre otros. Hay que aceptar que el camino hacia la paz es largo y

exige una transformación política, económica y social radical, lo mismo que un cambio de mentalidad y de paradigmas que hagan ver la paz como algo posible y la convivencia pacífica entre los colombianos como algo rentable.

Las exigencias contemporáneas de la investigación científica implican una formación en la complejidad que integre el aporte tanto de las ciencias naturales como de las humanas y sociales en la comprensión de fenómenos también complejos⁶:

Esos esfuerzos investigativos interdisciplinarios no han de quedar reducidos a un puñado de especialistas, sino que en ellos se han de incorporar a todos los estudiantes y profesores, de suerte que vaya calando en la mente de todos el sentido de una responsabilidad compartida por adentrarse en el complejo mundo de analizar las causas de las múltiples formas de violencia, y de comprometerse a buscar nuevos métodos y soluciones no violentas a los conflictos sociales o relacionales existentes en el seno de las diferentes formas de comunidad. Así poco a poco se irá aprendiendo gradualmente a resolver por concertación y acuerdos aquellos conflictos que nos hemos acostumbrado inveteradamente a resolver con violencia y guerras, que a menudo son causas de otras, que no resuelven los problemas que las originan y, por tanto, resultan inútiles.

Servir: la tercera función sustantiva que tiene la universidad es la de prestar un servicio social a través de su proyección a la comunidad. La proyección social es la intención final de las otras dos funciones sustantivas. Como la actividad universitaria, para ser pertinente, debe adecuarse a los recla-

mos contemporáneos de la sociedad, uno de estos reclamos es que las instituciones de educación superior se apliquen a los análisis propongan soluciones a la problemática social que viven las comunidades de su entorno. Es deber formativo de la universidad beneficiar a la comunidad circundante y, en general, a toda la sociedad, mediante sus acciones de investigación y proyección social. No obstante, “estas acciones, en los casos de apoyo a sectores deprimidos, no pueden terminar en asistencialismo paternalista; este en vez de promover, mantiene a los usuarios de los servicios en perpetua dependencia. Pero tampoco puede quedarse en el extremo de la asepsia investigativa, que acumula informes y sobre-diagnostica sin aportar soluciones. La proyección social no puede reducirse a lo satirizado por el conocido anónimo:

Tenía hambre, y ustedes formaron un comité para investigar mi hambre; no tenía hogar, e hicieron un informe sobre mi problema; estaba enfermo, y organizaron un seminario sobre la situación de los deprimidos; investigaron sobre los aspectos de mi condición, pero todavía tengo hambre, carezco de hogar y sigo enfermo (PEI de la Universidad Santo Tomás, p. 93).

“Los que procuran la paz están sembrando la paz, y su fruto es la justicia” (Santiago, 3,18).

Referencias

Antonio Vélez (2006). *Homo sapiens* (Caps. 21 y 22 sobre, la agresividad y de las violencias y guerras). Bogotá: Villegas Editores.

Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et Spes (1967). Madrid: Editorial BAC.

Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (2001). *Memorias del Primer Seminario-Taller de Educación para la Paz. Cartagena, 1999*. Bogotá.

Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil. (2007). Bogotá: Ediciones Paulinas.

Juan Pablo II. *Carta encíclica sobre el valor de la vida Evangelium vitae*. Librería Editrice Vaticana.

Mensajes de los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI con motivo de la celebración de la Jornada Mundial de la Paz.

Notas

- ¹ Un sistema es un concepto que nos permite describir un conjunto de actividades relacionadas sinérgicamente para llevar a cabo un propósito previamente acordado. En este caso, por ejemplo, la capacitación profesional y la formación integral del joven universitario.
- ² Cfr. Constitución del Vaticano II “Gaudium et Spes” No. 78
- ³ “La violencia reviste diversas formas y tiene diversos agentes: el crimen organizado y el narcotráfico, grupos paramilitares, violencia común sobre todo en las periferias de las grandes ciudades, violencia de grupos juveniles y creciente violencia intra-familiar. Sus causas son múltiples: la idolatría del dinero, el avance de una ideología individualista y utilitarista, el irrespeto a la dignidad de cada persona, el deterioro del tejido social, la corrupción incluso en las fuerzas del orden, y la falta de políticas públicas de equidad social” Cfr. Documento conclusivo de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Ediciones Paulinas, p. 71, Bogotá, 2007.

- 4 La historia contemporánea ha puesto de relieve de manera trágica el peligro que comporta el olvido de la verdad sobre la persona humana. Están a la vista los frutos de ideologías como el marxismo, el nazismo y el fascismo, así como también los mitos de la superioridad racial, del nacionalismo y del particularismo étnico. Igualmente perniciosos son los efectos del consumismo materialista, en el cual la exaltación del individuo y la satisfacción egocéntrica de las aspiraciones personales se convierten en el objetivo último de la vida (Mensaje de Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 1999).
- 5 Para edificar la paz se requiere ante todo que se desarraiguen las causas de discordia entre los hombres, que son las que alimentan las guerras. Entre esas causas deben desaparecer principalmente las injusticias. No pocas de estas provienen de las excesivas desigualdades económicas y de la lentitud en la aplicación de las soluciones necesarias. Otras nacen del deseo de dominio y del desprecio por las personas, y, si ahondamos en los motivos más profundos, brotan de la envidia, de la desconfianza, de la soberbia y demás pasiones egoístas (Constitución *Gaudium et Spes*, No. 83).
- 6 Los innumerables estudios existentes que tratan el fenómeno de la violencia en Colombia están dedicados a estudiar la violencia originada en la confrontación armada que azota el país desde hace una cincuentena de años. Ahora bien, no es la única ni exclusiva forma de violencia que padecemos, que nos haya hecho acreedores al título de ser uno de los países más violentos del planeta tierra. Poco se habla de las otras formas de violencia: la misma originada por los conflictos armados y el narcotráfico, la que se ejerce sobre los desplazados de sus tierras, sobre los llamados “desechables”, sobre los niños y las mujeres, la violencia callejera, la que produce el fenómeno del desempleo y subempleo, entre otras.

¿Ética cívica vs. Moral religiosa?

De un tiempo para acá, relativamente reciente, se ha venido acuñando una nueva expresión “ética cívica o civil”, aparentemente contrapuesta a “moral o ética religiosa”. Digamos que la expresión es más bien nueva, aunque sus intuiciones e intentos de planteamiento sean de vieja data, porque basta con echar una ojeada a diccionarios o tratados de moral o enfoques éticos de hace una treintena de años para comprobar que por ese entonces la expresión no circulaba por ninguna parte. Tal vez surgió ante la avalancha y acelerada secularización de la mentalidad del hombre contemporáneo y la necesidad de buscar otras fundamentaciones, distintas a las enraizadas en las tradiciones religiosas, para incentivar a los hombres a un comportamiento ético.

Por otra parte, cada vez se tiene una conciencia más clara de que la sociedad actual, o la llamada “aldea planetaria”, es multicultural y pluralista, donde conviven personas y grupos de diferentes culturas, ideologías, credos religiosos, y donde

se proponen distintas éticas e ideales morales. En el curso de la historia de la humanidad encontramos distintas morales que han ido configurando el vivir de los hombres. Algunas son de inspiración religiosa, es decir, apelan a Dios para dar sentido a sus propuestas; otras, por el contrario, no buscan ni hacen ninguna referencia a Dios y, son, por lo tanto, morales seculares. No hay duda de que, durante milenios las religiones han jugado un papel importante en la configuración de la conciencia moral del ser humano y que, bien o mal, han contribuido mucho al progreso espiritual y moral de los pueblos. Por otra parte, muchas de las categorías éticas actuales tienen su origen en alguna inspiración religiosa o, al menos, son tomadas prestadas del lenguaje religioso.

En el pasado, la religión y la ética iban de la mano y, prácticamente, esta se fundamentaba o se inspiraba en aquella. Toda religión lleva aparejada una moral, unas orientaciones éticas que forjan un carácter, una manera de comportarse de sus adeptos, es decir, todo credo religioso conlleva un credo ético. El hecho de aceptar unas verdades de orden religioso implica, como una consecuencia normal, aceptar unos principios de orden moral que guían la conducta de los adherentes a dichas creencias religiosas.

Sabemos que las religiones nacieron como recursos de explicación a los misterios y fenómenos que escapaban a la comprensión de la mente humana, para saciar el anhelo humano de inmortalidad, y responder a ese afán de salvación o liberación que asecha a la mente del hombre, encontrando así un sentido a la vida y a la muerte. Las religiones nacieron, entonces, de la experiencia vivida por personas y por

pueblos concretos de que Dios es el único que puede salvar del mal moral o pecado, de la muerte y del absurdo.

Aún en pleno siglo XXI pudiéramos decir que la gran mayoría de los seis mil millones de seres humanos que habitan el planeta tierra confiesan pertenecer, aunque no sean practicantes y su conducta deje mucho que desear, a una de las grandes religiones históricas, ya se llame cristiana, islámica, budista, hinduista, confucionista, taoísta, judía, o la que sea. No obstante, hay que reconocer que, amén de los no practicantes que se encuentran en una u otra tradición religiosa, existe un ingente número de agnósticos, racionalistas y ateos, lo cual pone más en evidencia que vivimos en una sociedad pluralista y que, por lo mismo, es posible llevar una vida moral recta sin referentes religiosos. Por otra parte, da la impresión que la influencia que tiene la religión hoy en día en la vida de tantas personas es generalmente algo marginal, sobre todo, en los países del mundo desarrollado. Al mismo tiempo se constata que, a medida que declina la influencia de la religión, crece la confusión en torno a cuál es el modo más indicado de comportarse en la vida.

Hasta hace relativamente poco tiempo, casi todos los enfoques éticos han tenido un carácter marcadamente confesional y religioso. Es lo que algunos llaman sociedades moralmente “monistas”, como la que se da en los países islámicos o en los países mayoritariamente católicos, que procuran imponer directrices únicas ante las grandes preguntas no solo sobre el sentido de la vida y del más allá, sino sobre cuestiones muy puntuales de la moral sexual y de la justicia social. Recordemos que, en el caso concreto de Colombia,

hasta hace muy poco tiempo (1991) era un Estado prácticamente confesional, con sus obvias repercusiones no solo políticas y sociales, sino también en el modo de comprender la religión y la moral. Esta, por tanto, era asumida por la religión católica y se fundamentaba en los principios éticos de la misma.

Hoy esto es imposible en una sociedad global donde se constata una sobreoferta de credos religiosos, con la consecuente pérdida de unidad en las mismas creencias religiosas. En occidente, sobre todo a partir de la Ilustración y de la Revolución francesa, la moral fue independizándose de la religión, basándose en la sola razón. Convencidas de que la razón y el saber científico tienen su propia autonomía y de que este poco a poco ha venido desplazando a la religión, muchas personas piensan que deben buscar otro fundamento, distinto al referente religioso, para justificar su comportamiento moral. Además, reconocen que en las sociedades avanzadas conviven creyentes, agnósticos y ateos de toda índole, y dentro de cada uno de esos grupos coexisten códigos morales muy distintos. Esto no quiere decir que no pueda darse un acuerdo moral sobre unos mínimos axiológicos y normativos aceptables y exigibles a todos, lo cual constituye el núcleo de una ética cívica o secular.

Como no todos compartimos ni las mismas creencias religiosas, ni la misma cosmovisión, ni las mismas concepciones filosóficas y científicas acerca del hombre y de la historia, debemos concluir que vivimos en una sociedad moralmente pluralista. Pluralismo no significa que no haya nada en común en los ciudadanos, sino precisamente

que dicha condición es posible en una sociedad cuando sus miembros, a pesar de tener ideales morales distintos, tienen también en común unos mínimos morales a los que han ido llegando y aceptando *motu proprio* y no por imposición. Así, pues, diferentes fundamentaciones religiosas, concepciones filosóficas y científicas acerca del comportamiento humano, pueden conducir a unos mínimos éticos compartidos. La ética civil surge, por tanto, en sociedades pluralistas en las que se tienen en común unos valores, aunque sea un mínimo de ellos, y se discrepa con relación a otros. La ética civil pretende que ella pueda ser asumida por creyentes y no creyentes, siempre y cuando no sean fundamentalistas religiosos o fundamentalistas laicistas¹.

¿Qué es lo que se entiende, entonces, por ética civil? Con dicha expresión se quiere dar a entender el modo peculiar y específico de vivir y de formular la moral de una sociedad pluralista y secular, basándose exclusivamente en la racionalidad humana sin necesidad de acudir a referencias religiosas o teológicas. En cambio, la ética religiosa es aquella que apela a Dios expresamente como un referente indispensable para orientar nuestro quehacer personal o comunitario.

Adela Cortina define la ética civil como aquel conjunto de valores y normas que comparte una sociedad pluralista y que permite a los distintos grupos –cualquiera que sean sus creencias, religiosas, agnósticas o ateas– no solo convivir unos con otros, sino también construir juntos la vida, a través de proyectos compartidos y descubrir respuestas comunes a los desafíos a los que se ven abocados. Antes de pertenecer a cualquier credo religioso, se dice, somos ciudadanos del

mundo. La ética cívica es la ética de las personas consideradas como ciudadanas. No pretende abarcar la totalidad de la persona ni satisfacer sus anhelos de felicidad, solo intenta modestamente satisfacer sus aspiraciones en tanto que ciudadanos, miembros de una *polis*, de una *civitas*, de un grupo social que no está unido por lazos de fe sino por otros vínculos.

Para aclarar en qué consiste la diferencia entre ética civil y la ética religiosa, el recurso a la utilización de las expresiones “ética de máximos” y “ética de mínimos” resultó el más adecuado. Theodor W. Adorno había escrito un opúsculo titulado *Mínima moralia* en el que abogaba por un nivel mínimo de moralidad, por debajo del cual lo que reina es la inmoralidad, por más que lo acepte todo el mundo. La moral civil contendría aquellos mínimos axiológicos y normativos, al menos de justicia, compartidos entre ciudadanos que tienen distintas concepciones del hombre y distintos ideales de vida humana. Por tanto, las éticas de mínimos se ocupan de aquellos deberes de justicia que son exigibles a cualquier ser racional y que, en definitiva, solo componen unas exigencias mínimas para lograr una convivencia pacífica entre los ciudadanos.

En cambio, la “ética de máximos” pertenece a las éticas de las tradiciones religiosas que están orientadas a la búsqueda de la felicidad y del sentido de la vida y, por lo mismo, proponen a sus adherentes ideales de vida que no se pueden imponer a quien no comparte dicho credo religioso. Por ejemplo, en la propuesta ética de Jesús, que encontramos sintetizada en el discurso sobre las bienaventuranzas

del sermón de la montaña y, sobre todo, en las seis famosas antítesis de “habéis oído que se dijo,... pero yo os digo” (Mt. 5, 21-45), nos damos cuenta de que se trata de una ética de máximos, que no se contenta con la simple exigencia del cumplimiento de lo mandado en la ley mosaica, sino de una propuesta que exige a sus seguidores ir mucho más allá de lo que pide la ley.

A estas propuestas, que no se limitan a un horizonte puramente temporal sino que están abiertas a la trascendencia y a una perspectiva del más allá y señalan el camino de cómo ser feliz y cuál es el sentido que tiene la vida, el sufrimiento y la muerte, se las ha denominado “ética de máximos”. Ninguna de ellas puede imponer a los demás sus ideales de felicidad, sino, a lo sumo, invitarlos a compartir y asumir esos ideales a través del diálogo y del testimonio personal. En cambio, el horizonte de comprensión de una “ética de mínimos” es meramente temporal e histórico y su preocupación es sobre cuestiones que tienen que ver con la justicia, el respeto y la guarda de los derechos humanos, la calidad de vida y el progreso de los pueblos, exigibles moralmente a todos los ciudadanos.

En pocas palabras, la ética civil brota, pues, de la convicción de que todo ser humano es ante todo ciudadano de este mundo y de un grupo humano concreto, se llame ciudad o país, en donde conviven personas y grupos de todo credo religioso, agnósticos, indiferentes, ateos y que, por lo mismo, debe haber un mínimo de valores y normas que hay que compartir y exigir para poder llevar una vida armónica, de mutuo respeto y colaboración.

Conviene recordar, aunque sea someramente, cuál ha sido la historia de la ética cívica. Para algunos pensadores², la ética civil nace, aunque no se haya expresado teóricamente, en los siglos XVI y XVII, tras las crueles guerras de religión en Europa, a partir de una experiencia muy positiva: la de que es posible la convivencia entre ciudadanos que profesan distintas concepciones religiosas, ateas o agnósticas, filosóficas, políticas y culturales, siempre y cuando compartan unos valores y unas normas mínimas. Las guerras de religión habían puesto de manifiesto las nefastas consecuencias que se siguen de la intransigencia y del fanatismo de aquellos que se sienten incapaces de admitir que alguien piense de manera distinta o tenga cosmovisiones diferentes a la propia. Por eso, un factor importante en la gestación de la ética civil son los tratados sobre la tolerancia, que de forma incipiente fueron apareciendo y que exigían respeto hacia quien pensara de otra forma, fundamentalmente en materia religiosa.

Para otros pensadores, hay que buscar los orígenes de la ética civil en la famosa tríada de valores proclamados en 1789 por la Revolución francesa de *liberté, égalité et fraternité*, de la cual surgiría, 159 años más tarde, la “Declaración de los Derechos del Hombre”³, que constituyen la base de los contenidos de la ética civil. Los mínimos propuestos por la ética civil podrían concretarse en el respeto a los derechos que se desprenden de esos tres grandes valores. Si analizamos la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), en la que se afirmaba que “Todos los hombres nacen libres e iguales en su dignidad y derechos. Están dotados de razón y conciencia y deben comportarse unos con otros con espíritu de fraternidad” (art. 1º), nos damos cuenta de que

allí subyacen esos tres grandes valores y que el primero de ellos, *la libertad*, promueve los derechos que se suelen llamar “de la primera generación”, que no son privativos de un grupo humano particular, religioso o no, por más mayoritario que sea, sino que forman parte del haber de toda la humanidad, de cualquier ser humano. Son esos derechos humanos políticos y civiles a los que se les añade la muletilla de “libertad de”, por ejemplo, de pensamiento, de conciencia, de culto, de opinión y de expresión, de asociación, de reunión, de elección de estado, entre otros (artículos 18, 19, 20). Son los derechos civiles y políticos, que resultan inseparables de la idea de ciudadano.

De la aspiración a la “igualdad” se desprenderán los derechos que se llaman de la “segunda generación”, es decir, los derechos económicos, sociales y culturales, tales como el derecho al trabajo, a la educación, a la asistencia sanitaria, al seguro de empleo y a la jubilación, a llevar un nivel de vida digno y decoroso. Igualdad significa aquí lograr para todos el mismo tratamiento e iguales oportunidades de desarrollo de sus capacidades, sin discriminaciones ni exclusiones en virtud de la raza, religión o condición social y procurando nivelar al máximo las desigualdades naturales y sociales existentes.

La tercera generación de derechos se desprende de ese valor que la Revolución francesa llamó de la “fraternidad” y, que con el tiempo, la tradición socialista, entre otras, transmutó en “solidaridad”, un valor que se encarna en los derechos a vivir en una sociedad en paz y a un medio ambiente sano, que aunque no hayan sido expresamente reconocidos

en declaraciones internacionales, forman ya parte de la conciencia moral social de los países.

Las tradiciones socialistas han alcanzado cotas de cierta igualdad, aunque sea por abajo, pero a costa de la libertad: de la libertad de expresión, de la libertad personal, de la libertad intelectual y de creación. Para ellos estas libertades son puramente formales mientras no vengan respaldadas por una nivelación en ciertas seguridades materiales. El modelo liberal del capitalismo ha alcanzado niveles de mayor libertad, pero a costa de la igualdad: de la igualdad de riquezas e ingresos, de la igualdad de oportunidades, ahondando la brecha entre países ricos y pobres y fomentando desigualdades cada vez más injustas y chocantes. Ambos sistemas, aunque existan diferencias, se han olvidado de la fraternidad. Primero entre ellos mismos y especialmente entre los países industrializados y los países que están en vías de desarrollo. Ha faltado solidaridad hacia dentro y hacia fuera.

Las palabras y los conceptos tienen su propia historia. Como creaciones humanas que son, surgen en un momento y contexto concretos y que con el correr del tiempo o bien desaparecen, o bien se van transmutando, enriqueciéndose con matices diferentes o adquiriendo nuevas denominaciones. Tal es el caso de la ética civil. Hoy en día se habla menos de ética civil y más de ética planetaria o proyectos de una ética mundial. Quizás confiando demasiado en las posibilidades de la razón, algunos exponentes de la ética civil, sobre todo de enfoque laicista, que se sitúa en las antípodas de la ética religiosa, han descartado con dema-

siada facilidad el peso que puedan tener las tradiciones religiosas que, de hecho, fundamentan los comportamientos morales de una gran porción, si no es de la gran mayoría, de la humanidad.

No se trata simplemente de construir una ética de mínimos, sino de un consenso mínimo acerca de un *ethos*⁴ mínimo, universalmente válido. Y las tradiciones religiosas conservan potencialidades insospechadas, no para lograr un consenso total, sino para un consenso básico con respecto a valores vinculantes, principios irrevocables y actitudes fundamentales que son comunes a todas las religiones, a pesar de sus diferencias dogmáticas, y que pueden ser compartidos por todos, creyentes y no creyentes.

No es extraño que, en este orden de cosas, el Parlamento de las Religiones Mundiales, reunido en Chicago en 1993 decidiera firmar una “Declaración en pro de una Ética Mundial”⁵, declaración semejante a la de los Derechos Humanos de 1948. Solo que ahora no se piensa en términos de derechos, sino más bien en los deberes que hay que inculcar en la conciencia de los hombres. Aunque también es cierto que ya en el debate sobre los derechos humanos del parlamento de la Revolución francesa de 1789 se elevó esta petición: cuando se proclama una declaración de los *derechos* del hombre, es preciso añadirle una declaración de los *deberes* del hombre. Sin embargo, 200 años largos después de la Revolución de 1789 vivimos en una sociedad en la que individuos y grupos reivindican constantemente sus derechos frente a otros, sin darle la misma importancia a los deberes que hay que cumplir.

La declaración propende poner de manifiesto una convicción común, a saber: que todos somos responsables de construir un orden mundial mejor; que es absolutamente necesario comprometerse por los derechos humanos, la libertad, la justicia, la paz y la conservación de la tierra; que las distintas tradiciones religiosas y culturales no deben ser un obstáculo para que todos juntos trabajemos activamente a favor de una mayor humanización de la vida y en contra de todo tipo de discriminación y actividad que deshumanice la vida; que los principios en los que se sustenta la declaración puedan ser compartidos por todos, y para ello pretende recoger aquellos principios y valores éticos comunes que están presentes en las grandes tradiciones religiosas.

Esta declaración en pro de una ética planetaria propuesta por el Parlamento de las grandes Religiones Históricas del Mundo tuvo tal resonancia que un informe del “Inter-Action Council” de jefes de Estado y primeros ministros, discutido en Viena del 22 al 24 de marzo de 1996 y aprobado en Vancouver el 22 de mayo de 1996 en una Asamblea General del Inter-Action Council, concluía que, aún a pesar de algunos papeles negativos que las religiones han jugado en el curso de la historia de la humanidad y que seguramente seguirán jugando, fomentando a veces odios y enemistades entre los pueblos, instigando y legitimando cierto tipo de violencia en nombre de la misma fe religiosa, o las llamadas guerras de religión, generadoras de discordias entre los pueblos; pero es más el papel positivo que han jugado en orden a construir una convivencia armónica y de mutua cooperación entre los humanos. “No habrá paz en el mundo sin paz religiosa”, es un eslogan que se ha puesto a circular recientemente.

Por otra parte, la religión constituye –mucho más de lo que se piensa– una fuerza central, quizás la fuerza central que más motiva y moviliza a los seres humanos, algo por lo cual se lucha y se muere. La religión funda el carácter obligatorio de las normas éticas mucho mejor que la razón abstracta o el discurso racional, solo comprensible por algunos sectores privilegiados de formación filosófica de la sociedad. Las religiones del mundo, además, contienen una de las mayores fuentes tradicionales de sabiduría de la humanidad. Este fondo, antiguo en sus orígenes, se ha hecho necesario hoy más que nunca y conduce a que se reconozca la primacía de la ética sobre cualquier otra dimensión de la vida, como pueden ser la política o la economía.

Esta nueva propuesta de formular una ética planetaria, que incorpore el patrimonio común de las grandes tradiciones religiosas, en las cuales se pueda encontrar un consenso básico, hace alusión a estándares éticos, es decir, valores, normas y actitudes morales que resultan indispensables para construir ese nuevo *ethos* básico universal⁶.

Las fuentes de tal nuevo compromiso –dice el informe de InterAction Council– podemos hallarlas en las religiones y tradiciones éticas del mundo. Ellas cuentan con recursos espirituales para ofrecer una orientación ética a la solución de nuestras tensiones étnicas, nacionales, sociales, económicas y religiosas. Las religiones del mundo tienen doctrinas distintas, pero todas ellas defienden una común ética de reglas fundamentales. Es más lo que une a las comunidades creyentes del mundo que lo que las separa⁷.

Vivimos, pues, en una sociedad pluralista, donde las diferencias no solo de naciones, culturas y religiones, sino también de formas de vida, de concepciones filosóficas y científicas, de sistemas políticos y económicos, y propuestas éticas, son tan grandes que no cabe pensar en que haya una total coincidencia en cuestiones de actitudes éticas y, por lo mismo, resulta imposible pensar en un consenso ético total, sino que hay que buscar un mínimo consenso ético en torno a asuntos de vital importancia para la sociedad.

¿Qué significa un mínimo consenso ético, dentro de una sociedad pluralista, sin la necesaria coincidencia en estándares éticos fundamentales que, a pesar de todas las diferencias de orientación política, social y religiosa puedan servir como indispensable fundamento para la convivencia y para una actuación humana común? Por ejemplo: buscar la configuración de un ethos básico, de suerte que eche raíces en la conciencia de los hombres la convicción de ¿por qué no tienen que engañar, robar, estafar, agredir o hacerle daño al prójimo, aún si esto les puede resultar ventajoso o no lleguen a ser descubiertos ni castigados?, o ¿por qué tanto el empresario como el empleado deben comportarse siempre correctamente, aun cuando nadie controle su conducta?, o ¿por qué en casos de conflictos, que siempre los habrá, se deberá renunciar al uso de la violencia para solventarlos?, o ¿por qué tanto el político como el empleado público deberán negarse a cualquier propuesta de corrupción, aún a sabiendas de la discreción de quienes les dan dinero?, o ¿por qué el hombre —como individuo, como grupo, nación o religión— deberá comportarse incondicionalmente, es decir, en todos los casos, de forma humanitaria?⁸

El núcleo vital de esta propuesta de una ética planetaria o global está cimentado en dos principios fundamentales: primero “Todo ser humano debe ser tratado humanamente”, lo cual significa que todo hombre, –sin distinción de sexo, edad, raza, lengua, religión, opinión política, procedencia nacional o social– posee una dignidad inalienable e inviolable. En el fondo, no es más que una nueva versión de aquel viejo principio del derecho romano de la “no maledicencia”, es decir, la voluntad firme de “no hacerle a nadie daño”. La esencia de esta ética universal es la “humanitas”, es decir, la obligación de tratar humanamente a todo ser humano, independientemente de su condición de religión, sexo, raza, clase social.

Segundo, es el clásico principio de reciprocidad, que reza así: “No hagas a los demás lo que no quieras para ti”. O formulado positivamente: “haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti”, que ha servido de fundamento a la formulación de los derechos del hombre y que las religiones históricas consideran como el núcleo esencial y la regla de oro de la moralidad⁹. Pareciera que existiera una suerte de universales éticos antropológicos que el hombre intuyera de lo que debiera evitar y de lo que debiera hacer correctamente, formulados en muchas tradiciones religiosas condesados en la famosa regla de oro de la moralidad: “No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti mismo”, que habría que ampliarla: “No hagas a los extraños lo que no quisieras que le hagan a los tuyos, porque son tan dignos y vulnerables como aquellos que te son cercanos”.

El reconocimiento universal de la dignidad de la persona humana está en la base de la propuesta de una ética plane-

taria. Todo ser humano, en efecto, está dotado de un alma espiritual, de razón, de conciencia, de autonomía y responsabilidad en la construcción de su propio destino. Por eso, algunos derechos del hombre son tan fundamentales que jamás pueden ser rechazados o violentados sin que se ponga en peligro esa dignidad inherente a la persona humana. En ella se apoya, por ejemplo, el tan cacareado derecho universal humanitario en los casos de conflicto y de guerra.

De estos dos principios básicos se desprenden unos imperativos categóricos mínimos, que atañen a cualquier ser humano, creyente religioso o no, y son: una ética del cuidado, una ética de la solidaridad y una ética de la responsabilidad, de suerte que propicien una vida mucho más humana y aseguren para el futuro un desarrollo humano sostenible.

El ser humano es fundamentalmente un ser de cuidado más que un ser de razón o de voluntad. El cuidado es una relación amorosa para con la realidad cuyo objetivo es garantizar su subsistencia y abrir el espacio necesario para su desarrollo. Los humanos ponen y han de poner cuidado en todo: cuidado por la vida, por el cuerpo, por la naturaleza, por la salud, por la persona amada, por el que sufre y por la casa¹⁰.

El cuidado pertenece a la esencia del ser humano. Es su modo-de-ser concreto en el mundo con los otros, antológicamente anterior a la actividad de la razón y de la libertad, como ha mostrado con profundidad Martin Heidegger en su obra *El ser y el tiempo*¹¹.

Esta capacidad de prestar atención, del cuidado solícito del otro, especialmente del desvalido, es una categoría que

está presente en todos los códigos morales de las grandes religiones históricas. El cuidado por alguien o por algo causa preocupación y hace que surja un sentimiento de responsabilidad y se desprenda una ética de la solidaridad¹².

Cada vez está más extendida y viva la percepción de que existe una interdependencia entre todos los seres, que todos somos seres relacionales, es decir, que todos los seres que conformamos la gran comunidad terrenal y cósmica estamos inter-retro-conectados en una red de relaciones íntimas y profundas, de tal modo que pone en evidencia la necesidad de ser recíprocamente solidarios. Con el correr del tiempo se ha ido afinando poco a poco la conciencia moral de ser solidarios no solo con quienes compartimos lazos de sangre, credo religioso o ideología política, sino con todo ser humano y, aún más, con la misma naturaleza y con el futuro. Por eso, hoy día se ha llegado a afirmar que la solidaridad debe ser la característica de las generaciones del siglo XXI.

La solidaridad supone compromisos muy serios, tales como la voluntad firme de promover una cultura de la no-violencia activa, de tratar con respeto y consideración a todo ser viviente, de defender la igualdad de los derechos inalienables de cualquier persona humana, de promover un orden económico justo y equitativo que beneficie, sin exclusiones, a todo el mundo, de proteger y restaurar la integridad de los sistemas ecológicos de la tierra¹³.

Todas las experiencias históricas de la humanidad demuestran que los cambios no se logran sin que antes se dé un cambio de mentalidad en el individuo y en la opinión

pública. De ahí la necesidad de inculcar, mantener viva, profundizar y transmitir a las nuevas generaciones una cultura de la responsabilidad y de la mutua cooperación. La responsabilidad pone de manifiesto el carácter ético de la persona. En primer lugar, la responsabilidad personal, es decir, de construir su propio proyecto de vida, de cultivar el sentido del deber y del trabajo realizado honestamente; en segundo lugar, la responsabilidad para con los demás, especialmente para con las grandes mayorías excluidas, humilladas, maltratadas, incluyendo a los seres no humanos; en tercer lugar, la corresponsabilidad o responsabilidad compartida para con las generaciones futuras que tienen derecho a heredar una tierra habitable y un mejor mañana; por último, responsabilidad con el medio ambiente, que se traduce en un pacto de cuidado, benevolencia y respeto por la naturaleza.

Sentirse responsable es sentirse sujeto de acciones que puedan ir en un sentido que favorezcan el respeto y la veneración por la vida, la no agresión a la naturaleza, la promoción de una justicia económica sostenible y una cultura de la paz duradera, actitud que podríamos sintetizar en esa especie de imperativo categórico formulado por Hans Jonas: “Obra de tal manera que las consecuencias de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténticamente humana”.

En conclusión, podríamos decir que la ética civil, ni está propuesta de una ética planetaria ni entra en colusión con las éticas de corte religioso que, a pesar de las diferencias doctrinales, símbolos, ritos y códigos morales propuestos, convergen en algunos puntos y principios básicos, decisivos

para configurar ese ethos mundial deseable. Cualquier pensamiento ético actual que quiera ser realista debe contar con el hecho de que las religiones, sobre todo las enraizadas en la historia y de gran implantación mundial, siguen teniendo un peso muy grande en la configuración del ethos de una parte muy importante, incluso mayoritaria, de la humanidad.

Notas

- ¹ La palabra “fundamentalismo”, utilizada en su origen para calificar al protestantismo bíblicista americano, se entiende hoy día como esa tendencia de buscar un único fundamento en la pretendida inerrancia de la autoridad de unos escritos sagrados o de un jefe infalible para comprender fenómenos de orden moral o religioso. En nuestros días, el fundamentalismo es un fenómeno con raíces tanto sociales y políticas como religiosas.
- ² Adela Cortina (1998). “*Hasta un pueblo de demonios*” Ed. Taurus, Madrid: Taurus.
- ³ Cfr. texto de la Declaración de los Derechos del Hombre de la Asamblea Nacional Francesa. En *Concilium* 228, (marzo de 1990), pp. 170-174.
- ⁴ *Ethos* significa la actitud ética fundamental de una persona o de un grupo, mientras que *ética* significa la doctrina filosófica o teológica, de los valores, las normas y las actitudes morales.
- ⁵ Cfr. texto de la Declaración en la Revista de Filosofía y Política *ISEGORIA*, 10, 7-21. Madrid, (octubre de 1994).
- ⁶ Cfr. Hans Küng, A la búsqueda de un Ethos básico universal de las grandes religiones. En *Concilium*, 228, (marzo de 1990), pp. 289-309.
- ⁷ InterAction Council, *In Search of global Ethical Standards*, 10. Vancouver, Canada, 1996.
- ⁸ Cfr. Hans Küng, A la búsqueda de un ethos básico universal de las grandes religiones. En *Concilium* 228, (marzo de 1990), pp. 289-309.

9 He aquí algunas de las formulaciones más conocidas, ya sea en forma positiva o negativa:

- “Lo que tú mismo no quieres, no lo hagas a otros hombres”. Confucio.
- “No hagas a otros lo que no quieres que ellos te hagan a ti”. Rabbi Hillel.
- “Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros”. Jesús.
- “Ninguno de vosotros será un creyente mientras no desee para su hermano lo que desea para sí mismo”. Islam.
- “Una situación que no es agradable o conveniente para mí, tampoco lo será para él; y una situación que no es agradable o conveniente para mí, ¿cómo se la voy a exigir a otro?” Budismo.
- “No debería uno comportarse con otros de un modo desagradable para uno mismo; esta es la esencia de la moral”. Hinduismo.

¹⁰ Cfr. Leonardo Boff (2000). *Ética planetaria desde el gran sur*, (p. 74). Madrid: Trotta.

¹¹ Cfr. Leonardo Boff (2000). *Ética planetaria desde el gran sur*, (p. 75). Madrid: Trotta.

¹² Cfr. Dalai Lama (2000). *El arte de vivir en el nuevo milenio. Una guía ética para el futuro*. Barcelona: Grijalbo.

¹³ Ver los 16 principios fundantes de un nuevo ethos mundial de la *Carta de la Tierra*, que fueron propuestos a la ONU para su ratificación en el año 2002. Cfr. Texto en Leonardo Boff (2000). *Ética planetaria desde el gran sur*, (pp. 105-115). Madrid: Trotta.

Nota 2

¹ Este artículo fue publicado en agosto del 2009, por la Revista *Voces*, 2 del Gobierno de la República Dominicana.

¿Estamos proclives al mal y a ser agresivos?

Caín dijo a su hermano Abel: vamos al campo. Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín sobre su hermano y lo mató. El Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano? Respondió Caín: no sé; ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano? El Señor le replicó: ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el cielo (Génesis 4, 8-10).

Este relato etiológico del libro del Génesis aborda ya esta temática. Resulta interesante leer la nota sobre la descendencia de Caín¹. Pareciera que los seres humanos siempre han demostrado una propensión natural a la agresión y a hacer el mal en sus múltiples manifestaciones.

Los primeros capítulos del libro del Génesis y muchos otros libros del Antiguo Testamento, son relatos etiológicos, muchos de ellos escritos en un lenguaje mítico que procuran

explicar a su modo la condición y conducta humana, por ejemplo, las causas endógenas de los desordenes de la libido sexual o de la libido “*dominandi*”, la predisposición a un impulso interno hacia la agresividad y a la violencia y demás vicios que crean caos y complicaciones en la convivencia humana. Los códigos de leyes más antiguos escritos en la historia como el Código de Hammurabi (1750 a.C) y las tablas de la ley mosaica, con sus normas de carácter negativo (la prohibición de idolatría, blasfemia, asesinato, adulterio, robo, falso testimonio y codicia) explican también un poco que el hombre nace con sus raíces viciadas, y que desde sus orígenes está propenso a maquinar y a hacer el mal a sus congéneres y a la misma naturaleza.

Igualmente, la Ilíada y la Odisea, primeras grandes obras de la literatura occidental, en las que Homero describe gráficamente relatos de guerra, masacres y violaciones, en donde se vive bajo la posibilidad de una muerte súbita y violenta, lo mismo que las mujeres siempre temerosas por ser objeto de violaciones o de convertirse en esclavas, nos dan a entender cómo el ser humano está proclive a la violencia y a la agresión. Básicamente somos iguales que los personajes que aparecen en la Biblia o en el teatro griego. En cuestiones de bondad o de maldad las constantes son las mismas. No pareciera que, como especie, hayamos evolucionado mucho poniendo en práctica y trascendiendo las indicaciones vinculantes de la ley mosaica y las enseñanzas de Jesús de Buda o de Confucio.

Esponáneamente surgen un sartal de preguntas, que los grandes pensadores siempre han tratado de dar una respues-

ta: ¿Será que hacer el mal ejerce sobre muchos hombres, sociedades y culturas una enorme fascinación? ¿Cómo explicar a las víctimas de la crueldad y de la violencia que el hecho de hacer daño tiene en muchos seres humanos un efecto fascinador? ¿Puede una persona sentirse realmente atraída de maquinari y causar un mal cuando abusa y agrede sexualmente a tantas mujeres y niños? ¿Por qué existe tanta violencia y manifestaciones de crueldad que logran que mucha gente muera no de muerte natural sino en forma cruenta? ¿Por qué vivimos bajo la mentalidad que genera la cultura del descarte y del rechazo que no respeta nada ni a nadie y que muchas veces produce una violencia y crueldad inauditas, como a diario constatamos en los noticieros? Cualquier noticiero puede servirnos como barómetro para medir la proclividad a la agresión y a hacernos daño. Hay en todo esto una rara sensación de algo *déjà vu*. Las noticias de hoy replican de las de ayer, las del año anterior, de la década anterior. Todos esos relatos de destrucción y violencia, de injusticia, corrupción e iniquidad, son las actuales versiones de hechos repetitivos muy antiguos.

¿Será posible que exista en alguna parte del mundo una sociedad que no viva bajo el sino trágico de la violencia? ¿Por qué nuestra patria es considerada como uno de los países en donde el fenómeno de la violencia y del despojo de tierras y el desplazamiento forzado se da en cifras realmente alarmantes? Y finalmente, ¿qué pasa con el control social formal que debe tener la administración de justicia para que estos fenómenos no rayen en la tan cacareada impunidad en la administración de la misma, que según recientes estadísticas rebasa el 67%?

Aquí surgen toda otra serie de preguntas: ¿Será que nacemos programados como robots o, más bien somos producto exclusivo de la cultura, que logra que nuestros genes moldeen nuestros cerebros, que luego se nutran de la información circundante propia de cada entorno cultural, vale decir, que venimos al mundo programados ya sea para amar y ser cooperantes, o al contrario, para hacer daño, matar y odiar? ¿Será que los seres humanos somos por naturaleza egoístas y propensos a la violencia y a la agresión a los derechos de nuestros congéneres, siempre en lucha para asegurarnos nuestras propias ventajas? O, más bien, ¿cooperantes por naturaleza, convencidos que la formación de una sociedad pacífica está de acuerdo con nuestras inclinaciones profundas? ¿Será que posiblemente nacemos propensos a abrigar impulsos irreprimibles de sadismo o venganza, o al contrario, venimos dotados de un instinto moral, de una capacidad para el autocontrol, para sentir empatía y para querer buscar soluciones racionales a nuestros intereses que generan conflictos?

Pareciera que estuviéramos programados o movidos por dos principios, el uno que nos lleva al egocentrismo, a sacrificar a los demás, a la exclusión, a la envidia y al odio y, por lo mismo, a la barbarie y a un trato inhumano; el otro que nos lleva a sacrificarnos por los demás, al altruismo, a la amistad y al amor, a la compasión y el perdón.

Para algunos pensadores venimos al mundo como, pizarras en blanco sobre las cuales cada cultura escribe a su antojo sus idiosincrasias y singularidades. Esta teoría de *Tamquam tabula rasa*, como una pizarra en blanco en la que no se ha

escrito nada, se percibe para ellos como la única alternativa moralmente aceptable². No hay duda que las ciencias humanas como la historia, la antropología, la psicología, la sociología, la lingüística, la genética y la neurociencia y otras tantas ciencias ofrecen herramientas extraordinarias para el estudio y la comprensión del ser humano. Aceptando estos condicionamientos nos ayudará a comprender los múltiples factores de carácter endógeno o exógeno, ya sean biológicos, genéticos, psicológicos, sociales, ambientales y hasta patológicos que inciden en la conducta agresiva y en la intención de hacer el mal de los seres humanos.

Como un extraordinario observador de la naturaleza y del comportamiento humano, la teoría sobre la evolución convenció a Darwin, lo mismo que a muchos de sus seguidores, que los seres humanos han heredado de los animales, la violencia y la victoria del más fuerte sobre el débil, y que esto siempre será una constante y componente de la condición humana. En gran parte la teoría de la etología humana, entendida como el estudio del comportamiento del *homo sapiens*, es una ciencia que le debe mucho a Darwin. Igualmente, Thomas Hobbes hace 400 años afirmaba que el hombre muchas veces siente la necesidad de defender sus intereses y buscar la retaliación ante cualquier señal de amenaza, convirtiéndose así en un *homo homini lupus*.

Para otros pensadores como Rousseau, las personas poseen por naturaleza sentimientos amistosos e impulsos solidarios, pero se vuelven egoístas al contacto con la civilización. Es decir, que el hombre nace bueno, pero la sociedad lo corrompe. La lectura católica de Aristóteles que hacían

los teólogos del siglo XIII entendía que los seres humanos se orientan hacia la verdad, el bien y la belleza en forma espontánea, mas necesitan de una constante disciplina para conquistar estos valores.

Existen dos maneras de contrarrestar los efectos del egoísmo congénito de nosotros los humanos: la educación en valores para transformar al hombre en un animal ético y el papel que juega la ley. El sentido moral es quizás la mejor y más clara demarcación entre el hombre y los animales infrahumanos. El hombre como animal ético se caracteriza porque cuida de sí mismo, de otros y del medio ambiente; es responsable, asume las consecuencias de sus actos, es respetuoso de los límites y de los derechos de los demás, es veraz, leal, honesto y correcto.

Santo Tomás, cuando habla de la ley humana y las normas jurídicas, hace una bella exposición del doble carácter que tiene la ley, tan necesaria para la organización de una sociedad y la convivencia pacífica, un papel indicativo o pedagógico y un papel vindicativo que sanciona conductas inadecuadas. Afirma que el hombre tiene por naturaleza una cierta disposición para hacer el bien (virtud), pero esto no se logra sino mediante una constante autodisciplina y educación para practicarlo. Él parte de una concepción realista del hombre, de las dificultades que experimenta para no mentir, no robar, no agredir, para anteponer el bien común al bien particular o grupal, debido a esa fuerza de su egoísmo congénito. Tomás reconoce que hay individuos rebeldes y propensos al vicio y a hacer el mal, a los que no es fácil persuadir con palabras, y que para retraerlos de hacer el mal es necesario la coacción

y, en cierta manera, meterles el miedo al castigo para que así desistan de hacer sus desmanes y dejen en paz a los demás miembros de la sociedad. A la larga, usando este resorte del temor al castigo, terminaran comportándose correctamente. “A los hombres bien dispuestos se les induce más eficazmente a obrar en forma honesta recurriendo a la libre persuasión que a la coacción. Pero entre los mal dispuestos hay quienes por la coacción pueden ser conducidos a la virtud” (S. Th. I-II, art. 95, sol. 1).

Pensadores, como Tomás de Aquino, argumentan que para crear una sociedad ordenada y civilizada es necesario contar con un gobierno que regule el comportamiento social del pueblo y castigue a los que afectan la convivencia pacífica y quebrantan la ley. Ciertamente, es posible que muchas normas y leyes aparezcan para algunos ciudadanos como restricciones que les son impuestas a su libertad y que las aceptan de mala gana porque van en contravía de sus impulsos egoístas y deseos instintivos.

Conscientes de la gran problemática que encarna el fenómeno de la violencia y la agresión, en cualquiera de sus manifestaciones, ya sea a través de grupos armados, guerrilla o paramilitares, las llamadas “bacrim” y la delincuencia común que tanto afectan la convivencia de los ciudadanos, lo mismo que la violencia intrafamiliar, el fenómeno del despojo de tierras y el desplazamiento forzado con sus cifras realmente alarmantes. Muchas ideologías, líderes políticos, religiosos y empresariales incitan una y otra vez a la agresión, al fanatismo, al odio y hasta la xenofobia; más aún, inspiran y justifican enfrentamientos violentos y sangrien-

tos basándose en ciertas características psicológicas como el honor, la dignidad cuando un insulto o la agresión contra el grupo político, la religión, el país, la etnia o clase social se toman como algo personal.

La convivencia pacífica en nuestras ciudades se hace más y más difícil por los conflictos sociales, raciales y étnicos, por el abuso de la droga, por el crimen organizado, incluso por la anarquía y un Estado de derecho débil. No hay duda que todos anhelamos vivir en una sociedad civilizada, en donde no nos sintamos amenazados por la agresión y por el uso de la fuerza, por el latrocinio y el asalto descarado al erario. Por otra parte, no podemos olvidar de nuestra propia capacidad de infligir violencia física o psicológica. Todos nosotros, sin excepción, somos seres humanos imperfectos, falibles, con límites y deficiencias y que muchas veces hacemos el mal. San Agustín en uno de sus tradicionales sermones advertía a sus oyentes: *“No fuiste adúltero, te faltó la ocasión”*. También hoy día nos podría decir: no recurrimos a la crueldad y a la violencia, a recurrir a la fuerza física, a ser violadores, explotadores, ladrones del erario, quizá porque nos falte la ocasión. Claro está que durante todos los siglos hemos visto innumerables ejemplos de seres humanos que son altruistas, solidarios y que se sacrifican por sus congéneres. También hemos tenido abundantes ejemplos de la maldad del ser humano, en solitario o en masa.

¿Cuál debe ser el papel que la universidad debe jugar en construir nuevos paradigmas para aclimatar en la mente de los jóvenes la paz, e incentivar la transición de una cultura de la muerte y la violencia hacia una cultura del respeto por

la vida y de la convivencia pacífica?, porque “si la violencia y las guerras se originan en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres que la paz debe ser construida” (carta de la Unesco de 1981), ¿Cómo diseñar entonces un currículo oculto que propicie y fomente una actitud proactiva, una educación en valores de la civilidad y de la convivencia pacífica, del sentido del deber, de la responsabilidad social, la solidaridad, la generosidad, la capacidad de decisión, el coraje del futuro, en fin, el sentido de lo humano? ¿Cómo consolidar una ética de lo público en donde prevalezca el bien común por encima de los intereses particulares? ¿Cómo incentivar y favorecer una investigación interdisciplinar y transdisciplinar que indague sobre las posibles causas que generan tantos desequilibrios sociales, tanta pobreza crítica, marginamiento y exclusión y hasta agresión y muerte violenta a los que se ven sometidos millones de compatriotas?

Nosotros vivimos en un mundo y en una sociedad marcada por el sino trágico de la inequidad. Algo está mal cuando el 10% de la población mundial recibe la mitad del ingreso económico nacional, como sucede en muchos países del mundo; algo andará mal –podríamos añadir– cuando en Colombia más de veinte millones de personas sobreviven en el límite de la pobreza absoluta y cuando las oleadas de desplazados hacia las grandes o medianas ciudades ha ido *in crescendo* y cuando mueren al año más de veinte mil personas, no de muerte natural sino de muerte violenta, triste realidad que ha conducido a que nos califiquen como uno de los países más inseguros y violentos del globo terráqueo.

La academia no puede estar de espaldas a la realidad social. De ahí la necesidad de espacios para analizar y debatir fenómenos tales como los principios y garantías generales que debe brindar, por ejemplo, el Derecho Penal. La investigación penal frente a los delitos de lesa humanidad, o el hecho de abordar temas de tanta sensibilidad nacional e internacional como es el tratamiento que se da a las víctimas. Frente a los numerosos desafíos de un porvenir incierto, la educación, en todos sus niveles, constituye la “fuerza del futuro”, porque ella se erige como uno de los instrumentos más poderosos para realizar el cambio, ese cambio de paradigmas que nos lleve a cultivar la ética de la solidaridad y de la responsabilidad, al respeto de la dignidad del otro y de sus derechos fundamentales, a contribuir decididamente, a abrir nuevos derroteros hacia un porvenir mejor para el país y para cada uno en particular, a orientar y configurar ese futuro deseable, a fomentar los valores culturales de nuestra propia identidad nacional. Comprometámonos con nuestra reflexión y nuestras actitudes para construir una sociedad más civilizada.

Referencias

Carlos Moreno B. (2010). Darwin y el estudio del comportamiento humano, en el libro *Agresión y violencia*. Mexico: Herder.

Daniel Coleman, *Una fuerza para el bien*, Ediciones B Argentina S.A., Buenos Aires, 2015.

Karen Armstrong. (2015). *Campos de sangre – La religión y la historia de la violencia*, Bogotá: Planeta Colombiana.

Steven Pinker. *El ángel que llevamos dentro*. Madrid: Paidós. 2012. Interesante obra en donde se estudia y analiza el fenómeno de la violencia.

(2010). *Agresión y violencia*. Libro escrito en colaboración y dirigido por Jairo Muñoz Delgado, José Luis Díaz y Carlos Moreno B. México: Herder.

Notas

- ¹ Cfr. La nota a Génesis 4,17-24 que la Biblia del Peregrino América Latina, hace en Ediciones Mensajero: Henoc que simboliza la ciudad como poder excluyente, opresor y de explotación inmesericorde de los pobres; Irad, que representa el poder opresor de los que acumulan terrenos y heredades y acaparan los recursos naturales; Mejuyael, que significa ‘Dios es destruido’; Metusael, que se traduce por hombre ávido por poseer y representar el poder de la codicia y del afán de lucro; Yabal, el pastor que representa la posesión desmedida de ganado; Yubal, cabeza de cuantos tocan la cítara y la flauta que representa a cuantos cantan las fechorías y los proyectos de opresión y muerte.
- ² Cfr. Del psicólogo canadiense, profesor de Harvard, Steven Pinker, *La tabla rasa, la negación moderna de la naturaleza humana*. Madrid: Paidós. 2003.
- ³ Monseñor Luis Augusto Castro Quiroga, ‘*El caballero de la triste armadura*’. *De los compromisos de paz y postconflicto*, Edición San Pablo, Bogotá, 2015.

Bioética y genoma humano

Razón tenía Aristóteles cuando apuntaba que, si queríamos conocer la naturaleza de las cosas y de los conceptos, lo mejor que podríamos hacer era conocer su génesis, cómo se originaron y cuál ha sido su devenir en el curso de su historia, porque las palabras y los conceptos, como nosotros, tienen su propia historia. Como creaciones humanas que son, emergen en un momento y contexto determinados, casi siempre porque alguien tuvo la feliz idea de ponerla en circulación y luego, con el correr del tiempo, o bien tienden a desaparecer o bien van afinando su sentido, enriqueciéndose de matices y precisiones conceptuales.

Bioética

Tal es el caso de la bioética. El término *bioética* (del griego *bios* = vida y *ethos* = ética) es un neologismo que etimológicamente significa ética de la vida. El término *bioética* hizo su aparición por primera vez hace casi una cincuentena

de años, cuando al oncólogo americano Van Rassenlaer Potter de improviso le vino a la mente la palabra clave, mientras trataba de encontrar un título breve y expresivo para un artículo que tenía entre manos y que al final terminó titulándolo: *Bioethics: the science of survival*.

El término tuvo tal fortuna que, un año más tarde, el obstetra André E. Hellegger introdujo el término bioética tanto en el campo académico y biomédico, como en la administración pública y en los medios de comunicación. Ya en 1973 se empieza a hablar de la bioética como una disciplina académica nueva y en 1978 apareció la primera enciclopedia de bioética en cuatro volúmenes, completada con uno más en 1995¹, que versaba sobre cuestiones éticas y sociales en el campo de las ciencias de la vida, de la medicina y de la salud. En ella se marcaba la pauta de la nueva disciplina, en la que la conducta en estos campos debería estudiarse a la luz de los valores y de los principios morales o, es decir, «la biología vista en el espejo de la ética».

¿Qué es lo que se entiende, entonces, por bioética? Según el Diccionario de la Real Academia Española, la bioética es «una disciplina científica que estudia los aspectos éticos de la medicina y de la biología en general, así como las relaciones del hombre con los demás seres vivos», definición muy parecida a la del Oxford English Dictionary que la define como «la disciplina que estudia los problemas éticos suscitados por los adelantos en el campo de la medicina y de la biología» El inconveniente de tales definiciones radica en la univocidad del concepto de vida, colocando la vida humana en el mismo nivel que la vida de las plantas y animales.

Otra definición reza así: «La bioética es el estudio interdisciplinar del conjunto de condiciones que exige una gestión responsable de la vida humana, en el marco de los rápidos y complejos progresos del saber y de las tecnologías biomédicas». La bioética se ocupa, pues, de la búsqueda de soluciones a los conflictos o colusión de valores morales que surgen en el mundo de la investigación y de la experimentación biomédica.

Por eso, desde los primeros momentos de la consolidación de la bioética como disciplina académica, se vió la necesidad de fijar unos principios éticos referenciales que sirvieran de fundamentación de la nascente disciplina². En efecto, dos filósofos americanos, Tom L. Beauchamp y James F. Childress, publicaron en el año 1979 el libro *Principios de ética biomédica*³ que resultarían fundamentales en el desarrollo y arraigue de esta nueva disciplina. Personas de muy distinta formación filosófica pueden aceptar, según ellos, un conjunto de principios éticos sustantivos, que Beauchamp y Childress redujeron a cuatro: *autonomía, beneficencia, no-maleficencia y justicia*, y que en el fondo son muy parecidos a la triada de principios que proclamaba el derecho romano de “Vivir honestamente, no hacerle daño a nadie y darle a cada quien lo suyo”. El recurso a esos principios servirá enormemente para evaluar, desde un punto de vista ético, tanto los proyectos de investigación e experimentación en el campo de la ingeniería genética como de cualquier otra actividad biomédica.

Autonomía: el ser humano no es solamente un simple animal; está dotado, además, de pensamiento reflexivo y de

libertad. Por estar dotado de esas dos cualidades determinadas de la especie humana, puede darle una extraordinaria multiplicidad de sentidos y orientaciones diversas a su vida. La autonomía, en este contexto, hace referencia a la libre autodeterminación de las personas para decidir, previa información, sobre su salud y sobre la dirección que quieren darle a la propia vida. El hombre es sujeto moral en la precisa medida en que es capaz de tomar decisiones autónomamente, es decir, con pleno conocimiento de causa y sin ser víctima de coacción alguna, tanto interna como externa, ya que muchas veces sucede que alguien cree ser plenamente autónomo, cuando en realidad no lo es, debido a múltiples factores condicionantes, tales como la ignorancia o la coerción. La autonomía, en bioética significa que la voluntad del paciente ha de ser siempre respetada, incluso la de aquellos que solo pueden expresarla con cierta dificultad. En este contexto, las investigaciones sobre el genoma humano –y, en general todos los ensayos clínicos en seres humanos– deben cumplir ciertas normas éticas mínimas, como son el consentimiento libre, basados en una información veraz sobre los objetivos, sus efectos beneficiosos y eventuales consecuencias adversas, además de garantizar la debida privacidad y confidencialidad de los datos obtenidos.

Beneficencia: fue el principio inspirador de la medicina griega. En el contexto médico, el principio de beneficencia obliga al profesional a poner todo su empeño en brindar las atenciones debidas al paciente y en hacer cuanto pueda para mejorar la salud, calidad de vida y bienestar, no solo del paciente, sino también de su familia y de las generaciones futuras. En otras palabras, la praxis biomédica supone que

lo primero que se busca ha de ser lograr un beneficio real y directo para la salud y el bienestar de las personas. Dado que existen siempre riesgos y beneficios asociados con las actuaciones médicas o investigativas, el principio de la beneficencia requiere una meticulosa valoración y ponderación, tanto de los reales beneficios como de los posibles daños que se derivarán para las personas que son sujeto pasivo de experimentación.

No-maleficencia: entendida en el sentido hipocrático de no causarle daño o sufrimiento innecesario a un paciente o sujeto de experimentación. Bajo este concepto se encuentra el respeto por los derechos humanos, la no-discriminación, la protección de grupos vulnerables e, incluso, las eventuales acciones dañinas que sobrevengan al paciente o al medio ambiente y que, a la larga, podrían tener repercusiones en el resto de la población. La no-maleficencia y la beneficencia no son el anverso y el reverso de una misma cosa, pues en ese caso sobraría uno de ellos, sino principios de carácter muy distinto. El principio de “no-maleficencia” se encuentra en aquellos que Kant llamaba “deberes de obligación perfecta” o de carácter absoluto; en cambio, el principio de “beneficencia” se encuentra entre los denominados “deberes de obligación imperfecta”, es decir, aquellos que gozan del estatuto de principios universales, aunque no absolutos, lo cual significa que están sujetos a excepciones. Entre la no-maleficencia y la beneficencia existe una relación jerárquica, ya que el deber de *no hacerle daño* a otros es claramente de carácter absoluto y prima al deber de beneficiarlos. Pueden obligarnos a no hacerle daño a nadie, pero no pueden obligarnos a ser siempre “beneficentes” o benefactores.

Justicia: tradicionalmente la justicia ha significado equidad, de dar a cada quien lo suyo (*unicuique suum tribuere*). El término justicia aquí hace referencia al reconocimiento del derecho propio del ser humano a ser tratado como persona, es decir, al debido respeto a la dignidad de la cual está revestido como imagen de Dios, y a que se le garantice el acceso equitativo a los beneficios de la salud, de la educación, a la no-discriminación por razón de su patrimonio genético o económico. Cuando se discrimina a los hombres en su vida social, no tratándolos con igual consideración y respeto, decimos que se comete una injusticia; y cuando la discriminación o daño se realizan en el orden de la vida biológica decimos que se conculca el principio de no-maleficencia

Los cuatro principios nucleares enunciados suenan muy bien, pero en su interpretación práctica casi siempre chocan con presupuestos filosóficos o antropológicos, o con factores condicionantes de orden ideológico diferentes que interfieren e impiden llegar a un consenso interpretativo. Estos principios son interpretados, muchas veces, de forma diferente, tanto por la comunidad de científicos como por los teóricos de la ética, puesto que tienen diferentes concepciones filosóficas sobre lo que es el hombre y discrepan sobre qué se considera que es más valioso para el ser humano y para la sociedad. Ese mismo pluralismo de opiniones desconcierta, en cierta manera, al común de la gente y fomenta un relativismo excesivo.

Genoma humano

Algo similar sucede con la expresión “Genoma humano”, tan en boga hoy en día, que solo inicia su andadura histó-

rica por los años 74, cuando en la Universidad de Yale un grupo de genetistas inició el primer taller sobre el mapeo del genoma humano y se puso a punto la técnica del ADN recombinante, ADN que es el componente principal de los cromosomas y que contiene el código genético y la información hereditaria de los seres vivos. Hace relativamente poco, el 26 de junio del 2000, se hizo saber al mundo, en nombre de la ciencia la decodificación del genoma humano, cuando el presidente de EE. UU., Bill Clinton, dijo: “Hoy estamos descifrando el lenguaje con el que Dios creo la vida”.

El genoma es el conjunto de información que poseen todos los genes codificados en la estructura del ADN, molécula que contiene la información impresa de la identidad personal de los seres vivos. Un *gene* (del latín *genus*: *que da origen*) es la unidad básica de la herencia y corresponde a un segmento del ADN que ocupa un lugar específico en un cromosoma⁴. El *genoma humano* será todo ese conjunto de información de caracteres genéticos que tiene una persona, tal como han sido transmitidos del progenitor a la prole, de suerte que se pudiera decir que el cuerpo humano es al genoma lo que un árbol lo es a su semilla. El “mapa del genoma” es la secuencia, el ordenamiento y la ubicación de los genes en el ácido desoxirribonucleico (ADN) presentes en los cromosomas que determinan las funciones contenidas como en un libro de instrucciones para la vida.

La decodificación del genoma humano es otro paso hacia adelante de la importancia del descubrimiento de la estructura molecular del ADN, como a alguien se le ocurrió llamarlo: “el octavo día de la creación”. Y por eso, el presi-

dente de los Estados Unidos, George Bush, anunciaba con un tono de voz cuasi-pontifical, que permitiría el uso de los fondos federales para la investigación con células troncales embrionarias. Esto desencadenó, por una parte, decepción entre algunos científicos por reducir la investigación a un número limitado de embriones, y por otra parte, levantó una avalancha de debates sobre las consecuencias éticas, jurídicas y sociales que dichas investigaciones suscitarían. Es decir, que despertó toda una serie de expectativas, temores y angustias, en cierta medida, justificadas, sobre los posibles alcances y abusos que conllevaría.

Otro acontecimiento importante, que es necesario tener presente, fue el anuncio de clonar por primera vez en la historia a seres humanos, hecho por el ginecólogo italiano Severino Antinori, en asocio con el profesor estadounidense Panos Zavos y la química francesa Brigitte Boisselier, todos miembros de la secta de los “raelianos”⁵, que puso en alerta a gobiernos y comités de ética sobre los alcances de dicha propuesta de permitir el nacimiento de individuos idénticos con el mismo patrimonio genético.

La consolidación de la bioética ha sido ascendente y retante al mismo tiempo, sobre todo a partir del Proyecto del Genoma Humano y, en el campo de la reproducción humana, a partir de los últimos resultados de la técnica de clonación de animales, lo que ha llevado a pensar que la bioética es un campo aún inexplorado, en el que cosas que en el pasado parecían inimaginables o pertenecían a la ciencia ficción, en un futuro próximo entrarán a formar parte, para bien o para mal, de la realidad cotidiana. Por

ejemplo, la pretendida clonación reproductiva agámica de seres humanos, o sea, la exclusión del proceso sexual natural; las avanzadas técnicas de la procreación humana, tanto la inseminación artificial homóloga o heteróloga con transferencia de embrión *in vivo* o *in vitro* al útero de una madre sustituta, como también la adopción biológica prenatal; la preselección del sexo y de otras características de la prole; la llamada maternidad subrogada o los llamados úteros de alquiler; la conservación bancaria de gametos, o sea, las células germinales o sexuales, ya sea los óvulos de la mujer y los espermatozoides del hombre; el poder de engendrar después de morir; los partos posmenopáusicos o los llamados partos de la abuela; la clonación o fotocopias biológicas de seres humanos; la producción de híbridos y todas las demás virtualidades subyacentes en la decodificación del genoma humano.

La genética es, pues, la rama más importante de la biología que estudia los procesos básicos de los seres vivos, uno de los cuales es la transmisión de los caracteres hereditarios. El desarrollo de esta disciplina ha sido impresionante, sobre todo a partir del descubrimiento de la estructura molecular de los genes (ADN) realizada por los biólogos James Watson y Francis Crick en 1953 y que posteriormente permitiría descifrar el código genético, llamado “el libro de la vida” del ser humano, es decir, toda aquella información acerca de la elaboración de las proteínas requeridas por el organismo, y que son las que determinan las características de un individuo, su metabolismo y la resistencia a infecciones o predisposición a ciertas enfermedades.

Existen dos proyectos de investigación de gran importancia en el ámbito mundial: uno, el *Proyecto u Organización del Genoma Humano* (HUGO), propiamente dicho, y el otro, el *Proyecto Diversidad del Genoma Humano* (PDHG). El *Proyecto del Genoma Humano* es un programa creado en 1998 por el Gobierno Federal de los Estados Unidos para acelerar la investigación sobre el mapeo genético, con el objetivo de analizar molecularmente la herencia genética. Se inició oficialmente en 1990 y se propuso como meta disponer de los mapas genéticos para el año 2003. Un hito de gran trascendencia lo constituyó el anuncio que hicieron simultáneamente el presidente Clinton y el primer ministro británico Tony Blair el 26 de junio del 2000 en nombre de varios científicos de los Institutos Nacionales de Salud y de la compañía *Celera Genomics* sobre la conclusión del primer “borrador” del genoma humano. Nos encontramos *ad portas* de una aventura más del conocimiento humano que abrirá fronteras insospechadas hasta estos momentos, tanto para la ciencia como para la misma humanidad. El genoma humano es como el “último continente” que ahora está en vías de exploración, ha dicho bellamente el Papa Juan Pablo II.

El proyecto tiene como objetivo orientar la investigación de la ingeniería genética en beneficio de la humanidad, buscando mejorar el diagnóstico y eventualmente la curación de enfermedades consideradas hasta ahora incurables, tales como algunas hereditarias y degenerativas (como el síndrome de Parkinson), otras de carácter oncológico (como la leucemia), o metabólico (como la diabetes mellitus), el mal de Alzheimer, así mismo, la detección temprana de predisposi-

ciones genéticas a ciertas enfermedades y corregir defectos genéticos (por ejemplo el síndrome de Down) por medio de terapias y diseño de nuevas drogas específicas. El conocimiento del genoma permitirá, además, identificar víctimas de catástrofes, la paternidad y otras relaciones familiares, la identificación forense en caso de potenciales criminales sospechosos, la protección de etnias en peligro de extinción. Será un gran avance de la ciencia que cambiará drásticamente la medicina y las condiciones de vida para la humanidad.

EL otro *Proyecto sobre la Diversidad del Genoma Humano* (PDGD) tiene por objetivo estudiar las variaciones naturales de las secuencias genéticas en diferentes grupos étnicos de todo el mundo. La finalidad del proyecto es poner a disposición de la comunidad científica internacional el estudio genético de la variación individual, incluyendo la historia y orígenes de los distintos grupos étnicos, el tipo de enfermedades hereditarias que padecen, la resistencia a agentes infecciosos o enfermedades producidas por dietas o el medio ambiente, la optimización de vacunas para poblaciones y enfermedades específicas.

Ambos proyectos (HUGO y HGD) han concitado la atención mundial, suscitando reacciones a menudo agitadas y valoraciones contrapuestas, ya sea para expresar su aceptación, maximizando los beneficios que de ellos se derivarán, o su rechazo, por los efectos deletéreos o nefastos para la humanidad. Sobra, pues, decir las implicaciones sociales, políticas, económicas, legales y, particularmente, éticas que de ellos se derivan y que van más allá de lo que la mera investigación científica no siempre tiene en cuenta.

Por ejemplo, el ocultamiento de datos, en relación con los individuos y las poblaciones a las que se aplican estudios genéticos; la preocupación latente de que muchos seres humanos puedan ser tratados como sujetos pasivos de experimentación por parte de científicos irresponsables o genetistas faltos de escrúpulos éticos; la posibilidad de hacer cruces de ADN humano con ADN animal sin ánimo terapéutico sino de experimentar cosas nuevas y temerarias; extirpar órganos sanos ante la eventualidad de haber contraído un cáncer en algún momento de la vida; el impacto psicológico que puede producir el diagnóstico de enfermedades incurables; la estigmatización ante el descubrimiento de taras genéticas con sus fatídicas consecuencias de discriminación previsibles; la falta de equidad en la obtención de los beneficios de tales proyectos, únicamente accesibles a las clases económicamente poderosas.

Todo esto explica la preocupación de muchos científicos, de los gobiernos, de las grandes iglesias, de organismos como la Unesco. Este organismo creó en 1993 el Comité Internacional de Bioética, única instancia de carácter mundial encargada de cuestiones bioéticas, que sirviera para reglamentar los diversos aspectos relacionados con la investigación y las intervenciones sobre el genoma humano y su protección contra posibles abusos.

El *Proyecto del Genoma Humano*⁶ representa todo lo que, para bien o para mal, es posible hacer en el ámbito de la *manipulación genética*, concepto por demás ambiguo, puesto que puede significar, por una parte, ensayos aventurados a alterar la naturaleza de los genes para conseguir algún fin

“non sanctus” o sospechoso que genera tantos temores, fundados a veces en las tristes experiencias del pasado, y que llevan a pensar que no todo lo que es técnicamente factible es moralmente aceptable y lícito y, por otra parte, también puede significar todos aquellos ensayos que están orientados más a la intervención directa sobre los genes responsables de ciertas anomalías y enfermedades hereditarias, con la mira puesta en diseñar fármacos específicos para combatirlos o en la modificación de los genes para prevenirlas.

La ambigüedad radica también en que muchas de esas técnicas de manipulación genética pueden aplicarse por igual a todos los organismos vivos sin distinción. En ninguna parte se indica que el ser humano debe ser tratado de forma diferente y privilegiada. Se presupone un concepto *unívoco* de la vida como si entre la vida vegetativa, animal y humana no hubiera ninguna diferencia sustancial⁷. La manipulación genética tiende a ser aplicada por igual a la agricultura, a la producción alimentaria, a la reproducción animal y al ser humano. De ahí que convenga hacer la distinción entre manipulación o intervención en los genes humanos y la manipulación o intervención sobre el resto de los seres vivos. Este segundo campo de acción correspondería a la biotecnología propiamente dicha; mientras que, cuando la ingeniería genética está orientada a afectar la estructura del código genético de las personas, entonces es cuando entramos en el terreno específico de la bioética.

Algunos temen que la información sobre la estructura genética de una persona pueda dar pie a un nuevo tipo de eugenesia, con lo que los hombres con genes imperfectos serían

discriminados y tendrían grandes dificultades para encontrar trabajo y conseguir seguros de vida. En efecto, la selección genética podría discriminar al trabajador en el mercado laboral y en el ámbito de los seguros de salud. Una empresa podría exigir pruebas genéticas antes de contratar a alguien, y negar el puesto a las personas que tuvieran problemas en el futuro, con el fin de mantener reducidos los costes del seguro de salud. La cartografía genética puede convertirse en una fuente de estigmatización y discriminación social. Ninguna característica genética, por patológica que sea, debe privar a una persona de sus derechos fundamentales como ser humano.

Otra preocupación es la relacionada con la privacidad de los datos sobre la estructura genética de un individuo. El peligro de quedar expuesto a los ojos de terceros en su intimidad biológica más profunda, es una de las objeciones que se plantea a la hora de hacer una lectura del genoma de un ser humano. La intimidad implica el derecho a no-saber u ocultar ciertas verdades personales y la correlativa exigencia de que los demás no accedan a ese conocimiento. ¿Cómo se puede asegurar que los perfiles genéticos de alguien no caerán en manos de personas que carezcan del derecho a esa información? Existen límites que se consideran infranqueables para todo progreso científico y que siempre deberían tenerse presentes para evitar posibles abusos, como son el respeto a la persona humana y al carácter inviolable de su dignidad.

Así pues, cuando se utiliza la expresión “manipulación genética humana”, se hace para delimitar y precisar el ob-

jeto formal de dicha manipulación del gene humano, eso sí teniendo en cuenta mejorar la calidad de vida de cualquier ser humano, procurando curar ciertas enfermedades hereditarias en su propia raíz génica⁸. Esto nos lleva a hacer unas cuantas consideraciones éticas: cualquier forma de manipulación genética solo se legitima, desde el punto de vista ético, cuando se busca estrictamente un fin terapéutico, por ejemplo, la curación de alguna enfermedad, como pueden ser las que afectan a deficientes cromosómicos, eso sí, con las debidas garantías de respeto a la vida y a la dignidad de los pacientes humanos, o a sus elementos germinales, en cualquiera de sus estadios de vida. La secuencia y mapeo del genoma humano abren las puertas a un diagnóstico prenatal que ayude a detectar las deficiencias o taras somáticas contenidas en los embriones y las predisposiciones genéticas responsables de un buen número de enfermedades hereditarias. Se sobreentiende que el objetivo sería curar en su misma raíz cualquier tara genética que traiga el neonato.

El Proyecto Genoma Humano tiene, además, otro frente quizá fascinante, pero preocupante. Se trata de la manipulación directa del esperma, de los óvulos y de los embriones, antes de su implantación en la pared uterina, con fines espurios y no muy claros que llevarían consigo la modificación de la especie humana. Por ejemplo, la tan cacareada clonación de seres humanos o el uso meramente instrumental de los embriones humanos. Por eso, la Iglesia siempre cauta y celosa en la custodia de la dignidad de la persona humana, se opone a cualquier técnica de manipulación de las células de embriones humanos –si bien en el estadio de blastocitos– no destinados a implantarse en el cuerpo de una madre

para su desarrollo sucesivo, sino con el único fin de utilizar sus células y seguidamente destruirlos. Manipular a un ser humano en sus primeros estadios de vida para obtener de él un material biológico necesario para la experimentación de nuevas terapias, procediendo así a cortar la trama de un proceso de vida humana que se ha iniciado, contradice el valor que subyace en la intención de salvar la vida o curar enfermedades de otros seres humanos⁹.

Muchos hombres de ciencia y casi todos los moralistas están en contra de esas intervenciones. Están de acuerdo cuando se trata de curar o mejorar nuestro patrimonio genético, pero no, cuando se trata de manipularlo con fines exclusivamente científicos o contrarios a la salud y dignidad del ser humano. Esto explica las declaraciones y pronunciamientos de la Iglesia católica, de comités Éticos y de organismos como la Unesco, la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Parlamento Europeo.

El acuerdo internacional más destacado en esta materia tuvo lugar en la Unesco, luego de varios años de debates, y que concluyó con la promulgación, en noviembre de 1997, de la “Declaración Universal sobre el Genoma Humano y los Derechos Humanos”, en la que abiertamente –en veinticinco artículos– pone límites al uso que se pueda hacer del conocimiento del genoma, sobre todo previniendo a los científicos para que este no pueda ser utilizado en contra de las personas e impedir que las personas o las etnias más vulnerables sean discriminadas o estigmatizadas sobre la base de su patrimonio genético (principio de la *no-maleficencia*). Lo mismo que declaró enfáticamente que “no deben per-

mitirse prácticas contrarias a la dignidad humana como la clonación con fines de reproducción de seres humanos”¹⁰.

A esta condena generalizada se han sumado otras, como la de la “Academia Pontificia para la Vida”, científicos como el propio Wilmut, responsable principal de la clonación de la oveja Dolly, políticos de alto nivel y el Parlamento Europeo, que en el artículo 1º del Protocolo al *Convenio sobre Derechos Humanos y Biomedicina* del 6 de noviembre de 1997, literalmente dice: “Se prohíbe cualquier intervención que tenga por objeto crear un ser humano genéticamente idéntico a otro, ya sea vivo o muerto”.

La prensa sensacionalista ha especulado sobre la posibilidad de clonar genios desaparecidos o personajes que le han hecho mucho mal a la humanidad. En todo caso, resulta ridículo pretender que se podrá repetir a genios muertos o reproducir fotocopias de la personalidad espiritual de otras personas. Las técnicas de clonación lo único que pueden reproducir es la similitud física o biológica, es decir, lo que los escolásticos llamaban *materia signata quantitate* o principio físico de individualidad, pero no el principio formal, que es el alma. Los posibles clonados o personas redivivas podrán ser físicamente iguales, como los gemelos naturales, pero no una misma y única persona sino personas distintas.

Por otra parte, la ética más respetuosa de la condición humana exige en todo momento que se respete la individualidad e irrepetibilidad de cada ser humano y su patrimonio genético. Las pretendidas fotocopias biológicas o clonación de embriones humanos violan el derecho básico a la indivi-

dualidad original, amén de que se suplanta la relación sexual por una tecnología. Que la obtención de copias exactas de individuos pueda darse en el reino vegetal y animal no legitima que las mismas técnicas de clonación sean aplicadas a la especie humana. Muchos autores hablan de la “inviolabilidad del genoma humano”, queriendo decir con ello que existe una barrera cualitativa entre lo que puede realizarse entre otras especies animales y otra, la que es éticamente inaceptable hacerse en el ser humano.

Por otra parte, no se puede minusvalorar las consecuencias de deshumanización que podrían seguirse de las prácticas de clonación humana, llevadas a cabo por científicos inescrupulosos, sin principios éticos, interesados en imponer una eugenesia pura (la mejor raza), con sus efectos racistas y xenofóbicos, lo cual afectaría a muchos seres humanos genéticamente más pobres o débiles.

La descodificación del genoma humano ha abierto el debate sobre quién posee los derechos con respecto a ese tesoro genético y el problema del patentamiento de un gen determinado o una proteína específica. Se origina la disyuntiva entre el interés público y el beneficio privado por parte de un investigador o de una empresa comercial. Por mi parte considero acertada la prohibición del patentamiento de genes. La información genética jamás debe tener dueño sino que debe ser considerada patrimonio común, en sentido simbólico, de la humanidad y no puede, por tanto, dar lugar a beneficios económicos particulares. Todo esto es lo que ha disparado la alarma de preocupación ante los peligros potenciales de la nueva genética y de que el ser humano, en su reducto biológico más íntimo,

pueda ser manipulado, controlado y explotado por los deseos e intereses de algunas personas o emporios económicos poderosos e instituciones, políticas que ven en ella un filón de oro y un negocio atractivo o están interesados en ejercer dominio y control sobre determinados grupos humanos.

No todo lo que científicamente es posible tiene que ser, por esa sola razón, conveniente y moralmente admisible. Además, el fin bueno en la intención no justifica el recurso a medios éticamente inaceptables en la ejecución. Muchos científicos actúan en su campo con las mismas categorías que Maquiavelo aplicó a la política, es decir, pensando que todo está permitido simplemente si se considera factible y útil o está en función de algún interés político y económico. Para ellos, el único criterio valorativo es el de la eficacia, como si no hubiera otros parámetros para juzgar las acciones, al margen de los resultados. El conocimiento y el desarrollo del Proyecto del Genoma Humano abren, sin ninguna duda, inmensas perspectivas de mejoramiento de la salud y en la calidad de vida de los individuos en particular y de la humanidad entera. El conocimiento y la ciencia siempre serán algo bueno y positivo; lo negativo estará en el mal uso que se pueda hacer del conocimiento y de la ciencia. El problema no está en haber inventado la pólvora y la dinamita, o en lograr la decodificación del genoma humano, sino en usarlos para fines indebidos. “A toda persona le dan una llave, pero resulta que la misma llave puede abrir las puertas del cielo o las del infierno, dependiendo de cómo la use”, dijo atinadamente Richard Feynman, premio Nobel de Física.

En bioética, lo humano debe aparecer como el criterio orientador de base. Toda investigación científica que no redunde en bien de las personas o vaya en contra de su dignidad habrá necesidad de recusarla. En todos estos esfuerzos deberíamos adoptar las siguientes palabras de amonestación de Einstein, que nos podrían servir de principio rector:

La preocupación por el hombre y su destino debe ser siempre el principal objetivo de todos los esfuerzos técnicos, al igual que el interés por los grandes problemas sin resolver de la organización del trabajo y la distribución de los bienes, a fin de que las creaciones de nuestras mentes sean una bendición y no una maldición para la humanidad¹⁰.

El último inciso hace referencia al papel que juega y debe jugar la universidad con relación a la bioética y el genoma humano. Es una verdad de perogrullo que una de las funciones sustantivas de la universidad, amén de la transmisión de conocimientos y la proyección social, la constituye la investigación. Ella debe estimular proactivamente la creación de programas inter y transdisciplinares donde sea posible llevar a cabo una investigación en colaboración entre diferentes disciplinas, propiciando la conformación de equipos en torno a proyectos temáticos, como, por ejemplo, el que nos ocupa ahora sobre el genoma humano. Sobra decir que la investigación avanzada ha dejado de ser monopolio de las universidades. En el mundo desarrollado existen institutos nacionales de investigación que no están necesariamente adscritos al ámbito universitario. Las instituciones de educación superior son sistemas complejos que interactúan con otras instituciones de su entorno, son interpeladas por ellas

y a su vez deben influir sobre las mismas. Por lo general, los investigadores de nuestros días se enfrentan a interrogantes relativos a las consecuencias de su labor: ¿Cuáles son las repercusiones que tendrán para el presente y para las futuras generaciones, por ejemplo, la investigación sobre las armas nucleares o bioquímicas, la eliminación de residuos radioactivos, la clonación de seres humanos u otros experimentos genéticos? Todas esas pretensiones plantean, no solo, cuestiones tecnológicas y biomédicas sino también dilemas morales.

La universidad, considerada desde el medioevo como el horno donde se cuece el pan de los problemas intelectuales de la humanidad, no puede permanecer completamente indiferente a todas estas *quaestiones disputatae* que surgen de la investigación y de la experimentación genética. Forma parte de su misma esencia el estar abierta a todos esos requerimientos, al mismo tiempo que debe ser la conciencia crítica que cuestione e interpele a la investigación científica, para que sus aportes conduzcan realmente al bienestar común y a una mejor calidad de vida de los seres humanos. Por eso, las universidades se han apresurado a introducir en sus planes de estudio la nueva y fascinante disciplina de la bioética, al mismo tiempo que empiezan a proliferar por todas partes los comités éticos, tanto en las instituciones sanitarias como en los foros legislativos, lo mismo que las iglesias cristianas y demás confesiones religiosas empiezan a pronunciarse ante los desafíos que plantean los avances de la ingeniería genética¹¹ y la experimentación de las ciencias biomédicas.

Ciertamente, los avances de la biotecnología y de la ingeniería genética hacen que nos veamos abocados a innumerables campos de incertidumbre. Entonces, como acertadamente lo afirma Edgar Morin en su opúsculo *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, nos vemos apremiados a “aprender a navegar en un océano de incertidumbres a través de un archipiélago de certeza”¹², vale decir que, estamos urgidos a preparar los espíritus para asumir lo inesperado y poder afrontarlo con inteligencia y serenidad. Esta toma de conciencia de que el porvenir queda abierto a lo impredecible nos lleva a otra constatación: que la historia humana ha sido, es y seguirá siendo una aventura hacia lo desconocido y que el conocimiento humano también es una aventura que lleva en sus entrañas mismas la posibilidad del progreso, pero también el riesgo de la ilusión y del error. Razón tenía Tomás de Aquino cuando afirmaba que “la conquista de la verdad se logra después de mucho tiempo, como fruto de esfuerzos y desvelos y con la posibilidad de cometer muchos errores” (*Suma Contra Gentiles*, Libro 1, cap. 4).

Ahora que estamos viviendo la vorágine de una revolución tecno-científica de impredecibles consecuencias para el ser humano y su entorno. La sociedad en que vivimos se caracteriza por la importancia que ha dado al saber científico y, por eso, el hombre sueña con una fe ciega en el progreso científico, en desentrañar los misterios de la naturaleza, del hombre y de la misma vida, procurando descalificar o desmitificar cualquier otro intento de explicación de la realidad que muchas veces considera propia de mentalidades primitivas, las cuales suelen apelar a teorías o explicaciones pseudocientíficas o míticas cuando se sienten incapaces de

comprender la realidad. El hombre ha vencido con su inteligencia fronteras que, hasta hace poco, ni siquiera pensaba en ellas o consideraba insuperables. Pero no menos ingenuo es el cientificismo puro o la apología por una investigación neutra, aséptica y desligada de cualquier connotación axiológica. Por eso, son muchas las voces de alerta que se han levantado para llamar la atención sobre los peligros de la biotecnología actual.

La perplejidad es comprensible, porque lo importante no es saber cada vez más o descifrar los misterios de la naturaleza, sino tener en cuenta hacia dónde se dirigen esos conocimientos, con qué fines se pretende y cuáles son sus efectos benéficos o negativos. Lo cual significa que la dimensión ética es ineludible en todo proceso investigativo y científico, pues parece insensato abrir caminos y continuar roturándolos sin prever las consecuencias, muchas veces funestas, que de ellos se derivan. Resulta ingenuo e incongruente pensar que cualquier conocimiento o avance científico es en sí mismo inocuo y que en el trabajo de investigación todo es válido y aceptable. Cualquier conquista, lenta y dolorosa de la ciencia, pierde su valor cuando se convierte, por sí misma o por sus consecuencias, es una amenaza seria para la especie humana.

La decodificación del genoma humano abre una perspectiva casi infinita para la medicina, la farmacología y todas las ciencias de la vida, al mismo tiempo que la aplicación de sus potencialidades tiene implicaciones sociales, políticas, económicas, culturales, jurídicas y religiosas que van mucho más allá de lo que tradicionalmente ha preocupado a la

ciencia, debido a las consecuencias beneficiosas o también nefastas, que puede tener su uso, en especial para las futuras generaciones, y que, por lo mismo, legitiman por completo el tener en cuenta los puntos de vista del antropólogo, del economista, del político, del jurista, del filósofo, del teólogo. Así pues, el estudio del genoma humano no es competencia exclusiva de biólogos y genetistas u otros científicos, sino algo que nos atañe a todos, incluyendo al que, no sin cierto desdén, llamamos “el hombre de la calle”.

Referencias

Barrera, L. A. (2001). El Genoma Humano. *Revista Innovación y Ciencia*, IX(3 y 4). Bogotá.

Blazquez, N. (2000). *Bioética, la nueva ciencia de la Vida*. Madrid: BAC.

Gafo, J. (1988). *Fundamentación de la bioética y manipulación genética*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid.

Gracia, D. (1991). *Introducción a la bioética*. Bogotá: El Buho.

Gracia, D. (1998). *Fundamentación y enseñanza de la bioética*. Bogotá: El Buho.

Thévenot, X. (1990). *La bioética*. Bilbao: Ed. Mensajero.

Murakami, K. (2007). *El código divino de la vida*. México: Santillana Alamah.

Notas

- ¹ *Encyclopedia of Bioethics* (1995). Revised Edition, Simon & Schuster MacMillan, New York, 5 vols, que consta de 464 artículos escritos por 437 autores.
- ² Cfr. Engelhardt Tristram H. (1986). *The foundation of Bioethics*. Oxford University Press, New York.

Cfr. Etiam Gracia Diego. (1998). *La fundamentación de la bioética*. libro en colaboración, “*Fundamentación de la bioética y manipulación genética*”, publicado por la Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.

- ³ Cfr. Beauchamp Tom L. y Childress James. (1979). *Principles of Bio-medical Ethics*. Oxford University Press, New York.
- ⁴ El cromosoma es la estructura del núcleo de la célula en forma de bastón, formada por ADN y proteínas, que contiene el mensaje hereditario. A la célula humana corresponden 46, dos de ellos sexuales.
- ⁵ Los raelianos es una secta con una filosofía atea que defiende la teoría que unos seres extraterrestres muy avanzados científicamente llamados Elohim crearon toda la vida sobre la tierra mediante ingeniería genética, el ADN, indicando que la clonación humana era algo factible.
- ⁶ Cfr. Blázquez Niceto. (2000). *Bioética, la nueva ciencia de la vida*”, Cap. IV. Ed. BAC, Madrid.
- ⁷ Algunos expertos reducen el campo de la manipulación genética humana a los cuatro niveles siguientes:

- Corrección de defectos genéticos de células en pacientes.
- Evitar posibles anomalías en la descendencia insertando un gen en las células reproductoras del paciente.
- Manipulación genética de perfeccionamiento, por ejemplo, la estética corporal, ciertos rasgos físicos predominantes, la capacidad sexual, entre otros.
- Intervención directa sobre el código genético con el fin de alterar los rasgos de personalidad humana.

Las dos primeras son terapias genéticas propiamente dichas. La terapia genética consiste en intentar corregir las eventuales erratas que se produjeron cuando se imprimió la edición biológica de nuestro organismo. Las otras dos, son manipulaciones genéticas eugenésicas. El término *eugenesia*, del griego *eugenés*, significa ser de *buena raza* y lo acuñó Francis Galton a finales del siglo pasado. Concebía él la eugenesia como aquella ciencia que trata de los factores que mejoran las cualidades innatas de una raza.

- ⁸ Cfr. La Declaración de la Academia Pontificia para la vida: Producción y uso científico y terapéutico de las células estaminales embrionales. *Revista Ecclesia*, 3013 (sept., 2000). 1383-1385. Documento de la Academia Pontificia para la vida: “Células estaminales autólogas y transferencia de núcleo. Aspectos científicos y éticos. *Revista Ecclesia* 3045-46 (abril 21 y 28 del 2001) 46-50.
- ⁹ Cfr. La Declaración Universal sobre el Genoma y Derechos Humanos de la 29 Asamblea de la Unesco del 11 de noviembre de 1997. Cfr. también las declaraciones de la Academia Pontificia para la Vida. *Revista Ecclesia*, 2.855-56 (1997) pp. 1249-1251.
- ¹⁰ Citado por Neil Lane, director de la Fundación Nacional de Ciencias de Estados Unidos, en ICSU Annual Report. 1996, p. 10c4.
- ¹¹ La ingeniería genética es la utilización de técnicas de manipulación para intervenir células vivas, a las cuales se les va a implantar otro tipo de células modificadas genéticamente. Esta ciencia se conoce también con el nombre científico de transgénica.
- ¹² Edgar Morin. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Elaborado para la Unesco y publicado por el Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, febrero del 2000.

Nuestra madre tierra o pacha mama

Desde aproximadamente cuatro decenios largos se ha venido tomando progresivamente conciencia de los recursos naturales de la tierra, la protección del medio ambiente y una reverencia especial por la vida en cualquiera de sus manifestaciones y las fuentes de nuestro ser. La primera manifestación tuvo lugar el 22 de abril de 1970 promovida por el senador y ambientalista estadounidense Nelson Gaylord, después de presenciar los estragos de la marea negra de 1969 en Santa Bárbara, California, con la idea de crear un organismo dedicado a la protección del medio ambiente. Fue así como su idea tuvo eco cuando en 1972 en Estocolmo se celebró la primera conferencia internacional sobre el medio ambiente, sensibilizando a todos, sobre todo a los líderes políticos sobre la magnitud de los males que el progreso y el ser humano le han venido causando a nuestro hogar común como es el planeta Tierra.

Las Naciones Unidas reconocen que la Tierra y sus ecosistemas son el hogar de la humanidad, de igual manera, están convencidas que para alcanzar un justo equilibrio entre las necesidades económicas, sociales y ambientales de las generaciones presentes y futuras, es necesario promover la armonía con la naturaleza y con la Tierra. Esto motivó para designar el 22 de abril como el “Día Internacional de la Madre Tierra”. Tenían razón nuestros antepasados aborígenes al llamar a la tierra la “Pacha Mama” o “Madre tierra”.

El Día Internacional de la Madre Tierra nos da la oportunidad para educarnos sobre los desafíos que enfrenta el planeta, y que directamente afecta nuestro bienestar y el de las futuras generaciones. Existe necesidad de crear una conciencia colectiva que nos ayude a afrontar los problemas ambientales que el mismo progreso moderno ha generado, como la contaminación del medio ambiente, el cambio climático y poniendo en alto peligro la conservación de la biodiversidad. En el Día de la Tierra también debemos reflexionar sobre la importancia del vital líquido tan indispensable para la vida del ser humano como lo es el agua, ya que, según la opinión de los expertos, de toda el agua existente en el planeta tan solo es bebible el 2%. El pronunciamiento de protesta de la conciencia colectiva del pueblo santandereano con relación al páramo de Santurbán fue ejemplar y tuvo un amplio despliegue y repercusión en toda la comunidad nacional e internacional. Realmente el agua vale y valdrá más que el oro o el petróleo. Tenemos que cuidar y proteger nuestros páramos y nuestros bosques como fuentes del precioso líquido.

En el año 2000 apareció la Carta Magna de la Tierra, documento asumido por la Unesco con la idea de que la ONU la incorpore a la Carta de los Derechos Humanos. La Carta de la Tierra reúne un conjunto de visiones, valores y principios que puedan causar impacto en la sociedad mundial. Todos los problemas están contemplados en ella, considerados como interdependientes, desde los ambientales, los sociales, los económicos, los culturales y hasta los espirituales. He aquí unos cuantos principios o consideraciones que hace la carta:

- Los patrones dominantes de producción y consumo están causando devastación ambiental, agotamiento de recursos y una extinción masiva de especies. Las comunidades están siendo destruidas. La tala de los árboles, los derrames de petróleo, las fábricas contaminantes, las plantas de energía, las aguas residuales sin tratamientos, los vertederos tóxicos, los pesticidas, la extinción de la vida silvestre y de muchas especies, la destrucción de la capa de ozono han ido afectando el ecosistema de nuestro planeta, y por lo mismo, la calidad de vida y la zozobra ante tantos fenómenos como los terremotos, las inundaciones.
- Los beneficios del desarrollo no se comparten equitativamente y la brecha entre ricos y pobres se está ensanchando. La injusticia, la pobreza, la ignorancia y los conflictos violentos se manifiestan por doquier y son la causa de grandes sufrimientos.
- Poseemos el conocimiento y la tecnología necesarios para proveer a todos los seres humanos y para reducir los impactos sobre el medio ambiente

- Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible, fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz.
- El bienestar de la humanidad depende de la preservación de una biosfera saludable, con todos sus sistemas ecológicos, una rica variedad de plantas y animales, tierras fértiles, aguas puras y aire limpio.
- Todos compartimos una responsabilidad hacia el bienestar presente y futuro de la familia humana y del mundo viviente en su amplitud.
- Aceptar que el derecho a poseer, administrar y utilizar los recursos naturales conduce hacia el deber de prevenir daños ambientales y proteger los derechos de las personas.
- Reconocer que la libertad de acción de cada generación se encuentra condicionada por las necesidades de las generaciones futuras.
- Salvaguardar reservas viables para la naturaleza y la biosfera, incluyendo tierras silvestres y áreas marinas, de modo que tiendan a proteger los sistemas de soporte a la vida de la Tierra, para mantener la biodiversidad y preservar nuestra herencia natural.
- Promover la recuperación de especies y ecosistemas en peligro.
- Prevenir la contaminación de cualquier parte del medio ambiente y no permitir la acumulación de sustancias radioactivas, tóxicas u otras sustancias peligrosas.

- Garantizar el derecho al agua potable, al aire limpio, a la seguridad alimenticia, a la tierra no contaminada, a una vivienda digna.

Según la Carta, el desafío que la situación actual del mundo nos impuso fue cuidar la Tierra o nos arriesgamos a la destrucción y a la devastación de la diversidad de la vida. El cuidado implica un comportamiento benevolente, respetuoso y no agresivo para con la naturaleza, que permita regenerar lo devastado y velar por aquello que todavía queda de esta, de la cual somos parte y con un destino común. Debemos vivir un sentido de responsabilidad universal. El futuro de la Tierra y de la Humanidad depende de nosotros.

La Carta de la Tierra¹

Preámbulo

Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro. A medida que el mundo se vuelve cada vez más interdependiente y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes promesas. Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común. Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz. En torno a este fin, es imperativo que nosotros, los pueblos de la Tierra, declaremos nuestra responsabilidad unos hacia otros, hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras.

La Tierra, nuestro hogar²

La humanidad es parte de un vasto universo evolutivo. La Tierra, nuestro hogar, está viva con una comunidad singular de vida. Las fuerzas de la naturaleza promueven a que la existencia sea una aventura exigente e incierta, pero la Tierra ha brindado las condiciones esenciales para la evolución de la vida. La capacidad de recuperación de la comunidad de vida y el bienestar de la humanidad dependen de la preservación de una biosfera saludable, con todos sus sistemas ecológicos, una rica variedad de plantas y animales, tierras fértiles, aguas puras y aire limpio. El medio ambiente global, con sus recursos finitos, es una preocupación común para todos los pueblos. La protección de la vitalidad, la diversidad y la belleza de la Tierra es un deber sagrado.

La situación global

Los patrones dominantes de producción y consumo están causando devastación ambiental, agotamiento de recursos y una extinción masiva de especies. Las comunidades están siendo destruidas. Los beneficios del desarrollo no se comparten equitativamente y la brecha entre ricos y pobres se está ensanchando. La injusticia, la pobreza, la ignorancia y los conflictos violentos se manifiestan por doquier y son la causa de grandes sufrimientos. Un aumento sin precedentes de la población humana ha sobrecargado los sistemas ecológicos y sociales. Los fundamentos de la seguridad global están siendo amenazados. Estas tendencias son peligrosas, pero no inevitables.

Los retos venideros

La elección es nuestra: formar una sociedad global para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros o arriesgarnos a la destrucción de nosotros mismos y de la diversidad de la vida. Se necesitan cambios fundamentales en nuestros valores, instituciones y formas de vida. Debemos darnos cuenta de que, una vez satisfechas las necesidades básicas, el desarrollo humano se refiere primordialmente a ser más, no a tener más. Poseemos el conocimiento y la tecnología necesarios para proveer a todos y para reducir nuestros impactos sobre el medio ambiente. El surgimiento de una sociedad civil global está creando nuevas oportunidades para construir un mundo democrático y humanitario. Nuestros retos ambientales, económicos, políticos, sociales y espirituales están interrelacionados y juntos podemos proponer y concretar soluciones comprensivas.

Responsabilidad universal

Para llevar a cabo estas aspiraciones, debemos tomar la decisión de vivir de acuerdo con un sentido de responsabilidad universal, identificándonos con toda la comunidad terrestre, al igual que con nuestras comunidades locales. Somos ciudadanos de diferentes naciones y de un solo mundo al mismo tiempo, en donde los ámbitos local y global, se encuentran estrechamente vinculados. Todos compartimos una responsabilidad hacia el bienestar presente y futuro de la familia humana y del mundo viviente en su amplitud. El espíritu de solidaridad humana y de afinidad con toda la vida se fortalece cuando vivimos con reverencia ante el misterio del ser, con gratitud por el regalo de la vida y con

humildad con respecto al lugar que ocupa el ser humano en la naturaleza.

Necesitamos urgentemente una visión compartida sobre los valores básicos que brinden un fundamento ético para la comunidad mundial emergente. Por lo tanto, juntos y con una gran esperanza, afirmamos los siguientes principios interdependientes, para una forma de vida sostenible, como un fundamento común mediante el cual se deberá guiar y valorar la conducta de las personas, organizaciones, empresas, gobiernos e instituciones transnacionales.

Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamado a buscar un nuevo comienzo. Tal renovación es la promesa de estos principios de la Carta de la Tierra. Para cumplir esta promesa debemos comprometernos a adoptar y promover los valores y objetivos en ella expuestos.

El proceso requerirá un cambio de mentalidad y de corazón; requiere también de un nuevo sentido de interdependencia global y responsabilidad universal. Debemos desarrollar y aplicar imaginativamente la visión de un modo de vida sostenible a nivel local, nacional, regional y global. Nuestra diversidad cultural es una herencia preciosa y las diferentes culturas encontrarán sus propias formas para concretar lo establecido. Debemos profundizar y ampliar el diálogo global que generó la Carta de la Tierra, puesto que tenemos mucho que aprender en la búsqueda colaboradora de la verdad y la sabiduría.

La vida a menudo conduce a tensiones entre valores importantes. Ello puede implicar decisiones difíciles; sin em-

bargo, se debe buscar la manera de armonizar la diversidad con la unidad; el ejercicio de la libertad con el bien común; los objetivos de corto plazo con las metas a largo plazo. Todo individuo, familia, organización y comunidad, tiene un papel vital que cumplir. Las artes, las ciencias, las religiones, las instituciones educativas, los medios de comunicación, las empresas, las organizaciones no gubernamentales y los gobiernos, están llamados a ofrecer un liderazgo creativo. La alianza entre gobiernos, sociedad civil y empresas, es esencial para la gobernabilidad efectiva.

Con el objeto de construir una comunidad global sostenible, las naciones del mundo deben renovar su compromiso con las Naciones Unidas, cumplir con sus obligaciones bajo los acuerdos internacionales existentes y apoyar la implementación de los principios de la Carta de la Tierra, por medio de un instrumento internacional legalmente vinculante sobre medio ambiente y desarrollo.

Que el nuestro sea un tiempo que se recuerde por el despertar de una nueva reverencia ante la vida; por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad; por el aceleramiento en la lucha por la justicia y la paz y por la alegre celebración de la vida. Reconocer que todos los seres somos interdependientes y que toda forma de vida independientemente de su utilidad, tiene valor para todos los seres vivientes.

Afirmar la fe en la dignidad inherente a todos los seres humanos y en el potencial intelectual, artístico, ético y espiritual de la humanidad.

Notas

- ¹ Cfr. *Carta Magna de la Tierra*. La versión final de la Carta fue aprobada por la Comisión en la reunión celebrada en la sede de la Unesco en París, en marzo de 2000. El lanzamiento oficial de la Carta de la Tierra tiene lugar en el Palacio de la Paz en La Haya, el 29 de junio de 2000, en un acto presidido por la reina Beatriz de Holanda.
- ² Cfr. También La Carta Encíclica “Laudato si” del Papa Francisco, sobre el cuidado de la casa común, publicada el 24 de mayo del 2015.

Por una economía más humana

Lebret fue un ilustre fraile dominico, llamado Louis Joseph, cuya vida la dedicó a trabajar en promover una economía y un desarrollo de los pueblos que buscaran una mejor calidad de vida de los seres humanos. Dominicano francés, de profesión sociólogo, que por allá a mediados del siglo pasado vino a Colombia, por petición del gobierno de ese entonces, para realizar un estudio sociológico, teniendo como base el método que desde hacía tiempo venía aplicando en estudios similares: observación, análisis de datos, investigación de las causas del subdesarrollo, con el asesoramiento de expertos y con el entrenamiento a personas comprometidas y calificadas de suerte que influyeran en los centros de decisión, y así el Gobierno estimulara la autogestión en la solución de los problemas del subdesarrollo.

Louis-Joseph Lebret nació el 26 de junio de 1897, en Minihic, Bretaña, Francia, no lejos de Saint-Malo, en una familia de fuertes tradiciones marítimas. Ingresó en la Es-

cuela Naval de Brest y, muy pronto, se convirtió en un oficial de marina. Dada su condición de militar participó en la Primera Guerra Mundial con la escuadra del Líbano. Estando allí, al darse cuenta del estado de miseria en que vivían tantos seres humanos, se despertó en él un deseo de consagrarse al servicio de nobles causas, y entonces optó por la vocación sacerdotal y religiosa. Fue así como dejó la Infantería de Marina en 1923 para ingresar como novicio en la Orden de Predicadores. Después de completar sus estudios filosófico-teológicos, fue ordenado sacerdote y asignado a Saint-Malo en 1929, muy cerca a su pueblo natal, y allí al comprobar las condiciones degradantes de trabajo en que vivían los pescadores bretones, sus paisanos, se reactivó en él esa especie de sensibilidad por los problemas sociales.

Esta experiencia marcó profundamente la futura orientación de su vida. Quiso dar una respuesta, no meramente asistencialista, a esa situación de pobreza crítica, atacando las raíces del mal de tal situación, examinar sus causas y proponer soluciones eficaces. En primer lugar, basó su acción de trabajo elaborando encuestas entre los pescadores en donde expresaban los problemas que vivían, sus necesidades, y en encontrar posibles soluciones. Por eso, fue considerado como una especie de pionero en el uso de la “investigación participativa”.

Durante los próximos diez años, El padre Lebreton dedicó su tiempo y energía a investigar los negocios de las empresas pesqueras que monopolizaban los mejores lugares de pesca, primero, a lo largo de las costas francesas y, lue-

go, a lo largo de todo el Mediterráneo, del mar Atlántico y de las demás costas europeas. Se dio cuenta de la manera primitiva como las empresas pesqueras locales estaban organizadas y que esta debilidad era aprovechada por las grandes firmas internacionales que monopolizaban los mejores sitios de pesca. Tal trabajo investigativo produjo como resultado nuevas leyes para las empresas pesqueras que favorecerían a las pequeñas empresas. Durante estos años de investigación y en contacto con las precarias situaciones económicas y sociales que vivían sus paisanos, los pescadores, pensó que la solución a estos problemas consistía en proponer una “economía más humana”, es decir, una economía que pensara más en responder a las necesidades básicas de la mayoría de la gente y no tanto en las ganancias y excesivas ventajas que obtenían unos pocos.

De ahí nació la idea de fundar un centro de estudios que convocara a intelectuales e investigadores que se consagraran a estudiar y proponer soluciones a los problemas de pobreza y de iniquidad socioeconómica que vivían muchos pueblos, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Este Centro se fundó en Marsella en 1942 en terrenos que pertenecían a la Orden de los Dominicos y se llamó “Economía y Humanismo”. Muy pronto sería invitado por varios países del tercer mundo, como Brasil, el Líbano, Senegal, Vietnam, Chile y Colombia, entre otros, para realizar estudios sobre las realidades sociales y humanas en que vivían las gentes de estos países. Lebreton era un hombre convencido de que el verdadero desarrollo humano se basa en el protagonismo del mismo pueblo sobre sus propias vidas, sin desconocer que todo progreso se puede trabar por

injerencia e interferencias ajenas a los mismos pueblos. Al darse cuenta de esto, vio la necesidad de trabajar aliado con dos grandes instituciones que, según él, eran capaces y estaban en condiciones de realizar estos cambios en el mundo: la “Organización de las Naciones Unidas” (ONU) y la “Iglesia”. La ONU era un lugar estratégico donde los líderes mundiales podían ser influenciados y convencidos para y tomar consciencia al ver las verdaderas necesidades y los problemas reales de la humanidad. La ONU lo reconocería más tarde como uno de los expertos sobre el tema de las disparidades sociales a escala mundial.

Esta apertura a un público más internacional lo llevó a crear en 1958 el Institut de Recherche, de Formation et de Développement (IRFED), Instituto destinado a promover métodos de análisis de los problemas del subdesarrollo y a formar agentes capacitados, suministrándoles las herramientas necesarias para que el hombre concreto fuera actor de su propio desarrollo y así promover una economía más humana.

Lebret también fue ampliamente conocido porque asesoró a los Papas Juan XXIII y Pablo VI, razón por la cual sus ideas influyeron de modo significativo en la redacción de las encíclicas de carácter social *Mater et Magistra* y la *Populorum Progressio*, de suerte que cuando en 1967 Pablo VI presentó la Carta Encíclica sobre *El desarrollo de los pueblos*, rindió tributo al padre Lebret por haber sido una de las principales manos redaccionales de la *Encíclica*, y quien había muerto el año anterior a la edad de 69 años. Igualmente, cabe resaltar que jugó un papel muy activo

en la redacción del documento *La Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo moderno*, del Vaticano II. Así mismo, participó en la organización de la Comisión Pontificia de Justicia y Paz y era consultor permanente de la Conferencia Episcopal Francesa y de las Conferencias Episcopales de América Latina y África sobre temas relacionados con los problemas sociales y económicos que vivían sus pueblos. Se le pidió también representar a la Santa Sede en la primera sesión de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), que tuvo lugar en Ginebra en 1965.

En relación con Colombia, en 1954 el Gobierno colombiano de ese entonces solicitó al Centro de Investigación “Economía y Humanismo”, dirigido por el padre Lebrecht, para que realizara, de acuerdo con su metodología, un análisis y estudio prospectivo sobre las condiciones básicas para el desarrollo del país y así optimizar los recursos nacionales. El estudio se entregó al presidente Alberto Lleras Camargo en octubre de 1958. El Gobierno quería contar con un estudio de diagnóstico y perspectivas de desarrollo, teniendo en cuenta la situación económica del país y así poder adelantar una planeación más racional. Para lograr este objetivo el Comité Nacional de Planeación (PNP) ya se había servido de otros estudios previamente llevados a cabo por la misión Kemmerer (1930), pero sobre todo, de la misión Currie, auspiciada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y el Gobierno colombiano (1950-1953), misión que abarcaría temas relacionados con su modelo de desarrollo, sus inquietudes, su capacidad para adaptarse a las nuevas propuestas provenientes

de algunos organismos multilaterales. La misión Lebreton constató el bajo nivel de vida, reflejado en la falta de elementos básicos en la vida como la salud, la educación, la vivienda y demás bienes y servicios. Constatar cómo era paradójico encontrar tanta pobreza generalizada en medio de una gran riqueza de recursos naturales.

Lebreton conformó un equipo de expertos multidisciplinarios, tanto nacionales como extranjeros. La Misión no pretendía presentar un plan de desarrollo sino elaborar un diagnóstico que sirviera de base para buscar las formas de intervención del Estado con miras a alcanzar el mejor nivel de vida de la población. El trabajo entregado por la Misión se encuentra dividido en cinco partes: la primera se ocupa del nivel de vida y de las necesidades básicas de la población colombiana; la segunda, de las potencialidades y posibilidades físicas del país en relación con sus necesidades; la tercera, de las potencialidades y posibilidades financieras; la cuarta, de los arbitrajes en función de un desarrollo armónico; la quinta, el problema educativo.

Dentro de los elementos que vale la pena destacar de este estudio están: el escaso interés por la investigación científica que existía sobre la realidad colombiana; la propensión por contratar en el exterior y hacer proyectos sumamente costosos e insuficientemente estudiados; la afición irreflexiva y exagerada por los productos extranjeros de los cuales se podría prescindir o producir en Colombia; la costumbre inveterada de la población colombiana por admitir comportamientos antieconómicos; el bajo nivel técnico en la producción agrícola; el alto grado de analfabetismo y de

gentes con escasos estudios a nivel superior. En opinión de Lebret, Colombia no saldrá del subdesarrollo mientras no se realicen estudios serios y en forma continua, de tal suerte que sean capaces de romper las resistencias al cambio y la mentalidad conformista. Sugiere también que, en el mundo de hoy, el peor mal que bloquea el “desarrollo humano”, no es tanto la pobreza de “los que no tienen” sino la falta de consciencia de “los que tienen”. A causa de esta especie de avaricia, las tierras, las materias primas, las fuentes de energía, los mecanismos de producción, mientras estén concentrados en las manos de unos pocos, tarde o temprano se convertirán en *semillas de guerra*. Vale, pues, la pena releer y recuperar el estudio que Lebret y su equipo realizaron sobre Colombia.

Esta es, en síntesis, la vida y el aporte que el padre Lebret hizo a la humanidad, y quien al morir el 20 de julio de 1966 sus últimas palabras fueron “¡Que bella es la vida!”, porque tenía conciencia de que la había gastado en luchar por causas tan nobles como la de promover un desarrollo más humano y una sociedad más justa y equitativa.

Nota

- 1 Este artículo se publicó en la *Revista Lebret*, 1, en el año 2010, Revista de la División de Ciencias Administrativas y Contables de la Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga.

Tecnologías limpias, un reto para el desarrollo humano sostenible

El siglo XX pasará a la historia por la revolución científica, caracterizada por la explosión de los conocimientos en el campo de la física que ha transformado el planeta de un mundo finito de certidumbres en un mundo infinito de incertidumbres y cuestionamientos, tales, como los descubrimientos de la ley de la relatividad, de la física y mecánica cuántica; así mismo, la revolución tecnológica en el campo de la microelectrónica con su fuerte impacto en las telecomunicaciones, la informática, la inteligencia artificial, la robótica, la comunicación satelital, el láser, los nuevos materiales, la progresiva sustitución de los recursos naturales por materias primas sintéticas (por ejemplo, el cobre por la fibra óptica, los metales por cerámicas y resinas, el azúcar por edulcorantes, entre otros), la alta tecnología para la medicina, para las exploraciones espaciales y para la defensa militar, la ingeniería genética, humana, animal y agrícola, la biotecnología y la exploración del genoma humano.

En síntesis, se podría decir que a finales del siglo XX, la ciencia ha llegado al final de una época, desentrañó los secretos del átomo, desenmarañó la molécula de la vida, creó el ordenador electrónico. Con estos descubrimientos fundamentales, desencadenados por la revolución cuántica, del ADN y de la informática, que sin duda han traído beneficios para la especie humana, pero que también conllevan una serie de perjuicios y cuestionamientos. Es evidente que nos hallamos en el umbral de otra revolución. Los conocimientos humanos se duplican cada diez años. En la última década se han obtenido más conocimientos científicos que en toda la historia de la humanidad. La potencia de los ordenadores se duplica cada dieciocho meses. Internet se duplica cada año. El número de secuencias del ADN se duplica cada dos años. Casi a diario los titulares de los periódicos anuncian nuevos avances en el mundo de los computadores, las telecomunicaciones, la biotecnología y la exploración espacial física¹.

Para muchos, la ciencia y la tecnología, gracias a una investigación científica cada vez de mayor rendimiento, son fuentes de esperanza, pues se las considera capaces de afrontar los desafíos del mundo moderno: la industria, la producción y procesamiento de alimentos, la producción de medicamentos, el manejo de lo ambiental a favor de la preservación de los recursos naturales, la búsqueda de nuevas fuentes energéticas de origen biológico, el mejoramiento de la especie humana con proyectos eugenésicos y todo aquello que permita a los seres humanos acceder a mejorar su calidad de vida; para otros, son fuentes de desconfianza y preocupación, pues se considera que generan más problemas

que los que solucionan: el mal uso que se pueda hacer de la techno-ciencia por parte de los sedientos de poder, de dominación y de riqueza, la perversidad de las guerras altamente tecnificadas, el deterioro del medio ambiente y la pérdida de los recursos naturales de las naciones pobres por el saqueo que de ellos hacen tanto las multinacionales como las naciones ricas, los altos costos discriminatorios de la biomedicina de punta, por la experimentación científica que se hace en muchos seres humanos con violación a sus derechos y a su dignidad, entre otros.

Así mismo, otras muchas tecnologías están contribuyendo a los cambios masivos y acelerados, que se da, sobre todo, en las sociedades económicamente más desarrolladas, si bien cabe preguntarse qué tanto están incidiendo en la degradación del medio ambiente y en una mejor calidad de vida asequible a toda la comunidad humana y no simplemente a sectores privilegiados. ¿Cuáles son las repercusiones que tendrán para el presente y para las futuras generaciones, por ejemplo, la investigación sobre las armas nucleares o bioquímicas, la eliminación de residuos radioactivos, la clonación de seres humanos u otros experimentos genéticos? Hay cuestiones concretas que afectan directamente a toda la humanidad y que merecen una preocupación común y solidaria de toda la humanidad, cuestiones como las alteraciones de los climas, la contaminación atmosférica, el agujero de ozono, el efecto invernadero, la escasez de agua potable, las posibles epidemias letales, la seguridad en la alimentación, el problema de los transgénicos, y otras muchas. Todas estas cuestiones concretas plantean dilemas morales que hay que dilucidar a tiempo, porque de ellas se derivan

consecuencias, tanto positivas como negativas, para el ser humano y el medio ambiente.

La sociedad en que vivimos se caracteriza por la importancia que ha dado al saber científico y, por eso, el hombre contemporáneo sueña con una fe ciega en el progreso científico, si bien, gracias a ello, ha logrado vencer con su inteligencia fronteras que, hasta hace poco, se consideraban insuperables. Por otra parte, sería ingenuo pensar en un cientifismo puro, lo mismo que hacer simplemente una apología de una investigación neutra, aséptica y desligada de cualquier connotación axiológica. Ciertamente el conocimiento es poder, o mejor dicho, ha traído poder de tal forma que ese conocimiento y poder el ser humano no siempre los utiliza para beneficio de otros seres humanos, sino que al mismo tiempo tiene la capacidad de utilizarlo para hacer daño o destruir la naturaleza. El progreso no es pensado en clave de ética. Por ejemplo, los efectos que ha producido el progreso en el cambio climático son demasiado evidentes: tempestades, inundaciones, cosechas arruinadas por las sequías. Son muchas las voces de alerta que se han levantado para llamar la atención, por ejemplo, sobre los peligros de la biotecnología actual.

La perplejidad es comprensible, porque lo importante no es saber cada vez más o descifrar los misterios de la naturaleza, sino tener en cuenta hacia dónde se dirigen esos conocimientos, qué fines pretenden y cuáles son sus efectos benéficos o negativos. El progreso de las ciencias y de la misma técnica conlleva una especie de ambivalencia, pues pueden servir para lo bueno y para lo malo. Por ejemplo, la ciencia concibió la bomba atómica con sus terribles consecuencias en Hiros-

hima y Nagasaki con su capacidad de aniquilar a la humanidad; lo mismo que la manipulación genética puede utilizarse para beneficio de la especie humana en el campo de la salud, o implicando resultados nefastos para la supervivencia de la humanidad. Lo cual significa que la dimensión ética es ineludible en todo proceso investigativo, tecnológico y científico, pues parece insensato abrir caminos y continuar roturándolos sin prever las consecuencias, muchas veces funestas, que de ellos se derivan.

En este sentido cabría rescatar el tema del bien común, ya no solo considerado en términos sociales, sino ecológico-sociales. No solo hay que preservar el bien de la sociedad, sino también el bien de la misma Tierra como sistema, los diferentes ecosistemas, la biosfera, la hidrosfera, los animales, las plantas, los microorganismos, los elementos físico-químicos, responsables del equilibrio dinámico de la vida en todas sus formas. Lo útil y lo bueno podría formularse en este imperativo de carácter universal:

No lleves a cabo acciones que tengan como consecuencia la destrucción del sistema Tierra a través de armas nucleares, químicas y biológicas; no obres de tal forma que el resultado sea la devastación de las condiciones de vida sobre la tierra; no instaures prácticas (científicas, biotecnológicas) que tengan como consecuencia la eliminación de las especies vivas, principalmente de la especie homo².

La Carta de la Tierra, de lenta y larga gestación, que fue propuesta a la ONU para su ratificación, está concebida como una Declaración de principios éticos fundamentales,

de forma similar a la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, de suerte que sirva para guiar a los pueblos y a las naciones en la dirección de un futuro sostenible.

La humanidad es parte de un vasto universo evolutivo. La Tierra, nuestro hogar, está viva con una comunidad singular de vida. Las fuerzas de la naturaleza promueven a que la existencia sea una aventura exigente e incierta, pero la Tierra ha brindado las condiciones esenciales para la evolución de la vida. La capacidad de recuperación de la comunidad de vida y el bienestar de la humanidad dependen de la preservación de una biosfera saludable, con todos sus sistemas ecológicos, una rica variedad de plantas y animales, tierras fértiles, aguas puras y aire limpio. El medio ambiente global, con sus recursos finitos, es una preocupación común para todos los pueblos. La protección de la vitalidad, la diversidad y la belleza de la Tierra es un deber sagrado (ONU).

La solución al problema de la relación hombre-ciencia-tecnología se encuentra en la reflexión ética y en la visión humanista de la vida. Es aquí donde incumbe una gran responsabilidad a las universidades de preparar a las nuevas generaciones para ese futuro deseable y sostenible. La universidad, por su misión especial de enseñar, investigar y formar a los dirigentes del mañana, por su índole fundamental de ser generadora de conocimiento, tiene que propiciar espacios de reflexión que ayuden a la comprensión de las cuestiones vitales que están en juego, fomentar una conciencia crítica frente a los problemas que trae el progreso científico,

al mismo tiempo que proponer soluciones válidas, formular planes de acción que sirvan de respuesta a los temores y a las esperanzas del hombre de esta *sociedad del conocimiento*, que también es llamada por algunos sociólogos, como la *sociedad del riesgo*.

Resulta de suma importancia generar espacios académicos de reflexión, con la presencia de expertos en el tema de tecnologías limpias en ciencia y tecnología, su impacto en los sectores agrarios, ambiental, informático y con la mira puesta en garantizar un desarrollo humano sostenible para un mejor mañana y un mejor país. El concepto de desarrollo sostenido fue presentado en 1987 en el informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, en el cual se definió de la siguiente manera:

Es el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades... y como un proceso de cambio en el cual la explotación de los recursos, la orientación de la evolución tecnológica y las exigencias del medio ambiente apuntan al mejoramiento de vida para todos, especialmente para los pobres y los carentes³.

La sostenibilidad requiere un equilibrio dinámico entre muchos factores, incluidas las exigencias sociales, culturales y económicas de la humanidad y la necesidad imperiosa de salvaguardar el entorno natural del cual forma parte esta humanidad. Ya en los principios 1 y 3 de la *Declaración de Río de Janeiro sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo* se

afirmaba:

Los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenible. Tienen derecho a una vida saludable y productiva en armonía con la naturaleza... El derecho al desarrollo debe ejercerse en forma tal que responda equitativamente a las necesidades de desarrollo y ambientales de las generaciones presentes y futuras.

El hombre es como un vuelo que se escapa del presente al futuro. “Las utopías son los sueños de la razón”, ha dicho bellamente Octavio Paz. Por eso, en el subconsciente humano siempre ha estado presente el inocente mito de soñar un mundo mejor. El mejor modo de prever ese futuro prometedor y deseable ha sido, es y será inventándolo. Gracias a esa energía poderosa de las utopías la ciencia, la tecnología y el hombre han progresado. Esto explica porqué han adquirido tanta relevancia los estudios prospectivos, entendidos como sistemas coherentes que no predicen el futuro sino que lo preparan e, indirectamente, nos pueden dar al menos una idea clara de las consecuencias de nuestros actos y del impacto que la ciencia y la tecnología tendrían en el futuro inmediato o a largo plazo sobre un modo de vida con calidad y sostenible, tanto a nivel local, regional, nacional como global. Solo una conciencia crítica y la preocupación por una ética planetaria responsable hará realidad la frase del periodista americano del siglo XIX, Lincoln Steffen: “he visto el futuro y les aseguro que funciona”.

Referencias

Boff, L. (2001). *Ética planetaria desde el gran sur*. Madrid: Trotta.

Conferencia sobre el Cambio Climático, celebrada en Copenhague, en diciembre del 2009.

Informe Bruntland, 1987.

Kaku, M. (1998). *Visiones, como la ciencia revolucionará la materia, la vida y la mente en el siglo XXI*. Madrid: Temas de Debate.

Benedicto XVI. (2010). *Luz del mundo*. Una conversación con Peter Seewald sobre todo el capítulo IV “La catástrofe global”. Barcelona: Herder.

Notas

- ¹ Cfr. Michio Kaku *Visiones, cómo la ciencia revolucionará la materia, la vida y la mente en el siglo XXI*. Madrid: Temas de Debate. 1998.
- ² Cfr. Leonardo Boff. *Ética planetaria desde el gran sur*, (p. 40). Madrid: Trotta. 2001.
- ³ Informe Bruntland. 1987.

Las áreas metropolitanas y su problemática

Qué bueno que existan estos espacios de intercambio de ideas entre expertos para que su aporte desde distintos puntos de vista interdisciplinarios, como el saber jurídico, económico y arquitectónico, contribuya a analizar e intercambiar opiniones con una mirada prospectiva sobre el problema que presenta la gobernabilidad de las áreas metropolitanas, proponiendo soluciones oportunas, efectivas y socialmente aceptables y aceptadas por la comunidad.

La gobernabilidad de cualquier grupo humano ha sido una preocupación de siempre y un tema que ha interesado a muchos pensadores, como Platón, Aristóteles, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Maquiavelo, Engels, Karl Marx. Recordemos que en los tiempos de Santo Tomás, como en otras épocas de la historia, se solía acudir a los maestros del pensamiento, para buscar asesoría, orientación y consejo sobre algún tema específico. A Tomás le llegaban muchas

consultas sobre temas de distinta índole, y la respuesta que daba a dichas consultas era siempre escrita y coleccionada en pequeños volúmenes denominados *Opúsculos*. Fue así como escribió *De regimine principum ad regem Cypri*, o sea, el opúsculo sobre “El gobierno de los príncipes”, respondiendo a la solicitud que le había hecho el rey de Chipre Hugo II por los años 1265-1266.

Pero los tiempos de Platón, de Aristóteles, de Tomás, de Marx, y aún del siglo pasado, son muy distintos a los que nos toca y nos tocará vivir de ahora en adelante. La tarea de gobierno se hace cada día muy difícil por muchas razones, entre otras, por la complejidad que adquieren las relaciones sociales, políticas y económicas en un mundo caracterizado por el fenómeno de la globalización, el masivo asentamiento poblacional en los centros urbanos y, por consiguiente, el crecimiento desbordado de las ciudades que supera, muchas veces, los límites jurisdiccionales de los municipios. A esto añadámosle el tan sonado cáncer de la corrupción administrativa que ha hecho metástasis y hoy en día parece haberse convertido en endémica e institucional. Precisamente Daniel Samper en su columna de *El Tiempo*, del domingo 13 de marzo del 2011, denunciaba este mal sosteniendo “que muchos municipios están en poder de mafias que controlan las elecciones a punta de plata y de plomo y ordeñan las arcas municipales sin recato ni control”. Así mismo, en la *Revista Semana* del 7 al 14 de marzo del 2011 aparece un artículo de fondo intitulado: “La corrupción se está robando el país”. Y, es que la corrupción es un mal que nace, se reproduce, pero no muere... se transforma y se convierte hasta en una estrategia

sofisticada. Naturalmente todo esto afecta la credibilidad de la gobernabilidad.

Lo que sí podemos afirmar es que ese siglo XXI ha venido preñado con toda una problemática globalizada, que se presenta como un reto permanente para todos nosotros que queremos construir un futuro viable y deseable. He aquí unos cuantos indicadores:

- La urbanización desenfrenada: se estima que dentro de poco el 80% de la población mundial vivirá en ciudades.
- Las migraciones masivas hacia las “megalópolis” y zonas con mayor bienestar material, así como la de los desplazados por la violencia o por factores políticos y económicos hacia las ciudades distintas a sus raíces natales.
- Los inconvenientes que padecemos los habitantes de las grandes ciudades al movilizarnos de nuestros hogares a los sitios de trabajo o estudio.
- Las escandalosas desigualdades económicas cada vez más marcadas y el crecimiento increíble de seres humanos que viven en condiciones de pobreza crítica.
- La degradación del medio ambiente en las grandes urbes.
- La difícil tarea de asegurar el acceso universal a los servicios públicos de agua, luz y educación, sobre todo en conglomerados asfixiados por la miseria que los circunda.

- Las nuevas necesidades que surgen en un sistema de economía de consumo.
- El fenómeno social de la violencia intrafamiliar e interurbana, con su secuela de las pandillas juveniles.
- El debilitamiento del Estado y la recurrencia a fenómenos de ingobernabilidad.
- El predominio de mensajes violentos y de una vida hedonista en los medios de comunicación; lo mismo que la difusión de contravalores que desvirtúan los paradigmas que tratan de inculcar los sistemas educativos. Se podría alargar la lista, pero, basta.

Precisamente se trata de soñar la ciudad del futuro. Ciertamente, se dirá que, soñar no cuesta nada; pero, no soñar cuesta mucho. Con toda seguridad se podrán trazar las líneas de acción que contribuyan a la construcción de mejores formas de vida de la familia colombiana en esa ciudad soñada, de garantizar un desarrollo humano sostenible, ponerle coto o remedio al mal endémico de la corrupción para que no haga metástasis y afecte la gobernabilidad. El ser humano tiene el derecho fundamental a una mejor calidad de la vida, a la libertad, a un tratamiento respetuoso, equitativo e igualitario, al disfrute de condiciones de vida de cierta calidad que le permitan llevarla de una forma digna y gozar de un relativo bienestar.

Este es el gran desafío que tienen nuestros gobernantes, sobre todo de las grandes urbes y sus áreas de influencia metropolitana.

Gotas de sabiduría

El arte de enseñar y aprender

“A pesar de que ya soy mayor, sigo aprendiendo de mis discípulos”

Cicerón.

“Actuar sin pensar es como disparar sin apuntar”

Forbes B.C.

“Amargas son las raíces de la ciencia, pero sus frutos son dulces”

Catón.

“Bendito sea el hombre que, no teniendo nada que decir, se abstiene de demostrárnoslo con sus palabras”

Georges Eliot.

“Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres”

Pitágoras.

“Educar es dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son capaces”

Platón.

“Educar es formar personas aptas para gobernarse a sí mismas, y no para ser gobernadas por otros”

Spencer Hubert.

“Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida”

Pitágoras.

“El estudioso es el que lleva a los demás a lo que él ha comprendido: la verdad”

Santo Tomás de Aquino.

“El genio se compone de dos por ciento de talento y noventa y ocho por ciento de perseverante aplicación”

Beethoven.

“El hombre nada puede aprender sino en virtud de lo que ya sabe”

Aristóteles.

“El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla”

Manuel Vicent.

“El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”

Cervantes.

“El que nada duda, nada sabe”

Proverbio griego.

“Es que no sé casi nada, y apenas eso”

Sócrates.

“El que no sabe que no sabe, es un tonto. Aléjate de él. El que no sabe y sabe que no sabe, es un ingenuo. Enséñale. El que sabe y no sabe que sabe, está dormido. Despiértale. El que sabe y sabe que sabe, es sabio. Síguelo”

Bruce Lee.

“El sabio no dice nunca todo lo que piensa, pero siempre piensa todo lo que dice”

Aristóteles.

“En saber sugerir consiste la gran tarea pedagógica”.

“Enseñar a quien no tiene curiosidad por aprender, es sembrar un campo sin ararlo”

Whately Richard.

“Enseñar es aprender dos veces”

Joseph Jubert.

“Es más importante lo que el maestro es que lo que enseña”

Menninger.

“Es mi opinión, y yo también la comparto”

Monnier H.

“Excelente maestro es aquel que, enseñando poco, hace nacer en el alumno el gran deseo de aprender”

Arturo Graf.

“Gracias, profesor... Por haberme enseñado a usar las palabras con enorme cuidado, con prudencia, con cautela para no herir innecesariamente a nadie”

Antanas Mockus.

“Hay cosas que para saberlas no basta haberlas aprendido”

Séneca.

“Hay que estudiar mucho para saber poco”

Montesquieu.

“La brevedad es el alma de la agudeza”

Shakespeare.

“La brevedad es hermana del talento”

Chejov A.

“La cobardía es el miedo consentido; el valor es el miedo dominado”

Lecouve Ernest.

“Valor es lo que se necesita para levantarse y hablar; pero también es lo que se requiere para sentarse y escuchar”

Wiston Churchill.

“La experiencia hace al maestro”

Dicho popular.

“La gloria del maestro es la vida honesta del discípulo”

Santo Tomás.

“Largo es el camino de la enseñanza por medio de teorías; breve y eficaz por medio del ejemplo”

Séneca.

“Las palabras siguen fácilmente a los pensamientos preparados”

Horacio.

“Lo poco que sé se lo debo a mi ignorancia”

Platón.

“Los hombres inteligentes quieren aprender; los demás solo enseñar”

Anton Chejov.

“Los hombres están hechos los unos para los otros; instrúyelos, pues, o sopórtalos”

Marco Aurelio.

“Los profesores le roban juventud a los estudiantes”

Anónimo.

“Me lo contaron y lo olvidé; lo vi y lo entendí; lo hice y lo aprendí”

Confusio.

“No basta con alcanzar la sabiduría; es necesario saberla utilizar”

Cicerón.

“No puedo enseñarle nada a nadie, tan solo hacerlo pensar”

Sócrates.

“No tengo ningún talento especial; lo que soy es apasionadamente curioso”

Albert Einsten.

“Nuestras horas son minutos cuando esperamos saber, y siglos cuando sabemos lo que se puede aprender”

A. Machado.

“Nuestro conocimiento es una pequeña isla en el enorme océano del desconocimiento”

Isaacs Singer.

“Nada hay más terrible que una ignorancia activa”

J.W. Goethe.

“Numerosas son las cátedras, pero escasos los profesores sabios y nobles. Numerosas y grandes son las aulas, pero pocos los jóvenes que tienen sed de verdad y justicia”

Albert Einstein.

“Nunca consideres el estudio como un deber, sino como una oportunidad para penetrar en el maravilloso mundo del saber”

Einstein A.

“Nunca trates de enseñar a un cerdo a cantar. Perderás tu tiempo y fastidiarás al cerdo”

Proverbio ruso.

Para Sócrates, que defendía la modestia intelectual, el “Conócete a ti mismo”, significaba: “Ten presente, lo poco que sabes”.

“Por la palabra, el hombre es superior al animal; por el silencio, se hace superior a sí mismo”

Paul Masson.

“Pretender enseñar a quien no está dispuesto a aprender, es perder el tiempo; y dejar de hacerlo a quien está ávido por aprender, es desaprovechar una ocasión”

Anónimo.

“Que tu palabra no se adelante a tu pensamiento”

Pítaco.

“Quien aprende y aprende y no practica, es como quien ara y ara y no siembra”

Platón.

“Sabrá mucho, pero no sabe sino eso”

Anónimo.

“Si das pescado a un hombre hambriento, le nutres durante una jornada. Si le enseñas a pescar, lo nutrirás toda la vida”

Lao-Tse.

“Si el alumno no supera al maestro, ni es bueno el alumno, ni es bueno el maestro”

Proverbio chino.

“Si haces planes para un año, siembra arroz. Si lo haces por dos lustros, planta árboles. Si lo haces para toda la vida, educa a una persona”

Proverbio chino.

“Si la investigación no sirve a la sociedad, la investigación no sirve para nadie; por lo tanto, ella no sirve para nada”

Julius Oppenheimer.

“Si quieres aprender, enseña”

Cicerón.

“Siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñas”

Ortega y Gasset.

“Sócrates es mi amigo, pero soy más amigo de la verdad”

Aristóteles.

“Solo es útil el conocimiento que nos hace mejores”

Sócrates.

“Pensar es más interesante que saber, pero menos interesante que mirar”

Goethe.

“Personalmente estoy dispuesto a aprender, aunque no siempre me gusta que me den lecciones”

Wiston Churchill.

“Un pedante es un estúpido adulterado por el estudio”

Unamuno.

“Un plomero excelente es infinitamente más admirable que un filósofo incompetente”

Jhon Garner.

“Una buena conversación debe agotar el tema no a los interlocutores”

Wiston Churchill.

“Educar, y educar en principios éticos, es construir la paz social”

Federico Mayor Zaragoza.

“Hay tres clases de ignorancia: no saber lo que debiera saberse; saber mal lo que se sabe y saber lo que no debiera saberse”

La Rochefoucauld.

“Para el que ama, mil objeciones no llegan a formar una duda; para el que no ama, mil pruebas no llegan a constituir una certeza”

L. Evelyn.

“Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo”

Vives.

¡Ay de mí, que ni siquiera sé cuánto ignoro!

San Agustín.

El arte de leer y escribir

“A menudo en tu vida te encontrarás con que un libro es mejor amigo que un hombre”

Luigi Settembrini.

“Y..., si he escrito esta carta tan larga, ha sido porque no he tenido tiempo de hacerla más corta”

Blas Pascal.

“Si no quieres perderte en el olvido tan pronto como estés muerto, escribe cosas dignas de leerse, o haz cosas dignas de escribirse”

Benjamín Franklin.

“Una idea que no es clara, no es una buena idea; una palabra que no se puede comprender, no es una buena palabra”

Chesterton.

“Una colección de bellas máximas es un tesoro más apreciable que las riquezas”

Isócrates.

“Suprimir toda palabra inútil. Simplificar la frase. Simplificar la idea. Esta es la fórmula para escribir bien”

Noel Clarasó.

“Si uno hace una afirmación, también debe probarla. Y esto significa que debe ser capaz de responder a las siguientes cuestiones: ¿cómo lo sabe?, ¿cuál es la fuente de su afirmación?, ¿en qué observaciones se basa?”

Karl Popper.

“Un libro vale por la novedad de los problemas que crea, anima o reanima”

P. Valery.

“Se tiende a poner palabras allí donde faltan ideas”

Goethe J.

“Lo bueno, si breve, dos veces bueno”

Gracián.

“La magia de escribir es el arte de perdurar en el tiempo”

Anónimo.

“Mediante la lectura nos hacemos contemporáneos de todos los hombres y ciudadanos de todos los países”

Houdar de la Motte.

“Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”

J.L. Borges.

“Su libro es bueno y original, pero la parte que es buena no es original y la parte que es original no es buena”

Samuel Johnson.

“Triste destino del libro prestado, a menudo perdido, siempre estropeado”

Leclercq Th.

“Un buen libro es aquel que se abre con expectación y se cierra con provecho”

Alcott Louise.

“El mundo está lleno de libros preciosos que nadie lee”

Eco U.

“Un clásico es algo que todo el mundo quisiera haber leído y que nadie quiere leer”

Mark Twain.

“Una obra clásica es un libro que todo el mundo admira, pero que nadie lee”

Ernest Hemingway.

“Los que escriben con claridad tienen lectores; los que escriben oscuramente tienen comentaristas”

A. Camus.

“Yo no busco un gran número de lectores, sino un cierto número de relectores”

Juan Goytisolo.

“Bienaventurados los que utilizan un lenguaje sencillo, porque ellos serán leídos”

Anónimo.

“Borra a menudo si quieres escribir cosas dignas de ser leídas”

Horacio.

“El arte de escribir consiste en el arte de interesar”

Jacques Deli.

“Lo que se lee sin esfuerzo ninguno, se ha escrito muchas veces con un gran esfuerzo”

Anónimo.

“Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; y destruido, un corazón que llora”

Anónimo.

Amor y amistad

¡Dios nos libre de enemistades de amigos!”

Lope de Vega.

“Amigo reconciliado, enemigo doblado”.

“A tus amigos aconséjalos en privado y elógielos públicamente”

Syro.

“Amar no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en la misma dirección”

Saint-Exupery.

“Amigo es aquel que llega cuando todo el mundo se ha ido”

Anónimo.

“Amigos son los que en las prosperidades acuden al ser llamados y en las adversidades sin serlo”

Demetrio I, Rey de Macedonia.

“El amigo de todo el mundo no es un amigo”

Aristóteles.

“El amigo fiel se demuestra en las circunstancias adversas”

Cicerón.

“El amor es la necesidad de salir de uno mismo”

Baudelaire Ch.

“El amor exige, la amistad concede”

Carmen Silva.

“El amor es disposición de ánimo en que la dicha del otro resulta ser esencial para la propia felicidad”.

“Ni contigo ni sin ti tienen mis penas remedio, contigo porque me matas, y sin ti porque me muero”

Antonio Machado.

“El amor propio es el mayor de todos los aduladores”.

“El amor hace que el tiempo vuele, pero el tiempo hace que el amor vuele”

Enrique Jardiel Poncela.

“El amor y la tos no pueden ocultarse”

Proverbio italiano.

“El infortunio pone a prueba a los amigos y descubre a los enemigos”

Epicteto.

“En la prosperidad nuestros amigos nos conocen; en la adversidad, nosotros conocemos a nuestros amigos”

Collins Jhon.

“La amistad siempre es provechosa; el amor a veces hiere”

Séneca.

“La primera ley de la amistad es pedir a los amigos cosas honestas; y solo cosas honestas hacer por ellos”

Cicerón.

“Lo importante es sentir a una persona como amiga. Lo demás, la frecuencia, la confianza, todo puede ser prescindible. Sentir esa amistad, saber que esa amistad es compartida, es algo precioso. Quiere decir que uno nunca está solo, que uno puede contar con la otra persona, que acaso no está pensando en uno en ese momento, pero no importa”

J.L. Borges.

“Me haces desear ser mejor que lo que soy”

J. Nicholson.

“No ser amado no es más que mala suerte; la desgracia consiste en no amar”

Camus A.

“No te des prisa en ganar nuevos amigos ni en abandonar a los que tienes”

Solón.

“Reprende al amigo en secreto, y aláballo en público”

Leonardo da Vinci.

“Si no te quieren como tú quieres que te quieran, ¿qué importa que no te quieran?”

Amado Nervo.

“Si un amigo te pide dinero, reflexiona bien cuál de los dos quieres perder, si el dinero o el amigo”

Anónimo.

“Siempre amamos a quienes nos admiran, y algunas veces amamos a quienes admiramos”

F. de Rochefoucauld.

“Sin amigos nadie querría vivir, aun cuando poseyera todos los demás bienes; hasta los ricos y los que tienen cargos y poder, parecen tener necesidad sobre todo de amigos... En la pobreza y en los demás infortunios de la vida se considera a los amigos como el único refugio”

Aristóteles.

“Te amo no solo por lo que eres sino por lo que soy cuando estoy contigo”

Anónimo.

“Sabed que cuando uno es amigo de sí mismo, lo es también de todo el mundo”

Séneca.

“Tengo a mis amigos en mi soledad; cuando estoy con ellos ¡qué lejos están!”

A. Machado.

“Trata de amar al prójimo. Ya me dirás el resultado”

Sartre.

“Trate a las personas como lo que deberían ser y ayúdeles a convertirse en lo que pueden ser”

Johann Wolfgang Goethe.

“Un amigo es una persona con la que se puede pensar en voz alta”

Ralph W. Emerson.

“Un amigo es uno mismo en la piel de otro”

Justo Molachino.

“Un amigo es uno que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere”

Hubbart H.

“Tener un amigo en la vida es mucho. Dos son demasiados. Tres casi un imposible”

Anónimo.

“Una vez le preguntaron a Aristóteles cómo deberíamos comportarnos con nuestros amigos, y la respuesta fue: Como nosotros quisiéramos que nuestros amigos se comportaran con nosotros”

Plutarco.

La mujer

“Elige una mujer de la cual puedas decir: yo hubiera podido encontrarla más bella, pero no mejor”

Pitágoras.

El proverbio persa dijo: “No hieras a la mujer ni con el pétalo de una rosa”. Yo te digo: “No la hieras ni con el pensamiento”

Amado Nervo.

“Sin la mujer la vida es pura prosa”

Rubén Darío.

“Solo una cosa en el mundo es más hermosa y mejor que la mujer... la madre”

E. Schefer.

“Te doy gracias mujer, por el hecho de ser mujer. Con la intuición propia de tu feminidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”

Juan Pablo II.

“Yo alabo al Eterno Padre,/ no porque las hizo bellas,/ sino porque a todas ellas,/ les dio corazón de madre”

José Hernández.

“Sé que soy una mujer, una mujer con fuerza interior y mucho valor. Si Dios me concede vida, llegaré a donde mi madre no llegó nunca. No seré una mujer insignificante y trabajaré en pro del mundo y de los hombres. Sé lo que quiero; tengo un fin, una opinión, una fe, un amor. Y ahora sé que como primera medida se necesita valor y alegría”

Diario de Ana Frank.

“Mujer: se amable, pero no fácil; se digna, pero no orgullosa; ríe, pero no a carcajadas; mira, pero con recato; se tierna, pero no flexible; se alegre, pero no frívola; conversa, pero con mesura; se dulce, pero no empalagues; ama, pero con cautela; escucha, pero no siempre creas; se mujer, pero no muñeca”

Anónimo.

“Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón,/ sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis:/ si con ansia sin igual solicitáis su desdén,/ ¿por qué queréis que obren bien si las incitáis al mal?”

Sor Juana Inés de la Cruz.

“Las mujeres son para amarlas, no para comprenderlas”

Oscar Wilde.

“La pregunta que nunca ha sido contestada y a la cual todavía no he podido responder, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es: ¿qué quiere una mujer?”

Sigmund Freud.

“La presencia de la mujer todo lo suaviza, todo lo dulcifica, todo lo embellece: siempre que esa mujer no sea la mujer propia o la señora madre”

Mariano de Cavia.

“La única idea nueva que podría salvar la humanidad es que las mujeres asuman la dirección del mundo”

García Márquez.

“¡Oh mujeres!, que no podemos vivir con ellas, ni tampoco sin ellas”

Lord Byron.

“Lo primero que hace una mujer cuando quiere que un hombre la alcance es echar a correr”

Moliere.

“Los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres”

Anónimo.

“Mujer hermosa no espero/ encontrar sin tacha alguna;/ Eva tuvo su manzana,/ las demás tienen su pero”

Juan de Iriarte.

“No existe algo peor que una mala mujer; pero tampoco se ha producido nada mejor que una buena”

Eurípides.

“Una mujer no empieza a mostrar su edad hasta cuando empieza a ocultarla”

André Gide.

“Hace tiempo conviví casi dos años con una mujer hasta descubrir que sus gustos eran exactamente como los míos: los dos estábamos locos por las chicas”

Groucho Marx.

“Un hombre de éxito es el que gana más de lo que gasta su esposa; una mujer de éxito es la que encuentra un esposo así”

Anónimo.

“Para ser feliz con un hombre, debes entenderlo mucho y amarlo un poco; para ser feliz con una mujer debes amarla mucho... y no tratar de entenderla demasiado”

Anónimo.

“La mujer es como la sombra: si la huyes, sigue; si la sigues, huye”

Chamfort.

“Hay mujeres que quieren tanto a sus maridos que, para no usarlos, toman el de sus amigas”

A. Dumas.

“Para las mujeres los hombres son horriblemente aburridos cuando son buenos maridos, e insoportablemente presumidos cuando no lo son”

Oscar Wilde.

“¡Brindo por las mujeres! ¡Quién pudiera caer en sus brazos sin caer en sus manos!”

Ambrose Bierce.

“No es posible vivir con estas benditas mujeres; pero no es posible vivir sin ellas”

Aristófanes.

“Detrás de un gran hombre hay una grande mujer. Detrás de ella está su esposa”

Marx Groucho.

“La intuición de una mujer es más precisa que la certeza de un hombre”

Rudyard Kipling.

“Las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo”

Napoleón.

“La mujer es como una buena taza de café: la primera vez que se toma, no deja dormir”

Alejandro Dumas.

“La más tonta de las mujeres puede manejar a un hombre inteligente; pero es necesario que una mujer sea muy hábil para manejar a un imbécil”

Rudyard Kipling.

Pensamientos misóginos

“Ah, ¡El eterno femenino! Decía aquel cuya mujer nunca acaba de morirse”

Alphonse Allais.

“De la mujer puede decirse que es un hombre inferior”

Averroes.

“Cómo tener confianza de una mujer que le dice a uno su verdadera edad. Una mujer capaz de decir esto es capaz de decirlo todo”

O. Wilde.

“El hombre a los veinte años ama a todas las mujeres; a los treinta, a una sola; a los cincuenta, a todas menos a una”

Anónimo.

“El hombre soltero es un animal incompleto; pero el hombre casado es un completo animal”

Anónimo.

“Las mujeres nos inspiran grandes cosas, pero no nos dejan conseguirlas”

A. Dumas.

“El que se enamora de una mujer que tiene más años que él es que tiene vocación de arqueólogo”

Anónimo.

“La teoría de la reencarnación es cierta, puesto que las mujeres de 35 años recuerdan lo que les sucedió hace 45 años”

Anónimo.

“La mujer es como los autos, a la vejez es cuando más se pintan”

Enrique Jardiel Poncela.

“Hay dos clases de mujeres: las feas y las que se pintan”

O. Wilde.

“No hay mujeres feas, sino que no saben arreglarse”

Rubestein H.

“Las mujeres feas son celosas de sus maridos; las bonitas están siempre ocupadas en estar celosas de los maridos de las demás”

Oscar Wilde.

“El ridículo más grande que hacen muchas mujeres mayores que fueron atractivas es olvidar que ya no lo son”

Francois de Rochefoucauld.

“La mujer alegre deposita la fuente de sus ingresos en el banco de la plaza”

Anónimo.

“La mujer da al marido dos días de felicidad: el de la boda y el del entierro”

Anónimo.

“Las mujeres nos inspiran grandes cosas, pero no nos dejan conseguirlas”

A. Dumas.

“La mujer es variable y tornadiza”

Virgilio.

“La mujer está hecha así: ligera y voluble, os rehúye si la amáis y os ama si la rechazáis”

Teócrito.

“La mujer puede, naturalmente, recibir educación; pero su mente no es adecuada para las ciencias más elevadas, para la filosofía y la teología”

Hegel.

“Es más fácil morir por una mujer que vivir toda la vida con ella”

Lord Byron.

“Las mujeres como las matemáticas son difíciles de entender, pero ambas son necesarias para todo”

Albert Einstein.

“La mujer, propiamente hablando, no es más que un anexo del hombre. Es una esclava que hay que saber colocar en su trono”

Honorato Balzac.

“Las mujeres son unos seres de cabellos largos e ideas cortas”

Schopenhauer.

“La mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo cocina el diablo”

Shakespeare.

“Mujer, solo el diablo sabe lo que es y lo que piensa; yo no lo sé, en absoluto”

Dostovieski.

“Lo que el diablo no puede hacer, la mujer sí lo hace”

Anónimo.

“Loado sea mi Señor, Rey del Universo, por no haberme hecho mujer”

Atribuido a rabinos ortodoxos.

“Mujer que no jode, es hombre”

Anónimo.

“No importa que las mujeres nos fastidien; lo que no soportamos es que nos fastidie siempre la misma”

Noel Claraso.

“Que nos gobiernen las putas ya que sus hijos no fueron capaces”

Anónimo.

“La mujer adora al hombre igual que el creyente adora a Dios; pidiéndole todos los días algo”

E. Jardiel Poncela.

“Si Newton hubiera sido mujer, al caerle la manzana del árbol no habría descubierto la ley de la gravedad, sino que hubiera dicho: “¡Oh!, me están pensando por M”

Anónimo.

“Todo hombre que moraliza es que es un hipócrita, y toda mujer que moraliza es que es irremediablemente fea”

Oscar Wilde.

“Si Ud. quiere saber lo que una mujer dice realmente, mírela, no la escuche”

O. Wilde.

“Uno debería estar siempre enamorado. Por eso jamás deberíamos casarnos”

Oscar Wilde.

“Los solteros ricos deberían pagar más impuestos. No es justo que unos sean más felices que otros”

Oscar Wilde.

“Un hombre, si realmente lo necesita, compra por dos dólares algo que vale solo un dólar. Una mujer, aunque no lo necesite, compra por dos dólares algo que vale un dólar”

“Una mujer se preocupa por el futuro hasta que encuentra a un esposo. Un hombre empieza a preocuparse por su futuro cuando encuentra una esposa”

Anónimo.

“Una mujer se casa con un hombre esperando que él cambie, y él no cambia. Un hombre se casa con una mujer esperando que ella no cambie... Pero ella cambia”

Anónimo.

“La mujer tiene siempre la última palabra en una discusión. Cualquier cosa que el hombre diga después, es el comienzo de una nueva discusión”

Anónimo.

“Los bandidos piden la bolsa o la vida; las mujeres ambas cosas”

O. Wilde.

“Hay dos momentos en que el hombre no entiende a la mujer: antes del matrimonio y después del matrimonio”

Anónimo.

“Siempre que salimos mi mujer y yo vamos cogidos de las manos; si la suelto ahí mismo empieza a comprar”

Anónimo.

“El matrimonio es una relación entre dos personas en la que una siempre tiene la razón y la otra es el marido”

Anónimo.

“Los tres deberes fundamentales de una mujer son ser bonita, andar bien vestida y no contradecir”

William Maughan.

“Todas las mujeres llegan a ser como sus madres; he ahí la verdadera tragedia”

Oscar Wilde.

La castidad

“¿No fuiste adúltero? Te faltó la ocasión”

San Agustín.

“Si no eres casto, al menos cauto”

Anónimo.

“Señor, hazme casto, pero hoy no”

San Agustín.

“Yo quisiera ser casto, pero lo que pasa es que las mujeres no colaboran”

Anónimo.

“La mujer del César tiene que ser honesta o, al menos, aparentarlo”

Anónimo.

“Un Gurú de la India decía: Siempre que viene a verme una prostituta, no habla sino de Dios. Dice que está cansada de la vida que lleva, que quiere a Dios. Y siempre que viene a verme un sacerdote, no habla sino de sexo”

Antony de Mello.

“Sé casto como el hielo y puro como la nieve, y no escaparás jamás de la calumnia”

Shakespeare.

“No es la riqueza ni los ancestros, sino una conducta honorable la que hace grandes a las personas”

Ovidio.

El poeta bueno debe ser casto en su persona, pero no es necesario que lo sean sus versos... Pues estos solo tienen gracia si son voluptuosos”

Cátulo, 16.

Juventud y vejez

“Juventud divino tesoro, oro que algunos afortunados transmutan en realizaciones que se manifiestan en la madurez”

Bernard Shaw.

“Juventud, divino tesoro/ ¡ya te vas para no volver!/ cuando quiero llorar no lloro/ y a veces lloro sin querer”

Rubén Darío.

“La juventud es una enfermedad que solo se cura con los años”

Anónimo.

“En estos tiempos los jóvenes piensan que el dinero lo es todo, algo que comprueban cuando se hacen mayores”

Oscar Wilde.

“No soy tan joven como para saberlo todo”

Oscar Wilde.

“Los hombres jóvenes quieren ser fieles y no lo consiguen; los hombre viejos quieren ser infieles y no lo logran”

Oscar Wilde.

“El error de la juventud es creer que la inteligencia suple la experiencia; y el error en la edad madura es pensar que la experiencia sustituye a la inteligencia”

Gandhi.

“Llegar a la edad provecta (sesenta años) realmente es un privilegio. Es el momento de levantar la cabeza y contemplar la vida desde la cima de la colina, de tener una visión de una escena global nunca antes percibida, de saber lo que se siente y de decir lo que se piensa, de expresarse sin tener que convencer”

Anónimo.

“Antes de la vejez, procuré vivir bien; en la vejez procuro un morir bien”

Séneca.

“La vejez es una enfermedad incurable”

Séneca.

“El secreto para mantenerse joven reside en vivir honestamente, comer con lentitud y, sobre todo, negarse los años”

Lucile Ball.

“El viejo no se enferma, pues enfermarse es un privilegio exclusivo de los jóvenes; el viejo vive enfermo”

Anónimo.

“Cásate con un arqueólogo. Cuanto más vieja te hagas, más encantadora te encontrará”

Agata Christi.

“Cuando era bebe, lloraba y dormía; el tiempo reptaba. Cuando me convertí en un muchacho que reía y hablaba, el tiempo caminaba. Luego, cuando el paso de los años en un hombre me convertía, el tiempo corría. Pero ahora que la vejez me cela, el tiempo vuela”

Guy Pentreath.

“El primer signo de senilidad en un matemático es cuando olvida sus teoremas; el segundo, cuando olvida subirse el cierre de la bragueta, el tercero, cuando olvida bajárselo”

Paul Erdős.

“Envejecer es como escalar una gran montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más libre, la vista más amplia y serena”

Bergman Ingmar.

“He escuchado que a las personas de nuestra edad les ocurre tres cosas: la memoria les empieza a fallar... Bien..., ahora no recuerdo las otras dos”

Momerset Maughan.

“La enfermedad es una vejez prematura, y la vejez una enfermedad permanente”

Platón.

“La vejez comienza cuando el recuerdo es más fuerte que la esperanza”

Proverbio hindú.

“La tragedia de la vejez no es que uno sea viejo, sino que uno ya no es joven”

Oscar Wilde.

“Los hombres son como los vinos: la edad agria a los malos y mejora los buenos”

Cicerón.

“Los viejos les gusta dar buenos consejos, para consolarse de no poder dar malos ejemplos”

Francois de Rochefoucauld.

“Muchas personas no cumplen los ochenta porque intentan durante demasiado tiempo quedarse en los cuarenta”

Salvador Dali.

“Pensar que es un soplo la vida; que veinte años no es nada...”

Gardel Carlos.

“Saber envejecer es la obra maestra de la vida, y una de las cosas más difíciles en el difícil arte de la vida”

Henri F. Amiel.

“Todo el mundo quiere llegar a viejo, pero nadie quiere serlo”

Held M.

“La vejez es un tirano que prohíbe, bajo pena de muerte, todos los placeres de la juventud”

Francois de la Rochefoucauld.

“Todo el mundo quisiera vivir largo tiempo, pero nadie querría ser viejo”

Jonathan Swift.

“La vejez natural es debilidad; la vejez del espíritu, en cambio, es su perfecta madurez, en la cual retorna a la unidad como espíritu”

Hegel.

“Envejecer es como escalar una gran montaña; mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada se vuelve más libre, la vista más amplia y serena

Ingmar Bergman.

“Una bella ancianidad es, ordinariamente la recompensa de una bella vida”

Pitágoras.

“Envejecer es algo muy malo; les recomiendo no hacerlo”

Woody Alen.

“Envejecer no es nada, lo terrible es seguir sintiéndose joven”

Oscar Wilde.

“Si quieres vivir mucho tiempo, hazte viejo pronto”

Cicerón.

“Una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad”

Gabriel Garcia Marquez.

“Tengo los años necesarios para perder el miedo y hacer lo que quiero y siento”

José Saramago.

“Las arrugas del espíritu nos hacen más viejos que las de la cara”

Montaigne.

“Sería necio, amén de vano, acicalarse para borrar las arrugas y fingir una juventud que hemos dejado a las espaldas”

Norberto Bobbio.

La muerte

“A los viejos les espera la muerte a la puerta de la casa; a los jóvenes les espera al acecho”

San Bernardo.

“La muerte es algo que no debemos tener porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos”

Antonio Machado.

“Cuando llegue el día del último viaje,/ y esté al partir la nave/
que nunca ha de tornar,/ me encontraréis a bordo/ ligero de
equipaje,/ casi desnudo, como los hijos de la mar”

Machado Antonio.

“Recordar que uno va a morir es la mejor manera que conozco
para evitar la trampa de pensar que hay algo que perder

Steve Jobs.

“Como se nace de la madre hacia la vida, se nace del vientre de
la Tierra hacia la trascendencia”

Gonzalo Arango.

“El hombre teme a la muerte porque ama la vida”

Dostoieski F.

“El que no sabe morir/ mientras vive, es vano y loco;/ morir
cada hora su poco/ es el modo de vivir”

José M Pemán.

“Es mucho más fácil morir que construir la propia vida”

Malakoski.

“Es preferible morir por algo que vivir por nada”

Anónimo.

“La vida de los muertos está en la memoria de los vivos”

Cicerón.

“He pensado a menudo en la muerte y he hallado que es el me-
nor de todos los males”

F. Bacon.

“Lo que está por morir no muere y lo que está por nacer no nace”

Anónimo.

“Horroriza pensar, Dios soberano, lo que fuera la vida sin la muerte”

Federico Balart.

“No le temo a la muerte, solo que no me gustaría estar allí cuando suceda”

Woody Allen.

“La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo formo parte de la humanidad; por tanto, nunca mandes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti”

Jhon Donne.

“La muerte de los jóvenes constituye un naufragio. La de los viejos es un atracar en el puerto”

Plutarco.

“La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida”

José Martí.

“La muerte no viene más que una vez, pero se deja sentir en todos los momentos de la vida”

Jean de la Bruyere.

“La muerte os espera en todas partes; pero, si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros”

San Bernardo.

“La muerte es cierta; la hora incierta”

Proverbio latino.

“La muerte solo tiene importancia en la medida en que nos hace pensar en la vida”

A. Malraux.

“La muerte... ese país desconocido del que no vuelve ningún viajero...”

Shakespeare.

“La vida de los muertos está en la memoria de los vivos”

Cicerón.

“La vida es corta. Viviendo todo falta, muriendo todo sobra”

Lope de Vega.

“La vida es una muerte largamente demorada”

Alfons Auer.

“Lo malo de la inmortalidad es que hay que morir para alcanzarla”

Víctor Hugo.

“Morir no es otra cosa que cambiar de residencia”

Marco Aurelio.

“¿Morir yo, querido doctor? ¡Será la última cosa que haga!”

Lord Palmerston.

“Nacer es comenzar a morir”

Werner Berguengruen.

“Nacer es solamente comenzar a morir”

Theophile Gautier.

“No se muere dos veces si no se escapa de la muerte una vez”

Proverbio ruso.

“Partimos cuando nacemos,/ andamos mientras vivimos/ y llegamos/ al tiempo que fenecemos;/ así que cuando morimos/ es justo que descansemos”

Jorge Manrique.

“Qué cerca sentimos a algunos que están muertos; y qué muertos nos parecen otros que aún viven”

Wolf Biermann.

“Quiero morir cuando decline el día,/ en alta mar y con la cara al cielo,/ donde parezca un sueño la agonía/ y el alma un ave que remonta al cielo”

Manuel Gutiérrez Najera.

“Si no conocemos la vida, ¿cómo va ser posible conocer la muerte?”

Confucio.

“Solo se muere una vez, ¡pero por tan largo tiempo!”

Moliere.

“Señor, cuando tú quieras; pero hoy no”

Anónimo.

“Una hermosa muerte honra toda una vida”

Petrarca.

“Toma en serio la muerte quien toma en serio la vida... Tomar en serio la vida significa aceptar firme y rigurosamente, lo más serenamente posible, su finitud”

Bobbio N.

“Una vida inútil es una muerte prematura”

Goethe J. W.

“Para la mayoría de nosotros la verdadera vida es la que no llevamos”

O. Wilde.

“Mata más gente el tenedor que la espada”

Séneca.

“El pobre puede morir; lo que no puede es enfermarse”

Proverbio danés.

“Ven muerte tan escondida/ que no te sienta venir/ porque el placer del morir/ no me vuelva a dar la vida

Calderón de la Barca.

“Y cuando llegue el día del último viaje/ y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,/ me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,/ desnudo como los hijos de la mar”

A. Machado.

“No actúes como si fueras a vivir diez mil años. La muerte te ronda: mientras estés vivo, mientras esté en tu mano, condúcente con bondad”

Marco Aurelio.

“Vive como si mañana fueras a morir y aprende como si siempre fueras a vivir”

Gandhi.

“Mantente simple, bueno, puro, serio, libre de afectaciones, sé amigo de la justicia, rinde culto a Dios, sé amable, cariñoso, tenaz en todas las acciones correctas. Esfuérzate para ser como la filosofía desea que seas. Reverencia a Dios y ayuda a los hombres. La vida es breve”

Marco Aurelio.

Verdad y mentira

“Amigo de Platón pero más amigo de la verdad”

Aristóteles.

“Aunque digan la verdad, los mentirosos no son creídos”

Cicerón.

“Bendito aquel cuya fama no hace palidecer el brillo de la verdad”

Tagore R.

“Cometer un error y no corregirlo es cometer otro error”

Confucio.

“Desgraciadamente, la opinión tiene más fuerza que la verdad”

Anónimo.

“El mayor enemigo de la verdad es el prejuicio”

Von Spec F.

“El que al recorrer estas líneas diga que entiende lo que se dice, pero no lo juzga verdadero, pruebe, si le place, su sentencia e impugne, si puede, la mía. Si lo hace, impulsado por la caridad y por amor a la verdad, y se digna hacérmelo saber, óptimos frutos me producirá este mi afán”

San Agustín.

“El que miente necesita tener buena memoria”

Quintiliano.

“En mi soledad he visto cosas muy claras que no son verdad”

Machado.

“Es tan difícil decir la verdad como ocultarla”

Gracián B.

“Hay millones de facetas de la verdad, pero una sola verdad”

Hesse Hermann.

“La sinceridad suele acarrear daño”

Anónimo.

“La verdad existe. Solo se inventa la mentira”

Braque Georges.

“La verdad sin la caridad no es más que un ídolo”

Pascal.

“Las utopías no son a menudo otra cosa que verdades prematuras”

Alphonse de Lamartine.

“Lo corriente en el hombre es la tendencia a creer verdadero cuanto juzga que le reporta alguna utilidad”

Juan de Mairena.

“No pretendo convencer a mi enemigo del error sino llegar con él a una verdad más alta”

Lacordaire.

“Non mea, sed veritas” “No mi verdad, sino la verdad”

San Agustín.

“Prefiero fastidiar con la verdad que complacer con adulaciones”

Séneca.

“Se miente más de la cuenta/ por falta de fantasía:/ también la verdad se inventa”

Antonio Machado.

“Se puede engañar a todo el mundo, ¡pero no a la verdad!”

Gorski M.

“Si el mundo va contra la verdad, entonces Atanasio va en contra del mundo”

San Atanasio.

“Si el escándalo se da a causa de la verdad, entonces más vale que nazca un escándalo en lugar de sacrificar la verdad”

S. Gregorio Magno.

“¿Tu verdad? No, la verdad/ y ven conmigo a buscarla,/ la tuya guárdatela”

Antonio Machado.

“¿Dijiste media verdad?/ Dirán que mientes dos veces/ si dices la otra verdad”

Antonio Machado.

“Oh Señor, dame el coraje de aceptar la verdad, aunque la diga el enemigo o aunque la diga un subordinado”

Abraham Lincoln.

“Una mentira ha recorrido ya medio mundo, mientras la verdad está todavía poniéndose los zapatos”

M. Twain.

“Si repites una mentira las veces necesarias y con la suficiente contundencia, la transformarás en verdad”

Joseph Goebbels.

“Solo se ruboriza cuando dice una verdad”

Anónimo.

“Lo único que se conseguirá diciendo siempre la verdad, es que siempre serás descubierto”

Oscar Wilde.

“Solo una cosa en la tierra parece mejor que la justicia: y es, sino la verdad en sí, la búsqueda de la verdad”

A. Camus.

“Tiene mucho de mentira decir verdades que no se sienten”

Karr A.

Necedad y sabiduría

“Aquí yace un necio que salió de este mundo sin saber porqué había venido a él”

Epitafio del Duque de Borgoña.

“Infinito es el número de los tontos”

Eclesiatés.

“Una necesidad, aunque la repitan millones de bocas, no deja de ser una necesidad”

Anatole France.

“Son tontos todos los que lo parecen, y la mitad de los que no lo parecen”

Baltasar Gracián.

“Un sabio es quien no se lamenta de lo que no tiene y quien se alegra de lo que tiene”

Epicteto.

“La sabiduría consiste en saber que se sabe lo que se sabe y saber que no se sabe lo que no se sabe”

Proverbio chino.

“Todos somos iguales de tontos, pero a unos se les nota más”

Anónimo.

“El sabio no dice todo lo que sabe, y el necio no sabe todo lo que dice”

Proverbio chino.

“Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo”

Vives.

“Inteligencia: concéctate, acéptate y supérate”

San Agustín.

“Pensamientos tontos todos los tenemos, pero el sabio se los calla”

W. Busch.

“Todo necio confunde valor y precio”

A. Machado.

“La más grande riqueza es el saber”

Séneca.

“Un necio encuentra siempre a otro necio mayor que lo admira”

Boileau.

“A veces más vale callar y pasar por tonto que abrir la boca y demostrarlo”

Noel Clarasó.

“Al sabio solo se le enseña una vez; al tonto, muchas veces”

Confusio.

“Cuando se apunta a la luna, el tonto se queda mirando el dedo”

Proverbio chino.

“Muchos hombres pasan por sabios, gracias a la ignorancia de los demás”

Anónimo.

“El que parece sabio entre los tontos, parece tonto entre los sabios”

F. Quintiliano.

“El hombre sabio, incluso cuando calla, dice más que el necio cuando habla”

Th. Fuller.

“El hombre sabio ve en las desventuras ajenas las que debe evitar”

Publio Siro.

“Se conoce el corazón del hombre por lo que hace, y su sabiduría por lo que dice”

Alí Ben-Ali Taleb.

“En nada se muestra uno sabio como en saber preguntar”

Ruiz de A.

“Es mejor ser loado de los pocos sabios que de los muchos necios”

Cervantes.

“Un tonto sabio es más tonto que un tonto ignorante”

Moliere.

“Dejemos a los envidiosos la tarea de proferir injurias y a los necios la de contestarlas”

Luis Dupaly.

“Había una vez un sabio que había estudiado durante toda la vida y sabía todas las respuestas posibles, pero estaba desespe-

rado porque nadie le hacía preguntas”

Anónimo.

“Es más fácil conocer el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas”

Duque de Levis.

“Este pensador no necesita que nadie lo refute: se basta a sí mismo”

F. Nietzsche.

“El Obispo de Berkeley solo acierta cuando se equivoca”

Anónimo.

“Es posible que alguna de las cosas que escribo las haya leído en otra parte. No pretendo ser el único hombre inteligente del mundo”

Jaime Perich.

“Pasé más de la mitad de mi vida preocupándome por cosas que jamás iban a ocurrir”

Wiston Churchill.

“La sabiduría me persigue, pero yo soy más rápido”

J.L. Borges.

“La estupidez no es mi fuerte”

Paul Valery.

“No soy un hombre que toma las cosas por lo trágico, en absoluto. Pero es penoso ser víctima de la estupidez”

Congar.

Cinismo y engaño

“¿Qué es un cínico? Un hombre que sabe el precio de todo y el valor de nada”

O. Wilde.

“Calumnia, calumnia, que algo queda”

Anónimo.

“El cinismo es, a veces, una manera desagradable de decir la verdad”

Hellman Lilian.

“El poder ciertamente corrompe, pero la sumisión destruye”

Anónimo.

“Experto en convertir una mentira reiterada en una gran verdad”

Anónimo.

“La adulación es el recurso de los necios”

Francis Bacon.

“El que te respeta no te adula, y el que te adula no te respeta”

Pascal.

“Me podrán engañar una, dos y hasta once veces, pero no más”

Gandí.

“Mediocre y trepador, y se llega a todo”

Anónimo.

“Nunca convencerás a un ratón de que un gato negro trae mala suerte”

Graham Green.

“Para la mayoría de nosotros, la vida verdadera es la vida que no llevamos”

Oscar Wilde.

“Poner en boca del contrincante lo que no había dicho para poder controvertirlo mejor”

Anónimo.

Es posible engañar parte del pueblo todo el tiempo; es posible engañar parte del tiempo a todo el pueblo; jamás se engañará a todo el pueblo todo el tiempo

Abraham Lincoln.

“Quien quiere mentir, engaña y el que quiere engañar, miente”

Mateo Alemán.

“Se puede engañar a algunos todo el tiempo; se puede engañar a todos durante algún tiempo; pero no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo”

B. Franklin.

“Si me engañas una vez, tuya es la culpa; si me engañas dos, la culpa es mía”

Anaxágoras.

“Autoridad que no abuse se desprestigia”

Anónimo.

“Conoce primero los hechos y luego distorsiónalos cuanto quieras”

Mark Twain.

“La primera vez que me engañes la culpa será tuya; la segunda vez, la culpa será mía”

Prov. árabe.

“Cuando el dinero habla, la verdad calla”

Anónimo.

Gratitud

“Valora todo lo que tienes y da las gracias por todo lo bueno que te sucede”

Anónimo.

“Tendríamos que ejercitarnos más en descubrir y agradecer lo positivo de la vida, de las personas, de los acontecimientos”

Anónimo.

“La gratitud trae alegría a la vida”

Torres Pastorino.

“Gracias porque nace el día y porque siento el amor. Gracias otra vez Señor”

Marisa.

“La gratitud es una bendición para quien la recibe y para quien la ofrece”

Lisa Engelhart.

“Solo quien agradece lo pequeño, recibe también lo grande”

Dietrich Bonnhöffer.

“Dar gracias es manifestación de grandeza de espíritu”

Anónimo.

“Todo nuestro descontento por aquello de lo que carecemos
procede de nuestra falta de gratitud por lo que tenemos”

Daniel Defoe.

“Agradece a la llama su luz, pero no olvides el pie del candil
que constante y paciente la sostiene en la sombra”

Rabindranath Tagore.

“El agradecimiento es memoria del corazón”

J.M. Massieu.

“Solo un exceso es recomendable en el mundo: el exceso de
gratitud”

Jean de la Bruyère.

“Si confieres un beneficio, nunca lo recuerdes; si lo recibes,
nunca lo olvides”

Quilon.

“Cuando la gratitud es absoluta las palabras sobran”

Álvaro Mutis.

“Sentir gratitud y no expresarla es como envolver un regalo y
no darlo”

W. A. Ward.

“Sentir gratitud es un producto de la cultura; no es fácil hallarla en la gente ordinaria”

Anónimo.

“Si hay algo que duele más que la ingratitud es la incompreensión”

A. Nervo.

Filosofía

“Al conocer la génesis de las cosas, se comprende mejor su naturaleza”

Aristóteles.

“La filosofía antigua proponía a la humanidad un arte de vivir. En cambio, la filosofía moderna se muestra sobre todo como la construcción de una jeringonza reservada a los especialistas”

Pierre Hadot.

“Si acaso existe algo fundamental en la filosofía que pueda considerarse enseñanza, solo puede ser el enseñar a pensar por uno mismo”

Leonard Nelson.

“Ciertos ignorantes, combaten de muchas maneras el estudio de la filosofía, y principalmente este estudio entre los frailes Predicadores... Como brutos animales estos hombres desprecian todo lo que no comprenden”

S. Alberto Magno, In Epis. Dionysii, 8.

“To be or not to be, that is the question”

Shakespeare.

“El estudio de la filosofía no tiene como objetivo saber lo que los hombres han pensado acerca de un problema sino saber cuál es la verdad de las cosas”

Santo Tomás.

“Ha habido épocas en donde en lugar de filosofar sobre los problemas, se filosofa sobre las filosofías”

Gilson E.

“La práctica es la realidad de la teoría; la teoría es la naturaleza íntima y misteriosa de la práctica”

San Máximo Confesor.

“Los filósofos se han limitado hasta el presente a pensar el mundo; ahora se trata de transformarlo”

K Marx.

“Si un Maestro resuelve una cuestión recurriendo solo a argumentos de autoridad, el discípulo tendrá la certidumbre de que es así, pero no adquirirá ni la ciencia ni la comprensión, y saldrá de allí con la cabeza vacía”

Tomás de Aquino.

“En la dulzura del trabajo en equipo es buscar la verdad”

San Alberto Magno.

“Es más cómodo negar lo que se desconoce que ponerse a estudiar, a experimentar, verificar o comprobar lo que hay de cierto”

Anónimo.

El valor del silencio

“El polvo de las palabras inútiles se pega a tu piel. Lava tu alma con el silencio”

Anónimo.

“Cuando hables procura que tu palabra sea mejor que el silencio”

Proverbio indú.

“Exígete mucho a ti mismo y espera poco de los demás. Así te ahorrarás disgustos”

Confusio.

“El silencio es el padre de los predicadores”

Anónimo.

“El silencio es el elemento en que se forman todas las cosas grandes”

Tomás Carlyle.

“El hombre tarda dos años en saber hablar... y el resto de su vida en saber callar”

Anónimo.

“El ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona”

Aristóteles.

“Habla... si tienes palabras más fuertes que el silencio”

Eurípedes.

“El silencio es el elemento en que se forman todas las cosas grandes”

Tomás Carlyle.

“Todos los hombres que no tienen nada importante que decir hablan a gritos”

E. Jardiel Poncela.

“Cuando hables procura que las palabras sean mejores que el silencio”

Proverbio indio.

“Incurrir en el pecado del silencio cuando se debería protestar, hace cómplices y cobardes a los hombres”

Chou en Lai.

“Muchas veces me he arrepentido de haber hablado; pero, de haber callado, nunca”

Jenócrates.

“Las palabras que no van seguidas de los hechos, no cuentan para nada”

Demóstenes.

“Cuando los hombres no tienen nada claro que decir sobre una cosa, en vez de callarse suelen hacer todo lo contrario: dicen en superlativo, esto es, gritan, y el grito es el preámbulo sonoro de la agresión”

Ortega y Gasset.

Sentencias éticas

“A cuál es más de culpar, aunque cualquier mal haga; la que peca por la paga, o al que paga por pecar”

Sor Juana Inés de la Cruz.

“Aquel que espera, todas las cosas se le revelan, con tal que tenga el coraje de no renegar en las tinieblas lo que ha visto en la luz”

Guitton.

“Ser honrado, tal como anda el mundo, equivale a ser un hombre escogido entre diez mil”

Shakespeare.

“Es más fácil luchar por unos principios que vivir de acuerdo con ellos”

Adler A.

¡Ay de mí, que ni siquiera sé cuánto ignoro!

San Agustín.

“Actuar es fácil, pensar es difícil; actuar según se piensa es aún más difícil”

Goethe.

“Sean conscientes de lo que dicen, sean conscientes de lo que hacen, sean conscientes de lo que piensan, sean conscientes de su manera de actuar, sean conscientes del lugar de donde vienen, de cuáles son sus motivaciones. No vale vivir una vida sin conciencia. La vida sin conciencia es una vida mecánica. No es humana, es programada, condicionada”

Antony de Mello.

“Si caes siete veces, levántate ocho”

Anónimo.

“Cada hombre nace por su propia elección... Somos en cierta forma nuestros propios padres porque nos creamos a nosotros mismos como queremos”

S. Gregorio Niceno.

“Vivir no consiste en respirar... sino en actuar”

Mao Tse Tung.

“El mejoramiento humano viene de adentro hacia fuera”

Froude.

“El valor no consiste en vengarse, sino en soportar la injuria”

Shakespeare.

“Es mejor padecer la injusticia que cometerla”

Demócrito.

“Es preferible absolver a un culpable que condenar a un inocente”

Voltaire.

“Es preferible enseñar las virtudes que condenar los vicios”

Spinoza.

Existen dos clases de cristianos preocupados por lo social: aquellos cuya sensibilidad corre hacia la miseria para aliviarla, y aquellos cuya bondad reflexiva trata de comprender esa miseria, para curarla en sus causas. Hay hombres de obras y hombres de doctrina”

Bourget P.

“Hay cosas que creemos saber, pero si alguien nos pregunta en qué consisten no sabemos responder”

Anónimo.

“El éxito consiste en ir de fracaso en fracaso sin desesperar”

Winston Churchill.

“La buena conciencia admite testigos; la malvada se agita y se conturba aun en la soledad”

Séneca.

“Todo aquel que aspira al poder ya ha vendido su alma al diablo”

Goethe.

“La corrupción de la justicia tiene dos causas: la falsa prudencia del sabio y la violencia del poderoso”

Santo Tomás.

“Nunca se ha de obrar mal, aunque nadie lo pueda ver o sospechar”

Cicerón.

“Lo que no es honesto, tampoco es útil”

Cicerón.

“La grandeza del ser humano no está en no caer nunca, sino en ser capaz de levantarse cada vez que se cae”

Confucio.

“La integridad de un hombre se mide por su conducta y no por su profesión”

Junius.

“La ley muchas veces permite lo que el honor prohíbe”

Saurin Jacques.

“Ninguna ley ha hecho a los hombres un ápice más justos”

Anónimo.

“La felicidad consiste en la operación más perfecta de las facultades más perfectas, sobre el objeto más perfecto”

Santo Tomás.

“La felicidad es como la neblina ligera: cuando estamos dentro de ella no la vemos”

A. Nervo.

“No se puede luchar por la justicia sin cometer injusticias. Nada más revelador del carácter trágico de la condición humana”

Paul Tillic.

“Pronto se arrepiente el que juzga apresuradamente”

Anónimo.

“Ser bueno es fácil; lo difícil es ser justo”

Víctor Hugo.

“Si no actúas como piensas, vas a terminar pensando como actúas”

Pascal.

“Trabajemos por pensar bien; he aquí el principio de la moral

Pascal.

Más perlas de sabiduría

“Que Dios me conceda serenidad para las cosas que no puedo cambiar; valentía para cambiar las que sí puedo; y sabiduría para ver la diferencia”

San Agustín.

“Las preguntas no son nunca indiscretas. Las respuestas, a veces sí”

O. Wilde.

“Añade un poco a otro poco y se hará un montón”

Proverbio.

“¡No hables mientras te estoy interrumpiendo”

Michael Curtiz.

“¡Oh Jesús!, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor... En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor”

Santa Teresita de Lisieux.

“¡Triste época la nuestra! Es más fácil desintegrar un átomo que superar un prejuicio”

Eistein.

“¡Vamos! ¡Ponte en pie! ¡Surge! ¡Escucha! ¡Despierta! ¡Rompe tus cadenas! ¡Sé!”

Paul Valery.

“¿Quieres que se hable bien de ti? Hazte el muerto”

Bongeard Alfred.

“¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me pregunta, no lo sé”

San Agustín.

“Aquel que espera, todas las cosas se le revelan, con tal que tenga el coraje de no renegar en las tinieblas lo que ha visto en la luz”

Guittón.

“Aceptemos a los demás tal como son, no como creemos que deberían ser”

Franz Schubert.

“Agranda la puerta, Padre, porque no puedo pasar. La hiciste para los niños. Yo he crecido a mi pesar. Si no me agrandas la puerta, achícame, por piedad”

Unamuno.

“Algo debe haber hecho mal o no sería tan famoso”

Stevenson R.

“Algunos pasan por la vida cosechando resultados; otros, recogiendo consecuencias”

Anónimo.

“No se llega a ser revolucionario por la ciencia sino por la indignación de los hechos. La ciencia viene enseguida a llenar y a precisar esta protesta vacía”

Marleau Ponty.

“Comprender es perdonar”

Madame Stael.

“Busquemos como quienes van a encontrar, y encontremos como quienes aún han de buscar, pues, cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza”

San Agustín.

“Cobarde es el que en un apuro piensa con las piernas”

Bierce Ambrose.

“Perdona siempre a tu enemigo. No hay nada que le enfurezca más”

O. Wilde.

“Cuando Dios quiere escondernos algo, lo pone bien cerca de nosotros”

Anónimo.

“Cuando estoy entre locos, me hago el loco”

Diógenes.

“Cuando las cosas no se desean es cuando llegan. Cuando las cosas no se temen es cuando se alejan”

Lao-Tse.

“Cuando los hombres dejan de creer en Dios, no es que no crean en nada; creen en cualquier cosa”

Chesterton.

“Cuando los hombres no tienen nada claro que decir sobre una cosa, en vez de callarse suelen hacer todo lo contrario: dicen en superlativo, esto es, gritan, y el grito es el preámbulo sonoro de la agresión”

Ortega y Gasset.

“Cuando se pone el acento en cosas secundarias es signo de una cierta debilidad espiritual”

Karl Barth.

“Cuando un hombre pide justicia es que quiere que le den la razón”

Anónimo.

“Cuando uno no tiene nada que perder, entonces es verdaderamente libre”

Anónimo.

“Cuánto más posee el hombre, menos se posee a sí mismo”

Graff A.

“Cuanto más se sabe, menos se asegura”

Anónimo.

“Que hablen de uno es espantoso... Pero hay algo peor: que no hablen”

O. Wilde.

“Cuenta hasta diez antes de hablar cuando estés enojado y disgustado, y hasta cien antes de hablar si estás encolerizado”

T. Jefferson.

“De derrota en derrota hasta la victoria final”

W. Churchill.

“De nada vale decir: estamos haciendo todo lo posible. Hay que triunfar haciendo todo lo necesario”

W. Churchill.

“De dónde se toma uno el derecho de mirar precisamente a la revolución como la encarnación del mal, mientras que a su propia visión anti-revolucionaria la mira sin escrúpulo alguno como conforme con la voluntad de Dios”

K. Barth.

“Debe ser muy grande el placer que proporciona gobernar, puesto que son tantos los que aspiran a hacerlo”

Voltaire.

“Dime de qué presumes y te diré de qué adoleces”

Proverbio popular.

“Deja ya de frecuentar el pasado; enfrenta el presente y atisba hacia el futuro”

Lastra.

“Demos tiempo al tiempo: para que el vaso rebose hay que llenarlo primero”

Machado A.

“Derrotado siempre; abatido nunca; yo, en sueños rotos, labro un ideal”

Amado Nervo.

“Dichoso yo si al terminar este día, un odio menos llevo en mí, si una luz más guía mis pasos, y si un error más yo extinguí”

G. Mistral.

“Diez buenos soldados, sabiamente conducidos, derrotan a un centenar sin guía”

Eurípides.

“Discúlpeme, no le había reconocido: he cambiado mucho”

Oscar Wilde.

“Dormía y soñé que la vida era bella; desperté y advertí que ella es deber”

Kant.

“Echad los prejuicios por la puerta, y volverán a entrar por la ventana”

Federico II de Prusia.

“El alma es un vaso que solo se llena con eternidad”

A. Nervo.

“El alma es, en cierta manera, todas las cosas”

Santo Tomás.

“El arte es el presentimiento de la verdad”

Alexander Blok.

“El avaro tiene todas las preocupaciones del rico y todos los tormentos del pobre”

Albert Guinon.

“El cristiano que sufre no es un hombre a quien Dios golpea, sino un hombre al que Dios habla”

Pablo VI.

“El deber es lo que esperamos que lo hagan los demás, no lo que debemos hacer nosotros mismos”

Oscar Wilde.

“El día de ayer no es sino un sueño y el de mañana una ilusión, pero un hoy bien vivido hace de cada ayer un sueño de felicidad y de cada mañana una ilusión de esperanza. Cuida bien, pues, de este día”

Anónimo.

“El dinero no puede hacer que seamos felices, pero es lo único que nos compensa de no serlo”

Benavente.

“El diplomático es una persona que primero piensa dos veces y finalmente no dice nada”

Wiston Churchil.

“El futuro no se adivina; el futuro se construye”

P. Druncker.

“El futuro solo sorprende a quien está preparado”

Shakespeare.

“El hombre cree siempre ser más de lo que es y se estima menos de lo que vale”

Anónimo.

“El hombre es a menudo más cuidadoso de su dinero que de sus principios”

Edgar Watson.

“El liderazgo efectivo no consiste en hacer discursos ni en ser amado, ni ser alguien con quien es fácil trabajar. El liderazgo se define por resultados, no por atributos”

Peter Druncker.

“El loco se cree cuerdo, mientras el cuerdo reconoce que no es sino un loco”

Shakespeare.

“El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele ir juntamente con sus huesos a la sepultura”

Shakespeare.

“El mundo exige resultados. No le cuentes a otros tus dolores de parto... muéstrales al niño”

Indira Gandhi.

“El orgullo divide a los hombres, pero la humildad los une”

Sócrates.

“El pretexto de todas las guerras es conseguir la paz”

Benavente.

“El principio fundamental de la vida es no dejarse abatir ni por los hombres ni por los acontecimientos”

Marie Curie.

“El que ríe de último, generalmente es el último en entender el chiste”

Refrán.

“El ser humano vive más de lo que espera que de lo que tiene”

Álvaro Gómez.

“En circunstancias especiales, el hecho debe ser más rápido que el pensamiento”

H. Cortés.

“En cada Tomás hay tres Tomases: el que él cree ser, el que los demás creen que es y el que él realmente es y solo Dios conoce”

Oliver Wendell.

“En la sencillez está el secreto de lo verdaderamente grande”

Heidegger.

“A la tarde de la vida te examinarán en el amor”

San Juan de la Cruz.

“Es más fácil bajar que subir una montaña; pero la vista solo es bella desde la cima”

A. Bennett.

“Es preciso tener paciencia hasta que lo difícil llegue a ser absolutamente intolerable; entonces, lo difícil cambia y, si tan difícil es, es que se trata de algo verdadero”

Rilke.

“Escucha mucho, habla poco y noerrarás”

Proverbio griego.

“Estos son los preceptos del derecho: vivir honestamente, no hacerle daño a nadie y darle a cada cual lo suyo”

Cicerón.

“Exígete mucho a ti mismo y espera poco de los demás. Así te ahorrarás disgustos”

Confucio.

“Experiencia no es lo que a uno le pasa, sino lo que uno hace con lo que a uno le pasa”

Aldous Huxley.

“Fracaso es la oportunidad de empezar de nuevo, pero... más inteligentemente”

H. Ford.

“Fuerte como un diamante y tierno como una madre”

Lacordaire.

“Gota a gota el agua horada la roca”

Refrán español

“Hay hombres que luchan un día y son buenos; hay hombres que luchan un año y son mejores; hay hombres que luchan muchos años y son muy buenos; pero, hay hombres que luchan toda la vida, y estos son los imprescindibles”

Bertold Brecht.

“Hay mucha gente que sufre enfermedades de objetivo: no descubren la diferencia entre ser y hacer”

Anónimo.

“Hay suficiente luz para quienes no desean sino ver y suficiente oscuridad para quienes tienen una disposición contraria”

B. Pascal.

“Hay tres clases de ignorancia: no saber lo que debiera saberse; saber mal lo que se sabe y saber lo que no debiera saberse”

La Rochefoucauld.

“Hay tres cosas que nunca vuelven atrás: la palabra pronunciada, la flecha lanzada y la oportunidad perdida”

Proverbio chino.

“Haz cosas grandes sin alardear de ellas”

Demófilo.

“Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces; pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir juntos como hermanos”

Martin Luther King.

“Hoy en día se da una importancia excesiva a la originalidad de un pensamiento o de una obra de arte. No obstante, lo más importante es que me haga conocer la realidad. Es la verdad lo que me interesa y no tanto la originalidad”

Anónimo.

“Inteligencia dame el nombre exacto de las cosas”

Juan Ramón.

“La bondad es un lenguaje que el sordo puede oír y el ciego puede ver”

Mark Twain.

“La crítica debe hacerse a tiempo; no hay que dejarse llevar por la inveterada costumbre de criticar solo después de consumados los hechos”

Mao Tse Tung.

“La emulación engendra emulación”

Proverbio latino.

“La experiencia es algo que se adquiere cuando ya no sirve para nada”

Anónimo.

“La experiencia es un billete de lotería comprado después del sorteo. No creo en ella”

Gabriela Mistral.

“La historia es una fábula contada por un idiota”

Shakespeare.

“La Iglesia posee un mensaje de liberación, pero son otros los que liberan”

Endokimov P.

“La imaginación es la loca de casa”

Santa Teresa.

“La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella”

Oscar Wilde.

“La mejor manera de ganar una discusión es evitarla”

Dale Carnegie.

“La mayoría de las sectas tienen razón en lo que dicen, pero no tanto en lo que callan”

Congar.

“La originalidad no consiste en decir cosas nuevas, sino en decir las como si nunca hubiesen sido dichas”

Goethe.

“La puntualidad es la cortesía de los reyes”

Proverbio español.

“La razón es lo que más asusta en un loco”

Anatole France.

“La realidad social es más complicada que las categorías que utilizamos para dominarla mentalmente”

Bobbio N.

“La sencillez consiste en hacer el viaje por la vida con el equipaje necesario”

Charles Dudley Warner.

“La sinceridad y la generosidad, si no están templadas por la moderación, conducen a la ruina”

Tácito.

“La verdadera grandeza es la que no necesita la humillación de los demás”

Alejandro Dumas - padre.

“La vida es una enfermedad de transmisión sexual”

Woody Allen.

“La vida sin conciencia no merece ser vivida”

Sócrates.

“Las cosas no se ven como son. Las vemos como somos”

Ascasubi.

“Las tres preguntas claves de la vida son: ¿qué puedo saber?, ¿qué puedo hacer? Y ¿qué puedo esperar?”

Kant.

“Levante la plata, miijo; levántela honradamente... y si no puede honradamente, levante la plata, miijo”

Folklore antioqueño.

“Lo que conduce y arrastra al mundo no son las máquinas sino las ideas”

Víctor Hugo.

“Lo que en herencia ha recibido el hombre, con su trabajo puede hacerlo suyo”

Goethe.

“Lo que está por morir no muere y lo que está por nacer no nace”

Anónimo.

“Loco es el hombre que ha perdido todo menos la razón”

Chesterton.

“Los años nos enseñan muchas cosas que los días no saben nunca”

Emerson Ralph.

“Los cántaros, cuanto más vacíos más ruido hacen”

Alfonso X, el Sabio.

“Estados Unidos pareciera destinado por la Providencia para plagar a América de miserias en nombre de la libertad”

S. Bolívar.

“Los hechos no dejan de existir simplemente porque se ignoren”

A. Husley.

“Los hombres casi siempre creen fácilmente aquello que desean”

Julio Cesar.

“Los hombres fuertes en la fe, crecen como los robles y su sombra protege a sus hermanos”

Anónimo.

“Los ojos se fían de ellos mismos; los oídos, de los demás”

Proverbio alemán.

“Me horroriza, no tanto la maldad de los malos, sino la indiferencia de la gente buena”

Luther King.

“Me valgo de la emoción para la mayoría y reservo la razón para la minoría”

A. Hitler.

“Mi Espíritu que ha venido sobre ti, y mis palabras que he puesto en tus labios, no caerán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, desde ahora y por siempre dice el Señor”

Isaías 51, 21.

“Mientras luchemos por derrotar las fuerzas del mal, el Dios de nuestros padres luchará a nuestro lado”

Martín Luther King.

“Nada hay más veloz que la calumnia; ninguna cosa es más fácil de aceptar, ni más rápida en extenderse”

Séneca.

“Nadie regresa de buena gana al lugar en el que le han hecho daño”

Fedro.

“Negar el cielo, ciertamente no es tan peligroso. Es simplemente una herejía sin futuro. Pero, negar la realidad terrestre es una herejía peligrosa, una herejía con porvenir”

Anónimo.

“No basta arrepentirse del mal que se ha causado, sino también del bien que se ha dejado de hacer”

Duvair.

“No compres nada inútil con el pretexto de que es barato”

Jefferson T.

“No critiques a tus enemigos, que a lo mejor aprenden”

J. Guaytisolo.

“No es el infierno, es la calle”

García Lorca.

“No hay ausente sin culpa, ni presente sin disculpa”

Proverbio francés.

“No os parece que da grima el pensar que Alejandro a los años que tengo ya había conquistado un vasto imperio, en tanto que esta es la hora en que yo no he hecho nada que valga la pena”

Cesar.

“No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa: no saber lo que nos pasa”

Ortega y Gasset.

“No sé cuál es la clave del éxito pero sí sé cuál es la del fracaso: tratar de complacer a todo el mundo”

Kissinger H.

“No sirve de nada ir siempre recto si uno no sabe a dónde va. Tan solo se es feliz cuando se marcha en la dirección correcta”

Saint-Exupery.

“No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles”

S. Bolívar.

“No te desparrames por fuera;... vuelve a ti mismo, que en tu interior habita la verdad”

San Agustín.

“No tener necesidad de nada es propio de los dioses; aquellos que se contentan con poco, se asemejan a los dioses”

Diógenes.

“No todos los hombres pueden ser grandes, pero pueden ser buenos”

Confucio.

“Nuestro carácter nos hace meter en problemas; pero es nuestro orgullo el que nos mantiene en ellos”

Esopo.

“Nuestros padres, peores que nuestros abuelos nos engendraron a nosotros aún más depravados, y nosotros daremos una progenie todavía más incapaz”

Horacio.

“Ojo por ojo, y el mundo acabará ciego”

Gandhi M.

“Ojos que lloran no mienten”

Aria de la zarzuela La taberna del puerto.

“Para el que ama, mil objeciones no llegan a formar una duda; para el que no ama, mil pruebas no llegan a constituir una certeza”

L. Evelyn.

“Piensa en mí que yo pensaré en ti”

Santa Catalina de Siena.

“Pobre no es el hombre que tiene muy poco, sino el que quiere más”

Séneca.

“Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura, un caballo; por un caballo, un jinete; por un jinete, un reino”

Proverbio español.

“Prefiero equivocarme por mi cuenta a tener razón por consigna”

Juan Goytisolo.

“Prefiero que me elogie menos, con tal de que me conozca más”

Montaigne.

“Prefiero ser el primero aquí que el segundo en Roma”

Cesar.

“Que todo se mueva para que nada cambie”

Anónimo.

“Que tu alma sea para ti el refugio más dulce y sosegado. Entra en la intimidad y halla tranquilidad en la contemplación de lo sublime. En esa soledad recobrarás tus fuerzas”

Marco Aurelio.

“Quien alaba la guerra no le ha visto la cara”

Erasmus.

“Quien da a los pobres, presta a Dios”

Víctor Hugo.

“Quien nada arriesga nada pierde, pero nada gana”

Leneban A.

“Quien no comprende una expresiva mirada, tampoco comprenderá una larga explicación”

Proverbio árabe.

“Quisiera ser una lágrima para nacer en tus ojos, vivir en tus mejillas y morir en tus labios”

Anónimo.

“Quizá la más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia”

A. Huxley.

“Retírate dentro de ti mismo, sobre todo cuando necesites compañía”

Epicuro.

“Sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos ser”

Shakespeare.

“Se aprende más de un fracaso que de un triunfo”

Truman Capote.

“Se aprende más ajedrez de las partidas que se pierden que de las que se ganan”

José Raul Capablanca.

“Se tiende a poner palabras allí donde faltan ideas”

J. W. Goethe.

“Se va a buscar muy lejos lo que cada uno podría hallar en sí mismo si entrara dentro de sí”

Clemente XIV.

“Seamos realistas, exijamos lo posible”

Ernesto Che Guevara.

“Si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas”

Tagore.

“Si Dios no existiese, el hombre, a través de los siglos, lo habría ya creado a fuerza de pensar en Él”

A. Nervo.

“Si el mundo fuera obvio, el arte no existiría. El arte nos ayuda a penetrar la opacidad del mundo”

Albert Camus.

“Si miramos siempre hacia el futuro para poder ser felices, es inevitable que nunca llegaremos a serlo”

Blas Pascal.

“Si no eres parte de la solución, eres parte del problema. Así, pues, actúa”

Lenin.

“Si no quieres que nadie se entere, no lo hagas”

Anónimo.

“Si piensas que puedes o piensas que no puedes, tienes razón”

Henry Ford.

“Si su vida cotidiana le parece pobre, no se queje de ella; quéjese de usted mismo, dígame que no es lo bastante poeta como para conjurar sus riquezas”

Rilke.

“Si tengo la razón, nadie se acuerda; si me equivoco, nadie lo olvida”

Anónimo.

“Si tu mal tiene remedio, ¿por qué te afliges? Si no lo tiene ¿por qué te afliges?”

Proverbio inglés.

“Siempre aparece el sol tras el aguacero, siempre tras la tormenta llega la calma, después de los tiempos malos llegan los buenos y premian a los que no rindieron sus almas”

Rubén Blades.

“Siempre he creído que la bondad no es más que la belleza puesta en práctica”

Rousseau.

“Siempre podrá distinguir a la persona bien informada... Es aquella cuyas opiniones son las mismas que usted tiene”

Ilsa Chasi.

“Sobre las cosas que no se conocen siempre se tiene mejor opinión”

G.W. Leibniz.

“Solo comprendemos las preguntas a las cuales podemos dar respuesta”

Nietzsche.

“Solo los buenos sentimientos pueden unirnos; el interés jamás ha logrado uniones duraderas”

A. Compte.

“Solo se vive una vez y solo se tiene una conciencia”

Solzynizin.

“Somos siempre el mismo, pero no siempre somos lo mismo”

Shakespeare.

“Soñaba que la vida no era sino alegría. Me desperté y vi que la vida no era sino servicio. Serví y vi que el servicio era la alegría”

Rabindranath Tagore.

“Soy más deudor de mis enemigos; porque la persona real surge a la vida más por agujones que por las caricias”

André Gide.

“Su misión es descubrir su vocación y luego entregarse a ella con todo el corazón”

Buda.

“Toda palabra dice algo más de lo que debiera y también menos de lo que debiera expresar”

Ortega y Gasset.

“Toda verdad inédita comienza como herejía y termina como ortodoxia”

Thomas Husley.

“Todos obedecen con gusto cuando el que manda es justo”

Proverbio español.

“Todos tenemos ideas, pero hay una que nos domina”

Anónimo.

“Trata a una persona como es, y seguirá siendo como es. Trátala como podría ser, y se convertirá en lo que debe ser”

Jimmy Johnson.

“Un buen orador consigue que las personas vean con los oídos”

Proverbio árabe.

“Un buen principio hace un buen final”

Proverbio inglés.

“Un cielo tan turbio no se aclara sin una tempestad”

Shakespeare.

“Un economista es un experto que sabrá mañana por qué las cosas que predijo ayer no han sucedido hoy”

Laurence Peter.

“Un hombre no es sino lo que sabe”

Bacon.

“Un hombre sin pasado es más pobre que un hombre sin porvenir”

Elias Wiesel.

“Un pesimista es un optimista bien informado”

A. Mingote.

“Un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción”

Simón Bolívar.

“Un sermón de una hora puede ser muy largo, y una hora de amor muy corta”

Anónimo.

“Un fanático es alguien que no puede cambiar de opinión y no quiere cambiar de tema”

Winston Churchill.

“Una alegría compartida se convierte en doble alegría; una pena compartida, en media pena”

Proverbio sueco.

“Una buena vida es aquella inspirada por el amor y guiada por la inteligencia”

B. Russell.

“Un optimista ve una oportunidad en cada calamidad; un pesimista ve una calamidad en toda oportunidad”

Winston Churchill.

“Un oficial que, al ver a otro oficial maltratando a un soldado, le dice “¿Pero no has leído el Evangelio?”, y el otro le responde: “¿Pero tú no has leído el reglamento militar?”

Anónimo.

“Vi a los hombres sacudir sus cadenas porque de repente habían tomado conciencia de ser hijos de Dios”

Luther King.

“Vivamos de nuestros padres mientras podemos vivir de nuestros hijos”

Anónimo.

“Vivir precisamente ahora cuando nos ha tocado vivir sin paz, en la amargura de la violencia, del desprecio y de la pobreza calamitosa. Sí es verdad. Pero también sabemos de alguna manera que solo cuando ha oscurecido bastante se pueden ver las estrellas”

M. Luther King.

“Yo considero como el primer deber de mi vida para con Dios esforzarme porque mi lengua y todos mis sentidos hablen de Él”

San Hilario.

“Yo no entiendo por qué exigimos otra vida, si no hemos aprendido a disfrutar y comprender mejor esta”

Augusto Rodin.

“El que manda... manda, aunque mande mal”

Dicho santandereano.

“Quienes creen en Dios no necesitan explicaciones. Para quienes no creen, no existe explicación posible”

John Lafarge.

“Soporto a esta Iglesia con la esperanza de que sea mejor, pues ella también está obligada a soportarme en espera de que yo sea mejor”

Erasmus de Rotterdam.

“Cuando no sabemos a qué puerto nos dirigimos, todos los vientos son favorables”

Séneca.

“El hombre es un animal que se alimenta de adulaciones”

Hazlitt William.

“Se non è vero, è ben trovato” = “Si no es verdad, encaja bien”.

“Oggi abbiamo fatto brutta figura” = “Vaya papel que hemos hecho hoy”.

“¿Quieres decirme, por favor, qué camino debo tomar para salir de aquí? Eso depende de a dónde quieres ir, respondió el gato. Poco me preocupa a dónde ir, dijo Alicia. Entonces, poco importa el camino que tomes, replicó el gato”

Lewis Carroll.

“Prefiero decir la verdad y causar molestias que complacer con adulaciones”

Séneca.

“La vida sin preguntas no merece ser vivida”

Platón.

Zeitgeist = “El espíritu de los tiempos”.

“Dos ladrones se encuentran, y uno propone: tengo una idea, robemos un banco. Responde el otro: tengo una mejor, fundemos uno”.

“Los lugares de nuestra vida se acostumbran a nuestra presencia y nos echan de menos cuando partimos”.

“Me ha tocado en suerte noches de insomnio; al acostarme pienso cuándo me levantaré; se hace larga la noche y me hartó de dar vueltas en la cama hasta el amanecer”

Job 7, 4.

“Todo lo que honres te dominará”

Anónimo.

“Conoce lo que estás haciendo, ama lo que estás haciendo y cree en lo que estás haciendo”

Will Rogers.

“Toda persona es capaz de hacer por lo menos el diez por ciento más de lo que cree que es capaz de hacer”

Henry Ford.

“La puntualidad es cortesía de reyes, deber de caballeros y costumbre de personas educadas”

Dicho español.

“He encontrado muchos que querían engañar, pero ninguno que quisiera dejarse engañar”

San Agustín.

“Nunca contestes a una palabra airada con otra palabra airada. Es la segunda la que provoca la riña”

Confucio.

“Haz las cosas como si solo dependiesen de ti y luego confía y espera como si todo dependiese de Dios”

San Ignacio.

“La falla de nuestra época consiste en que sus hombres no quieren ser útiles sino importantes”

Winston Churchill.

“Las actitudes son más importantes que las aptitudes”

Winston Churchill.

“Si el mal tiene remedio, ¿por qué te quejas?; si no lo tiene, ¿para qué te quejas?”

Proverbio oriental.

“El ánfora guarda siempre el perfume del primer vino que guardó”

Horacio.

“Las palabras nacen, crecen, se reproducen, pero no mueren; se van a vivir a un diccionario”

Anónimo.

“El hombre sabio representa a Dios ante la humanidad”

Sexto, sabio griego.

“La sumisión al único absoluto nos hace libres frente a todo lo relativo”

Hans Küng.

“Déjame en paz, pacífico furioso, villano hidalgo, tímido arrogante, cuerdo loco, filósofo ignorante, ciego lince, seguro cauteloso”

Lope de Vega.

“La historia no es algo fatídico, sino una página en blanco en la que con nuestra propia pluma –nuestras decisiones y omisiones– escribimos el futuro”

Vargas Llosa.

“Los médicos administran fármacos de los que conocen poco, para curar enfermedades de las que saben aún menos, a seres humanos de los cuales no conocen nada”

Voltaire.

“Yo soporto esta Iglesia en espera de que ella llegue a ser mejor, desde el momento en que ella está obligada a soportarme a mí en espera de que yo llegue a ser mejor”

Erasmus de Rotterdam.

“Me encantan los rumores sobre mí. Me entero de cosas que ni yo sabía que había hecho”

Anónimo.

“Nunca impongas a otros lo que no deseas para ti”

Confucio.

“El día que yo nací, mi madre parió dos gemelos: yo y mi timidez”

Th. Hobbes.

“La timidez ha sido el flagelo de mi vida”

Michel de Montaigne.

“Forse altri canterà con miglior plettro” “Quizá otro cantará con mejor plectro”

Ariosto.

“Ya no canta el gallo viejo como cantaba primero, porque ha venido otro gallo a cantar al gallinero”

Coplas tolimenses.

“Lo que quiere el sabio, lo busca en sí mismo: el vulgo lo busca en los demás”

Confucio.

“Que la comida sea tu alimento y el alimento tu medicina”

Hipócrates.

“Donde reina el amor, sobran las leyes”

Platón.

“No perdonar es como beber un vaso de veneno y esperar que tus enemigos mueran”

Nelson Mandela.

“Toda la vida es un sueño, y los sueños, sueños son”

Calderón de la Barca.

“El peor analfabeto es el analfabeto político. El no oye, no habla, no participa de los acontecimientos políticos. Él no sabe que el costo de vida, del pan, de la harina, del vestido, del zapato y de los remedios dependen de decisiones políticas. El analfabeto político es tan torpe que se enorgullece y ensancha el pecho diciendo que odia la política. No sabe que de su ignorancia política nace la prostituta, el menor abandonado y el peor de todos los bandidos que es el político corrupto, mequetrefe y lacayo de las empresas nacionales y multinacionales”

Bertolt Brecht.

“Un hombre no es más que otro, pero puede hacer más que otro”

El Quijote.

“El mundo exige resultados. No le cuentes a otros tus dolores de parto... muéstrales al niño”

Indira Gandhi.

“No todos los hombres pueden ser grandes, pero pueden ser buenos”

Confucio.

“El principio fundamental de la vida es no dejarse abatir ni por los hombres ni por los acontecimientos”

Marie Curie.

“Es más cómodo negar lo que se desconoce que ponerse a estudiar, a experimentar, verificar o comprobar lo que hay de cierto”

Anónimo.

“Hay suficiente luz para quienes no desean sino ver y suficiente oscuridad para quienes tienen una disposición contraria”

B. Pascal.

“Demos tiempo al tiempo: para que el vaso rebose hay que llenarlo primero”

Machado A.

“El día de ayer no es sino un sueño y el de mañana una ilusión, pero un hoy bien vivido hace que cada ayer sea un sueño de felicidad y cada mañana, una ilusión de esperanza. Cuida bien, pues, de este día”

Anónimo.

“Hoy en día se da una importancia excesiva a la originalidad de un pensamiento o de una obra de arte. No obstante, lo más importante es que me haga conocer la realidad. Es la verdad lo que me interesa y no tanto la originalidad”

Anónimo.

“La crítica debe hacerse a tiempo; no hay que dejarse llevar por la inveterada costumbre de criticar solo después de consumados los hechos”

Mao Tse Tung.

“La emulación engendra emulación”

Proverbio latino.

“La originalidad no consiste en decir cosas nuevas, sino en decirlas como si nunca hubiesen sido dichas”

Goethe.

“Me valgo de la emoción para la mayoría y reservo la razón para la minoría”

Hitler.

“Negar el cielo, ciertamente no es tan peligroso. Es simplemente una herejía sin futuro. Pero, negar la realidad terrestre es una herejía peligrosa, una herejía con porvenir”

Anónimo.

“No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles”

S. Bolívar.

“No tener necesidad de nada es propio de los dioses; aquellos que se contentan con poco, se asemejan a los dioses”

Diógenes.

“¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me pregunta, no lo sé”

San Agustín.

“Si miramos siempre hacia el futuro para poder ser felices, es inevitable que nunca llegaremos a serlo”

Blas Pascal.

“Si tengo la razón, nadie se acuerda; si me equivoco, nadie lo olvida”

“Solo se vive una vez y solo se tiene una conciencia”

Solzynizin.

“Soñaba que la vida no era sino alegría. Me desperté y vi que la vida no era sino servicio. Serví y vi que el servicio era la alegría”

Rabindranath Tagore.

“Un cielo tan turbio no se aclara sin una tempestad”

Shakespeare.

“Un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción”

Simón Bolívar.

“Vi a los hombres sacudir sus cadenas porque de repente habían tomado conciencia de ser hijos de Dios”

Luther King.

“Soy más deudor de mis enemigos; porque la persona real surge a la vida más por agujones que por las caricias”

André Gide.

“La vida sin conciencia no merece ser vivida”

Sócrates.

“Hay suficiente luz para quienes no desean sino ver y suficiente oscuridad para quienes tienen una disposición contraria”

B. Pascal.

“Cuando se pone el acento en cosas secundarias es signo de una cierta debilidad espiritual”

Karl Barth.

“Escucha mucho, habla poco y noerrarás”

Henri kissinger.

“Derrotado siempre, abatido nunca; en sueños rotos, labro un ideal”

Amado Nervo.

“Su misión es descubrir su vocación y luego entregarse a ella con todo el corazón”

Buda.

“Los cántaros, cuanto más vacíos más ruido hacen”

Alfonso X, el Sabio.

“Los hombres fuertes en la fe, crecen como los robles y su sombra protege a sus hermanos”

Anónimo.

“Sé firme con los demás en los principios y suave en la forma”

Anónimo.

“Yo no entiendo por qué exigimos otra vida, si no hemos aprendido a disfrutar y comprender mejor esta”

Augusto Rodin.

“Yo considero como el primer deber de mi vida para con Dios esforzarme porque mi lengua y todos mis sentidos hablen de Él”

San Hilario.

“Ya se han escrito todas las buenas máximas. Solo falta ponerla en práctica”

Pascal.

“Loco es el hombre que ha perdido todo menos la razón “

Chesterton.

“Dios me puso sobre vuestra ciudad como a un tábano sobre un noble caballo para picarlo y tenerlo despierto”

Sócrates.

“La razón es lo que más asusta en un loco”

Anatole France.

“Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura , un caballo; por un caballo, un jinete; por un jinete, un reino”

Proverbio español.

“De nada vale decir: estamos haciendo todo lo posible. Hay que triunfar haciendo todo lo necesario”

W. Churchill.

““Los hechos no dejan de existir simplemente porque se ignoren”

A. Husley.

“La sencillez consiste en hacer el viaje por la vida con el equipaje necesario”

Charles Dudley Warner.

“La bondad es un lenguaje que el sordo puede oír y el ciego puede ver”

Mark Twain.

“No soy un hombre que toma las cosas por lo trágico, en absoluto. Pero es penoso ser víctima de la estupidez”

Congar.

“Es preciso tener paciencia hasta que lo difícil llegue a ser absolutamente intolerable; entonces, lo difícil cambia y, si tan difícil es, es que se trata de algo verdadero”

Rilke.

“La felicidad consiste en la operación más perfecta de las facultades más perfectas, sobre el objeto más perfecto”

Tomás de Aquino.

“Si quieres que la gente te escuche, escúchales a ellos; si quieres que la gente cambie su forma de vida, tienes que conocer cómo vive; si quieres que la gente te vea, tienes que sentarte con ella cara a cara”

Anónimo.

“No es el infierno, es la calle”

García Lorca.

“Educar, y educar en principios éticos, es construir la paz social”

Federico Mayor Zaragoza.

“Cuenta hasta diez antes de hablar cuando estés enojado y disgustado, y hasta cien antes de hablar si estás encolerizado”

T. Jefferson.

“Es más fácil bajar que subir una montaña; pero la vista solo es bella desde la cima”

A. Bennett.

“Lo que en herencia ha recibido el hombre, con su trabajo puede hacerlo suyo”

Goethe.

“Me horroriza, no tanto la maldad de los malos, sino la indiferencia de la gente buena”

Luther King.

“La realidad social es más complicada que las categorías que utilizamos para dominarla mentalmente”

Bobbio N.

“Cuando estoy entre locos, me hago el loco”

Diógenes.

“Quien nada arriesga nada pierde, pero nada gana”

Leneban A.

“Prefiero que me elogie menos, con tal de que me conozca más”

Montaigne.

“Si no quieres caer en el olvido tan pronto como hayas muerto, escribe cosas dignas de leerse o haz cosas dignas de escribirse”

Franklin B.

“La felicidad es como la neblina ligera: cuando estamos dentro de ella no la vemos”

A. Nervo.

“Cuando las cosas no se desean es cuando llegan. Cuando las cosas no se temen es cuando se alejan”

Lao-Tsé.

“Se va a buscar muy lejos lo que cada uno podría hallar en sí mismo si entrara dentro de sí”

Clemente XIV.

“Si su vida cotidiana le parece pobre, no se queje de ella; quéjese de usted mismo, dígame que no es lo bastante poeta como para conjurar sus riquezas”

Rilke.

“No sirve de nada ir siempre recto si uno no sabe a dónde va. Tan solo se es feliz cuando se marcha en la dirección correcta”

Saint-Exupéry.

“Cuando no sabemos a qué puerto nos dirigimos, todos los vientos son favorables”

Séneca.

“Diez buenos soldados, sabiamente conducidos, derrotan a un centenar sin guía”

Eurípides.

“Un buen principio hace un buen final”

Proverbio inglés.

“El que comienza bien, termina bien”

Proverbio francés.

“El dinero no puede hacer que seamos felices, pero es lo único que nos compensa de no serlo”

Benavente.

“¡Vamos! ¡Ponte en pie! ¡Surge! ¡Escucha! ¡Despierta! ¡Rompe tus cadenas! ¡Sé!”

Paul Valery.

“El pretexto de todas las guerras es conseguir la paz”

Benavente.

“Una buena vida es aquella inspirada por el amor y guiada por la inteligencia”

B. Russell.

“Las palabras que no van seguidas de los hechos, no cuentan para nada”

Demóstenes.

“Un buen orador consigue que las personas vean con los oídos”

Proverbio árabe.

“Una mentira ha recorrido ya medio mundo, mientras la verdad está todavía poniéndose los zapatos”

M. Twain.

“El hombre cree siempre ser más de lo que es y se estima menos de lo que vale”

Anónimo.

“Quien alaba la guerra no le ha visto la cara”

Erasmus.

“Es más fácil luchar por unos principios que vivir de acuerdo con ellos”

Adler.

“El ignorante afirma, el sabio duda y reflexiona”

Aristóteles.

“Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas

Juan Ramón.

“El alma es, en cierta manera, todas las cosas”

Santo Tomás.

“La más grande riqueza es el saber”

Séneca.

“Quizá la más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia”

A. Huxley.

“El orgullo divide a los hombres, pero la humildad los une”

Sócrates.

“El alma es un vaso que solo se llena con eternidad”

A. Nervo.

“Quien no comprende una expresiva mirada, tampoco comprenderá una larga explicación”

Proverbio árabe.

“Ojos que lloran, no mienten”

Aria Zarzuela ‘la taberna del puerto’.

“De derrota en derrota hasta la victoria final”

W. Churchill.

“Dichoso yo si al terminar este día, un odio menos llevo en mí,
si una luz más guía mis pasos, y si un error más yo extingui”

G. Mistral.

“Muchas veces me he arrepentido de haber hablado; pero, de
haber callado, nunca”

Jenócrates.

“El hombre es a menudo más cuidadoso de su dinero que de
sus principios”

Edgar Watson.

“En circunstancias especiales, el hecho debe ser más rápido
que el pensamiento”

H. Cortés.

“Los años nos enseñan muchas cosas que los días no saben lo
que es nunca”

Emerson Ralph.

“Quien da a los pobres, presta a Dios”

Víctor Hugo.

“El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele ir
juntamente con sus huesos a la sepultura”

Shakespeare.

“Sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos ser”

Shakespeare.

“Toda palabra dice algo más de lo que debiera y también menos de lo que debiera expresar”

Ortega y Gasset.

¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!”

Madame Roland.

“Se tiende a poner palabras allí donde faltan ideas”

J. W. Goethe.

“Si Dios no existiese, el hombre, a través de los siglos, lo habría ya creado a fuerza de pensar en Él”

A. Nervo.

“No hables de manera alguna hasta que no tengas algo que decir”

Carlyle.

“Solo comprendemos las preguntas a las cuales podemos dar respuesta”

Nietzsche.

“Un hombre no es sino lo que sabe”

Bacon.

“El ser humano vive más de lo que espera que de lo que tiene”

Álvaro Gómez.

“Un economista es un experto que sabrá mañana por qué las cosas que predijo ayer no han sucedido hoy”

Laurence Peter.

“Cuando uno no tiene nada que perder, entonces es verdaderamente libre”

Anónimo.

“De dónde se toma uno el derecho de mirar precisamente a la revolución como la encarnación del mal, mientras que a su propia visión anti revolucionaria la mira sin escrúpulo alguno como conforme con la voluntad de Dios”

K. Barth.

“El cristiano que sufre no es un hombre a quien Dios golpea, sino un hombre al que Dios habla”

Pablo VI.

“El futuro no se adivina; el futuro se construye”

“Lo que conduce y arrastra al mundo no son las máquinas sino las ideas”

Víctor Hugo.

“Echad los prejuicios por la puerta, y volverán a entrar por la ventana”

Federico II de Prusia.

“Cuánto más posee el hombre, menos se posee a sí mismo”

Graff A.

“Dormía y soñé que la vida era bella; desperté y advertí que ella es deber”

Kant.

“Los hombres casi siempre creen fácilmente aquello que desean”

Julio César.

“Debe ser muy grande el placer que proporciona gobernar, puesto que son tantos los que aspiran a hacerlo”

Voltaire.

“En lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; y en todo, caridad”

San Agustín.

“La estupidez no es mi fuerte”

Paul Valéry.

“La sinceridad y la generosidad, si no están templadas por la moderación, conducen a la ruina”

Tácito.

“Solo los buenos sentimientos pueden unirnos; el interés jamás ha logrado uniones duraderas”

A. Compté.

“Nadie regresa de buena gana al lugar en el que le han hecho daño”

Fedro.

“Siempre he creído que la bondad no es más que la belleza puesta en práctica”

Rousseau.

“No te desparrames por fuera;... vuelve a ti mismo, que en tu interior habita la verdad”

San Agustín.

“Cuando el dinero habla, la verdad calla”

Anónimo.

“Todos obedecen con gusto cuando el que manda es justo”

Prov. Español.

“El amor y la tos no pueden ocultarse”

Anónimo.

“Cuanto más se sabe, menos se asegura”

Proverbio italiano.

“No hay ausente sin culpa, ni presente sin disculpa”

Proverbio francés.

“Si tu mal tiene remedio, ¿por qué te afliges? Si no lo tiene ¿por qué te afliges?”

Proverbio inglés.

“Quisiera ser una lágrima para nacer en tus ojos, vivir en tus mejillas y morir en tus labios”

Piropo español.

“Una alegría compartida se convierte en doble alegría; una pena compartida, en media pena”

Proverbio sueco.

“Un hombre sin pasado es más pobre que un hombre sin porvenir”

Elias Wiesel.

“Seamos realistas, exijamos lo posible”

Ernesto Che Guevara.

“Haz cosas grandes sin alardear de ellas”

Demófilo.

“Un pesimista es un optimista bien informado”

A. Mingote.

“Vivir precisamente ahora cuando nos ha tocado vivir sin paz, en la amargura de la violencia, del desprecio y de la pobreza calamitosa. Sí es verdad. Pero también sabemos de alguna manera que solo cuando ha oscurecido bastante se pueden ver las estrellas”

M. Luther King.

“Si el mundo fuera obvio, el arte no existiría. El arte nos ayuda a penetrar la opacidad del mundo”

Albert Camus.

“El avaro tiene todas las preocupaciones del rico y todos los tormentos del pobre”

Albert Guinon.

“Experiencia no es lo que a uno le pasa, sino lo que uno hace con lo que a uno le pasa”

Aldous Huxley.

“La verdadera grandeza es la que no necesita la humillación de los demás”

Alejandro Dumas - padre.

¡Ay de mí, que ni siquiera sé cuánto ignoro!

San Agustín.

“El arte es el presentimiento de la verdad”

Alexander Blok.

“En la tarde de la vida se nos examinará en el amor”

San Juan de la Cruz.

“No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa: no saber lo que nos pasa”

Ortega y Gasset.

“Busquemos como quienes van a encontrar, y encontremos como quienes aún han de buscar, pues, cuando el hombre ha terminado algo, entonces es cuando empieza”

San Agustín.

“Todos tenemos ideas, pero hay una que nos domina”

Anónimo.

“Hay que creer en la utopía porque la realidad es increíble”

Aristóteles.

“Que todo se mueva para que nada cambie”

Anónimo.

“El liderazgo efectivo no consiste en hacer discursos ni en ser amado, ni ser alguien con quien es fácil trabajar. El liderazgo se define por resultados, no por atributos”

Druncker Peter.

“La mayoría de las sectas tienen razón en lo que dicen, pero no tanto en lo que callan”

Anónimo.

“La experiencia es un billete de lotería comprado después del sorteo. No creo en ella”

Gabriela Mistral.

“¿Quieres que se hable bien de ti? Hazte el muerto”

Bongeard Alfred.

“Cobarde es el que en un apuro piensa con las piernas”

Bierce Ambrose.

“Una buena conversación debe agotar el tema, no a los interlocutores”

W. Churchill.

“No critiques a tus enemigos, que a lo mejor aprenden”

J. Guaytisolo.

“El hombre es un animal que se alimenta de adulaciones”

Hazlitt William.

“Que tu alma sea para ti el refugio más dulce y sosegado. Entra en la intimidad y halla tranquilidad en la contemplación de lo sublime. En esa soledad recobrarás tus fuerzas”

Marco Aurelio.

“Cuando los hombres dejan de creer en Dios, no es que no crean en nada; creen en cualquier cosa”

Chesterton.

“Se aprende más de un fracaso que de un triunfo”

Truman Capote.

“Toda verdad inédita comienza como herejía y termina como ortodoxia”

Thomas Husley.

“El amor hace que el tiempo vuele, pero el tiempo hace que el amor vuele”

Enrique Jardiel Poncela.

“Un sermón de una hora puede ser muy largo, y una hora de amor muy corta”

Anónimo.

“Somos siempre el mismo, pero no siempre somos lo mismo”

Shakespeare.

“El hombre no debe preocuparse tanto en qué debe hacer sino en cómo debe ser”

Maestro Eckart.

“Si todos tirásemos en la misma dirección, el mundo se volcaría”

Proverbio judío.

“El corazón en paz ve una fiesta en todas las aldeas”

Proverbio indio.

“Amasar según la harina”

Proverbio irlandés.

“El árbol no niega su sombra ni al leñador que le derribe”

Proverbio hindú.

“Cuando los ojos se encuentran nace el amor”

Proverbio indio.

“El árbol quiere la paz, pero el viento no se la concede”

Proverbio chino.

“Cuando bebas agua, recuerda la fuente”

Proverbio chino.

“Solo se tiran piedras al árbol cargado de frutos”

Proverbio árabe.

“Quien quiere el bien de los demás ha hecho ya el suyo”

Proverbio chino.

“Hay que masticar las palabras más que un trozo de pan”

Proverbio georgiano.

“No hay montaña sin niebla; no hay hombre de mérito sin calumniadores”

Proverbio turco.

“Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes”

Kalih Gibran.

“El mejor remedio para la ira es el dominio de sí mismo”

Séneca.

“Piensa cuanto más dolorosas son las consecuencias que las acciones que la han originado”

Marco Aurelio.

“La razón de que la preocupación mate a más gente que el trabajo es que hay más gente que se preocupa que gente que trabaja”

Robert Frost.

“La tristeza es un don del cielo; el pesimismo es una enfermedad del espíritu”

Gumersindo de Azcárate.

“La conciencia culpable hace cobardes a los hombres”

Joseph Wamburgh.

“Lo infinitamente pequeño tiene un orgullo infinitamente grande”

Voltaire.

“Todo hombre es discípulo de alguna palabra profunda”

Víctor Hugo.

“Solo se cambia lo que se acepta”

C.G. Jung.

“La envidia está flaca porque muerde y no come”

Manuel Alcántara.

“Uno tiene tres corazones: uno pa que vaya y venga, otro pa que lo aprisionen y otro pa que tu lo tengas”

Copla flamenca.

“La desgracia depende menos de las cosas que se padecen que de la imaginación con que se aumenta nuestra desventura”

Fenelón.

“Plantearse los menos problemas posibles es la única manera de resolverlos”

Jean Cocteau.

“Solo puede ser feliz siempre el que sepa ser feliz con todo”

Confucio.

“Los mejores médicos del mundo son los doctores dieta, reposo y alegría”

J. Swidt.

“Si hago una buena obra, me siento bien; y si obro mal, me siento mal”

Abraham Lincoln.

“El que tiene siempre ante sus ojos un fin hace que todas las cosas le ayuden a conseguirlo”

Robert Browning.

“No es necesario haber vivido muchos años para beneficiarse de las experiencias de los demás”

Edward de Bono.

“Es maravilloso el poder del que nunca desespere”

Daniel Payot.

“Son capaces porque creen que son capaces”

Virgilio.

“La vida, la naturaleza, la humanidad solo son bellas palabras cuando son transformadas por un cerebro creador”

Edmond Jaloux.

“El sabio no se sienta para lamentarse, sino que se pone alegremente a su tarea para reparar el daño”

Shakespeare.

“Todo fluye”

Heráclito.

“Quien con perspicacia declara su limitación se halla muy cerca de la perfección”

Goethe.

“No podemos tenerlo todo. ¿Dónde lo guardaríamos?”

Te Ven Wrioth.

“La felicidad que no perfecciona es mentira: la perfección que hace desgraciados no es verdad”

Concepción Arenal.

“La paciencia es la más heroica de las virtudes, precisamente porque carece de toda apariencia de heroísmo”

Giacomo Leopardi.

“Si puedes afrontar el triunfo y el desastre, y tratar exactamente igual a esos impostores... tuya será la tierra y todo lo que hay en ella”

Rudyard Kipling.

“No existe una prueba más clara y contundente de calidad humana y de superioridad que la bondad”

Bernabé Tierno.

“Hay dos requisitos para el éxito. Primero: Pon manos a la obra. Segundo: Sigue con las manos en la obra”

Orison Swett.

“Hacer compañía consiste en añadir algo a la vida de los demás y hacer que ellos se sientan cómodos en nuestra compañía”

Noel Clarasó.

“El que puede cambiar sus pensamientos puede cambiar su destino”

Stephen Crane.

“Solamente puedes tener paz si tú te la proporcionas”

Marie Ebner.

“Vivifica el sol todos los seres con sus rayos benéficos; imita pues tú su ejemplo, haciendo, aunque no se te pida, todo el bien posible”

Epitecto.

“Lo mismo tarda uno en ver el lado bueno de la vida que el malo”

Jimmy Buffet.

“Si quieres montarte en una mula sin defectos, acabarás siempre yendo a pie”

Miguel de Cervantes.

“Para saber hablar es preciso saber escuchar”

Plutarco.

“El silencio es una de las artes más importantes de la conversación”

W. Hazlitt.

“Calla mucho para tener algo que decir que merezca la pena ser escuchado”

Lanza del Vasto.

“Escucha el consejo del que mucho sabe; pero, sobre todo, escucha el consejo de quien mucho te ama”

Arturo Graf.

“La familia es la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan”

Juan Pablo II.

“Hay que tener aspiraciones elevadas, expectativas moderadas y necesidades pequeñas”

H. Stein.

“Aunque un hombre sea débil, la alegría le hace fuerte”

Mary A. Sullivan.

“El hombre es un aprendiz y el dolor es su eterno maestro”

Alfred de Musset.

“Acuérdate de conservar en los acontecimientos graves la mente serena”

Horacio.

“El hombre no puede hacerse sin sufrimiento pues es a la vez mármol y escultor”

Alexis Carrel.

“Cuando el sol se eclipsa para desaparecer se ve mejor su grandeza”

Séneca.

“Esperando, el nudo se deshace y la fruta madura”

García Lorca.

“El deseo es la verdadera esencia del hombre”

Baruch Spinoza.

“Los hombres son crueles, pero el hombre es bueno”

Tagore.

“El sol no espera a que se le suplique para derramar su luz y su calor cada día sobre nosotros”

Epíceto.

“La mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones”

Marie Curie.

“Cuenta tú vida por tus sonrisas, no por tus lágrimas”

Bernabé Tierno.

“Solo podrá lograrse la transformación de una sociedad si se produce un profundo cambio en el corazón humano”

Erich Fromm.

“Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos ajenos, que no nos pertenecen, no quisiéramos meternos”

Tomás de Kempis.

“No nos falta valor para emprender ciertas cosas porque son difíciles, sino que son difíciles porque nos falta valor”

Séneca.

“Dejar para más tarde lo que debes hacer y es prioritario te desgasta, angustia, estresa y te hace sentir culpable”

Bernabé Tierno.

“Escalé la cima de la fama y no hallé albergue alguno en su altura estéril”

Tagore.

“El primero y más fundamental derecho es el derecho al amor”

Phil Bosmans.

“Que a quien la razón no vale, ¿Qué vale tener razón?”

Calderón de la Barca.

“La sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz”

Proverbio escocés.

“La sonrisa es tu arruga más bella y te mantiene joven”

Anónimo.

“El comportamiento es un espejo en el que cada uno muestra su imagen”

W. Goethe.

“No olvides que la gente con la que tienes que vivir tiene que vivir también contigo”

Jesús Hermida.

“La gente, por lo general riñe porque no sabe discutir”

K.Chesterton.

“En las discusiones, el primero que se incomoda y grita suele ser el que tiene menos la razón”

Anónimo.

“Jamás hubo una guerra buena, ni una paz mala”

B. Franklin.

“En el verdadero amor no manda nadie, obedecen los dos”

Alejandro Casona.

“¿El beso?, es un gesto encantador, no dejes que las palabras arruinen un encuentro”

Anónimo.

“Una alegría compartida es una doble alegría; una pena compartida es la mitad de una pena”

Jacques Deval.

“Es esencial que se haga justicia y es vital que la justicia no se confunda con la venganza”

Oscar Arias.

“Los triunfadores se mantienen en marcha. Cometan errores, pero no abandonan”

Conrad Hilton.

“Cuando he decidido que vale la pena conseguir un resultado, pongo manos a la obra y hago una prueba tras otra hasta conseguirlo”

Thomas Edison.

“La historia demuestra que los más notables triunfadores se enfrentaron a unos obstáculos descorazonadores antes de triunfar. Ganaron porque se negaron a dejar que sus derrotas los desanimaran”

B.C. Forbes.

“Nuestra mayor gloria no está en no caer nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos”

Confucio.

“La adversidad tiene el efecto de despertar la fuerza y las cualidades del hombre que en su ausencia hubieran permanecido dormidas”

Herodoto.

“No creo que haya ninguna otra cualidad tan esencial para el éxito de cualquier tipo como la perseverancia”

John D. Rockefeller.

“No hay fracaso, salvo en dejar de intentarlo. No hay derrota, salvo desde dentro. No hay ninguna barrera auténticamente infranqueable, salvo nuestra intrínseca debilidad de propósito”

Elbert Hubbard.

“Lo importante no es que te derriben, lo importante es que te levantes de nuevo”

Vicent Lombardi.

“Nunca es demasiado tarde para ser lo que podrías haber sido”

George Eliot.

“Cada hombre es el arquitecto de su propia fortuna. Construye tu nuevo camino”

Salustio.

“La adversidad es la prueba que debemos superar en nuestro camino hacia la consecución de algo que valga la pena”

Anónimo.

“Es el esfuerzo constante y decidido lo que acaba con cualquier resistencia y barre todos los obstáculos”

Claude M. Bristol.

“El factor esencial es la perseverancia, la determinación de no permitir nunca, que nuestra energía o entusiasmo se apaguen con el desánimo que es inevitable que se produzca”

James Whitcomb.

“La perseverancia es la capacidad para hacer frente a la derrota”

Anónimo.

“Es el esfuerzo constante y decidido lo que acaba con cualquier resistencia y barre todos los obstáculos”

Claude M. Bristol.

“Cuando, de la noche a la mañana, se convierte uno en un gran hombre, es que ya lo era”

José Laguna Menor.

“Quienes más se quejan de que no tienen tiempo son los que menos saben usarlo”

Aldo Cammarota.

“Cuanto más callados estamos, mejor escuchamos”

Barbara Larimoyer.

“El secreto de la felicidad no es hacer siempre lo que se quiere, sino querer siempre lo que se hace”

León Tolstoi.

“Los grandes hombres no son siempre sabios”

Anónimo.

“Busca el logro y olvídate de la gloria”

Helen Hayes.

“Dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios”

Anónimo.

“Si tiene que ser descortés séalo con los extraños pero guarde sus modales profesionales para su familia”

Fumet Fox.

“El dolor une a la familia tanto como el amor”

José María Tobar.

“La valentía sin discreción es peligrosa; pero la discreción sin valentía es inútil”

Anónimo.

“Si permaneces neutral en situaciones de injusticia, has elegido el lado del opresor”

Desmond Tutu.

“La fuerza de una nación se deriva de la integridad del hogar”

Confucio.

“A veces aunque se pierda se gana. Hay victorias del espíritu”

Elie Wiesel.

“Un hombre es lo que él hace de sí mismo”

Alexander Grahambell.

“Se gasta sesenta veces más en armas que en educación”

Federico Mayor.

“La guerra en sí misma es ya una derrota de la humanidad”

Juan Pablo II.

“Las guerras crucifican la verdad”

John Whin.

“La no violencia comienza a partir del instante en que amamos a los que nos odian”

Gandhi.

“Para empezar de nuevo, hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad, y la energía atómica: la voluntad”

Albert Einstein.

“El secreto de la motivación personal se puede resumir en las cuatro ‘ces’: curiosidad, confianza, coraje y constancia”

Walt Disney.

“Todo el mundo tiene talento pero la destreza exige trabajo”

Anónimo.

“Admite el fracaso como parte de la vida y aprende de él”

Anónimo.

“No hay ningún camino demasiado largo para quien avanza con parsimonia y sin apresuramientos indebidos; no hay honores demasiado lejanos para quien se prepara para ellos con paciencia”

Jean de la Bruyère.

“Lo único que separa a un hombre de lo que quiere en la vida es, con frecuencia, la voluntad para intentarlo y la fe para creer que es posible”

Ricard M. Devos.

“Una persona tiene éxito si se levanta por la mañana, si se acuesta por la noche y si, entre medias hace lo que realmente quiere hacer”

Bob Dyla.

“La solidaridad no es un patrimonio privado ni de la izquierda ni de la derecha si no que es un imperativo ético de la humanidad”

Diarmuid Martin.

“El niño que no juega no es niño, y el hombre que ha dejado de jugar ha perdido el niño que llevaba dentro”

Anónimo.

“Nadie alivia más las penas que el sol y el aire libre”

Miguel de Unamuno.

“Nunca guardo rencor a nadie y mientras tú te quedas guardándoles rencor, ellos se van por ahí de juerga”

Buddy Hackett.

“Sé positivo, saldrás ganando. Serás feliz”

Anónimo.

“La serena razón huye de todo extremismo y anhela la prudencia moderada”

Molière.

“Si caminas solo llegarás más rápido, si caminas acompañado llegarás más lejos”

Anónimo.

“Procure no ser un hombre con éxito, sino un hombre con valores”

Albert Einstein.

“Ya se han escrito todas las buenas máximas. Solo falta ponerlas en práctica”

Pascal.

*Este libro se acabó de imprimir el día
15 de noviembre del año 2015, aniversario de la
muerte de San Alberto Magno O.P., sacerdote, obispo
y Doctor de la Iglesia; en los talleres gráficos
de la Litografía Distrigraf, de Bucaramanga*